

# EL RETORNO DE ALEXIA

El último destino Sofía



# LUCY SOLEN

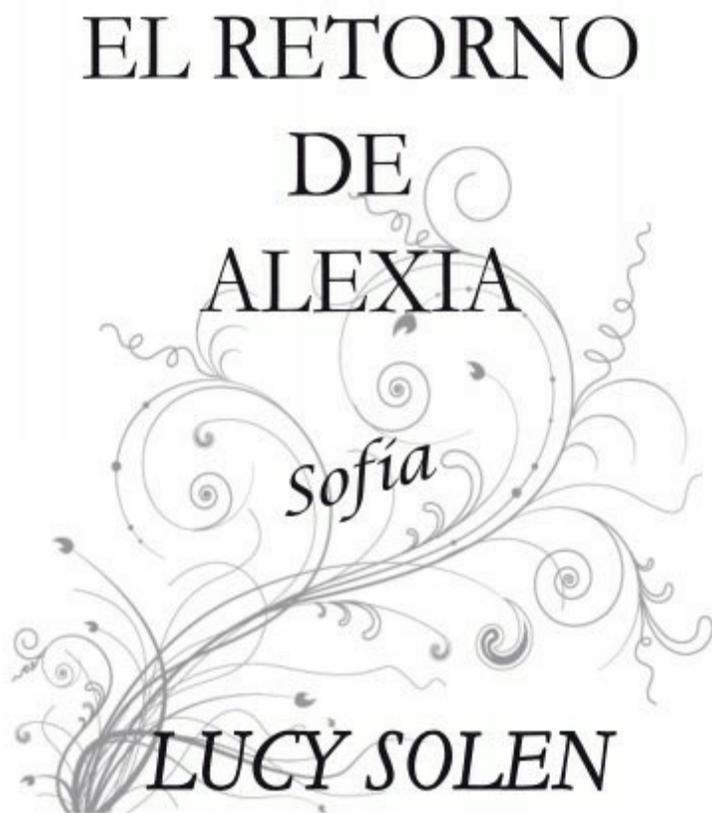
Título Original: El retorno de Alexia

Autor: Lucy Solen

1ª edición

Depósito legal

Diseño de portada / Sonsoles Álvarez



## **El retorno de Alexia**

El último destino Sofía

Cambió todo, no solo la vida de él, sino la vida de Alexia, volviendo su vida del revés, cuestionando todo aquello que creían conocer hasta entonces. El bien y el mal, sus actos y su persona se transformaron cuando los labios de

él rozaron los suyos, cuando se negó a sí misma la realidad, alejándose de él para después rogarle su presencia en su cuerpo. Sin darse cuenta, ambos cayeron presos del amor, de sus caricias, de sus besos y de todas las veces que sus cuerpos formaron se quemaron en ese fuego.

Su juego, su número, tan solo eran una mera excusa para tapar verdaderamente los sentimientos que les unían desde el primer día, en aquella habitación de hotel en Sofía.

Les esperan nuevas aventuras, donde el nivel de seducción sube al rojo vivo, nada ha cambiado. Dos locos de la vida que se encontraron. Ahora ambos, se unen enfrentándose a algo que los dos no esperaban. Eduardo y Alexia y un destino...Sofía.

## Capítulo 1

Mi mente vagaba en la felicidad que envolvía ese momento, su mirada clavada en la mía, buscando el perdón de su lejanía en aquellas semanas y nuestro arrepentimiento mutuo por nuestras decisiones tomadas. Aquello me parecía un sueño, en mi mente solo estaba ese pensamiento, esa imagen que se repetía una y otra vez llenándome de júbilo, una alegría expandida por todos los rincones de mi alma rebotando felicidad. Dos almas buscándose tras un tiempo de tregua y pensamiento.

En la altura de aquel avión, mis pensamientos iban aún a más altitud. Él me amaba por encima de todo, sin darse cuenta había caído en las redes de un enamoramiento, donde sus miedos al compromiso se expusieron en contra de su razonamiento. Nuestro juego, nuestro número, era una mera excusa para tapar verdaderamente los sentimientos que nos unieron desde el primer día en aquella habitación de hotel en Sofía.

En ese mismo momento cambió todo, no solo su vida, si no la mía, volviéndola toda del revés, cuestionando todo aquello que creía conocer hasta el momento, sobre el bien y el mal. Mis actos y mi persona se transformaron cuando sus labios rozaron los míos, cuando me negué a mí misma la realidad, alejándome de él para luego rogarle su presencia en mi cuerpo. Sin darnos cuenta caímos presos del amor cada día que pasábamos juntos, en cada caricia, en cada beso y en todas esas veces, que nuestros cuerpos se fundieron en uno solo.

Durante el vuelo, el tiempo pareció no existir, sumida en mis pensamientos, en la felicidad que me envolvía. El capitán estaba anunciando nuestro descenso al aeropuerto de Sofía. Ya habíamos llegado y mi nueva vida empezaba con más fuerza que nunca, pues tenía el apoyo no solo de mis amigos, si no de Eduardo, de mi pareja, del que poseía mi vida por completo.

Cuando el avión se situó y colocaron la pasarela, cogí mi pequeña maleta de equipaje de mano, donde coloqué las últimas cosas que quedaron mías en el piso. Respiré hondo y salí de aquel lugar hasta dar con las puertas de salida. Al fondo pude ver un cartel con mi nombre, me acerqué y un amable hombre me preguntó en inglés si yo era la señorita Acosta, le confirmé que yo lo era, y muy amable cogió mi maleta. Sin decir nada más, le seguí hasta la salida del aeropuerto.

El sol brillaba con fuerza y mis ojos claros por un segundo se cegaron, menos mal que llevaba colgadas de mi blusa las gafas de sol, y nada más ponérmelas pude ver donde se hallaba el hombre que vino a recogerme. Su coche estaba situado entre la multitud de taxis que había en la entrada del pequeño aeropuerto. Muy amable me abrió la puerta del coche, color negro, en el que había venido.

El trayecto fue muy corto, apenas pude ver casi nada, pues en menos de diez minutos nos adentramos en la zona comercial, hasta llegar a una zona residencial llena de apartamentos, todos del mismo color y mismas dimensiones. Un complejo de viviendas inmenso realizado no hace mucho tiempo, pues se veía todo muy nuevo, no solo los apartamentos sino las zonas verdes que poseía.

La zona se veía tranquila y silenciosa, pues a pesar de estar con familias y sus hijos, apenas se escuchaba ruido cuando bajé la ventanilla del coche. Pude diferenciar claramente que no me encontraba en España, nosotros y nuestra sangre caliente nos hacen ser mucho más escandalosos que de costumbre.

Tras dar varias vueltas en la urbanización, el coche se situó en frente de un apartamento en concreto, como yo desconocía la zona, para mí que dimos vueltas sobre la misma manzana varias veces, aunque el hombre sabía perfectamente el número en el que me tenía que dejar. Muy servicial, me abrió la puerta del coche y se dirigió a sacar la maleta. Me la dejó justo en la

entrada de lo que iba a ser mi nuevo hogar, mi casa. De su bolsillo sacó unas llaves con un llavero muy gracioso en forma de caseta, se despidió de mí muy educadamente y se marchó.

Cuando miré el llavero mis ojos no salieron de mi asombro, no me lo podía creer, la casita de madera con mis llaves... sonreí ligeramente apretando el llavero y me fijé en el número que estaba justo en relieve en el buzón de correos, “410”, en ese mismo momento, por todo mi cuerpo, recorrió una corriente eléctrica dejándome el vello erizado y tras un suspiro, probé las llaves para ver cuál pertenecía a la pequeña entrada para acceder a mi apartamento.

Cuando di con la llave, pues poseía cuatro y una de ellas estaba segura de que era del buzón por su tamaño reducido, mis ojos no daban crédito. Aquel pequeño jardín que poseía al lado derecho, decorado a su alrededor con flores que rebosaban color y perfume, una pequeña mesa con sillas de jardín y un pequeño balancín. Un lugar idóneo para estos días de verano donde podría relajarme, leer o mejor aún estar con Eduardo.

Tras subir tres pequeños escalones accedí a la puerta de la casa de color blanco. Supuse que la llave grande y con agujeros pertenecía a la puerta blindada de casa y con dos giros de esta, abrí la puerta despacio. Sin duda aquí no había vivido nadie, todo parecía a estrenar. Me adentré cerrando tras de mí la puerta, dejando la maleta justo en el recibidor que disponía, coloqué las llaves encima del mueble de la entrada de cristal. Se habría un amplio pasillo con una puerta de madera de pino claro en la derecha, entré y vi que era la habitación principal, disponía de una cama de matrimonio de las grandes, vestida con un edredón blanco con unas pequeñas rayas en un lateral de color negro con dos cojines haciendo juego, el cabecero de la cama de madera con dos pequeñas mesillas del mismo color, un tocador con espejo y un armario empotrado, que cuando lo abrí parecía otra habitación de lo grande que era, estaba lleno de estanterías y cajones para tener completamente la ropa ordenada y a la vista, quizá esta era mi oportunidad de poder tener por fin un armario en condiciones, aseado y ordenado. En una de las esquinas pude ver que disponía de varias sábanas, mantas y otro edredón.

Continué por el pasillo y la primera puerta a la izquierda estaba el baño, poseía una cabina de ducha y justo al lado una bañera ovalada de gran

tamaño. Todo un frontal de espejo en una de las paredes con un lavabo central de mármol, claro terminado en madera de roble para formar los diversos cajones. El color de los azulejos color claro combinado con el suelo daban una sensación de limpieza y bienestar para relajarse.

Salí de allí y antes de llegar a las dos puertas finales donde era de suponer que estaba el salón, entré en otra puerta situada a la derecha, era la habitación de invitados. Poseía dos camas individuales, una mesilla central y un pequeño armario empotrado. Por fin abrí las dos puertas de madera con cristal, un espacio amplio lleno de luz. Nada más entrar, me encontré a mi izquierda una barra de madera separando la cocina del salón, equipada con todo lo necesario, por lo que pude ver a simple vista. Me situé justo en medio del salón, todo organizado y reluciente, un estilo rústico y moderno en una fusión un poco singular, y a la vez encantador espacio de relax acompañado por la chimenea de piedra en una de las esquinas. Me senté en el sofá de piel color crema y sentí que me envolvía atrapando mi cuerpo con delicadeza, miré otra vez a mí alrededor para contemplar mi nuevo hogar y respiré profundo resoplando levemente, con algo de incertidumbre por el paso tan grande que había dado.

Recordé que llevaba mi móvil apagado aun en el bolsillo del pantalón, seguramente estarían todos a la espera de un mensaje o una llamada diciéndoles que ya había llegado y que me encontraba bien. Cuando lo encendí, la parte de arriba de mi móvil estaba llena de símbolos. Varias llamadas perdidas de Eduardo, Gema, Lara y Dana. Un mensaje de texto de mi padre deseándome buen viaje y sus mejores deseos para mi nueva vida y multitud de WhatsApp de todos, terminaron de llenar la línea de signos.

Al primero que contesté fue a mi padre con un mensaje, después envié a cada una de ellas un WhatsApp para decirles que ya me encontraba en mi casa y que más tarde les enviaría fotos y les llamaría. Busqué en mi agenda de teléfonos el número de Eduardo y marqué.

— Hola...

— Hola. Tu voz Alexia... dulce, agradable y suave. Capaz de atravesar miles de kilómetros y hacerme sentir que estas a mi lado.

— He sentido tanto la ausencia de tu voz cuando no me hablabas, cuando

me susurrabas apoyado en mi cuello... que oírte nuevamente, aunque sea ahora mismo por el teléfono... mi cuerpo está completamente erizado y mi corazón palpitante por tu llegada de mañana.

— Alexia, lo siento tanto, siento lo ocurrido, mi reacción, mi...

— No Eduardo, no sigas... olvidemos ese capítulo de nuestra vida. El capítulo de ahora es el que cuenta, como contará el de mañana y los días, meses y años que nos queden por estar juntos compartiendo nuestras vidas, deseos, preocupaciones o lo que nos tenga que venir.

— Sabes que te quiero ¿verdad? Por si no lo sabías te lo digo ahora y te lo repetiré todos los días de nuestra vida. Mañana a primera hora cojo el vuelo hacia Sofía, llegaré sobre las doce de al mediodía cariño.

— Te esperaré en el aeropuerto, creo que no estoy muy lejos, me ha traído un chófer a la casa nueva y la verdad mucho no hemos tardado. ¿Solo estarás una noche?

— Solo una noche Alexia, el lunes tengo trabajo en la empresa y no puedo faltar, créeme que me dan ganas de poner alguna excusa y quedarme unos días allí contigo...pero no sería responsable por mi parte hacerlo estando tan cerca la presentación del proyecto, Alexia, de nuestro proyecto, al que tú también deberás de asistir.

— Siempre tan correcto con tus funciones. — Reí mientras lo dije.

— ¿Qué tal la casa es agradable y confortable?

— Sí, me encuentro ahora mismo sentada en el sofá del salón, se ve confortable en cuanto le dé un poco de vida, o mejor, cuando mañana estés aquí conmigo, quiero que dejes impregnado tu perfume en todas las habitaciones, quizá así cuando tengas que irte lleve mejor tu ausencia ¿no?

— No me digas esas cosas... aquí en mi piso me encuentro solo y no poseo tu perfume en este momento. Tendremos que solucionar esos pequeños problemas de aromas que tenemos ambos... Bueno cariño no quiero entretenerte más de lo necesario, tendrás que empezar a sacar tus cosas. Mañana nos vemos. Te quiero ¿lo sabes no?

— Lo sé y lo siento. Te quiero Eduardo mañana descansaré en tu cuerpo.

Después de aquella llamada telefónica con él, me quedé unos instantes sentada en el sofá, mirando hacia la nada mientras suspiraba, pensando que

mañana estaría en sus brazos nuevamente. Esta vez sin juegos de números, sin miedo a lo que digan, solo y simplemente los dos como somos, con nuestras virtudes y con nuestros defectos. Cuando quise levantarme del sofá, mi móvil empezó a sonar, miré quien era, era Dana y lo cogí.

— Me parece que me tienes que contar algo ¿no? O ¿cuánto tiempo ibas a esperar? Justo esta mañana cuando llegué a trabajar me estaba esperando Eduardo en mi mesa, muy nervioso intentando preguntarme dónde estabas, cuándo salía tu vuelo y de dónde salía. En cuanto se lo dije, salió como un loco corriendo hacia la salida de las oficinas. Hasta ahí sé yo, ahora espero que tú, me cuentes el resto.

— Yo también me alegro de que estés bien Dana... como siempre nada de rodeos y directa al grano. Pues bien, se presentó en el Aeropuerto justo después de pasar los controles de seguridad, solo hablamos a escasos metros que nos separaban.

— Entonces.... ¿Cómo habéis quedado?

— Si no me cortaras te lo contaría de un tirón... como te decía solo hablamos, pero ambos nos dimos cuenta que no podemos estar separados. Dejó sus miedos atrás, su juego, nuestro juego y se declaró a voces en el aeropuerto. Mañana viene a verme, supongo que hablaremos las cosas y comenzaremos una vida como dos enamorados que cayeron presos de un juego.

— Por fin os habéis dado cuenta los dos que os necesitáis, no sabes cuánto me alegro Alexia, estoy eufórica por la noticia. Espero que esta vez os dejéis de tonterías y juegos por el bien de los dos. Por cierto ¿cómo está tu casa nueva?

— Me alegra que me preguntes, esta genial, espero que pronto vengáis a ver la casa todos vosotros. Hace poco que he llegado y solo he visto por encima las habitaciones, cuando tenga un rato os mandaré fotos, pero aún me falta sacar todas las cajas de la mudanza, que por cierto, no sé dónde están, es cierto que aún me falta una llave y no sé de donde es. Cuando he llagado al salón, me he sentado y he llamado a Eduardo.

— Pues no te entretengo más, organiza tu casa y después me cuentas. Hace un día que no te veo y ya te echo en falta Alexia, desde que te conocí has sido muy importante en mi vida y lo sabes. Veremos que tal llevo esta

lejanía. Cuídate mucho y manténnos informados de tu vida y de tus locuras, te perdono que mañana no llames, pues estarás liada con Eduardo bautizando cada una de las habitaciones y rincones de tu casa. Te quiero un montón, un beso.

— Yo también te echo de menos Dana, es una sensación extraña. Por un lado, estoy bien, algo nerviosa e inquieta por todo lo sucedido, pero contenta y triste a la vez. Como ves no sé ni lo que siento, pero yo te necesito, aunque sea en la distancia. Un beso muy grande nena.

Me despedí de Dana, con una sensación extraña en mi estómago que poco a poco subió a mi garganta para hacerse un nudo. Un día sin verla, solo un día y echaba de menos sus palabras, sus burradas y su manera de ser... intenté concentrarme y saber dónde estaban mis cajas con mis cosas.

En el salón, había una puerta que daba a una terraza con césped, me asomé y pude ver que tenía una pequeña zona ajardinada con una mesa de terraza y cuatro sillas, una barbacoa de ladrillo y una pequeña tumbona. Me fijé que en uno de los laterales tenía una puerta con cerradura, y con la última llave que me quedaba abrí esa puerta metálica. Estaba oscuro y entré con cautela de no caerme, busqué en los laterales de las paredes algún interruptor hasta que mi mano derecha dio con el botón de la luz. Allí estaban todas mis cajas de la mudanza, no solo las cajas, sino un coche color blanco pequeño para poder moverme por la ciudad e ir al trabajo. Lo curioseé por dentro y cogí las llaves que estaban puestas en el contacto, el coche estaba genial y era justo lo que necesitaba.

Entre unas cosas y otras empecé a sentir hambre, cuando miré el reloj eran casi las cuatro de la tarde y yo aún estaba por comer. Me acerqué a la cocina y en el frigorífico encontré pegado a un imán una nota de la empresa, dándome la bienvenida y deseándome que hubiera encontrado todo a mi gusto. En otra nota encontré un pequeño plano para llegar a la empresa que no se encontraba muy lejos. Puse las notas encima de la barra y abrí el frigorífico con la esperanza de encontrar algo dentro. Para mi sorpresa estaba lleno de comida y bebida de todas las clases. No me lo pensé y cogí lo primero que pude con un zumo, y ahí mismo de pie me lo tomé casi devorándolo. Cuando me sentí llena y mi estómago dejó de sonar, fui hacia la cochera para ir sacando las cajas y empezar a colocar mis cosas y

personalizar un poco la casa.

Lo primero que hice fue lo que les prometí a los chicos en mi despedida, de mi maleta cogí la foto donde estaban todos menos Eduardo y lo coloqué en una de las paredes del salón donde se viese. Hice una foto y acto seguido se la envié a todos. Seguí por mi cuarto, quería hacerlo más personal, intentando dejarlo ordenado, aunque fuera por esta vez, coloqué toda la ropa en el armario, dejando un hueco para que Eduardo pusiera su ropa, no solo para mañana, sino tantas veces viniera para estar conmigo. Toda la tarde la pasé colocando todas mis cosas y sobre las nueve de la noche terminé.

Me senté en el sillón y encendí el gran televisor de plasma que tenía. Solo encontré un canal en castellano y varios en inglés, los demás estaban en búlgaro y no entendía nada de lo que decían.

Para cenar me hice una ensalada completa con lo que encontré en la nevera, todo fresco y en perfecto estado. No me imaginaba saliendo a comprar por aquí en el mismo día de mi llegada, corría el riesgo de perderme y no encontrar ni mi nueva casa. Cuando terminé de cenar frente al televisor, a mi cuerpo le empezaron a fallar las fuerzas y comencé a bostezar, me dirigí a mi cuarto y tumbada en la cama con mi camisón, el silencio reinó por todos los rincones. Una mezcla de paz y soledad mezcladas.

Absorta pensaba que mañana, a estas horas, estaría con Eduardo, en esta misma cama, bajo estas mismas sábanas percibiendo su aroma, su esencia que tanto había anhelado. La necesidad de tenerlo junto a mí era indescriptible, no tenía palabras para definir el estado en el que se encontraba mi corazón, pero me sentía bien conmigo misma, eran muchas las emociones que habían ocurrido durante este día y mi corazón aun lo podía sentir acelerado, palpitante en mi pecho, como una locomotora viajando por las vías rectas de algún desierto a todo babor.

Entre pensamientos y sensaciones mis parpados se cerraron sin que yo fuera consciente. En esa mañana, el despertador del móvil, sonó con fuerza retumbando en mi dormitorio de una forma escandalosa. Miré mi reloj con los ojos aún pegados, las ocho de la mañana, justo para desayunar, ducharme y terminar de dar mi toque a la casa sin desordenarla demasiado.

El vuelo de Eduardo llegaba a las doce del mediodía, según me comentó ayer. Después de hacer todo lo que tenía pendiente, se me hicieron las diez de

la mañana. Entré en mi habitación y en el amplio armario escogí unos pantalones vaqueros color crema que tenía nuevos, con una blusa en color lila muy fina de seda que se deslizó y acopló perfectamente a la curva de mis pechos. Dejé entre abiertos los dos últimos botones de la blusa para que se viera solo el principio de mis senos. Frente al espejo recogí mi cabello y perfumé mis tres partes preferidas del cuerpo, cuello, muñecas y escote. Ya estaba preparada para ir a buscarlo al aeropuerto.

Tras abrir la puerta que había en el salón que daba a un pequeño jardín, accedí a la cochera, encendí la luz y abrí el coche, las llaves estaban dentro colocadas junto con un mando con dos botones pequeños, que era de suponer que, era para abrir la puerta de la cochera. Antes de salir, en mi móvil localicé donde se encontraba el aeropuerto que no quedaba lejos y puse el navegador para que me llevara.

Cuando encendí el coche y puse la marcha trasera se me caló, era normal, llevaba más de un año sin coger un coche y la sensibilidad con el embrague no era lo mío. Aun así, suspiré profundo y salí de la cochera adentrándome en la gran urbanización de casas clonadas donde vivía, siguiendo al pie de la letra lo que me decía mi móvil para llegar al aeropuerto. Como era lógico en mí, no fue tan sencillo como me imaginaba, pues en uno de los cruces me despisté y me metí por otra salida que no era y el navegador se tomó su tiempo para recalcular la ruta, pero a las 11:30 llegué al aeropuerto. Dejé el coche en el parking que tenían justo al lado.

Nerviosa entré en el pequeño aeropuerto de llegadas y me situé justo detrás de la cinta de separación. Ansiosa miraba constantemente el reloj y los avisos de llegadas de los diferentes destinos. Aquella media hora se me hizo eterna, sumándole que no anunciaron su llegada hasta las 12:15 del mediodía. No paraba de caminar de un lado para otro sin separarme demasiado de las puertas de salida de pasajeros.

Empezaron a salir personas, pero aún no lo veía, mi corazón estaba acelerado y lo podía sentir hasta en mi cuello, hasta que de pronto lo vi salir, arrastrando una pequeña maleta negra, vestido con unos pantalones azul marino y una camisa de manga corta color celeste, tan atractivo como lo recordaba y seguro en cada paso que daba hasta que alzó su mirada en mi busca.

Mientras me acercaba a él, nos encontramos con la mirada y una sonrisa mutua reflejó nuestros labios, antes de que nos encontráramos cara a cara los dos. Enfrente, tan cerca que podía sentir su perfume embriagador por el que había suspirado en esta semana y había suspirado desde el primer día que estuve con él. Soltó su maleta y agarró con delicadeza parte de mi cara y cuello atrayéndome hacia él, atrapando mis labios, nos fundimos en un beso dulce, lleno de pasión.

En aquel lugar solo existíamos él y yo. Por mi cuerpo recorrieron millones de corrientes eléctricas y esas adorables mariposas en el estómago daban entrada a mi máxima entrega hacia él. Cuando nos separamos, nos fundimos en un abrazo tierno que logró deslizarse por mis ojos y rostro lágrimas no solo de júbilo, si no de recuerdos de estos días al no sentirlo como ahora. Podía sentir su corazón latir con fuerza, mientras su respiración se entrecortaba, cuando pude escuchar un sollozo. Ambos estábamos llorando mientras nos fundíamos en ese abrazo, algo que nunca había visto en él, ni tan siquiera, cuando le comuniqué mi decisión de cambio de país. Siempre tan duro en sus sentimientos, nunca dejó ver su lado tierno y débil. Me retiré para ver su mirada, y él avergonzado la bajó, con mi mano alcé su rostro para ver aquellos ojos que lloraban, mientras en los míos brotaban lágrimas que no controlaba.

— No quiero que me veas así Alexia.

— Eduardo, mírame a los ojos, no te avergüences nunca de llorar...

— Te amo tanto...que el día que me dijiste que te alejabas de mí, en ese mismo momento, sentí morir por dentro Alexia. No quería ver lo que era claro y verdadero. No puedo vivir sin ti, pues tú eres el aire que respiro, y cuando no estás siento que me ahogo.

Esas frases llegaron a lo más profundo de mi corazón cuando las dijo con sus ojos inundados en lágrimas, mirándome directamente a mí y sin apenas pestañear. Veía un hombre más débil de lo que aparentaba e incluso vulnerable, de lo que me tenía acostumbrada, esta nueva faceta visible de él era lo más tierno que había conocido de un hombre, declarando su amor por mí bajo lágrimas.

Cuando quisimos darnos cuenta, a nuestro alrededor no había nadie, reinaba el silencio por toda aquella sala, apenas se veían unas cuantas

personas vagando por las instalaciones. Salimos de allí abrazados mientras ambos nos limpiábamos las lágrimas derramadas en nuestro encuentro.

Poco a poco nos fuimos aproximando al lugar donde tenía mi coche aparcado, cuando en el coche me dejó acorralada con su cuerpo, poseyendo mis labios con deseo, con anhelo y pasión dejándome sin aliento, a la vez que mi cuerpo lentamente se deshacía como el hielo en un desierto.

En ese mismo instante comprendí que todo lo ocurrido, toda mi locura, pesadumbre, desconcierto ante lo nuevo, todo había merecido la pena, que mi vida se volviera del revés en tan solo unas semanas. Él despertó mi otro yo que se hallaba oculto en lo más profundo de mi alma, una Alexia capaz de romper con las reglas establecidas que habían regido toda mi vida hasta entonces.

Para volver a mi apartamento, volví a necesitar la ayuda de mi navegador para no perderme y aparecer en otra urbanización. Eduardo no dejaba de mirarme y observar cada movimiento que hacía, su mano reposaba en mi rodilla mientras conducía acariciándome con sus dedos. El silencio nos acompañó hasta que llegamos a la casa. Aparqué el coche justo en frente de la puerta de la entrada, donde estaba el número de mi apartamento. Al bajar del coche y sacar la maleta, Eduardo aún no se había percatado del número de la casa. Carraspeé mi garganta y dirigí mis ojos hacia el número, él buscó con su mirada y supe que lo había visto cuando noté la expresión de sus ojos agrandada, una sonrisa pícara reflejó en sus labios, clavando sus ojos marrones en mis ojos azules.

— Hay millones de números Alexia, pero entre todos ellos, este es nuestro número, y veo que nos va a seguir por el resto de nuestra vida. Espero que los cimientos de esta casa sean sólidos pues los temblores que recibirá...

Le agarré de la mano y abrí la puerta de la casa. Lo conduje hasta la habitación para dejar su equipaje, y allí los dos frente a frente, se nos llenó la habitación de un silencio con magia, donde escribiríamos nuestras vidas. Lentamente nuestros labios se acercaron, perdiéndonos en la dulzura, abrazándonos, uniéndonos en completo calor abrasador mientras acercábamos los latidos de nuestros corazones, envolviéndonos lentamente, casi sintiendo como la respiración se nos agotaba. Amándonos mientras transmitíamos nuestra pasión con caricias, queriendo que ese momento durara

una eternidad, para vivir con esa felicidad y sensación que teníamos en ese mismo momento. Ambos recorrimos cada centímetro de nuestra piel, mientras nuestros cuerpos quedaban expuestos a la desnudez, suaves movimientos para no quebrarnos la piel con el deseo. Nuestros cuerpos reposaron en la cama para poco a poco unirse por completo fusionando nuestras inertes almas, formando una sola, un solo ser. Nuestros movimientos lentos y seguidos, nuestros besos y caricias envolvieron ese momento con miles de estrellas vistas en el firmamento, un clímax mutuo y duradero envuelto en una atmósfera singular y especial. Él y yo, solo los dos, ni miedos, ni mentiras. Un amor puro reflejado por nuestra ausencia notada, donde ambos sentimos morir cada día que pasaba sin que respiráramos el mismo aire.

Tendidos en la cama, recuperando el latido regular de nuestros corazones, mientras nos mirábamos, contemplando cada rasgo de nuestro rostro, nos fundimos en un beso tierno y abrasador como un volcán en erupción, llevándonos a un incontrolado estado frenético de amor y sexo llevado a su máxima expresión terrenal. Nuestros cuerpos entraron en esa dimensión conocida por los dos, paralela a esta vida, sintiendo esa mágica corriente y placentera sensación de placer por todo nuestro cuerpo mientras yo reposaba sobre él.

Un descontrol animal de ambos nos poseyó, adueñándose de cada parte de mi anatomía desnuda, dejándome arrinconada en la pared mientras arremetía con esa fuerza, esa ansia sobre mí. En la cama los dos tumbados, de rodillas, sentados y de pie perdiendo la cordura del momento sucumbimos a la llegada de un clímax sublime, en el ansia irreconocible de nuestros cuerpos.

Abrazados, mi cabeza reposó en su pecho. Escuchar sus latidos con tanta fuerza hizo sentirme amada y deseada por él. Su fuerza, su viveza y su cuerpo eran capaces de envolverme en un espacio donde mi alma reposaba tranquila y serena. Estuvimos así en silencio, bajo solo el leve sonido de nuestra respiración un largo tiempo.

Alcé mi cabeza para ver sus ojos, expresaban felicidad, dulzura, su brillo era diferente, tenía ese embrujo que me condujo desde un principio a sus brazos. Y bajo ese embrujo nuestros cuerpos se unieron nuevamente, nos amamos con esa ansia, energía, con anhelo y deseo. Con él era amor y era

sexo descontrolado, como si la vida se nos fuera a escapar en ese instante, fuerte en sus abrazos, varonil y protector de su presa.

Fue uno de esos instantes, en uno de esos momentos, en los que la vida quiso regalarnos mutuamente el cariño y la voluntad de dos almas entregadas sin condiciones, sin reglas, solo nuestro mutuo deseo de perdernos en nuestros cuerpos, saborearnos, comer de la miel de ellos.

No nos habíamos percatado de que ya eran las tres de la tarde, nuestra hambre fue menguada por la pasión que nos desbordó en el dormitorio, ni tan siquiera dio tiempo a enseñarle la casa, el dormitorio fue nuestra primera fuente de alimento, mi sed por él era mayor que cualquier cosa en ese momento.

— Eduardo, cariño. — Deberíamos de vestirnos y comer algo, nos conocemos y si seguimos el ritmo de amarnos...me parece que los dos nos veremos ingresados por ingesta de sexo descontrolado y malnutrición.

— ¿Malnutrición Alexia? — Creo que me he nutrido bastante del néctar de tu boca y de tu cuerpo, de tu sexo palpitante y húmedo... al igual que tú lo has hecho del mío. — Dijo riendo.

Entre risas nos levantamos de la cama. La verdad vestirse fue todo un reto por ambas partes, pues nuestra mirada felina no quitaba ojo de mi cuerpo que se había convertido en suyo, la posesión, la propiedad reclamada y sellada, su pertenencia que me dejaba acorralada por todos los rincones, dándome ese placer extremo jamás conocido antes.

La tarea complicada de vestirnos, entre risas y los besos robados, siendo asediada y perseguida por la habitación. La salida furtiva de nuestro cuarto a medio vestir, nos llevó a ambos al sofá. Me giré de repente haciéndolo frenar de la persecución, poniéndome delante de él, mirándole con esa mirada felina, como una fiera salvajada me abalancé sobre él, capturando su boca sedienta de mí, mordiendo su boca abrasadora y mordiendo sus labios con ansia, ansia de él, de nuestro juego, de ese poder de seducción que nos condujo a la perdición de una lujuria.

El control era mío, lo hice saber desde ese mismo momento tirándolo en el sofá, arrojándolo con fuerza, desplazándolo con la energía de una mujer ansiosa de su cuerpo. Arranqué la poca ropa que llevaba puesta y me abalancé sobre su cuerpo desnudo, devorando con apetito insaciable su pecho

robusto y sus músculos marcados. Bajando hasta su sexo expectante y deseoso de ser mordido por mi boca, a la vez que mis manos lo tocaban. Su descontrol, sus jadeos, esa respiración entrecortada por esa ansia de poseerlo, culminó en la llegada de su perdición, de ese dejar y abandono de su cuerpo inerte en el sofá, a ese ataque lujurioso de mi ser.

— Alexia ¿qué estás haciendo conmigo? Haces que me pierda por los caminos de la locura. Me dominas con maestría, cuando yo quise siempre tener el control, el poder y me abandono a esa perdición. — Dijo con voz entrecortada, mientras intentaba recuperar el aliento de lo sucedido.

— Ese juego de dominio y de control forma parte de nosotros. Es nuestra esencia y la condición de nuestro mutuo amor. Juntos perderemos ese control de nuestras vidas, de nuestra existencia terrenal. Lo carnal primará en nosotros y como bestias, como amantes y como pareja culminaremos esa lujuria y ese pecado capital.

Me levanté y me acerqué a la cocina. Dos vasos de agua fría sirvieron para apagar la sed de tan abrasador momento. Él, se acercó y bebió esa fría agua para refrescar sus labios y su garganta. Me miró con esos ojos que eran capaces de atravesar y hallar los pensamientos ocultos de cada ser. Sonrió mientras nuevamente se vestía bajo mi atenta mirada.

En la comida, uno frente al otro, hablábamos sobre el proyecto que en breve se presentaría en Madrid, al cual debería de asistir, donde expondría de forma breve y concisa el trabajo realizado durante esos meses. Una labor del equipo que formábamos; Pablo, Eduardo, Lara y yo, cada uno en su campo, juntos cuidamos al detalle ese proyecto, que impulsaría a la empresa y la que impulsó mi nuevo trabajo.

Eduardo se sentía orgulloso de mí, escueto en sus palabras solo podía verlo en el reflejo de sus ojos, en las expresiones de su cara. Ninguno en ese momento habló de la lejanía que por ahora nos tocaría vivir, cuando antes la lejanía estaba en reconocer nuestros sentimientos.

Le gustaba el apartamento, amplio y con mucha luz. Aun lleno de cajas por colocar se prestó a ayudarme. Lo que menos me apetecía en ese momento era ponerme a colocar mis cosas, mis recuerdos y todo lo que arrastré hasta aquí. Quería detener ese momento, ese instante para que se repitiera una vez y otra vez incansablemente en el espacio tiempo.

Relajados en el sofá después de comer, acariciaba mis manos mientras sus ojos se clavaban en los míos, esa mirada que se tornaba sensual, en la que convertía mi sangre en lava. Me mordí el labio inferior sin apenas darme cuenta que en ese momento sería presa de él.

Acercándose aún más a mí, rozando con sus dedos mis labios húmedos y calientes para él. Desabrochó cada botón de mi camisa dejando mis pechos al descubierto. Mis pezones endurecidos a la excitación del momento, a la espera de que fueran devorados y preparados para sentir su lengua abrasadora que los repasaran uno a uno. La llegada de su boca a la mía mientras acariciaba mis pechos, el juego de nuestras lenguas incandescentes a la lujuria poseída. Volvió a suceder, volvió a ocurrir que el tiempo se paralizó en nosotros, en nuestra desnudez. Uno enfrente del otro, devoró cada rincón de mi cuerpo, el manjar de mi sexo preparado para él y su llegada. Arremetió con fuerza, con prisa por estar dentro de mí, por sentir el calor de mi cuerpo. Sin tregua ninguna, en el sofá dejó mi cuerpo temblando al placer que era capaz de darme, cuando sentí su llegada y su final, esa descarga en un embiste final dejando su cuerpo reposado encima del mío.

Nuestras respiraciones eran una conjunción agitada, sin apenas dejarnos pronunciar palabra alguna. Y siempre esa sonrisa pícaro de los dos, ese mover de fichas en un ajedrez por conseguir un jaque mate.

No solo la cama y el sofá fueron testigo de nuestro amor, de nuestro apareamiento indiscriminado por saciar lo que para nosotros era insaciable. Cada rincón de la casa sintió la vibración de nuestros cuerpos, cada pared fue marcada por mis manos, empujada y golpeada hasta caer la noche en el apartamento. Caímos rendidos en el salón, en el suelo nuestros cuerpos tendidos y abrazados recuperando la normalidad, regresando a la vida real.

Ambos poseíamos la habilidad de perdernos llevando a nuestros cuerpos al límite de lo razonable, y aun estando ambos demacrados en el cansancio deseábamos mucho más, pero nuestros cuerpos quedaron inertes a tan extremo placer duradero.

Como pudimos cenamos algo, me pesaba todo el cuerpo del cansancio, a la pérdida de control y bajo las sábanas quedamos sucumbidos a un placentero sueño abrazados, rozando piel con piel nuestros cuerpos.

Despertar bajo su atenta mirada, esa que era tierna y de admiración. Besar sus

labios en la mañana con delicadeza, sabiendo que lo tenía ahí conmigo, entero para mí, algo que este juego había dejado en nosotros, era el ser dueños de nosotros mismos, él era mío y yo era suya.

Su vuelo salía por la tarde, concretamente a las 16:00 horas y sin poderlo remediar, el reloj se apoderó de ese tiempo que nos quedaba para estar juntos, para disfrutar de nuestros cuerpos. Una conversación pendiente quedaba en el silencio ¿qué haríamos en la distancia? Algo que no quería ni pensar, simplemente quería vivir los momentos que la vida me estaba regalando junto a él, me bastaba solo eso, saber que por fin ambos estábamos decididos a formar parte como pareja.

Los dos en el aeropuerto enmudecidos, nuestra cara era un fiel reflejo del dolor de esa despedida, de la separación momentánea.

— No te preocupes Alexia, sabremos buscar entre los dos los momentos, el tiempo para estar juntos. Ahora concéntrate en tu nuevo trabajo, algo que te mereces por tu esfuerzo y dedicación. — Dijo abrazándome con fuerza.

— Lo se Eduardo, sé que ambos conseguiremos superar todos los obstáculos de esta distancia. Cada segundo te tendré presente, y ahora por casa tu perfume me impregnará en cada rincón por unos días, después, reclamaré nuevamente que dejes ese perfume por todo mi cuerpo.

Con un beso apasionado, de esos que no dejan indiferentes a nadie de cuantos pasan a nuestro lado, nos despedimos con un hasta luego, con un te quiero en nuestros labios. Por mis ojos resbalaron lágrimas, verlo alejarse de mí, júbilo por saber que esto solo era un comienzo y el umbral de una vida juntos. Agaché mi cabeza y me alejé de allí en mi coche a mi nueva casa, donde en esos momentos reinaba un silencio abrumador de soledad.

## Capítulo 2

Ese silencio, ese dolor en el corazón y el nerviosismo por comenzar mañana mi primer día de trabajo eran latentes. Una mezcla explosiva de sensaciones y de emociones tenían a mi corazón latiendo con fuerza. Toqué mis labios, los que apenas hacía un rato habían sido devorados por él, atrapados y abrasados por su deseo. Mi mente vagaba por esos momentos de pasión y lujuria bajo las sábanas, bajo el techo de esta nueva casa y este país.

Se vio interrumpido por una llamada de teléfono, era Dana.

— Hola Dana...

— Por tu voz Alexia, he de suponer que Eduardo ya se marchó. ¿Cómo ha ido vuestro encuentro? ¿Habéis hablado?

— Dana, hemos hablado algo, quizá de todo aquello que no nos atrevimos en su día, ese juego que nos trajimos ciegos en nuestro mundo, vosotros, todos, desde fuera teníais claro que habíamos pasado la barrera de la lujuria que se apoderó de nosotros y caímos en las redes del amor como dos adolescentes, ingenuos pensábamos que teníamos la situación bajo control y no era así.

— Me alegro Alexia, yo te repetí en muchas ocasiones que no dejabais de actuar como una pareja y que os poníais excusas uno al otro. Me supongo que le habrás dado un buen repaso en la cama.

— Que burra que eres, tienes el don de romper esa magia de la que estábamos hablando las dos, eres única Dana.

— ¿Me vas a decir que no es verdad? Como me lo digas te juro que cuando te vea te atizo por mentirosa. No me puedo imaginar lo que ambos teníais contenido en vuestros cuerpos, te recuerdo que soy de las personas que me he quedado siempre alucinada de cómo os cambiaba la mirada o del calor que emanaba tu cuerpo.

— No te voy a mentir, ha sido un encuentro deseado y desde luego que lo hemos celebrado como tocaba, es más, no hemos salido ni del piso.

— Ya decía yo... conociéndote a ti y a él iba a arder Sofía. Pero ahora en serio ¿cómo estás? No solo por la marcha momentánea de Eduardo si no de los nervios por comenzar mañana. ¿Sabes? Me siento muy orgullosa de ti, estas lejos pero te siento cerca, Alexia, se abrieron puertas en tu vida sentimental y laboral y he de decirte que eres muy valiente.

— Dana, me vas hacer llorar y sabes que no soy de lágrima fácil. Estoy... no se...es extraño, son muchos los sentimientos en este momento, muchas emociones juntas y aun no me creo que mañana tenga que ir a mis nuevas oficinas a ocuparme de un puesto importante y de responsabilidad.

— Respira hondo y verás que todo saldrá bien.

— ¿Cómo están los demás?

— Tu hermano y Gema como siempre en plan acaramelados y demostrando su amor por cada rincón. Creo que andan pensando en vivir juntos, a Gema se le ha quedado la casa grande. Supongo que esta tarde noche te llamarán y te contarán más de sus vidas. Enzo y yo andamos ya mano a mano con el lío de la boda. ¿Estarás para la prueba de mi vestido no?

— Eso espero, por nada del mundo quiero perderme ese momento tan especial. Qué ganas tengo de verte vestida de novia, Dana, vas a estar espectacular, la novia más guapa que haya visto todo Madrid. Dana, te voy a dejar que quiero ducharme y preparar un poco el día de mañana, seguimos hablando y que sepas que te quiero un montón.

— Seguimos hablando Alexia, no te desesperes por no follar en estos cinco días.

Colgamos el móvil, desde luego como siempre lo que parecía una conversación de dos mujeres maduras, Dana siempre le daba la vuelta y terminaban saliendo de su piquito de oro alguna burrada de las suyas.

Tras la ducha y revisar un poco una pequeña presentación y ensayarla en voz alta con mi inglés madrileño, la luz del día desapareció. En breve Eduardo llegaría a España, lo sentía cerca de mí, a mi lado. Por cada rincón de mi casa sentía su perfume, esa estela que dejaba, ese rastro que se apoderaba de mí y hacía que mis ojos se cerraran para sentirlo en mis adentros, suspirando, recorriendo con mis manos donde estuvieron las suyas, sintiendo su calor abrasador, el tacto aterciopelado y la delicadeza de sus manos.

Sentada en el sofá, cenando algo ligero volvió a sonar mi móvil, era Gema. En nuestra conversación pude hablar con los dos, se les veía emocionados por esa repentina decisión de vivir los dos bajo el mismo techo, en mi antigua casa. Pude percibir el nerviosismo de mi hermano Jorge, no solo por adentrarse en una nueva aventura, sino por tenerme quizá tan lejos de él. Nuca ninguno de los dos, a pesar de que nuestro contacto no era muy seguido, habíamos estado tan apartados, ejercía como siempre de hermano mayor y solo deseaba lo mejor para mí, bajo quizá su protección.

Cuando colgué la llamada tenía varias perdidas de Eduardo y finalmente un mensaje que cuando pudiera le avisara para saber que ya estaba libre para hablar. Le llame de seguido, nerviosa, con el pulso tembloroso y la voz algo

quebrada por el ahogo de mi sensación de vértigo al escuchar su voz.

— Me tienes loco, con delirios por el recuerdo de tus besos, por tu forma de mirarme tan sensual, felina y fiera que deja mi alma a tus pies. Un mero títere en tus manos que desea que lo devores y que lo muerdas con deseo, con esa sensualidad y con ese poder que ejerces sobre mí.

Alexia, solo unas horas sin ti y ya muero por dentro. Mis manos conservan el perfume de tu piel, el magnetismo con el que me atraes y quiero hacerte mía una y otra vez.

— Eduardo, todo mi cuerpo me sabe a ti, es extraño, te tengo a miles de kilómetros, pero a la vez te tengo y te siento tan cerca de mí que puedo tocarte en el aire, en esa estela que has dejado hace tan solo unas horas. No sé cómo lo haremos, cómo lo lograremos, pero muero por dentro al no poder verte más que en el reflejo de esos momentos.

— No digas nada, veremos lo que nos indica el camino, ahora me da igual porque pensé que te había perdido por mis miedos, por mi orgullo y teniéndote en mi vida todo cambió en esa misma habitación de hotel, en ese ascensor cuando pronuncié esas palabras de desearlo, el poder recorrer tu cuerpo con mis manos, el sentir tu respirar profundo cuando te abrazaba con mi cuerpo. Ahora Alexia me basta saber que te tengo conmigo.

Sin darnos cuenta, entre palabras de amor, entre palabras que incitaban a la lujuria de una noche, caímos rendidos bajo las sábanas de nuestra cama, bajo el susurro de su voz sensual y penetrante. Cerré mis ojos y me dejé envolver en esa atmósfera que nos rodeaba, bajo ese calor abrasador de mi cuerpo por desearlo y poseerlo a cada segundo de mi vida.

Sonó temprano el despertador y el móvil. Como nunca antes me había pasado, desperté con los ojos más abiertos de lo normal, como un búho en la nocturnidad a la espera de su presa. Me di una ducha para despejar mi cuerpo, me arreglé con uno de los trajes de chaqueta que me había comprado la vez anterior. Algo ausente aun de lo que estaba a punto de comenzar, tomé un café con una tostada de mermelada, el pulso aún estaba ausente al igual que los latidos de mi corazón, tranquilos y rítmicos como en una melodía de alguna balada, de esas que buscan la calma de un momento único.

Cuando vi encima de la mesa mi breve presentación y todos los datos para llegar a mi nuevo lugar de trabajo, en ese mismo momento era como si me

hubieran lanzado al vacío de algún acantilado, el vuelco que tuvo mi cuerpo fue tan grande que tuve que agarrarme a la encimera de la cocina para no caerme en ese preciso momento. El café en esos momentos temblaba con tanto ímpetu, que la mitad de este se salió de la taza.

Intenté sosegarme un poco, terminar el desayuno, coger mi maletín y acceder a la cochera. Sentada frente al volante, intentando que mi pulso me dejara teclear en el GPS la dirección correcta, respiré hondo, cerré momentáneamente los ojos y me centré.

Aún era temprano, pero quería llegar pronto, no debía dejar que ocurriera lo de Madrid, mis continuos retrasos en el trabajo, esos que casi me cuestan lo que ahora mismo estaba a punto de comenzar, una nueva aventura en mi vida y un nuevo futuro como jefa del departamento.

Salí de casa en el coche a eso más o menos de las ocho de la mañana, hasta las nueve no comenzaba mi jornada, pero aparcar e intentar relajar estos nervios eran lo primordial en ese preciso momento.

En el camino, mientras me esperaban unos quince minutos de recorrido, escuchaba el sonido de fondo de mi móvil, iban llegando los mensajes. Suponía que él, el que había dejado mi vida del revés me estaba deseando un buen comienzo. Todo el grupo se había volcado de tal manera, para que de alguna forma, no sintiera esa ausencia ni esa lejanía.

Llegué por fin a las oficinas de Sofías Markpu, lo recordaba como si hubiera pasado una eternidad completa y en realidad hacía poco que había estado aquí con mis compañeros de proyecto.

Aparqué el coche en una de las plazas libres del parking. Bajé de él, y me encendí un cigarrillo para mitigar un poco ese nerviosismo mientras leía todos los mensajes de mis amigas y en especial de él, de Eduardo. Recibir ese mensaje de buenos días, las palabras de apoyo, el reconocimiento de mi buen hacer, de mi trabajo me daban esas fuerzas extras que necesitaba.

La mente vagaba en los recuerdos de la visita a estas oficinas, a la intervención en la charla, a todos los puntos expuestos. En esa comida todos me dieron la enhorabuena por la ex ponencia que hice sin saber, estando ciega que no solo a ellos les había causado buena impresión, sino que el mismísimo director Nikolay Andreyev se había fijado en mí trabajo.

A las nueve menos diez atravesé las amplias puertas que daban al vestíbulo, allí ya se encontraba una persona en la mesa de la recepción, me acerqué a ella y me presenté. Muy amable se levantó y me acompañó a lo que iba a ser mi nuevo despacho. Durante el recorrido me comentó que le comunicaría a Sr. Andreyev que ya había llegado.

Al final de unos de los tantos pasillos y salas que disponía esta central de oficinas, se encontraba mi despacho. Abrió la puerta y me dijo que me acomodara, se despidió de mí y me dejó en la entrada.

Me había quedado hay de pie quieta, algo pasmada y muda, el despacho era de una dimensión superior a lo que me podía haber imaginado en mi mente o en mis mejores sueños. Con una mesa central de madera color caoba, mi silla y dos enfrente de estilo moderno que a primera vista parecían de piel. En los laterales dos amplias mesas preparadas para las presentaciones fotográficas, un lugar limpio y ordenado donde trabajar. Al otro lado del despacho una pequeña mesa redonda del mismo color que el escritorio y un sofá combinado con los colores de las sillas. Un pequeño lugar de reuniones o de descanso con un mueble al lado con algunas bebidas y algo de comer.

Me había quedado alucinada en la entrada, aun mis pies no se habían adentrado, mi pulso estaba acelerado, estaba emocionada, era una mezcla del miedo, de una nueva responsabilidad y de un todo.

Entré y cerré la puerta, me dirigí a mi mesa y como una niña con algo nuevo me senté en mi silla, aquella sensación no podía describirla, era algo excepcional, disponía de dos pantallas de ordenador de gran tamaño para realizar mi trabajo. Cuando seguía en esa nube, donde me encontraba plácidamente, llamaron a la puerta. Con mi voz algo tímida dije que pasara, se abrió la puerta y ante mí apareció el director.

— Buenos días Alexia, espero que el piso y tu despacho sean de tu agrado. Estamos muy contentos de tenerte por fin aquí.

— Buenos días, la verdad estoy muy agradecida por todo y por el trato que me estáis dando.

— Espero que estés cómoda en tu despacho, y no dudes en pedirme lo que puedas necesitar, lo primero es disponer de las herramientas necesarias para hacer una buena labor. Mientras haces una toma de contacto convocaré una reunión a las doce del mediodía con el que será tu equipo, así haremos las

presentaciones oportunas y podrán ponerte al día del proyecto que vamos a comenzar en breve. La sala de reuniones se encuentra en la 4ª planta la puerta F.

— Muchas gracias por todo, estaré allí a las doce.

Cerró la puerta y pegué un respiro, la verdad no estaba acostumbrada a hablar tanto el inglés, quizá estaba algo desentrenada, pero he de reconocer que en ninguno de los momentos me había quedado en blanco.

Encendí las pantallas de los ordenadores, abrí los cajones, los cuales disponía de todo tipo de material de oficina y en uno de los últimos cajones me encontré con una cámara fotográfica que cortó por un instante mi aliento. Era la misma que había visto en las manos de Eduardo, esa misma que hizo esas impresionantes fotos.

Sonreía como una niña chica. Iba de la silla al sofá, entusiasmada, del sofá a las mesas de trabajo fotográfico, encendí todas las luces y ese brillo me deslumbró, esa claridad y ese blanco. Decir que me encontraba encantada se quedaba corto. El despacho se encontraba lleno de fotografías enmarcadas de diferentes lugares de la fábrica y de diferentes proyectos, mirando una a una, llegué a la que menos me pudiera haber imaginado encontrar... nuestra visita a la fábrica, ahí estábamos Pablo, Lara, Eduardo y yo, observando atentos algo que nos mostraban. La sonrisa de mi cara era un fiel reflejo de lo que sentía, de esa felicidad y de ese añoro de lo que más yo quería, Eduardo.

Entre unas cosas y otras el tiempo pasó deprisa y se aproximaba la hora de la reunión, con mi maletín salí de mi despacho hacia al ascensor, pulse ese número 4 que para mí marcó un principio en mi vida. Busqué la puerta F y llamé. Escuché una voz lejana que me dijo que pasara. Ante mí se abrió una amplia sala con una mesa alargada, lleno de sillas y una luz aun algo tenue.

— Buenos días Alexia, pasa y siéntate, en breve comenzará nuestra primera reunión. Mi nombre es Katya.

La reunión comenzó en un abrir y cerrar de ojos, tras la presentación de todo el equipo, ocho personas que estarían bajo mi dirección. Me sentí abrumada, algo confusa por la responsabilidad que me habían dado frente a este nuevo proyecto publicitario. Se trataba de un automóvil, de una marca muy conocida, que de alguna forma, revolucionaría todo el mercado automovilístico conocido hasta ahora, con la mayor inteligencia incorporada

y los últimos avances sobre motores.

Mi cabeza era un torbellino de ideas, de imágenes reflejas una tras otra en mi mente, pero con miedo, con una cautela que hasta ahora no la había sentido. Me imaginaba que los nervios también me estaban jugando una mala pasada. Todo era nuevo para mí y requería de un autocontrol muy superior al que quizá yo hasta ahora no había tenido, o por lo menos en mis últimos meses, por el que yo había pasado por un cambio a nivel profesional y sentimental.

Realmente la mañana pasó deprisa y cuando quise darme cuenta ya nos estábamos despidiendo. Volveríamos mañana a reunirnos en la sala, esta vez sin el director general de las oficinas. Todo un equipo que esperaba que les abriera el camino y les diera las directrices para poder comenzar.

En ese momento justo cuando me estaba despidiendo de ellos, mi mente se había quedado en blanco, carecía de toda idea. Todas aquellas imágenes que me había aparecido con anterioridad avasallando mi mente por completo, habían desaparecido, literalmente habían volado sin más.

Y en el coche, intenté respirar hondo mientras ponía rumbo a mi urbanización, donde quizá, rodeándome entre esas cuatro paredes podía vislumbrar alguna magnífica idea para el proyecto bautizado como Newmot.

A la llegada y como de costumbre en mi vida, lancé mis tacones en el dormitorio, me puse algo de ropa cómoda y me dejé caer en el sofá del salón. Cogí mi móvil y ahí estaban sus mensajes dándome esa calma que requería y necesitaba, la sensualidad en sus letras, les ponía sonido en sus labios gruesos y rojos. Sabía que no era una hora para molestar, pues él aún estaba trabajando, pero aun así le envié un mensaje, diciéndole lo mucho que le añoraba y que me avisara para llamarlo, pues moría por dentro por tan solo escuchar el susurro de su voz a través del teléfono. Encontrar en su aliento esa sensualidad que ambos poseíamos, ese contacto de intimidad, el poder de la seducción en lo terrenal. Lo deseaba a mi lado, en este sofá en el que me encontraba tirada, acariciando su pecho con mis dedos, formando círculos en ese fornido torso, acariciando su cabello, perdiéndome en sus labios, salir en busca de la caza de su lengua para seducirla con la mía, bajo un juego peligroso que nos llevaría a sofocar los calores extremos que ambos poseíamos, en el momento que nuestra mirada se cruzaba.

Los calores que poseía mi cuerpo, tenía que apagarlos, corría el riesgo de quemarme sola en casa y es algo que prefería hacer con él. En la ducha calmé ese deseo carnal que se había apoderado de todo mi cuerpo. Me ayudó el relax del agua no solo para apagar el volcán que era, sino relajarme y pensar en el trabajo.

Cuando salí con el albornoz puesto mientras me tomaba una taza de café americano y fumaba un cigarro, abrí la carpeta del proyecto. Ojeé lo que la empresa esperaba, lo que más o menos pensaban ellos enfocar, todo el marketing y de pronto vinieron a mí las nuevas ideas, pero de alguna manera contradecían el concepto que tenían ellos pensado.

Hice un pequeño borrador y unos bocetos que reflejaban lo que yo quería hacer. Mi duda era si no era demasiado arriesgado que ya en el primer proyecto asignado, cambiar lo que ellos tenían preconcebido. Mis miedos volvieron atrapando mi tranquilidad, esa responsabilidad me estaba superando, mi pulso algo tembloroso se hacía patente agarrando la taza.

En ese momento sonó el teléfono, era Eduardo:

— Hola cariño ¿cómo ha ido el primer día?

— Hola, me encuentro ahora temblando como una niña con una taza de café en la mano y un cigarro encendido cariño. Creo que este trabajo se me ha quedado grande, no estoy preparada...

— ¿Por qué dices eso? ¿Pero qué ha pasado Alexia? Seguro que son solo nervios del primer día, siéntate y cuéntame todo el día de hoy.

— Cariño, no se... me encuentro nerviosa, con muchas responsabilidades, demasiadas personas a mi cargo que esperan mañana el arranque de un nuevo proyecto. Al principio de la reunión en la mañana, las ideas me vinieron por sí solas, pero luego cariño, me quedé en blanco y tan siquiera recordaba lo que me había pasado por la mente. Ahora después de ducharme, me ha venido la inspiración, mi mente no ha parado de ver lo que podría ser el enfoque de las fotos, la visión y la graduación, pero no concuerda con lo que el director más o menos nos ha marcado. Ha sido cuando nuevamente me ha entrado miedo, eso es cariño, tengo miedo y dudas.

— Bueno, cálmate que eso es lo primero. Es normal que te encuentres así. Tú recuerda que yo antes tenía tu anterior trabajo y cuando me ascendieron,

aquí donde me ves, con esa seguridad que aparento, no fue nada fácil. Es lógico ese miedo, esa nueva responsabilidad y bueno la distancia también hace lo suyo. Tu cabecita ha pensado en algo que no rige las reglas estipuladas del proyecto y eso no es nada malo cariño, al contrario, eso significa que tienes una capacidad muy alta y que estas más que cualificada para realizar ese trabajo. Te propongo que te reúnas mañana con el director y le muestres ese nuevo enfoque como posibilidad y alternativa.

— ¿Mostrarle mis ideas y contradecir las tuyas? Creo que eso sería un poco arriesgado y más siendo mi segundo día de trabajo cariño, suelo estar loca pero no a ese nivel.

— ¿Tú crees en tu trabajo Alexia? ¿Tus ideas son mejores que lo que rigen?

— Pues sí, no tengo duda que lo que se me ha ocurrido creo que sería mucho mejor de lo que ellos, en un principio, han reflejado en el dossier que nos han pasado.

— Pues entonces cariño, lucha por ello.

Me quedé pensado en ello mientras él me esperaba al otro lado de la línea callado. Tenía toda la razón, creía en mi idea y en llevarla a cabo, el ser capaz de llevar a ese equipo, el poder y la convicción de desarrollar uno de los mejores anuncios a nivel internacional. Después de varios minutos mirando ante mí mis bocetos, mis gráficas y la exposición, ante mí, se abrió la luz y lo vi claro. Eduardo muy paciente esperó todo ese tiempo al otro lado del teléfono, dejándome ese tiempo, esos segundos de tregua, de enfrentarme a esos miedos. Poseía el don de llevarme a la calma, a la tranquilidad y al sosiego. Un don que acababa de descubrir en él. Eso me hizo sonreír, mientras hablábamos por teléfono y pasábamos la tarde contándonos todo aquello que nos había pasado.

Justo en esta semana se presentaba al comité de la empresa de España el proyecto Youm, lo que significaba que tendría que viajar, pues la exponencia de la presentación tendría que ser conjunta, frente a ese comité, donde también estarían los responsables a nivel mundial de la marca que representábamos. Estaba orgullosa de ese trabajo realizado, no solo por las puertas que me abrió, sino poder ver, que ese talento que vio en mí Eduardo, no se vio perturbado por el deseo que poseía hacía mí.

A la hora de la cena, los dos apenados, románticos y algo bobos nos despedimos, ninguno de los dos era capaz de colgar el teléfono, el no poder acariciarnos, darnos un beso de buenas noches, era nuevo en nuestras vidas tras esa reconciliación. Los dos tuvimos que colgar el móvil a la de tres como si fuéramos dos niños en el comienzo de su primera historia de amor.

Con una sonrisa, con una melancolía me preparé una ensalada para cenar. En la televisión no encontraba nada interesante que ver, una peli que comentar con Gema y criticar a los actores perfectos en belleza que salían, la repentina entrada de Dana en casa con alguna de esas palabras tuyas tan oportunas. El silencio reinaba en esta habitación. El móvil estaba lleno de mensajes de ella, incluso llamadas perdidas de ambas, mensajes reclamando que dejara de hablar unos segundos con Eduardo o la guarrería de turno que estuviéramos haciendo o se nos hubiera ocurrido hacer por el teléfono, esas eran palabras textuales de Dana. Como siempre ella, quién podía ser sino, quien en su mente pensara que podríamos estar manteniendo una conversación por teléfono subida de tono.

Era ya algo tarde y tan solo estuve mensajeándome con ellas, eran únicas para hacerme reír y olvidar de alguna forma todos mis pesares, parecía que las tuviera ahí mismo en mi salón. No sé si el apartamento de al lado estaba ocupado, pero sin duda, sabrían que una española vivía en el barrio, por el escándalo de las risas que me entraban al leer los mensajes de mis mejores amigas, Lara también en esta noche se encontraba más graciosa de lo normal soltando paridas como Dana.

Caí rendida en la cama, con el móvil en las manos, un bien preciado para mí en ese momento, sin duda desde que había llegado aquí, en casi ningún momento lo había dejado olvidado como lo hubiera hecho anteriormente.

El último mensaje en enviar y en leer sin duda fue de Eduardo, un sueño reparador me entró abrazada en mente con él, sintiendo el perfume aun en mis sábanas, las mismas que habían acariciado nuestros cuerpos desnudos abrasándose en la sensación sublime del amor y el sexo.

A la siguiente mañana, despierta como un animal en alerta, preparé mi exponencia. Un día importante en mi vida y decisivo, reunirme a primera hora con el director, aquel que había depositado toda la confianza en mí, derrumbar ante él su trabajo y proponer mi proyecto como más innovador y

arriesgado.

El camino ya me lo conocía y no tardé mucho en llegar, sin necesidad de utilizar el GPS, aparqué el coche y antes de entrar me fumé un cigarro. Con mi maletín en la mano me adentré en las oficinas, con paso firme y más segura de mí misma. En la entrada ya se veía movimiento y saludé a todos cuantos me encontraba. Me quedé fijamente mirando en uno de los espejos de la gran entrada y vi el aspecto que llevaba. Un traje chaqueta azul marino con una blusa rosa pastel, los tacones, el pelo semi recogido... parecía una ejecutiva, esa presencia que me encantaba de Lara, esa impresión cuando la vi por primera vez, la estaba viendo delante de mí, y era yo.

Con esa seguridad me presenté en el despacho del director, llamé a la puerta con dos toques, escuché un adelanto que procedía desde el interior del despacho, cogí aire y abrí la puerta. La reunión duró escasamente media hora. Argumenté lo expuesto, lo que realmente creía que sería lo mejor, por lo que yo apostaba y estaba decidida a luchar. Él escuchaba atento todas mis palabras, mi seguridad debió de hacer el resto, pues no discutió ninguno de los puntos y solo me dijo palabras sueltas “por eso te quiero aquí, por las ideas que tienes tan innovadoras, felicidades Alexia”

Salí de su despacho, cerré la puerta y fue cuando sentí temblar mis piernas, tenía el aliento entrecortado, pero lo había conseguido, Eduardo tenía toda la razón, él fue el primero que confió en mí y me retó a perseguir mis ideas y mis sueños. Con una sonrisa me fui directamente a la planta cuarta, a la sala F donde me reuniría por fin a solas frente a mi equipo.

A pesar de subir unos minutos antes de que empezara dicha reunión, abrí la puerta y allí se encontraban todos. Más de la mitad de sus nombres ni los recordaba, pero sí sus caras. Nos sentamos todos en la alargada mesa de madera, repartí una copia a cada uno de ellos de las nuevas directrices a seguir. Antes de comenzar, me presenté de nuevo ante ellos, quería que el equipo se viera implicado al cien por cien y para ello, quería conseguir una buena armonía, como la que tenía y había conseguido en España.

Todos se presentaron de nuevo; Katya, Monika, Iva, Kalina, Plamen, Anel y Denis. Ese era todo mi equipo, todos jóvenes, rondábamos la misma edad por el aspecto que vi en ellos y eso me gustaba, las inquietudes podían ser las mismas y las mentes despiertas aportaban mucho al trabajo.

La reunión fue muy amena, cada uno de ellos aportó muchísimas ideas nuevas y todas las consideraba virtuosas para lo que quería lograr. Nos pasaron las horas haciendo planes, en el dossier la marca del coche nos habían adjuntado algunas fotografías que nos valían, pero yo quería verlo con mis propios ojos, quería organizar para la semana que nos venía un viaje al lugar donde se estaban fabricando estos coches, quería recibir la inspiración de primera mano.

Concluida esa primera reunión, me fui muy satisfecha a mi despacho con inmensidad de apuntes en el maletín. Cada uno tenía una tarea planteada y bocetos que hacer. La música, la imagen, la calidad, las palabras. El proyecto marchaba solo y eso me daba un consuelo a tanto miedo generado en el día de ayer. Era capaz de desarrollar mi trabajo, de sacar ese potencial que llevaba dentro del que todos hablaban que yo aún, ni había sido capaz de imaginarlo.

En mi silla, organizando todo, exponiendo en los paneles las fotos que disponíamos, con los bocetos míos a un lado y miles de notas. Estaba inmersa en mi trabajo, mi mente iba más veloz que mis manos al escribir o al colocar el orden correcto de cada visión. Sonó la puerta de mi despacho, era Nikolay.

— Adelante. — Dije con mucha educación mientras me acercaba a él.

— No quisiera molestarte Alexia, pero he recibido una llamada de España de tu empresa requiriendo tu presencia para la presentación de tu proyecto. Sería el viernes en la mañana. Me he tomado la libertad de confirmarles tu asistencia al dicho evento como es lógico.

— Muchas gracias, es verdad que estaba pendiente de esa llamada, me comentaron que en esta semana se presentaría, es algo importante y no quiero perder la oportunidad de hacer mi pequeña exposición en ese importante proyecto, quiera o no, gracias a él, usted se fijó en mi trabajo.

— Estoy de acuerdo Alexia, el jueves sin problemas podrás volar por la mañana a España y así descansar y reunirte con tu antiguo equipo antes de ese evento tan importante. Por mi parte decirte que la empresa correrá con todos los gastos: avión, dietas, transporte en España y alojamiento.

— Nikolay, no es necesario todo eso. Me siento abrumada por todo lo que estáis haciendo por mí, para que me sienta cómoda. Tengo aun mi casa allí, con mi compañera y amiga. — Dije algo tímida por todo lo que me estaba

dando.

— Insisto Alexia, todo lo que puedas necesitar se hará cargo la empresa.

Se acercó a mí y extendió en mi mano una tarjeta dorada de crédito con mi nombre, para que hiciera uso de ella. Me comentó que había encargado a su secretaria que sacara el primer vuelo disponible del jueves. Mi equipo, realmente ya tenía trabajo para unos cuantos días en mi ausencia y mañana personalmente les avisaría a todos.

Aproveché el momento para comentarle que estaba barajando la posibilidad organizar unos viajes para ver personalmente la fabricación de los coches, quería realizar yo misma las fotografías con la máquina que, justo me había encontrado en mi despacho. Nikolay sonrió, esa máquina era para mí, un regalo de la empresa para que realizara mi trabajo, como quien dice una cortesía de mi llegada a sus oficinas. Repetidamente le di las gracias por todo, por la casa, por el coche de empresa, por toda la ayuda que me estaba brindando. Creo que cuando salió del despacho algo rojo sí que se fue, su piel era algo pálida y se le notaba enseguida sus cambios de color.

Si saberlo me había excedido en el tiempo de mi jornada. A mi salida pocos quedaban allí y la recepcionista de la entrada no era la misma. Con educación me despedí y justo en la salida me encendí un cigarro. En el día de hoy habían sido tantas las emociones que eran las tres de la tarde y

yo no había metido más que mi desayuno en el cuerpo y tenía algo ya de hambre. El tiempo se me había escapado de las manos sin apenas darme cuenta que había pasado toda la mañana.

Apoyada en el coche, terminando mi cigarro me encontré con Katya. Ya salía con su coche para su casa, pero no dudó en parar, bajar la ventanilla y preguntarme como estaba. Ella tampoco era de Bulgaria, era rusa, pero llevaba trabajando en este país dos años justamente en esta empresa. Muy amable, me dijo que si algún día después de trabajar me apetecía tomar un café no dudara en llamarla. Me dio una tarjeta con su teléfono personal y se despidió de mí.

Como me conocía, y sabía que era un puro despiste con las tarjetas, decidí coger el móvil y meterlo en la memoria, tenía algunos mensajes del grupo donde estábamos todos, de Lara y Dana, suponía que en su parón de comida y que ambas se habían acordado de mí. Podía imaginármelas allí, sentadas en

esas mesas, pidiendo el menú del día o quizá un bocadillo, las charlas profundas llenas de confesiones, llenas de risas, de eso que éramos cuando estábamos juntas y por mis mejillas sin poder evitarlo ni remediarlo, resbalaron lágrimas, esas pequeñas gotas que humedecieron mis pómulos, de júbilo, de añoranza o no se sabía muy bien de qué. El otro mensaje era de Eduardo, tan positivo como siempre, ayudándome en mis decisiones, echándome de menos y diciéndome que en breve nos veríamos. Dispondríamos de varios días para estar juntos, perdernos entre las sábanas de algún lugar, de alguna casa para mirarnos y acariciarnos, mientras las horas pasaban impasibles creando en nosotros esa condena, la condena del tiempo donde estábamos atrapados.

Salí camino a casa, donde ya mitigué esa hambre voraz que me había entrado y la llorera que me había abatido un poco. En la nevera había un básico de comida, pero este se estaba agotando y desde que había llegado lo único que había hecho era colocar mis cosas y ni tan siquiera me había movido del barrio ni para comprar. Tenía que reconocer que me había mantenido oculta dentro de mi cueva, por miedo, vaguería o por lo que fuese. Pero esto había que cortarlo.

Decidí salir de casa, algún día tenía que hacerlo y me temía que lo que tenía era algo de miedo más que esa dejadez algo normal en mí. Me cambié de ropa, me puse unos vaqueros, una blusa y cogí mi bolso, para no solo visitar mi barrio, sino localizar las tiendas. Hacía un espléndido día de septiembre y brillaba el sol, pero no hacía demasiado calor.

Vagué por las calles solitarias, cruzándome con todo tipo de personas y de familias. Miraba todo a mí alrededor y no tardé en llegar a una zona comercial. Era grande, con un amplio parking y se abrían ante mí unas inmensas puertas. Dentro había tiendas de ropa, de complementos, panaderías y pastelerías, cines... tenía innumerables locales. Di unas cuantas vueltas hasta encontrarme con un supermercado gigante. Había muchos alimentos diferentes a los que yo no estaba acostumbrada, pero muchos de ellos eran similares. Hice mi compra y di otro pequeño rodeo a ese centro comercial que lo tenía a tan solo diez minutos andando de casa.

Justo cuando llegué a mi hogar y dejé las bolsas de la compra encima de la encimera de la cocina sonó mi móvil, era Dana.

— Hola Dana ¿cómo estás?

— Hola mi guapa Alexia, estamos aquí todos en tu piso. Nos estaba contando Eduardo que el viernes estarás en España. No sabes cómo nos hemos alegrado al saber que en poquitos días te podré dar un achuchón muy fuerte, pero anda que nos lo cuentas tú, esa me la guardo y lo sabes.

— Si, justo me lo dijeron a mí también hoy, en poquito, muy poquito podré veros, y ver a Eduardo. No sabéis las ganas que tengo, es que ni os lo podéis imaginar. Esto está bien, estoy más que encantada, pero me faltáis vosotras, me falta él. Eduardo, me faltas cada segundo de mi vida. Dana por dios, mide tus palabras o tus actos que recibirás algún día, más pronto que tarde, una patada por debajo de la mesa.

— Cuida tu lenguaje que estamos todos Alexia, no vayas a sacar los colores a tu hermano y se asuste.

Se escuchaban las risas de todos al otro lado del teléfono. Cada uno por turnos se puso y pude hablar un ratito, era un placer cerrar los ojos y pensar que los tenía a todos aquí mismo, a mi lado.

Saber que era como esas reuniones que hacíamos, de esa unión de todos. La última voz en escuchar fue la persona que me había robado el corazón, la que poseía en su mano mi yo. A pesar de tener a todos delante de él, los te quiero, los te amo, los te quiero deseo retumbaron en mis oídos dejando mi voz temblorosa. Faltaba muy poco para poder estar en sus brazos, sentirme protegida, sentir el tacto de su piel sobre la mía e impregnarme se su perfume. Tras esa despedida en la que el alma te duele, en la que te agarras el corazón con la mano, en la que te aferras a la voz de quien te deja inmobilizada cada noche por la pasión, por la lujuria que nos posee en cada momento, por esa mirada que me atravesaba por dentro y me dejaba desnuda, nos despedimos.

En ese momento en el que el tiempo nos castigaba sentía la ausencia en mi vida, el silencio de la casa se hacía dueño de mí, pero la vida continuaba y me apoderó el sentimiento y el consuelo que en breve lo vería. Y así, caí en sueño bajo las sábanas, bajo la noche pronunciada. Sus estrellas y las mías eran las mismas y cada noche las miraba y pedía que velaran nuestro amor y nuestra lujuria.

# Capítulo 3

Llegué con mi maleta al aeropuerto, había multitud de personas que entraban y salían, iban y venían. Era algo temprano y aún faltaba más de una hora para que mi vuelo saliera. En una pequeña cafetería de la entrada, justo a la izquierda me pedí un café. Disfruté de ese aroma, miré mi reloj y marcaban las siete de la mañana. Después de mirar mi móvil y de dar los buenos días a todos, lo apagué. Terminé mi café y fui directamente a mi mostrador.

A dos pasos de la puerta de embarque, me encontraba nerviosa y no era por la presentación del proyecto, era por volver a mi ciudad, parecía que hubiera pasado una eternidad, veía tan lejano el día que entré por esas mismas puertas, el día en el que mi corazón volvió latir, en el que los dos nos miramos a los ojos y a gritos nos declarábamos nuestro amor. Tan solo había pasado más de una semana de todo aquello, pero lo sentía como si el tiempo se hubiera apoderado de ello y lo hubiera dejado avanzar deprisa, apresuradamente se había escapado de mis manos esos días que parecían meses, vertiginosamente el espacio y el lugar se habían conferido conmigo.

Ya sentada en mi asiento, mirando por la ventanilla, esperando que despegáramos sonreí, esboqué esa sonrisa porque ninguno sabía que llegaba hoy, ni tan siquiera Eduardo, quería que fuera una sorpresa, todos me esperaban mañana a primera hora y en las últimas conversaciones mentí como una profesional, engañé a todos para darles esa sorpresa. Tenía todo programado, a mi llegada a Madrid, había alquilado un coche para poder moverme sin alertar a nadie de mi llegada, la empresa me lo había puesto fácil, pues se hacían cargo de todo. Después pondría rumbo a casa de Eduardo. Suponía que a esas horas estaría trabajando, y yo, aún tenía una copia de sus llaves. Dejaría mi maleta y me dirigiría a las oficinas de Iriset, mi anterior trabajo.

Mi mente vagaba por los planes que tenía, por poder ver a todos y pasar estos días con ellos, tenía programada mi vuelta el domingo por la tarde, llegar a Sofía y dormir para empezar una nueva jornada el lunes. Cuatro días para exprimirlos con tantas ganas que me quería quedar sin aire.

Cuando quise darme cuenta, el capitán del vuelo anunciaba nuestro descenso, mi nerviosismo se apoderó de mí, ya estaba en Madrid, ya estaba

donde todo lo que quería se había quedado. Aterrizamos y salí por esas puertas del aeropuerto donde muchos de nosotros recibíamos a nuestros seres queridos, a nuestras familias y nuestros amores. Yo seguí caminando hasta acceder a la zona donde estaba la empresa que había alquilado el coche. En el mostrador le entregué el papel de alquiler y mi carnet de conducir. La amable chica me dio los papeles a firmar, me entregó las llaves y me dijo en que parking se encontraba mi vehículo.

Anduve en su búsqueda hasta que apareció, un coche mediano de color negro, el modelo nuevo de golf, era muy elegante y con los cristales de atrás tintados le daba un aspecto deportivo. Dejé mi maleta en el maletero y encendí el coche, tenía claro el camino y lo primero que quería hacer. Me dirigí a casa de Eduardo, ya eran casi las once de la mañana y el estaría en su trabajo. Tardé casi media hora en llegar en la gran ciudad, a esas horas había mucho tráfico, aunque la m-30 iba muy fluida.

Me situé frente a su portal y subí a su piso. Estaba igual que siempre a excepción de algo que me llamó la atención en la entrada de casa, justo reflejado en el cristal que rompimos en esa noche de pasión, cuando los dos éramos inconscientes de que nos estábamos enamorando en medio de esa lujuria. Se encontraba un marco de fotos con una foto de los dos, la foto de París, aquel día del Moulin Rouge, el viaje en que ambos perdimos la vergüenza de besarnos ante todos, de expresar lo que sentíamos y de hacer visible ese juego.

El resto del piso estaba igual de como lo recordaba, en ese día que lo abandoné pensando que jamás lo volvería a pisar, ese día en que me susurró al oído 410, un número imposible logrado por nuestros cuerpos, una excusa, un motivo por el miedo a romper lo que ambos involuntariamente habíamos caído, presos tras ese juego y el amor.

Coloqué mi ropa en el armario, el aún tenía libre ese pequeño hueco que me dejó una vez, lo tenía esperando para que volviera, para que nuevamente dejara mi ropa alojada al lado de la suya. Me di una ducha y me vestí con unos pantalones azul marino y una blusa roja de un material parecido a la seda que marcaba las curvas de mis pechos y mi delgada figura, me puse unos tacones, maquillé mi cara y perfumé mi cuerpo con esa esencia que a él le volvía loco.

Salí de casa de Eduardo, anduve por esas calles que siempre pisé en mi niñez, en mi adolescencia, las que me habían visto crecer y sonreí. La añoranza era muy fuerte, esa nostalgia que me persiguió hasta la entrada de las oficinas. Respiré hondo y abrí esas puertas, atravesé el amplio pasillo y subí las escaleras. Quería subir primero al despacho de Eduardo, anduve con cautela de que Dana no me viera, su mesa de trabajo se situaba en la primera planta. Subí por las escaleras ya que sabía que pocos las usaban y así tenía menos posibilidades de encontrarme alguien conocido que montara un espectáculo y llamara la atención.

Por fin frente a su puerta, algo tímida y nerviosa, llamé a la puerta con dos toques con los puños, escuché su voz, esas palabras pegaron un vuelco a mi corazón, con el pulso tembloroso abrí la puerta. Casi sin aliento entré, estaba sentado en su silla, lo vi tan atractivo como siempre, tan sensual y fascinante. Él alzó su vista, me vio y se quedó mudo, con esa expresión en los ojos, esos que me derretían, se levantó despacio de su silla, algo tembloroso se encontraba, yo aun en la entrada, me había quedado quieta sin poder moverme. Pronunció mi nombre casi en un susurro y se abalanzó corriendo hacia mí, me agarró con fuerza, mis piernas estaban a punto de fallarme y me agarré a él para aferrarme, rodeando su cuello, atrapando su ser con ímpetu. Después nos miramos, con esa compresión y esa pasión que dejaban nuestras almas despojadas a la voluntad de ese momento. Nuestros labios se unieron, nuestras lenguas se buscaron con ansia de jugar, se retozaron y se enredaron para saborearse y degustarse, nuestros labios eran devorados con un apetito desmesurado, un hambre y un deseo descontrolado. El anhelo de ambos en estos días, cada segundo recordando el tacto de sus labios, el sabor de su boca, daban tregua en el recuerdo y lo hacían realidad.

Ese beso se vio interrumpido por el carraspeo de alguien por detrás, ambos nos separamos y vimos que se trataba de Lara, ella muy escandalosa me abrazó con muchas fuerzas y sorpresa, pues no me esperaban todos hasta mañana.

— ¡Qué callado lo tenías Eduardo! — la querías toda para ti ¿no? — Dijo recriminándole.

— Te juro que yo no sabía nada, he sido el primero en sorprenderme cuando ella ha llamado a mi puerta.

Eduardo agarraba mi mano con fuerza mientras mi otra mano era sujeta por Lara. Ambos poseían una sonrisa de cara a cara al igual que la mía, por fin me encontraba con los míos. Les supliqué no entretenernos mucho más y bajar para ver a Dana, también estaba ansiosa por ver su cara perpleja al verme.

Bajamos los tres en el ascensor, mientras Eduardo me regalaba caricias y algunos besos robados, bajo la atenta mirada de Lara que sonría por la felicidad y el enamoramiento de ambos. Desde ese día fatídico en el que todo se fue al traste, ninguno nos había vuelto a ver tan acaramelados, tan unidos y libres totalmente de demostrarlo hasta en las oficinas, donde todos nos miraban y observaban.

No tardé en la lejanía ver a Dana, concentrada en su mesa, sería, algo inusual en ella, absorta de cuanto rodeaba su mesa. Me situé enfrente de ella, garraspé mi garganta para llamar su atención, levantó su cabeza y su cara cambió radicalmente. Esbozó una sonrisa y se puso a gritar como una loca en aquel amplio espacio lleno de mesas de trabajadores, de sus ojos brotaron lágrimas mientras no paraba de abrazarme, de mirarme para luego volver a estrujar todo mi cuerpo. Como siempre escandalosa como era ella, pues todo el mundo se levantó para ver qué es lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

Después de que me dejara articular alguna palabra Dana, le acaricié su cara, limpié esas lágrimas de júbilo que resbalaban por sus mejillas y le di un beso en el carrillo. Volví a abrazarla sin ese zarandeo que me había dado para sentirla. Siempre la cómplice de todo lo que pasaba en mi vida, la echaba mucho en falta y era vital en todo.

Estaba claro que, aunque se jugaran su puesto de trabajo, sus quehaceres de hoy habían concluido. Todos salimos de la oficina para ir a tomar algo y celebrar mi vuelta de estos días. Terminamos en el bar de siempre, donde durante dos años había comido con Dana, después Lara y a lo último con Eduardo. Él no se separaba ni un segundo de mí, entrelazando nuestras manos hasta la llegada al bar, para luego pegarse a mi lado. Moría en ganas de sentirlo tan cerca, que los dos formáramos un solo cuerpo inerte a la merced del amor. Las dos no paraban de observarnos, esos besos esporádicos cortados por respeto, esas miradas que decían mucho más de lo que todos podían entender, ardientes, sedientas por apagar el fuego de los dos. Sus caras

reflejaban la alegría de que estuviera allí y de vernos a los dos como lo que hace mucho tiempo éramos y ambos negábamos, una pareja, un par de locos enamorados, apasionados de la vida y tenebrosos ante los peligros.

— Bueno pareja, sé que morís en ganas de pegar un polvo y volveros locos, pero ahora comportaros, ya tendréis luego algún rato para folletear los dos. — Dijo Dana.

— Como siempre, no callas nunca Dana, tan fina en tus palabras... —Dije riéndome.

— ¿Acaso estoy diciendo alguna mentira? Os recuerdo a los dos que el viaje que hicimos juntos mi dormitorio estaba al lado vuestro y te aseguro que ese muro que nos separaba era bastante fino. También os puedo recordar la salida de la ducha de ambos en el club, así que solo soy sincera, y miraros a un espejo antes de que os queméis porque desprendéis un acaloramiento que rompe los valores de la incandescencia.

Ambos nos miramos y nos reímos, no podíamos negar lo que Dana nos había dicho. A pesar de la brusquedad en sus palabras decía verdades como puños. Era cierto que en este momento lo poseería en cualquier rincón de este bar, mi cuerpo desprendía ese calor que solo él era capaz de provocar y sofocar.

La charla continuó de cómo me había ido esa semana en el trabajo, todo lo que había hecho allí, mis nuevos compañeros y mi nuevo equipo. Los tres escuchaban atentos a cuanto les decía, les explicaba con detalle y les transmitía mi vivencia y mis momentos duros en el que todos terminamos con lágrimas en los ojos. Era inevitable terminar así y más ahora teniéndolos delante de mí.

Aprovechamos la hora que era para comer allí los tres, preguntaba por todos, me faltaba aun ver a Gema y a mi hermano, que hasta la tarde no tenía pensado ir al piso, pues no se encontraban allí. Dana y Lara preguntaron si disponía de algún hotel para quedarme o si me quedaba en casa. Miré a cada una de ellas y mirando fijamente a los ojos de Eduardo les dije que mi maleta ya estaba en su casa, de la que nunca tuve que haberme ido. Ninguna de las dos cayó que realmente, innegablemente los dos éramos pareja, habíamos dejado ese juego aparcado que todas ellas conocían. Habíamos declarado nuestro amor a los cuatro vientos. Ambas con una risa en la boca se

disculparon, era la primera vez, que de alguna forma, lo veían en realidad y nosotros lo reconocíamos.

Ya a la tarde nos despedimos de ellas y allí mismo en plena calle, nuestros labios se unieron con pasión, mientras él me agarraba de mi cintura y yo de su cuello, nuestras lenguas ansiosas de jugar, de seducirse para quemarse dentro de nuestra boca. Su mano bajó sinuosa para rozar mi nalga. Mientras mordía sus labios, lo atrapaba y los llevaba al interior de mi boca para envenenarme de su néctar, de esa miel que poseía su boca. Por un instante desapareció todo a nuestro alrededor hasta que en unos gritos en la lejanía llamaron nuestra atención.

— ¡Iros a casa! ¡Pervertidos!

Eran Dana y Lara que a esa distancia nos estaban viendo mientras perdíamos la consciencia de ese momento. Les hicimos caso entre risas, abrazados, uno pegado al cuerpo del otro nos fuimos a casa. En el ascensor comenzó todo, donde me arrinconó, subió mis brazos hacia arriba y devoró mis labios con fuerza y sensualidad, con su otra mano desabrochó el botón de mi pantalón para meter su mano ardiente de deseo, tocar mi sexo que yacía excitado y palpitante para él. Las puertas se abrieron, como pudimos sin despegarnos abrimos la puerta de casa y allí en la mesa del salón me sentó, me desabrochó los botones de mi camisa, acarició mis pechos por encima del sujetador. Yo desabroché su camisa para acariciar ese torso duro, me quitó el sujetador y quemó mi pezón con su lengua, jugaba con el ya rígido por la excitación y el tacto de su boca. Se recreó en ellos, se tomó ese tiempo necesario para saborear cada uno de ellos. Después, me deslizó los vaqueros por mis largas piernas, de seguido, mientras subía sus manos por mis piernas acariciándolas me retiró mi braga, recreó su vista en mi cuerpo desnudo con su boca semi-abierta, parecía que en ese momento el mundo entero se había detenido. Saboreó cada parte de mi sexo ya preparado para sentirlo, se deleitó para percibir como me iba derritiendo, mientras lo atrapaba con mis piernas, por un momento me perdí en ese instante de cordura, retorcí mi cuerpo al calor extremo y al placer de la sumisión, cuando ante mí se abrió el máximo de los placeres, un clímax que cortó mi respiración, convulsionó mi cuerpo entero, dejando mi yo en la altura de algún acantilado para descender con fuerza, y con velocidad hasta abrir mis ojos y clavarlos en los suyos.

Agarré su cara con mis dos manos y me apoderé de sus labios, sabía a él, sabía a mí y nuestro néctar se mezcló en nuestras bocas. Lo aparté de mí, lo dejé de pie. En sus pantalones se marcaba su gran erección, le quité todo, dejé libre de la prisión a su miembro, palpitante y expectante a que fuera devorado por mi boca sedienta. Calmada lo senté en una de las sillas del salón, mientras no dejaba de mirarlo, de atravesarlo con mi mirada, con mis manos tocaba su torso desnudo y perfecto. Le abrí un poco las piernas y me arrodillé frente a él, con mis manos agarré su pene y sus ojos se cerraron al sentir el tacto cálido de mis manos, mi boca bajó para sentirlo, para deleitarme en su sexo palpitante, para gozar juntos del más intenso de los placeres, degusté cada lugar de él, cada punto de su cuerpo y de su sexo, con mis manos acompañaba mis movimientos de boca, enloquecía a la vez que el perdía la consciencia del momento y no aguantó más, sentí la llegada de él, de esa calidez en mi boca, mientras recibía convulsiones y palpitations dentro de ella.

Sin apenas casi ni recuperar el aliento, me cogió en brazos, me llevó hacia el sofá, me apoyó arriba del respaldo de este y sediento de mis labios se hizo con ellos, absorbiéndolos, chupándolos como si le hubiera entrado un hambre voraz. Ambos teníamos la respiración agitada y jadeante. Dos cuerpos desnudos abrasados por las lavas de un volcán creado a nuestro antojo, un juego de poderes y de estímulos, una pérdida de control de dos animales buscando el placer infinito de sus cuerpos. Sintiendo la perfección de su torso pegado al mío, una unión incontrolada de deseo. Lo sentí dentro de mí, era como tocar el cielo, era una montaña rusa de sensaciones, perdía el latir regular de mi corazón. Una embestida sobre otra en esa posición, mientras mis piernas rodeaban su cintura. Sin piedad, desplazando el sofá de lugar, los jadeos subidos de tono, era un estado de dos criaturas de otro mundo. Agarró mis nalgas para cogerme y llevarme contra una de las paredes de esa casa, el movimiento de ambos estaba lleno de sensualidad, de pasión y de ese pecado capital que nos había poseído, como si se tratase de un diablo dentro de nuestros cuerpos. Agarraba su pelo con fuerza, con el vigor de estar ascendiendo a un limbo, a un mundo que no era terrenal, cuando en un instante los dos nos envolvimos en un estado frenético y demente de convulsión, de contracciones y de una conexión más allá de lo que jamás ambos habíamos conocido. Esa entrega, el sentirlo así entre mis piernas, mi

cuerpo enteró entró en un escalofrío perdiendo toda fuerza de arrebató que me quedaba.

Nos quedamos ambos quietos en esa posición, recuperando el latido de nuestros corazones, recobrando la realidad de donde nos encontrábamos. Una sonrisa en nuestras caras reflejaba nuestra complicidad y nuestra locura.

— Alexia, sabes que si seguimos así destrozaremos el piso, los muros de esta casa y los vecinos nos echaran por escandalosos. — Dijo riendo.

— Eres tú quien saca esa fiera que llevo dentro Eduardo, desde que te conocí sabes que la lujuria se apoderado de mí. Cada caricia tuya me provoca, cada susurro tuyo estimula mi lado lujurioso.

Contigo he roto todas las barreras, me haces querer más de ti y de tú cuerpo.

Ambos aun desnudos fuimos a la cocina para beber un vaso de agua fresca, sedientos a los jadeos. Miramos los dos como habíamos dejado el salón: la mesa estaba totalmente desplazada, una silla por el medio, la ropa tirada por todos los rincones y el sofá a punto de dar al mueble de la televisión, completamente desplazados unos metros a ese momento de pasión que acabábamos de vivir.

Ambos nos miramos, nos reímos y lo besé, uno de esos besos que eran casi robados, pero me retiré despacio mirando esos gruesos labios, mordiéndome el labio inferior de los míos, nuestras miradas se cruzaron, esa misma que se hacía peligrosa, esa que marcaba el inicio de nuestro juego, de nuestro poder de atracción. Ese beso le continuó otro, lento y pausado jugando con los labios, mordiéndolos lentamente, tomándonos ese tiempo necesario para poder parar las agujas del reloj en ese mismo momento. Nos separamos y nos volvimos a mirar, sin decirnos nada, solo se escuchaba la respiración agitada de nuestros cuerpos. Notaba su erección en mi pubis, estaba preparado para mí, para transportarme a otro lugar paralelo a este, preparado para darme el mejor de los placeres. Como una fiera me abalancé sobre él, enrosqué mis piernas sobre su cintura y mi lengua salió en busca de la suya en un cortejo lleno de poder y de ansia. Él con un movimiento suyo, agarrándome de mis nalgas se adentró en mí con fuerza, mordí sus labios en ese momento en el que el aliento fue cortado. Como pudimos mientras nuestros movimientos se aceleraban, nos fuimos atravesando el salón retirando todo cuanto se encontraba a nuestro paso hasta llegar al dormitorio. Nos tumbamos en la

cama, él encima de mí embestía con fuerza, mientras nuestros labios y nuestras lenguas no paraban de jugar. En el momento en el que Eduardo quiso incorporarse, me adueñé del control, conseguí dejarlo debajo de mí, agarrando sus manos. Me puse bien situada encima de él buscando su miembro erecto para sentirlo nuevamente dentro de mí, mis movimientos hacían que enloqueciera por segundos, pero lo frenaba parando casi en seco mi contoneo. Continué con mis arrebatos, mientras mi espalda se curvaba para atrás. Él agarró mis pechos para acariciarlos, los dos acompañábamos nuestros ritmos lentos y seguidos, hasta crecer tanto la excitación en esa lentitud, que juntos recibimos la llegada de ese clímax.

El silencio de ese momento, en el que ninguno de los dos era consciente del lugar donde nos encontrábamos, de esa extensión de la vida y de la profundidad que nos daba ese momento íntimo de los dos. Rendidos en la cama, abrazados, bajo el silencio abrumador de esas cuatro paredes, mirándonos y desnudando el alma de cada uno.

— ¿Alexia?

— Dime

— ¿Cuándo supiste que te habías enamorado de mí?

— Eduardo, creo que fue en nuestro viaje a París, allí me hiciste sentir que era para ti una persona importante, velabas cada segundo en el que estábamos juntos. Todas, tras el regreso preguntaban curiosas, en mi rostro se reflejaba ese brillo único de una persona enamorada y no entendían muy bien el tope que nos habíamos marcado, nuestro 410, ellas pensaban que tan solo era una excusa. ¿Lo era?

— Era un número Alexia, pero a pesar, de que la atracción que tenía hacia ti era muy grande, desde que te vi por los pasillos de las oficinas, nunca me imaginé que podía enamorarme de ti. Comenzó a ser una excusa para tapar lo que sentía quizá desde el principio. Me volvías loco, desbaratabas todo lo que supuestamente tenía claro, me quitabas el control de la situación, me provocabas para dejarme con más ganas de ti y todo ello me llevó a enamorarme locamente de esa curiosa personalidad. Cuando me dijiste que te ibas, aquel día, en el que los dos habíamos llegado a los 410, mi mundo se vino abajo, estaba claro que tú querías continuar tu vida sin mí y nuestro acuerdo había terminado. El poco valor de decirte lo que realmente sentía, los

sentimientos de no parar tu avance, fue una mezcla que me mató, me destrozó y dejó mi alma inerte.

— Eduardo, mi error fue no contar contigo para esa decisión, pero me negaba a mí misma que sintieras más de lo que ambos decíamos. Obcecados en llamarlo sexo y no reconocer esos sentimientos, esas mariposas que nos recorrían el cuerpo cuando estábamos juntos, o cuando sentíamos la ausencia de ambos. Créeme que quería, deseaba tenerte en todo momento en mi vida, pero entendí de alguna forma tu lejanía, no me querías en tu vida... y míranos, igual de locos por nuestros cuerpos, pero no solo como amantes ni compañeros, sino como dos personas que se aman y están dispuestas a escribir, a seguir escribiendo su historia. Todos desde fueran lo tenían claro menos los dos únicos que estaban dentro de ella, nosotros.

— Debimos escuchar a los demás, no te creas que Lara también me decía qué demonios estábamos haciendo, que no le contara milongas de un juego, que reconociera que se me había escapado de las manos y que me había enamorado, pero mi orgullo no me dejó actuar hasta el último día. Desesperado busqué a Dana por todos los pasillos, y le rogué que me dijera que día te ibas, cuando me dijo que era ese mismo momento en el que tu debieras de estar en el aeropuerto, salí como una bala de allí y llegué, y de mi salieron esas palabras que tan adentro las tenía. — Alexia, eres lo mejor que me ha pasado en la vida, eres la mujer que siempre he estado esperando.

Nos abrazamos tan fuerte, con tanta ansia y deseo, por ese sentimiento que nos unía, por esa pérdida de días por no reconocer lo que estaba claro. El orgullo de ambos pudo y casi nos cuesta el poder los dos buscar nuestra felicidad. Nos besamos, nos acariciamos y la magia en ese cuarto volvió a suceder, con esa pasión y con ese delirio que los dos poseíamos, con ternura, con furia, siempre como si fuera la última vez que lo fuéramos hacer y alcanzar ese momento de unión y conjunción en la alineación de nuestros cuerpos.

Se nos había hecho muy tarde y aún tenía que ir a visitar a Gema y a mi hermano. Los dos nos vestimos, nos arreglamos bajo la atenta mirada en el espejo y nos pusimos en rumbo. Paseando por las calles de la mano, entrelazadas, pegadas a nuestro cuerpo. Un paseo de dos personas que querían vivir con toda la intensidad ese momento que el tiempo nos estaba

regalando.

A la llegada, Eduardo besó mis labios y los dos juntos esperamos a que nos abrieran la puerta. Cuando Gema abrió la puerta de casa se abalanzó sobre mí, nos dimos un largo abrazo lleno de besos. Me alegraba saber que todas mis amigas se habían emocionado al verme nuevamente, poco más de una semana había pasado de mi viaje a mi nueva vida y todas teníamos la misma sensación, parecía que el reloj había alargado y paralizado el tiempo, pues todo lo recordaba muy lejano. Mi hermano Jorge me pegó un abrazo muy largo, pero en nosotros se hizo el silencio, cerré los ojos y

respiré profundo, era él quien siempre había velado por mí, no solo en el patio del colegio, sino en toda mi vida.

Más tarde llegaron Dana, Enzo y Lara, cuando pensé que estábamos todos llamaron a la puerta de casa, abrí contenta por todo el jaleo que habíamos montado en pocos minutos allí, para mi esperada sorpresa era Javi y Alicia. Me abracé a ellos instintivamente, me alegra verlos juntos y que estuvieran aquí, todos juntos.

La noche acababa de comenzar y por nuestro cuerpo empezó a recorrer un poco el alcohol, con unos aperitivos que habíamos preparado, en toda regla era una fiesta. Con Eduardo de la mano me acerqué a mi hermano que andaba en uno de los rincones con una copa en su mano, quizá viendo desde otra perspectiva la reunión, la felicidad de todos, observando todo a su alrededor.

— Bueno Jorge, oficialmente te presento a mi pareja, sé que en su día no te di muchas explicaciones, no me juzgues por ello.

— Jamás te juzgaría, he de reconocer que no eres una niña y que debes tomar tus propias decisiones, Alexia, con la decisión de tu trabajo fuera de Madrid me diste una lección, me demostraste que eres una persona que te vales por ti misma. Al igual pensé cuando os vi juntos, sabía perfectamente que entre vosotros había algo, pero confié en ti y esperé a que tú fueras la que tomara la iniciativa. De verdad, me alegro mucho por vosotros y que al final todo saliera bien, Gema me contó algo por encima la historia de amor que habéis tenido.

— Bueno, no todos los comienzos son fáciles, lo tuyo con Gema también tuvo lo suyo y todas nos olíamos algo, para que engañarnos. — Dije con una sonrisa y algo de ironía.

La fiesta continuó a altas horas de la madrugada a sabiendas de que sabíamos que todos mañana trabajábamos, estábamos sumamente desinhibidos, el alcohol, la música hacía que fuera una auténtica fiesta de amigos de esas que hacíamos siempre.

Me retiré a la cocina a mojarme un poco la cara, la tenía ardiendo y en mi cara se reflejaban mis mofletes algo sonrojados. A la otra parte del salón Eduardo no me quitaba ojo, me miraba con esa sensualidad, con ese peligro, con esa llamada de poseer mi cuerpo. Lo veía capaz, que aquí, delante de todos, arreglárselas para volverme loca. A lo lejos le decía que no, él más aumentaba la intensidad de esa mirada y se iba acercando peligrosamente a mí. No podía permitir que ocurriera, no ahora delante de todos. Dana era capaz de pillarnos y gritarlo a los cuatro vientos. Aún recordaba ese día en las duchas del club, cuando salí apresurada, para que Dana no metiera la pata en una conversación, salí de esa ducha con los pelos alocados y colocándome la ropa, cuando después salió Eduardo de la ducha como si nada hubiera pasado...muerta de vergüenza ante mis amigas por mantener sexo en aquel lugar...

Eduardo no paraba ese avance, y ya en frente de mí me quitó mi vaso de la mano, dejó el suyo en la barra de la cocina y me atrajo hacia él. No pude evitar que cazara mis labios, era un pecado no besarle de esa manera que ambos lo hacíamos, un beso ardiente y febril de dos cuerpos incandescentes que estaban a punto de quemarse. Le susurré al oído:

— No lo hagas Eduardo.

— ¿Qué no haga el qué?

— No me hagas esto, no estamos solos.

— Lo se... pero sabes que siempre he buscado la forma de poseerte. No lo resisto, estás demasiado bella, tus ojos brillan en la oscuridad y como animal en celo acudo a ti.

— Esperemos a llegar a casa, donde las miradas indiscretas no observen.

— No aguanto Alexia, te quiero poseer ahora.

Estaba claro que no lo podía frenar y mientras nos susurrábamos, mi excitación aumentó a unos niveles peligrosos hasta para mí. Continuaron esos besos peligrosos que fueron cortados por la indiscreción de Dana que nos

mandaba a apagar nuestro fuego a la habitación. Estábamos rozando la locura, pero Eduardo hizo oídos sordos a todo cuanto tenía a su alrededor.

Con un tirón de brazo cuando todos andaban despistados y parecían que no nos miraban, me encerró en el baño, donde me arrinconó en una de las paredes, llevaba un vestido de gasa de verano al que no dudó en levantarme y empezar a tocar mi rodilla, poco a poco hasta llegar al lugar palpitante. Tocó mi sexo que ya estaba preparado para recibirlo por el nivel alto de excitación en el salón. Retiró a un lado mi braga y escuché el sonido de su bragueta. Estaba a punto de suceder, la mezcla del nerviosismo, la excitación, la fogosidad de ambos cuerpos era algo peligroso que me cautivaba. Su envestida fue fuerte mientras agarraba una de mis piernas por debajo de la rodilla. Seguidas y sin pausa, mi cuerpo perdía en control, con la otra mano, Eduardo tapaba mi boca, mis jadeos, mis delirios se podían escuchar por todos los rincones de la casa. Ambos marcábamos un ritmo con nuestra cadera buscando y deseando esa pasión, ese pecado cometido por ambos, esa avaricia de nuestra sed. Pronto y repentinamente llegó nuestro clímax en el que nuestro cuerpo se rindió y reposó en aquella pared, cuando de repente, se abrió la puerta del baño y mis ojos casi ausentes de vida se clavaron en los de Gema. Mi cara se quedó perpleja y Eduardo se dio cuenta y giró su cuello hacia la puerta, Gema se había quedado paralizada, dijo perdón como pudo, casi balbuceando y cerró la puerta del baño. — Nos han pillado Alexia...

— Te lo dije, te dije que aquí no. ¡Qué palo por dios!

De repente, Eduardo comenzó a reírse aun estando dentro de mí y abrazado. No le veía yo en ese momento mucho la gracia. La vergüenza de mi pose contra la pared y él agarrando mi pierna. Era un momento muy embarazoso. ¿Qué cara iba a poner yo ahora al ver a Gema?

Después de colocarme la ropa y acicalarme algo el pelo salimos del baño, cada uno seguía a lo suyo, se habían formado grupos y seguían bebiendo y bailando. Gema estuvo un buen rato sin mirarme, sin que nuestras miradas se cruzasen. Dana se acercó a mí, sabía que había estado ausente unos minutos con Eduardo, y fue directa al preguntar dónde me lo había follado. Mis ojos se abrieron de par en par, no es que me extrañase la pregunta directa de ella, pues ya eran años aguantando lo mismo, pero me hizo darme cuenta que la ausencia si se había notado. Al momento se acercó Gema y Lara. Dana no era

tonta y a Gema la veía rara y le preguntó directamente. Gema, no se complicó mucho, pues dijo que dijera yo de mi boca qué es lo que había pasado. Qué bochorno.

— Bueno... no se...

— Va suelta por esa boca donde te lo has follado y que ha visto Gema que se ha asustado. — Dijo Dana siendo directa.

— Está bien cotillas, ha sido en el baño. — Dije en un susurro. No sé para qué preguntáis. Ya sabéis como somos los dos.

Todas se rieron, seguíamos en nuestra línea de hacerlo en lugares nada comunes y en situaciones en las que a nadie se le ocurriría hacerlo. El porcentaje de pillada era muy grande y eso fue lo que ocurrió. Dana y Lara se meaban de la risa al ver como Gema relataba lo que había visto. Me llamaron de todo, pero no podía frenar ese impulso y esa mirada de Eduardo... era incapaz de negarle nada.

Poco a poco todos nos despedimos, eran las tantas de la madrugada y mañana, para tres de los presentes en esa habitación, era un día muy importante y teníamos que descansar algo. Lara y Enzo nos acercaron a casa en coche, yo lo agradecí, pues ya notaba cansancio en mi cuerpo, habían sido muchas emociones juntas desde que había aterrizado.

Cuando subimos Eduardo y yo a casa y nos tumbamos en la cama desnudos, abrazándonos, aquello me parecía una de las sensaciones más bellas, me encontraba protegida bajo sus brazos, rodeada por todo su cuerpo.

— Alexia, descansemos algo, mañana es un día muy importante y hemos de ir a primera hora a la oficina a rematar nuestro proyecto, el cual nos unió. — Lo se cariño... — Descansa.

Y con esas palabras quedé sumida en un sueño muy profundo, en sus brazos, bajo su perfume, bajo el latido de su corazón. Ambos debimos de caer en décimas de segundo, el cansancio era visible no solo en nuestro cuerpo, se veía reflejado en nuestras caras, y más que en la suya en la mía. Me envolvió con sus brazos y como una niña después de un día largo de colegio, caí rendida a los antojos de Morfeo.

## Capítulo 4

Desperté en la mañana con esos besos llenos de ternura de él, por mi cuello, por mi frente, por toda mi cara, él me regalaba la delicia de un nuevo despertar. Habían sonado los despertadores y yo ni me había enterado, estaba sumida en un sueño placentero al lado de lo que yo más amaba.

Desayunamos los dos bajo nuestra atenta mirada, bajo esa tímida sonrisa llena de admiración. Hoy se nos presentaba un gran día, la presentación de nuestro spot, aquel por el que habíamos trabajado tantas horas y por el que habíamos viajado. Por ese proyecto nos habíamos dejado hasta la piel.

Me preguntó si me encontraba nerviosa, pues debía hacer una pequeña intervención. Hoy ante nosotros estarían no solo los dueños y creadores de ese dispositivo, muchas personas importantes referentes al marketing llegadas de todos los lugares del mundo, un proyecto a nivel internacional de gran valor para la empresa de España.

Raramente, no me encontraba nerviosa, simplemente feliz de tenerlo a él frente a mí, de poder sentir su respiración y ese tacto tan cálido de su piel en la mía. Lo demás en ese momento, pasaba a un segundo nivel, o quizá aún no era consciente de lo que se avecinaba.

Eduardo se vistió con un traje de chaqueta gris oscuro, camisa azul oscura y una corbata gris. Yo opté por uno de los trajes de chaqueta gris con camisa rosa claro, unos elegantes tacones y el pelo semi recogido. En la entrada de casa me regaló un beso suave, tan solo acarició levemente mis labios, no quería quitarme el carmín de ellos.

Fuimos caminando hasta las oficinas, eran las ocho de la mañana y el sol brillaba con toda su fuerza deslumbrando nuestros ojos. De la mano, casi sin apenas pronunciar más que algunas palabras sobre la reunión que teníamos a las ocho y media en nuestra sala con Pablo y Lara. Antes de reunirnos con todos los demás y hacer oficialmente la presentación, bajo la atenta mirada de los directivos, bajo la aprobación de ese anuncio publicitario, que sería emitido en todas las televisiones del mundo, tocaba una pequeña organización entre nosotros. A medida que nos acercábamos, sin apenas darme cuenta, iba apretando aún más la mano de Eduardo, me miró y me regaló una sonrisa a la vez que me decía que todo iba a salir perfecto.

A la entrada, por esas puertas respiré hondo, nos dirigimos a la sala, donde todo había tenido su comienzo, y allí ya se encontraban Lara y Pablo. Pablo

se alegró mucho de verme nuevamente y charló mínimamente algo conmigo sobre mi nuevo trabajo.

Ya sentados y nuestras carpetas sobre la mesa comenzamos, la primera intervención sería para Pablo, de seguido Eduardo, yo y para concluir Lara. Ambos pulimos un poco la forma de exposición y por fin ante mí, en una pantalla inmensa de la sala, vi el proyecto terminado, el anuncio, las imágenes, la música, todo lo que habíamos hecho cada uno por separado lo veía unido, y era la satisfacción más grande en el trabajo que había tenido y sentido en la vida. Un orgullo que hizo que por mi rostro corrieran lágrimas de júbilo, como pude sosegué aquella sensación, con un clínex limpié con cuidado mis lágrimas para no perjudicar mi maquillaje. Todos al terminar la proyección aplaudimos y nos dimos la enhorabuena por la labor. Al parecer no era la única que se había emocionado, cada uno a su forma parecía que se les había metido algo en los ojos.

A eso de las doce, todos nos dirigimos a la sala principal de exposiciones de la empresa, en la que jamás había estado, ni tan siquiera sabía en qué lugar se encontraba dentro de este edificio. Pero ante mí me encontré dos puertas de madera de roble grandes, Pablo abrió las dos puertas a la vez y vi una sala grandiosa, una mesa alargada que al menos se podían sentar treinta personas, al final de esa mesa un proyector que abarcaba toda la pared, con un atril en uno de los laterales, era una sala espaciosa, diría yo que magnánima y colosal.

Algo nerviosa entré de la mano de Eduardo, quien en todo momento aplacaba esos nervios que iban creciendo a cada segundo. Lara me sonreía con esa complicidad que habíamos adquirido ambas. En cada lugar pusimos sobre la mesa un dossier de presentación, este estaba completamente en inglés y a decir verdad la intervención también lo era al venir gente del extranjero.

Se aproximaban los minutos para la presentación y nosotros ya teníamos todo preparado. Poco a poco vi entrar en la sala a personas, que por supuesto, desconocía, cada uno fue ocupando su silla y cuando ante nosotros se cerraron las puertas comenzó lo que jamás pude imaginar.

Según lo previsto, fuimos hablando, incluso muchos de ellos preguntaron sobre aquellos problemas con los que nos habíamos topado, airosos salíamos de cada pregunta con maestría y llegó ese momento esperado por todos, ver

ante ellos ese anuncio de marketing publicitario.

Cuando concluyó, tras unos segundos de pausa, en los que el corazón se detuvo, en ese momento que al cuerpo se le olvidó incluso respirar, se iniciaron los aplausos, se pusieron de pie y mirándonos daban la aprobación sublime a nuestro trabajo. En la pequeña recepción que se hizo después, pude conocer personalmente quien era cada uno de los asistentes, personas con nombre que había leído en algunos libros de publicidad y de marketing, pude conocer también a los que eran mis anteriores jefes, quienes mostraron mucho interés en mi nueva incorporación en Sofía y habían seguido mis pasos. Ellos, no dudaban en que pronto podría volver quizá a estas oficinas, la oferta y la demanda de personas que valían era muy grande. Yo me quedé perpleja, con el afán que lo decían, yo, una persona desapercibida o eso pensaba yo.

Cuando la última persona salió de aquella sala y cerraron la puerta, nosotros comenzamos a gritar y a abrazarnos como unos chiquillos que acababan de ganar un partido de fútbol en el patio del colegio. Abrazos, besos y felicitaciones. Con una copa de champán cada uno en la mano brindamos, por nuestro trabajo, por nuestra mejor propuesta hasta ahora conocida y por el equipo que formábamos. Sellé ese sorbo de champán con un beso apasionado y robado a Eduardo.

Recogimos nuestras cosas y salimos de esa sala, orgullosos, felices y radiantes del éxito que habíamos tenido y lo satisfechos por un buen trabajo. Todos en la empresa se habían enterado y cada vez que nos cruzábamos con alguien nos felicitaba. Corriendo llegué a la mesa de Dana que con impaciencia nos estaba esperando, pero al ver la cara de alegría, tan radiantes que deslumbrábamos, supo que había ido perfecto, no era esa la palabra, sino lo siguiente. Nuevamente más abrazos y algo de escándalo en esa planta en la que algunos seguían inmersos en su trabajo y levantaban sus cabezas.

Había que celebrarlo a lo grande y los cinco nos fuimos a comer a un lugar de postín, un restaurante de esos de creación que se había puesto de moda. No quedaba muy lejos de donde nos encontrábamos, nos decía Lara mientras el escándalo estaba asegurado por la calle. Mientras a cada dos pasos, devoraba con mis labios a Eduardo quien contestaba con ansia y deseo de perderse en mi cuerpo, un juego peligroso al que ambos estábamos acostumbrados y

dejaba boquiabiertos a cuantos nos rodeaban. Sabían cómo podía terminar esos besos y esa mirada llena de un detonante explosivo en nuestra sangre.

A la entrada de ese restaurante y tras pedir una mesa disponible, nos acomodaron en una que era completamente entera de cristal, con unos salvamanteles negros. Las copas eran de un diseño algo particular entre un blanco opaco y un negro a aguas. Nos sentamos y ojeamos la carta de degustación, compuesta por más de diez platos diferentes de quizá algún experimento culinario. No es que me encantaran en demasía estos sitios, pero hoy sin duda era un día muy importante en nuestra vida, me sentía completa, llena, alegre, cualquier apelativo de felicidad se quedaba corto. En esos momentos por mi mente no recorría el saber que en dos días volvía a mi nuevo hogar.

Tras pedir un vino de una gran reserva y según Eduardo, de una cosecha muy buena, me dejé envolver por los sentidos, el tacto del vino aterciopelado, esa suavidad en el paladar, el sabor afrutado me cautivó por completo. Tras una corta conversación llegaron los primeros platos. Un plato algo esotérico negro y hondo, en el fondo de él, me asomé curiosa para ver que se encontraba en su profundidad. Ese plato era una fusión entre un centollo y un erizo de mar, una sopa de color rojizo a granate, adornado con flores comestibles de color blanco y morado. Acerqué mi cuchara y mojé la punta, la acerqué a mi boca y ante mí se abrieron los mares y los océanos, su sabor intenso, su textura abrió mi paladar para quedarse fascinado. Eduardo me miraba, siempre lo hacía cuando comía, admiraba mis facciones, el cambio de ellas en expresión por la sensación placentera de la comida.

Llegó el segundo plato, un pequeño cuenco de cristal con una forma alargada, en su interior algo que dominaba casi la transparencia, era una mousse de crema y buey de mar, ante mí se abrían sabores nuevos en la degustación más allá de nuestros bocatas en el bar y de nuestros fritos.

Sucesivamente llegaron todos los platos, hasta toparme con el postre, donde los chocolates conocidos y por conocer de todo el mundo explotaron en el interior de mi boca. Aquello era como tener un orgasmo con la comida, la sensación placentera de probar lo nuevo, de percibir a cada segundo un nuevo sabor y una nueva textura. La verdad es que aquel lugar me sorprendió muchísimo.

En el rato de la comida no dejamos de alagar esos platos deliciosos que nos habíamos tomado, la velada se relajó hablando de muchos temas variados con una copa en la mano. Un Martini Rosso para mí como de costumbre, al que me acompañó Eduardo.

Mientras hablaba con Dana y Lara, sentí la mano de Eduardo posarse en mi rodilla, a pesar de llevar pantalón el calor de su mano traspasaba todos los tejidos en este mundo habido y por haber. Acarició mi pierna con suaves movimientos, arriba y abajo, con lentitud y algo sosegado. Lo miré y su mirada y la mía, en ese cruce, se clavaron la una en la otra, ese deseo, esa pasión y el juego que habíamos iniciado continuaba en nosotros. Estaba perdiendo la conversación de las chicas, perdía por momentos la ausencia de mi ser y Eduardo sin piedad, subió su mano recorriendo el interior de mis piernas.

— ¡Alexia!

— Dime Dana.

— ¿Te estás enterando de lo que te estamos diciendo?

— Disculparme, se me fue la cabeza por unos segundos. — Dije con el aliento ya algo entrecortado.

Volví a mirar a Eduardo quien parecía tan tranquilo hablando con Pablo, mientras por debajo de la mesa se acercaba a un punto peligroso. Impasible conmigo y con la situación siguió, comenzó a tocar mi sexo con su mano, dándome caricias. En ese mismo momento se me cortó verdaderamente el aliento. Me levanté de la silla de un bote.

— Disculparme, me voy un segundo al baño.

Me ausenté de aquella mesa que estaba enloqueciendo mi cuerpo, Eduardo sereno me miró y sonrió. No me lo podía creer, este hombre cada día que pasaba junto a él me sorprendía más su descaró, su atrevimiento a excitarme en lugares públicos y creo que ayer ya había tenido suficiente con la pillada de Gema en casa.

En el aseo, de cara al espejo me refresqué mi cara, necesitaba paliar las rojeces, no solo de mi rostro, sino de mi cuerpo entero. La puerta se abrió y asomó la cara de él.

— ¿Estás bien?

— Eduardo, no puedes hacerme esto, ya ayer nos pilló Gema ¿qué quieres que nos echen del restaurante por escándalo sexual y salga en las noticias?

— ¿Estás sola?

— Si ¿por?

Mala contestación le di, sabiendo cómo era. Se adentró en el aseo ante mi cara perpleja, no podía ser, el juego aún no había terminado y me encontraba arrinconada ante él. Atrapó mis labios con furia y deseo, mi cuerpo le respondió con esa misma perdición, la que estábamos los dos apunto de cometer, dentro de uno de los baños de aquel restaurante con renombre. Apresurados ambos nos metimos en uno de los aseos.

Desabrochó mis pantalones y los bajó hasta mis tobillos, mis manos sabias e incontrolables deslizaron la cremallera de su pantalón para dejar en libertad su erección. Bajo el absoluto silencio me recreé en su sexo palpitante, después él, se recreó en el mío, la excitación de ambos era extrema. Bajo ese silencio y esas miradas me giró y me puso contra la pared de ese baño y pude sentir su embestida fuerte dentro de mí, con una de sus manos tapaba mi boca y con la otra agarraba mi cintura con fuerza para atraerme hacia él. La rapidez de sus movimientos, el poder de su control hizo que los dos con intensidad llegáramos a ese límite en el que sentí su espalda pegada a la mía.

Intentando recuperar el ritmo normal de nuestros corazones, mientras nos vestíamos, sonreíamos por la locura cometida y por el peligro al que nos exponíamos. No era la primera vez que se apoderaba de nosotros esa lujuria en algún lugar público, pero estaba claro que, a los dos nos podía la excitación y a nuestro alrededor no existíamos más que los dos.

Asomé mi cabeza por la puerta, parecía que no había nadie, le empujé y le saqué de allí. Me acerqué yo primero a la mesa. Pablo se encontraba hablando con Dana de algo referente al trabajo, me senté y Lara me miró de arriba abajo, abrió sus ojos, perpleja movió su cabeza de un lado a otro en forma de negativa. Pegó su silla a la mía y en un tono muy bajo me habló.

— ¡No!

— ¿No qué Lara?

— No me lo creo... pero ¿habéis sido capaces?

— No sé de qué me estás hablando Lara.

En ese momento llegó Eduardo a la mesa, quien tomó un sorbo de su copa. Nos miró y sonrió, se adentró en esa conversación que mantenían Dana y Pablo.

— No mientas Alexia, nos conocemos ya a estas alturas. Además hueles a poscoito. — Dijo riendo.

Estaba claro que fuera por una cosa u otra, estaba sentenciada a que mis amigas después de cada escapada, para desfogarnos en algunos de los lugares públicos, me pillaban directamente o indirectamente. No tenía remedio y avergonzada me sinceré con Lara, pero cierto es, que alguna risa tonta se me escapó, no podía remediarlo, el nivel de sobre estimulación en nuestro juego era muy alto. No tardó mucho Dana en dejar hablando a Eduardo y Pablo solos, cuando pegó la oreja a nuestra conversación. Curiosa y expectante estaba esperando enterarse de todo lo hablado, bajo esa risa que desvelaba algo gracioso. Me fue imposible con sus preguntas intentar negar lo que ella casi afirmaba, esa ausencia de ambos al baño, para ella no era nada nuevo, pues en la discoteca ese día y en el club lo había vivido. Las risas cómplices hicieron mirar a Eduardo de refilón, nos miró a todas y sonrió.

La velada terminó sobre casi las cinco de la tarde, entre despedidas y quedadas para la noche. Teníamos claro el plan, volver al lugar donde había perdido mi vergüenza, donde se apoderó de mí esas ganas tan fuertes de querer más de él.

Dana y Lara se fueron juntas, Pablo se dirigió nuevamente a las oficinas y nosotros dos abrazados vagamos por las calles de Madrid. Solo existíamos él y yo, a nuestro alrededor ni un sonido, ni una persona por cruzarse. Éramos dos ciegos envueltos en una atmósfera única, bajo la felicidad, bajo el silencio de nuestros besos y de nuestras miradas.

Llegamos al portal de su casa, subimos en el ascensor, abrazados, pegados el uno al otro con ese cariño y esa complicidad. Quería sentirlo así, de esa forma tan íntima, tan frágil, tan vulnerable como un niño. Me había enamorado de todas sus facetas, la de ser arrogante y presuntuoso, la de su inocencia y el miedo a sentir. Para mí era perfecto con todas sus imperfecciones, era la otra mitad de mi vida, la alteración y la calma, la locura y el sosiego. Era esa combinación explosiva de deseo incontrolable en una caricia o en esos momentos llenos de lujuria, en la que los muebles de

casa eran arrastrados y donde los espejos se rompían a la alta tensión sexual.

La presentación, ese nerviosismo nos estaban pasando factura, nos encontrábamos apaciguados, hablando de nuestro día a día abrazados en el sofá con ropa algo más cómoda. Me levanté y muy sutilmente le invité a la ducha. Los dos frente al espejo, bajo esa mirada llena de amor, de ternura y admiración nos quitamos la ropa. Bajo besos llenos de pasión me recreé en sus labios, en saborearlos mientras nuestras lenguas jugaban tímidamente. Nuestras manos bajo los chorros del agua se perdieron en nuestros cuerpos, acariciando cada parte, como si fuera la primera vez que lo hicieran. Enjabonó todo mi cuerpo, con delicadeza me llenó de espuma con sumo cuidado, mientras cerrábamos los ojos para besarnos. Tras terminar la ducha, me llevó de la mano a la cama, me extendió sobre ella y observó de arriba abajo todo mi cuerpo desnudo, con esa mirada que desvelaba el deseo. Besó mis pies, mis tobillos y mis rodillas. Sus manos se adentraron por el interior de mis muslos buscando mi placer al sentir sus dedos en mi sexo. Mi cuerpo recibió una sacudida a tanta excitación, mis jadeos y mi falta de aire. Su boca se acercó dónde estaba ardiendo y perdí la cordura de ese momento, antes de que perdiera la consciencia se situó encima de mí y sentí como entraba dentro de mi cuerpo. A su paso un deseo, una sensación de placer, unos movimientos pausados, como si fuera una canción romántica, como si fuera un poema, donde ambos cogíamos aire para soltarlo, donde los besos se mezclaron y dieron lugar a la llegada del placer jamás conocido.

Ambos abrazados mientras nuestros cuerpos intentaban volver a la normalidad, esperando que los dos dejáramos de temblar y abrazados caímos rendidos, sucumbimos a ese sueño reparador enlazados y ceñidos.

Abrimos los ojos a la vez, asustados por las melodías de los móviles, Eduardo fue algo más rápido que yo y contestó, era Lara, él miró el reloj y abrió sus ojos asombrado por la hora que era.

Nos habíamos quedado dormidos, eran las once y media de la noche y llevaban media hora esperándonos, nos habían enviado mensajes que ni habíamos escuchado, estábamos enfrascados en nuestro sueño, en la tranquilidad que nos poseyó a ambos tras amarnos con pasión y deleite.

Bajo risas nos arreglamos para ir de fiestas a la discoteca, yo con un vestido morado y Eduardo con unos pantalones de vestir negros y una camisa

color azul celeste, con las mangas subidas casi a la altura de sus codos. Perfumados y por mi parte maquillada, tras darnos esos besos en la entrada que cortaban todo aire que se respiraba a nuestro lado, salimos de casa para ponernos en camino donde todos nos esperaban. Un viernes lleno de juventud, lleno de ganas de bailar y de pasarlo en pareja y con amigos.

A la llegada, nada más entrar, ahí estaban todos, en ese mismo rincón de los sofás. Por mi mente en una décima de segundo pasaron todos los recuerdos, todos aquellos de confusión y de lujuria. En éste lugar yo había perdido y ganado algo en mi vida, esa tranquilidad que poseía, esos valores forjados con los años, pero había ganado tras poner mi vida al revés al mejor de los amores que había tenido, un juego que a ambos se nos fue de las manos, en el que fue entrando esa llama de amor sin que apenas nos percatáramos.

Tras pedir nuestras bebidas y regalar un beso a mi chico, me senté con las chicas. Empezamos a recordar la primera quedada, las primeras salidas, unos meses alocados para todos. Aunque sabía perfectamente que ya a diario no podía verlas, estaba segura que venir los fines de semana no era tan complicado y me lo podía permitir. Incluso hacer una pequeña escapada a algún otro lugar para disfrutar de la montaña o de la playa.

Tras tomarnos nuestra primera copa, las chicas nos fuimos a la pista de baile a mover nuestros cuerpos, a dejarnos envolver por esos ritmos y esas melodías que incitaban a mover las caderas, brazos y pies. Los chicos siguieron un rato más sentados, enfrascados en alguna conversación. Me acerqué a Gema y entre chillidos le pregunté qué tal le iba con mi hermano, la verdad, su sonrisa lo dijo todo. Se acercó a mi oído y me chilló que a la semana que viene se mudaba a casa, algo sabía yo, pero quería escucharlo de primera mano y mi hermano era bastante escueto a la hora de hablar y más aún dejar ver sus sentimientos. Me parecía una buenísima idea que vivieran los dos bajo el mismo techo, eso significaba que su compromiso y dedicación entre ellos era fuerte, les unían unos lazos que miraban al futuro.

La sed volvió a nosotras y directas fuimos a la barra, allí con Dana, le pregunté con más detalle como llevaba el asunto de la boda. Me comentó entre trago y trago que a principios de octubre comenzaba la prueba de su vestido, ya había visto algunos que le gustaban y sobre esos tantos que le

gustaban, en ese mes decidiría cual es el que llevaría para dar su sí quiero ante todos. Estaba claro que Dana quería que estuviéramos ese día allí con ella, junto con su madre y la madre de Enzo, todos formábamos parte de la familia por la amistad que nos unía. Le prometí que ese día estaría puntual en la entrada de la tienda, preparada para ver más bella, si se podía, a una de mis mejores amigas.

Entre lágrimas y risas, ambas ante la emoción nos abrazamos, un abrazo sincero y lleno de nosotras. Para mí sería un día muy importante, ver a Dana vestida de blanco, atravesar ese pasillo rojo ante el altar y ver su cara de felicidad ante la de Enzo. Dana después de ese abrazo estuvo preguntando como nos iba a nosotros dos y como habíamos pasado estos días separados.

Era quizá como estar en una burbuja, hablar con él por teléfono, mandarle mil mensajes de te quiero, de me acuerdo de ti y de sentir su ausencia. Se hacía duro, pero más duro se hizo cuando estuve sin él, ambos destrozados y negando lo inevitable. Estaba segura que seríamos capaces de paliar la distancia, ya fuera viajando él o viajando yo. Al menos hasta ahí habíamos llegado, hasta ver el trabajo porque camino nos llevaba. Era quizá tener un poco de incertidumbre en el futuro, pero los dos nos refugiábamos en ese amor sincero, en esa conexión y el saber que el resto de la vida lo pasaríamos juntos.

Más que una noche de fiesta se estaba convirtiendo en sinceridades con una copa en la mano, pero bajo esa compañía no se podía pedir más para ser feliz. Mientras terminábamos nuestra segunda copa, Eduardo se acercó por detrás, besando mi nuca, con esos labios delicados y húmedos. Repitió ese beso en el lateral de mi cuello mientras me agarraba por la cintura y sus manos rozaban sutilmente mis posaderas. Por mi cuerpo recorrió toda una corriente eléctrica que lo dejó temblando, cerré mis ojos al recibir la sensualidad de esos besos, el sentir sus manos y su cuerpo pegado al mío. Cuando estaba alcanzado ese limbo de sensaciones Dana me atizó una patada en el pie. Abrí los ojos y la miré, Eduardo paró también sus besos y fijó su mirada. A gritos nos dijo a los dos que nos fuéramos donde las barricadas. Me giré y lo miré a él, su cara era todo un poema por definir, a mí por el contrario, me entró la risa, estaba claro que ese momento que habíamos vivido delante de ella había subido de tono y la excitación se palpaba en el aire.

La pregunta de Eduardo fue contestada por un sí, le había contado a Dana donde lo habíamos hecho en esa ocasión. Me sonrió y le dijo a ella que esta noche se las volvería a arreglar para que ese lugar estuviera abierto, para volver a vivir lo que entre, barrica y barrica, pasó en esa noche. Dana, después de mirarnos de arriba abajo, se rio e insinuó que quizá ella también probaría ese lugar con Enzo.

Efectivamente Eduardo se las arregló para llevarme allí, recordar ese mismo pasillo en el que las piernas me temblaron, en la que esa noche le imploré que estuviera dentro de mí. Y casi de testigo las mismas barricadas me arrinconó, volví a sentir ese animal que llevaba dentro, volví a sentir con él como ambos perdíamos la consciencia de ese momento, de esa realidad y llegamos a ese punto tan alto como pudimos para sentir la bajada vertiginosa hasta nuestras extremidades. Un par de locos sueltos por la vida, realmente eso era lo que parecíamos. A ambos nos gustaba ese peligro, ese juego de poderes, esa atracción de poder el uno sobre el otro.

Tras sosegarlos y volver a la normalidad, sobre ese pasillo nos cruzamos a Dana y Enzo, quien tiraba era ella, la miré y me asombré, iban hacer lo mismo que nosotros. Al final el estado continuo de sensualidad se veía repercutido a nuestros amigos.

La noche continuó como si nada hubiera ocurrido, bailando y bebiendo hasta quizá perder un poco el sentido del equilibrio, la última salida a la calle para fumar fuimos cogidas del brazo Lara y yo. Como pudimos nos dimos fuego y aspiramos el humo con tanta fuerza que ambas nos atragantamos, entre las risas y la tos, y teniendo en cuenta que el equilibrio ya era poco, casi literalmente nos meamos encima. En ese momento apareció la exaltación de la amistad, esos abrazos y esos besos. Nuestra palabra más repetida era “Eres una tía de puta madre” toda una declaración de amistad para el estado embriagado que llevábamos.

Cuando entramos, nuestro estado era pasado desapercibido por los demás, pues iban igual que nosotros, incluso alguno, diría yo, que algo más. Al poco rato de estar apoltronados en los sofás de allí, inertes casi en conversaciones debido a nuestro estado, decidimos dar por concluida nuestra noche, la cual se nos había ido de las manos como casi siempre. Cada uno, acompañado de su pareja salió de allí, Lara se agarró a Dana y a Enzo y pusimos rumbo a

nuestras casas tras despedirnos.

A los dos se nos hizo un mundo llegar a casa, nos encontrábamos abatidos por el alcohol y la noche, las emociones y todo lo que había sucedido en el día de hoy. Y tras llegar y quitarnos la ropa caímos como dos seres paralizados e inmóviles sobre la cama. Dos cuerpos abandonados y desmantelados encima de las sábanas rozando nuestros cuerpos desnudos.

Nuestro despertar en ese sábado no fue muy tranquilo que digamos, los dos con dolor de cabeza, acompañados en el silencio con una taza de café en la mano y en la mesa esperando una pastilla para que pararan esas tensiones fuertes en nuestras cabezas. Aun así, Eduardo me regaló esa sonrisa suya casi de medio lado que hacía revolotear esas mariposas, tanto revolotearon que al terminar el café, antes de que me hubiera tomado la pastilla, corrí al baño. El estómago no aguantó ni los nervios de ayer ni los litros de alcohol que por las venas circularon.

Eduardo se preocupó y asustado vino detrás de mí, me ayudó con mi pelo y con su mano sujetó mi frente. Ya cara al espejo, mojó una toalla de mano con agua fría y con mucha delicadeza limpió ese sudor repentino que me entró.

— ¿Estás bien cariño? — Dijo preocupado.

— Sí, ya me encuentro mucho mejor, se ve que mi cuerpo tiene un límite que ayer con todo lo que pasó lo he superado con creces.

La verdad, después de echar todo me sentí mucho más aliviada y con los cuidados que me dio Eduardo me recuperé enseguida. Ambos estuvimos relajados en toda la mañana solo disfrutando los dos en el sofá, tumbados, acariciándonos mutuamente bajo una conversación de futuro, de nuestro futuro.

— Había pensado Alexia, en que un fin de semana suba yo a Sofía y al siguiente bajas tú. Por el momento eso es la mejor de las soluciones, hasta que quizá pueda mirar algún trabajo allí o como te dijeron los jefes de Iriset te ofrezcan algo aquí que no puedas negarte a cogerlo.

— Me parece muy bien lo de venir fines de semana alternos, no quiero que esto nuestro pueda morir por culpa de la distancia, quiero cada segundo de mi vida sentirte, ver que estas a mi lado, nos apañaremos por ahora así. Siempre

también está dar alguna sorpresa como la que dado estos días presentándome antes sin que nadie lo supiera.

Los dos bajo esa agradable conversación, no solo hablamos del trabajo, sino de la familia, de sus padres a los cuales él me presentaría no dentro de mucho, y todo lo que para él tenía importancia.

Hablando sobre el tema de la boda de Dana, me sonrojé al pensar que él y yo algún día podríamos estar casados y me sentí feliz y dichosa por lo que me estaba imaginando. Él me sonrió.

— ¿Imaginando nuestra boda? — Dijo riendo.

— Más o menos, ya eres casi capaz de leer mis pensamientos Eduardo... — quizá algún día llegue, la verdad es algo que contigo lo haría con los ojos cerrados, a pesar de lo poco que quizá llevamos saliendo.

— Todo llegará Alexia, y cuando llegué será un día más para recordar en nuestras vidas.

Me abrazó con fuerza, el hombre de los miedos, el hombre que los había superado estaba hablándome de planes futuros de boda. Cerré los ojos en ese abrazo, me giré para besarlo, para sentir ese calor de sus labios, esa ternura e indefensa que veía en esos momentos. Quería apoderarme de él en ese mismo lugar, que fuera la luz del día testigo del amor que le procesaba, que nuestros cuerpos terminaran sofocados y agitados por el arrebató de pasión lujurioso.

Los dos relajados y semi desnudos en el sofá, empezaron a sonar nuestros teléfonos con mensajes. Quizá ya todos se habían despertado del estado comatoso que ayer teníamos. No nos equivocábamos, Eduardo, me fue leyendo todos los mensajes, se habían despertado resacosos de la noche joven de Madrid. Aun así, querían hacer planes para que comiéramos juntos, y a decir verdad por la hora que era, poco tiempo nos quedaban de hacer muchos planes.

Como siempre Lara conocía un lugar cerca de todos relativamente, en el que podíamos quedar, se ausentó en la conversación un minuto para llamar y realizar una reserva de mesa y lo confirmó. Nos envió la situación del restaurante. De un bote nos levantamos los dos, Eduardo se alegraba de que me encontrara bien, reconoció que se asustó un poco al verme correr hacia el

baño.

Los dos nos vestimos informales y tras regalarnos en la entrada varios besos que fueron a más los cortamos, nos conocíamos y eso podría desencadenar otro de nuestros momentos lujuriosos y llegar tarde a la quedada. Los dos agarrados de la mano, con el calor aun sofocante de septiembre nos adentramos por las calles, atajamos y buscamos las sombras como dos vampiros para no derretirnos.

A la llegada del lugar y como si lo hubiéramos planeado, fuimos llegando todos a la vez. Besos y abrazos y muchas risas por lo pasado en la noche anterior. No se salvó ninguno de tener en la mañana la cabeza algo más cargada que de costumbre.

En la comida, los platos iban y venían, era un lugar singular. Disponía de un salón que parecía una bóveda toda de ladrillos, como si fuera algún lugar en el que hace tiempo hubieran envejecido vinos de nombre. Las mesas de madera oscura con las sillas haciendo juego, manteles azul oscuro y salvamanteles blancos daban una mezcla de estilos muy peculiar. La comida estaba de escándalo, buena carne y buenos pescados, y los postres no se quedaron atrás, Eduardo que se encontraba algo lleno, me cedió el suyo, al que no dude en meterle la cuchara ni un segundo.

La velada prosiguió con una copa cada uno, los corrales de charlas eran variados, nosotras centradas en la boda de Dana, los chicos centrados en los deportes y coches. Cada uno estaba a lo suyo, pero las miradas de las parejas eran cómplices que en esos momentos rebotaba felicidad en cada una de nuestras vidas. Hablando y hablando Lara nos confesó, que hacía poco, estaba conociendo a alguien, le hubiera gustado presentárnoslo, pero hoy justamente salía de viaje de negocios. Curiosas le hicimos mil preguntas sobre él, quizá nos habíamos convertidos en mucho peor que nuestras madres preguntado su trabajo, su familia, de dónde era y de dónde venía. Lara contestó a cada una de ellas, incluso aquellas ya íntimas que por impulso Dana preguntó, aunque todas estábamos deseosas de saber si se lo había llevado a la cama. Nos alegramos por ella e hicimos un pequeño brindis.

La tarde se nos echó encima, y a la salida del restaurante paré a todos, quería despedirme de ellos pues mañana marchaba ya a Sofía y el resto del tiempo que me quedaba de estar aquí, lo quería aprovechar con Eduardo. Las

chicas me abrazaron con fuerza, dándome besos y pidiéndome que me cuidara allí. No iba a tardar mucho en venir, pero aun así, las despedidas eran duras, el último en despedirme fue mi hermano quien como nunca antes hizo, nos fundimos en un abrazo casi eterno, bajo el silencio, estábamos tan pegados el uno al otro que podía sentir los latidos de su corazón algo alterado y veloz. Nuestro silencio y nuestra mirada lo dijo todo y un “Cuídate”.

Nos alejamos los dos abrazados, Eduardo por el camino tras mi silencio prolongado me preguntó cómo me encontraba. A decir verdad, me sentía con un vacío en mi cuerpo, no me había aun acostumbrado a que estas despedidas, y más a mi pesar, se iban a producir más a menudo de lo que yo pensaba y tenía que poco a poco acostumbrarme a ellas.

Vagamos por las calles sin rumbo hacia ningún lugar hasta adentrarnos en unos de los maravillosos parques que tenía Madrid, el parque El Capricho. Ante nosotros se abría un espacio verde, lleno de árboles para resguardarnos del sol de la tarde. Allí, sentados en un banco de piedra, uno frente al otro, relatando historias de nuestra niñez, de historias que desconocíamos de ambos, adentrándonos en nuestra esencia y en los sentimientos. Declaraciones en el aire que nos rodeaba, risas subidas de tono ante el silencio que reinaba en ese lugar, solo irrumpido por el canto de algún pájaro posado en alguna rama atento a nosotros.

Como dos adolescentes haciéndonos burlas, abrazándonos y besándonos, salimos de allí dirección casa. La caída del sol anaranjado, daba esos colores dorados al salón, donde nuestra mirada fue el reflejo de lo que ambos poseíamos. Eduardo se levantó y puso algo de música en el salón, sonó una canción melódica, se acercó a mí y me tendió su mano para que bailara. Me agarré a sus manos y me rodeó con sus brazos atrayendo mi cuerpo al suyo con delicadeza, mientras empezaba el suave contoneo de nuestros cuerpos, marcando el compás de la música. Una balada romántica bailada por los dos bajo la tenue luz del salón. Un momento en el que solo existíamos los dos y donde conseguimos parar el tiempo, quizá a nuestra manera y nuestro antojo.

Esa noche las caricias, la intensidad y la fogosidad fueron parte de nosotros y de nuestros sentimientos, unas veces amor, otras lujurias desenfrenadas, unas veces el poder suyo y otras mío. Una perfecta combinación de poderes, de roles y juegos en la cama, como si estuviéramos

en un tablero de ajedrez y nosotros fuéramos fichas de ese juego. Ese jaque que no solo cortaba nuestro aire, sino que paraban en seco el ciclo de la vida.

Uno enfrente del otro, con la mirada fija, intentando recuperar los latidos normales de nuestro ser, mientras acariciaba mi mejilla con cariño y devoción, esa complicidad de dos seres que se querían, rompió el silencio para decir las palabras más bellas en ese momento.

— Alexia, quiero que cuando estés en España esta sea tú casa, quiero que dejes aquí tus cosas personales, algo de ropa para cuando vengas, quiero que en el baño dejes tu cepillo, tu peine y todo lo que forma parte de ti. Este será tu hogar, nuestro hogar. Contigo quiero hacer todo aquello que me daba miedo y escribir nuestra vida juntos, sin saber lo que nos pueda deparar, solo tú y yo.

Lo besé con ansia mientras de mis ojos brotaban esas lágrimas de plena felicidad, lo era todo para mí y yo lo era todo para él, ese gesto de que dejara definitivamente cosas en nuestro piso, el quizá recuperar ese hueco que una vez me hizo no solo en su corazón, era un lanzamiento al infinito agarrados de la mano.

Bajo un abrazo, con mi cabeza apoyada en su pecho escuchando sus latidos, mientras mis manos tocaban su vello del pecho y lo acariciaban, quedamos sucumbidos a un sueño reparador. Era un momento único y lleno de emociones, de sentirlo y de saber que mañana a estas horas ya estaría durmiendo sin él en mi cama.

En la mañana, sin necesidad de que sonara ninguno de los despertadores abrí mis ojos, no lo veía por la cama, me puse una camiseta, mi ropa interior y salí al salón. Él se encontraba en la cocina silbando, nunca antes lo había escuchado entonar una melodía, tan despreocupado y tan feliz preparando el desayuno. Me acerqué a él y lo besé a la vez que le di los buenos días. Me dijo que me sentara, que me había preparado un desayuno muy completo. Me senté y lo esperé, era cierto que el desayuno era muy completo, lo sirvió en dos bandejas individuales y tenía de todo: huevos revueltos, tostadas, beicon, tostada de mermelada, zumo de naranja y un café.

Ese desayuno me supo delicioso, y la verdad me levanté algo hambrienta. Como siempre bajo su atenta mirada disfrutamos de ese momento al cual recibió su recompensa bajo los chorros de agua de su ducha, algo sensual y

lleno de erotismo en el que, el poder fue entero mío.

Las horas se abalanzaban contra nosotros sin piedad ninguna, el tiempo no dio tregua al paso de los segundos, miré el reloj por última vez, ya tenía mi equipaje de mano preparado en la entrada de casa, mientras él no me soltaba las manos y con su mirada suplicaba unas horas más. Ya había llegado la hora de salir de casa y emprender el camino hacia el aeropuerto.

Los dos montados en mi coche de alquiler, camino al aeropuerto con algo de tráfico, pero aun así ese momento fue fugaz y los dos cuándo quisimos darnos cuenta estábamos abrazados, pegados y sumidos en esa atmósfera que habíamos creado. Besos y alguna lágrima fugaz por la breve despedida.

— Cariño, en pocos días nos veremos, hoy mismo reservaré el vuelo para el viernes y en cuanto te quieras dar cuenta, ya estaremos juntos de nuevo.

— Lo se Eduardo, pero eso no quita para sentirme ahora como si me arrancasen el alma por dentro. Es tanto lo que te amo, es tan grande lo que siento por ti, que esta momentánea lejanía me duele.

Y bajo esas palabras nos regalamos esos besos prohibidos e íntimos, hasta agotar los segundos concedidos a esa despedida, justo antes de que pasara los controles de seguridad. Con ese beso al aire y un te quiero en nuestros labios silenciosos en voz lo perdí en la lejanía.

## Capítulo 5

A la llegada a la casa de Sofía, bajo ese silencio abrumador, quizá hasta incómodo, dejé mi maleta y saqué lo poco que me había traído. En la casa de Eduardo ya había dejado algo de ropa y los utensilios de aseo. Sentada en el sofá, frente a la televisión, mandé unos mensajes a todos avisándoles de mi llegada. Y ese mensaje, el que me quitaba el aliento, lleno de esos muñequitos llorando y tristes.

Me preparé una tortilla con algo de embutido que me había metido en la maleta Eduardo, sabía que de vez en cuando me gustaba comer productos de la tierra. La tortilla estaba de escándalo, estaba claro que tenía en casa un buen aceite de oliva y la combinación de ingredientes para ser la perfecta cena muy típica española.

No tardé en sentir la llegada de ese sueño reparador. En la cama, mientras

tenía al otro lado del teléfono a Eduardo, dándome esa paz y esa tranquilidad como si lo tuviera a mi lado, caí en ese sueño en el que los dos nos encontrábamos libres en algún lugar, corriendo y riendo mientras nos íbamos regalando besos entre los árboles. Un sueño que se vio irrumpido por la alarma del despertador.

Comenzaba un nuevo día, pero mi cuerpo se encontraba como si le hubieran dado una paliza, y era lo normal que estuviera así, por todo el ajetreo que había tenido, las salidas, las chicas y con Eduardo. Aun así, con una sonrisa me arreglé y desayunada me adentré en las calles llenas de tráfico hasta llegar al parking de las oficinas. Justo allí me encontré con Katya, quien con un abrazo me recibió.

Me preguntó de camino a la sala, cómo me lo había pasado, cómo se había presentado el proyecto, la verdad me preguntó por todo y todos. Ella veía felicidad en mi cara, iba a preguntarme por dicho brillo en mis ojos, pero a la entrada de la sala ya estaban todos y aparcamos nuestra conversación para más tarde.

A todos se les veía cuerpo de lunes, a lo cual sonreí, así no era yo la única que su ser no terminaba de acompañarlo en el día de hoy. Aun así avanzamos en el proyecto, escuché las ideas de cada uno de ellos, les pedí que redactaran un pequeño dossier con sus perspectivas e innovaciones. Para mí era primordial que este proyecto estuviera formado por los criterios de cada uno de nosotros.

Como arte de magia, la mañana se nos echó encima, quería antes de irme a casa, pedir las autorizaciones necesarias para realizar nuestro primer viaje de negocios, rumbo a Alemania, donde se encontraba la principal producción del coche. Una empresa muy fuerte en el sector de la automoción se había quedado la concesión de los nuevos vehículos.

Me dirigí al departamento de contabilidad, yo por supuesto no conocía a nadie y me presenté, muy al contrario, ellos ya habían oído hablar de mí y en menos de lo que me imaginé, disponía ante mí todas las autorizaciones necesarias para ejecutar los primeros gastos del proyecto. Me asignaron una tarjeta para poder realizar las compras necesarias de billetes, o lo que pudiera surgir para todos los que formábamos el equipo.

Contenta salí del trabajo. En el camino me desvié un poco para ir a

comprar a un supermercado y poder cargar con bebidas y comida, la nevera estaba algo vacía y ya era hora de llenarla en condiciones, no solo para mí, sino para cuando llegara Eduardo. Después de volverme algo loca comprando, ya tenía todo cargado en el coche. La verdad que a gritos desvelaba mi identidad genuina de española, pero así era yo, marcando diferencia por cada lugar en el que me encontraba.

A la caída de la tarde, ya se notaba que estábamos a mediados de septiembre, pues refrescaba un poco. Mientras estaba sentada en la terraza, disfrutando de un cigarro y una copa de Martini Rosso, esperaba con ansiada la llamada de lo que yo más quería. Ese para mí era uno de los mejores momentos del día, en el que le narraba como me había ido la jornada, como me había encontrado con los compañeros, incluso cuanto habíamos avanzado en el Proyecto Newmot. Comentaba con él cada momento que había vivido, lo que había comido y lo que había soñado esa noche. Así, con su voz, bajo ese susurro y sintiendo su respiración terminaban todas las noches.

La semana avanzó rápido y sin piedad para ninguno del equipo, me encontraba en la cama, ya a punto de caer rendida para realizar nuestro primer viaje de trabajo hacia Alemania. Como Lara, cuando se encargaba de organizar todos esos viajes que hicimos con el proyecto de las tablets, me había encargado de gestionar todo: los billetes de avión, el hotel y nuestro tiempo libre. Todos estaban encantados y no recibí ninguna queja de todo lo que había elegido para esos dos días. Katya y yo esas dos noches, compartiríamos habitación, nos llevábamos muy bien y poco a poco estábamos haciendo buenas migas.

A las siete de la mañana, nos encontrábamos todos en el aeropuerto de Sofía, con nuestro equipaje de mano nos dirigimos a nuestra puerta de embarque, faltaban tan solo 30 minutos para que saliera nuestro vuelo hacia el aeropuerto Flughafen Schönefeld. El vuelo fue tranquilo y la verdad Katya daba muchos temas variados de conversación. Me estuvo dando un repaso de toda su familia que se encontraban en Rusia, de sus amigas de allí, al igual que yo, que por fin le pude hablar sin que fuéramos cortadas de mi vida en España, de mis amigas y de la persona que ocupaba enteramente mi corazón.

A nuestra llegada, en la zona de salida de viajeros nos estaba esperando un conductor para acercarnos a nuestro hotel, había escogido uno en pleno

centro de Berlín conocido por mucha gente, Hotel Meliá Berlín. Estaba ubicado en una zona privilegiada junto al río Spree y a tan solo unos minutos de la puerta de Bradenburgo, la Isla de los Museos y Alexanderplatz. A nosotros, a pesar de que nuestro viaje era de negocios, nos venía muy bien que estuviera muy cerca de los principales monumentos de esta capital.

Tras veinte minutos, llegamos a nuestro hotel. Un flamante e imponente edificio de ocho plantas no dejaban indiferentes a nuestros cuellos que se alzaron para verlo. Al entrar, pudimos ver una amplia recepción con suelos de mármol blanco y negro. Un estilo moderno predominaba en toda la sala. La amable recepcionista nos indicó cuales eran nuestras habitaciones y en que plantas estaban, al igual que el horario de desayuno, comida y cena.

Hice lo imposible para poder conseguir la habitación 410, situada en la cuarta planta de ese magnífico hotel. Ese número se había convertido para mí en todo un símbolo en la relación mía con Eduardo, y a pesar, que en esta ocasión no íbamos a estar juntos, me hacía ilusión estar en ese número de habitación. Nos habíamos organizado por las habitaciones en grupos; Plamen, Anel y Denis compartirían una habitación, Monika y Iva estarían en otra y Katya y yo en la famosa 410.

Tras la llegada, nos dio tiempo a acoplarnos un poco en la habitación. La nuestra era la Premium, una habitación muy completa, disponía de: dos camas individuales de matrimonio adornada en colores crema y dorados, con los cojines haciendo juego, dos butacas color claro, un escritorio de madera de alta calidad y un diseño muy peculiar. Ojeando pudimos ver las dos que disponíamos de un mini bar y un baño con una ducha entera de cristal opaco.

Al descalzarme pude notar que justo el suelo estaba caliente, era una sensación extraña encontrarse en el baño con la calefacción por el suelo. Abrimos las cortinas y ante nosotras se abrieron unas vistas impresionantes. Por una parte disponíamos vista a la calle Friedrich Chatrasse y por el otro a Weidendamm y ante nosotras se mostraba la grandiosidad del río Spree.

Ambas nos lanzamos a la cama a la vez y nos sonreímos. Con el móvil en la mano avisé a todos de mi llegada a Alemania y de cómo me había ido el viaje, incluso hice algunas fotos de la habitación y una con Katya, para enviárselas al grupo.

Tras colocar la ropa en los armarios estuvimos charlando de donde me

había comprado los trajes, a ella le parecían muy bonitos y con un corte muy moderno e ideales para la edad que poseíamos ambas, que rondábamos casi la misma.

Con ella me sentía a gusto y nuestra confianza iba creciendo. Ya en el móvil, por fin les pusimos caras a esas personas que habíamos oído hablar. Cuando le enseñé una foto de Eduardo y mía, me arrebató el móvil para hacer zoom en la fotografía, le parecía que hacíamos una pareja perfecta, incluso comentaba que viajaría alguna vez a España para ver realmente esos hombres tan apuestos que había.

Ese rato se nos pasó muy ameno, las dos hablando encima de la cama tras darnos una ducha. En la tarde teníamos programado la reunión con la marca principal del vehículo, nos estarían esperando tanto los ingenieros que lo crearon como los directivos y dueños de esa cadena. La verdad entre todos, habíamos perfilado el dossier de como queríamos enfocar el spot, solo quedaba esperar la aprobación de ellos o ver qué cambios solicitaban. Para mí era una prueba de fuego, había cambiado totalmente la funcionalidad y el método, buscando la primicia a la innovación.

Ya era casi la hora de la comida, y a decir verdad creo que todos, nos encontrábamos hambrientos. Quedamos en el Hall para dirigirnos al comedor que disponía el imponente hotel. Ante nosotros se abrió un lugar amplio, con mesas de cerezo vestidas con un mantel de un blanco impoluto, las sillas de madera y rojo aterciopelado les cubría. La cocina era muy internacional y nos regimos al menú de gourmet que ofrecían en la carta. Verdaderamente la cocina buscaba la perfección en el punto de cocción de todos los alimentos. Ya sentada esperando tan solo el postre me fijé realmente lo que desde el restaurante se podía ver, esas cristaleras daban una amplitud y una luz sin igual, y al igual que en nuestra habitación se veían las principales calles y ante nosotros otra vez el río Spree.

Todos subimos a la habitación a cambiarnos, en una hora tendríamos esperando dos coches para llevarnos ante una de las más famosas cadenas de coches de toda Europa. Opté por ponerme un traje gris oscuro con una camisa azul celeste para que rompiera la sobriedad del color. Pelo semi recogido, maquillaje y como siempre mis tres gotas de perfume. Katya, llevaba un traje pantalón también oscuro con una camisa blanca, se recogió su pelo rubio con

una coleta alta y a decir verdad, la vi muy cambiada, se había preparado para impresionar no solo en sus argumentos, sino con su presencia. Tener ante ti una mujer joven, de casi metro ochenta, rubia y ojos azules imponía, nadie podía negar que su procedencia fuera de Rusia.

Tuvimos unos minutos libres, esperando que el resto bajaran, era extrañar que los últimos que llegaron fueron los chicos, cuando siempre se dijo que irremediablemente había que esperar a las mujeres. Ese momento lo aproveché para enviar algunos mensajes a Eduardo, lo echaba tanto en falta, que solo pensaba en que llegara con rapidez el viernes para poder tenerlo en mis brazos y perderme en su cuerpo. También aplacaba el nerviosismo de dirigir este proyecto, aunque realmente era llevado por todos los que estábamos aquí. Aun así, era mucha la responsabilidad y era la primera vez que lo hacía bajo mi nuevo puesto de directiva.

A nuestra llegada, nos hicieron una pequeña recepción para conocernos antes de que comenzara la reunión. Pude charlar mínimamente algo con cada uno de ellos mientras nos presentábamos, todos eran personas más bien de edad mediana, parecían serios y poco amigables, pero al hablar con ellos e intercambiar algunas palabras la impresión y esa sobriedad cambió.

Terminado el café, nos dirigieron a una de las salas, tomamos asiento mientras Denis daba a cada uno de ellos un pequeño dossier. Tras la intervención de todos, quedaron en silencio. Ante mí se abrió un mar de dudas y el temor de que no fuera aprobado tal innovadora manera de hacer un spot. Esos segundos de silencio a mí me parecieron eternos, pero por fin habló el Director General de la marca, se habían quedado realmente impactados, pues nunca habían visto la posibilidad que se les habría en ese momento y aplaudieron el trabajo de todos, a la espera claro está, de la presentación final y su aprobación en el consejo.

Tras cerrar nuestras carpetas y despedirnos de todos, recibimos una bolsa con algunos regalos de la marca en cuestión, esta vez era de suponer que no iba a ser un coche, no nos iban a regalar uno a cada uno, aunque no hubiera estado nada mal, el modelo en cuestión era todo un acierto en línea, sistemas de seguridad y comodidad a la hora de su conducción.

Todos salimos contentos y más que satisfechos por esa primera toma de contacto, entre nosotros nos dábamos las felicitaciones por el trabajo

realizado en un tiempo record. Estaba claro que éramos un equipo productivo y que las ideas expuestas habían obtenido sus recompensas. Esa alegría continuó en los coches que nos acercaron nuevamente a nuestro hotel. Allí pudimos descansar un poco todos del nerviosismo de la tarde.

Katya y yo después de cambiarnos de ropa y ponernos algo más cómodas con unos vaqueros y una camisa de manga larga juvenil, no dejábamos de tener esa cara de felicidad por ese trabajo bien hecho. A ella además de entusiasmarle la idea de presentar el proyecto, le apasionaba el estar nuevamente en Alemania. Me contaba que había estudiado un año de su carrera en este país, es más, insistió una y otra vez el llevarnos a un lugar que ella conocía a cenar. No dudó en coger el teléfono y decírselo al resto del equipo, que como esperaba, les entusiasmó la idea de que alguien les llevara algún sitio peculiar a cenar.

Al lugar que nos quería llevar, no quedaba muy lejos de aquí, estaba situado en la calle Reichstagufer, justo a la vera del río a unos quince minutos andando. He de decir que algo peculiar sí que era, la entrada era entera de madera oscura con cristales más bien algo amarillentos, pero cuando entramos, aquel lugar que parecía algo pequeño se abrió ante nosotros. El salón era inmenso, lleno de mesas de madera y una barra al final muy larga con sillas del mismo color. La luz era tenue en todo el local. Cuando se nos acercó uno de los camareros, para mi sorpresa Katya comenzó a hablar en alemán. Se le veía entusiasmada en la conversación que mantenía con el amable camarero, el cual nos acompañó a una de las mesas de forma rectangular donde entrábamos todos. Por parte de Katya, estaba todo el menú elegido, toda comida alemana, aquella que ella había estado comiendo durante su estancia en este país.

Sin necesidad de que nos nosotros pudiéramos pedir algo, empezaron a traer cerveza y los primeros platos. Katya se había encargado según nos iba diciendo de pedir lo más típico en Alemania. El primer plato en venir fue Eisbein: una preparación con codillo de cerdo cocido, también conocido como pernil. Tenía un sabor muy fuerte y lo acompañaban papas cocidas, chucrut y albóndigas. A ese plato le siguió uno más, como el Frikadellen: una preparación muy popular alemana. Las frikadellen eran fritos de carne picada, cebolla o cebollín picado, huevo, pan rallado, sal y pimienta. Tenía una forma redonda y un poco aplanada, servido con una salsa tártara. Estaba todo

delicioso, acompañado por la charla de todos, no solo de trabajo, sino de nuestras vidas, ya que antes poco sabíamos unos de otros. Para rematar la noche nos llegó el postre, Strüdel: un tipo de masa enrollada que contiene diferentes frutas como relleno, especialmente manzana.

La cena se prolongó hasta las tantas de la madrugada, el local disponía de un lugar especial donde podías tomarte algo y disfrutar de buena música. A decir verdad, no todos eran muy bailarines, en especial los chicos quienes siguieron empujando el codo a base de cervezas. Nosotras todo lo contrario, con nuestras cervezas en la mano marcábamos esos ritmos con nuestras caderas, entre risas y quizá algunas confesiones. La verdad el equipo que tenía estaba formado por personas jóvenes como lo era yo y eso aseguraba una buena conexión no solo trabajando, sino fuera de las cuatro paredes de las oficinas centrales.

Vagando por las calles, siguiendo a Katya llegamos al hotel, mi cuerpo estaba algo demacrado y agotado por todo lo sucedido. Intenté hablar con Eduardo antes de dormirme, pero no cogió el teléfono, tampoco quise insistir mucho, eran las tantas de la madrugada y estaría descansando sobre esas sábanas aterciopeladas y llenas de mi perfume. Él sabía que íbamos a salir a cenar fuera del hotel y que quizá la noche se alargara más de lo esperado. Le mandé un mensaje de buenas noches, muchos te quiero y esas palabras sinceras de amor profundo de un cuerpo algo embriagado.

A la mañana siguiente, el escándalo de los despertadores irrumpió el descanso de ambas, algo somnolientas conseguimos levantarnos de la cama. Mientras se duchaba ella, yo miré mi móvil. Tenía ese mensaje esperado del hombre de mi vida, por el que suspiraba a cada segundo. Contesté a cada uno que tenía, que no eran pocos, entusiasmada, contándoles como había ido el día de ayer y contagiarles del estado de felicidad que me poseía.

No nos podíamos entretener mucho, hoy a las 10 de la mañana teníamos una cita en la fábrica, donde se estaban montando los coches y donde se creaban los componentes de estos. Tras bajar todos a desayunar y disfrutar del buffet libre que disponía todo lleno de comida, un desayuno continental, nos situamos en la entrada hasta que una furgoneta color blanca, vino a recogerlos para llevarnos allí.

Yo iba totalmente preparada con mi cámara, aquella que me habían dado

en el trabajo para uso y

disfrute. Teníamos ante nosotros una pequeña recepción antes de adentrarnos en la cadena de producción.

Me apasionó poder realizar millones de fotografías, diferentes ángulos, perspectivas e intensidades en reflejos de todo cuanto veía por el objetivo. Me sentía viva, el poder en mis manos, captando esa esencia y esa magia sobre lo que mis ojos veían. Sin darnos cuenta, la jornada había concluido y ante nosotros se abría la posibilidad de disfrutar unas horas en esta ciudad. Hasta mañana por la mañana no salía nuestro vuelo, el que nos llevaría nuevamente a Sofía.

Por decisión mutua nos fuimos directos a hacer un poco de turismo. Visitamos el muro de Berlín, o lo que quedaba de él. Un muro que separó en su día dos ideologías. Se abría ante nosotros un tramo de más de un kilómetro, era una reliquia del pasado. Se encontraba en un pleno estado de conservación. El Checkpoint Charlie, que fue uno de los puntos de acceso para extranjeros de Berlín del Este y de escape clandestino de algunos habitantes. Era emocionante pasar por ahí y poder, de alguna forma, imaginarse unos cuantos años más atrás, aquello que nosotros habíamos visto de refilón en la tele mientras jugábamos ajenos a cuanto estaba ocurriendo.

Después de hacer un alto para tomar algo, continuamos nuestro andar hasta llegar a la famosa y grandiosa Puerta de Brandemburgo, todo un simbolismo de la reunificación del país. Era precioso poder verla enfrente o pasar al lado de ella y admirar su arquitectura y su valor para todos los de allí.

Decidimos hacer un alto y parar a comer en un lugar donde Katya ya había comido alguna vez, sin duda la comida fue buenísima y con el café terminado, continuamos nuestro paseo hacia la columna de la Victoria llamada Siegestsäule, tenía una altura de sesenta y nueve metros y estaba ubicada en el parque Tiergarten. De ella contaban que hablaba de las tres victorias alemanas del siglo XIX y con esta estatua lo conmemoraban. Estaba coronada la cima por la estatua de Nike, la diosa griega de la victoria.

Tanto paseo de un lado a otro, viviendo con intensidad cada monumento, cada parque y cada calle que paseaba y dejaba marcado en mi objetivo, que sentí la fatiga y el dolor de pies de mis tacones. Creo que todas estábamos más o menos igual, cuando irremediablemente los hombres del grupo se

quedaron esperándonos un rato, mientras nosotras nos sentábamos en un banco a elevar un poco nuestros pies, aquel movimiento de sacar levemente el pie de él y apretar el talón con nuestra mano para aliviar ese dolor. La verdad vernos allí las cuatro hacer justo lo mismo nos dio por reírnos todas a la vez.

Ya en la habitación y tras darme una ducha, me tumbé en la cama para hablar con Eduardo, Katya estaba aún en la ducha, lo que me daba algo más de intimidad.

— Veo que no te has aburrido en el día hoy. Me alegra saber que la visita a la fábrica haya ido muy bien, tengo ganas de ver que fotografías has hecho, me imagino que superarás con creces a las que hago yo.

— Creo que ahí Eduardo, no te puedo superar, bueno... pensándolo, creo que hay muchas cosas en las que me superas con creces.

— Umm, no estoy yo tan seguro Alexia... eso lo podemos seguir discutiendo mañana, cuando te arrincone en alguna de las paredes de esa casa. Te aseguro que arderán en pasión y en deseo, se quemarán por el calor de nuestros cuerpos.

— Acabo de sentir ese calor del que hablas y mis manos arden, pero no te encuentro en este cuarto. ¿Cómo lo haces? ¿Dime? ¿Cómo haces para que a través de solo un teléfono pongas mi alma nerviosa? El volcán de mi cuerpo está despertando y reclama tu tacto, reclama esa esencia que dejas por todo mi organismo, como ese animal que impregna a su presa de amor.

Nuestra conversación siguió hasta romper unos niveles peligrosos de aguantar esta noche sin sentirlo dentro de mí, la desesperación creció en ambos, el deseo carnal y lujurioso nos poseyó a miles de kilómetros. Al colgar esa llamada mi cuerpo ardía, quemaba y estaba a punto de carbonizarse cuando me miró Katya y me preguntó si me encontraba bien. Ella notaba mi calor, incluso mencionó si tenía fiebre. Pero era una chica muy intuitiva, sabía que acababa de hablar con Eduardo y había colgado el teléfono. Sus ojos azules cielo, se abrieron aún más, no hacía falta que le dijera de dónde provenía ese calor, ella misma se tumbó en su cama susurrando algo en ruso que se entendía perfectamente en todos los idiomas.

— ¿La distancia es mala verdad? — Dijo Katya.

— Creo que demasiado, creo que deberíamos quitar la calefacción de la habitación ¿No crees Katya?

— El calor que tú tienes, me da, que no tiene nada que ver con la calefacción Alexia. Lo que tienes es necesidad de estar con tu chico. Créeme, que ese calor que sientes yo lo he sentido también y nada lo parará hasta que os veáis. — Dijo con una sonrisa.

— Eres muy intuitiva Katya, contigo muchas veces no necesito ni hablarte con palabras.

Reímos las dos por esa situación, pero mañana, ya podría apagar esa excitación. Habíamos comenzado nuevamente el juego de roles, tendríamos que luchar por ese control, reñir por ese dominio. Cerrando los ojos en la cama, mi mente no dejaba de imaginar esos besos por mis hombros, por mi espalda, a la vez que sus manos viajaban por todo mi cuerpo. El calor aún era latente en mi cuerpo y con esa excitación y delirio caí rendida en un sueño.

El regreso a Sofía tardó más de lo esperado, tuvimos un retraso en el vuelo y eso nos dio algo más de tiempo, no solo de evaluar los dos días de trabajo, sino de conocernos un poco más. Nos encontrábamos más desinhibidos todos, quizá el viaje había venido bien para que nos forjáramos más y nos uniéramos. Y por fin a nuestra llegada y tras despedirnos todos, regresé a casa. De la mente no se me quitaba que hoy tendría ante mí a Eduardo, anhelaba todo de él, su risa, sus facciones, su voz sensual, el olor de su piel... eran tantas cosas de él que me volvían loca, que hacían que rozara la demencia del amor.

Después de deshacer la maleta y poner la lavadora, terminé de limpiar un poco la casa. Para mi sorpresa la tenía muy ordenada, y eso ya, era asombroso y de admiración en mí. Me estaba convirtiendo en toda una mujer madura, capaz de mantener una casa limpia y organizada, una pareja estable y un trabajo que me apasionaba. Lástima que por alguna razón siguiera estando alocada, pero pensaba que eso jamás se me iría, era algo que venía conmigo.

Me encontraba con algo de hambre e hice un asalto a la nevera en toda regla, hacía poco había ido a comprar y rebosaba de comida. Mientras terminaba de zampar relajada en el sofá, no dejaba de mirar el reloj impaciente, que llegara la hora de ir a buscarlo al aeropuerto.

Antes de irme, dejé en casa y en la habitación preparadas unas velas dentro

de unos candiles, quería que se convirtiera en una velada envuelta en un ambiente romántico, aunque nos poseyera la mismísima bestia que se hallara escondida en algún bosque.

El tictac del reloj parecía no avanzar y yo ya me encontraba preparada dentro del coche, con la llave puesta en el contacto. No aguanté, la impaciencia de presentarme en el aeropuerto me pudo. Arranqué el coche y me mezclé con el bullicio del tráfico. Me presenté allí, en ese pasillo ancho de solo una puerta de llegadas.

Caminaba de un lado a otro, y cuando pasaba delante de una de las cristaleras, me miraba y me atusaba el pelo. Quería estar perfecta para él. Me había maquillado un poco, pero nada excesivo y llevaba el perfume que a él tanto le gustaba, por el que podía perder la cabeza. Y por fin en la pantalla anunciaron la llegada del vuelo Madrid – Sofía, mi corazón empezó a latir aún más deprisa y en un segundo vi abrir esas puertas por las que él apareció.

## Capítulo 6

Verlo ante mí, esa profundidad en su mirada clavada en la mía tras buscar nuestro rastro. Esa sonrisa que desbarataba todo mi cuerpo y dejaba mis piernas temblando hasta en la distancia. Verlo acercarse a mí, cuando me había quedado completamente estática en mi lugar, sin que apenas pudiera mover ni un solo músculo de mi cuerpo, solo sentía acelerarse las pulsaciones por su proximidad, cuando mi cuerpo reaccionó y fue a su búsqueda, a la caza de sus labios. Ese beso lleno de pasión unido con el abrazo de nuestros cuerpos. Esa sensación extrema de calor, de sentirnos los dos unidos, en ese ardiente beso en el que nuestros labios se quemaron en un arrebato apasionado, frente a miradas de desconocidos que ardían, quizá, en deseos de vivir y sentir lo mismo.

Abrazados salimos del aeropuerto, regalándonos esos besos que poco a poco se hacía más prohibidos, de esos que incitaban a la más extrema excitación, estábamos incitando a la sensualidad, al pecado que íbamos a cometer en estos días reiteradamente, impasibles al agotamiento y a la saciedad de nuestros cuerpos.

En el coche, mientras hacía esfuerzos por llegar a casa y concentrarme en

la carretera, él no dejaba de tocarme entre mis piernas, buscando mi sexo mientras sus labios besaban mi cuello con esa delicadeza, ese tacto aterciopelado de sus labios carnosos, sedientos de beber todo mi cuerpo. La excitación explotó y estalló nada más entrar en la cochera y bajar del coche. Allí mismo iluminados por esa bombilla casi de luz inexistente me apoderé de él, arrancando su camisa, dejando al descubierto su pecho duro, devorando cada parte de él y apoderándome de sus labios con tanto deseo que lo mordí con demasiada fuerza, pues escuché su quejido entre nuestro aliento entrecortado. Degusté cada parte suya para hacerla mía con ese deseo y esa locura que había tenido contenida en estos días. Apoyado en el coche lo dejé jadeante frente a mí, mientras mis ojos se clavaron en los suyos. En ese momento se apoderó de mí, despojándome de toda mi ropa, me sentó en el capó del coche y sin apenas aviso, en un movimiento maestro se adentró en mí. Aquella sensación cortó mi aliento por unos segundos, arremetía y empujaba con fuerza mientras le suplicaba en su oído que no parara. La llegada de ambos a la cumbre del infinito, abrazados mientras nuestros cuerpos temblaban e intentaban volver a esta vida terrenal. Entre sonrisas y caricias nos adentramos en casa, esa pasión nos había abierto el apetito y la sed.

Algo más relajados, sentados uno enfrente del otro, cenando pudimos hablar con calma de cómo nos había ido la semana, Eduardo ansiaba en ver las fotografías que había realizado en estos días para el proyecto. Aún estaban en la cámara, apenas me había dado tiempo poder pasarlas al ordenador y ojear qué es lo que había visto a través del objetivo. Su curiosidad empujó a la mía por ver mi trabajo y los dos, tras terminar de cenar, vimos juntos las fotografías. La verdad, hasta yo misma dudé si era yo quien había realizado dichas fotografías, Eduardo no hacía más que alagarme por la calidad y la nitidez de ellas, le parecían excepcionales y según él, superaban con creces todas las que hasta el momento había realizado en referencia a componentes.

Consiguió sacarme los colores hasta que repentinamente algo de la cena no me había sentado bien, corrí como una loca con la mano en la boca hacia el baño, esa náusea repentina me indicaba que los nervios de mi estómago estaban pasándome factura. Eduardo se levantó y fue tras de mí, agarrándome con sumo cuidado frente al baño.

— ¿Te encuentras bien cariño?

—Ahora mismo, la verdad que mucho mejor, se ve que tanto nerviosismo me está pasando factura.

— ¿Estás segura que es eso? En España también te pasó, deberías de ir al médico y salir de dudas de si son nervios u otra cosa Alexia. No quiero que estés mala, si te pasara algo...

—Eduardo ¡Por dios amor! No exageres que solo ha sido un pequeño revuelto de estómago, pero si te quedas más tranquilo el lunes iré al médico. No me va a pasar nada.

Me llevó al dormitorio que aún seguía iluminado por las velas, un ambiente sensual que llamaba a la lujuria, pero Eduardo me retiró la ropa con sumo cuidado y me metió en la cama con sus besos, quería prepararme una manzanilla para que se asentara algo mi estómago. A los pocos minutos lo tenía en el dormitorio obligándome, como si fuera una niña enferma, a tomarme la manzanilla.

A decir verdad, esa faceta de él, me encantaba. El sentirme protegida y mimada, con arrumacos, rodeada por sus brazos en esa ternura mientras me regalaba besos en mi frente. Se acomodó dentro de la cama, pegando su cuerpo desnudo al mío y al sentir su calor subió mi temperatura.

—Espera un poco Alexia, quiero que te encuentres bien antes de que te lances como una fiera a poseer todo mi cuerpo.

—No puedo Eduardo, es sentir tu cuerpo pegado al mío, es percibir tu calor, tu olor, que mi deseo se descontrola por completo.

No pudo parar ese deseo incontrolable de mi cuerpo y sucumbió a los deseos carnales más ardientes de ese momento, uniéndonos por completo, llegando nuestros cuerpos a formar solo uno. Ambos poseíamos el control de amarnos con esa pasión y esa fogosidad que la noche se nos escapó de las manos. El acto más largo que ambos, desde que estábamos juntos, habíamos realizado. Una locura lenta y rítmica, una fiebre por apagar en esos cuerpos que yacían inertes mientras entraba la luz de un nuevo día por nuestro apartamento.

En ese momento, en el que nuestros cuerpos reposaban unidos, quedamos atrapados en un sueño. No duró mucho ese momento de descanso por el escándalo de nuestros móviles. Nos estaban llamando nuestros amigos, lo

cual era lógico, ya que desde ayer no habíamos casi ni mandado ningún mensaje y Eduardo, no había avisado que ya había pisado suelo búlgaro.

Con esa voz aun somnolienta contesté a Dana:

—Buenos días Dana.

—Buenos días pareja ¿ya habéis dejado de aparearos por todas las esquinas de vuestro piso?

—Como siempre, tan agradables tus palabras ¿no? Estábamos dormidos para tú interés, pero vosotros y vuestro interés sobre nuestro apareamiento nos han despertado. Eduardo creo que está hablando con Jorge.

—Sí, estamos todos juntos, hemos quedado en esta mañana para subir a la montaña, a la casa que conoces ¿te acuerdas?

—Sí, como olvidarlo. Espero que estéis todos bien, ya sabes que el fin de semana que viene bajo a veros. Ni que decir queda que podríamos como siempre ir a bailar un poco a nuestra discoteca. Mira que me gusta ir allí y disfrutar del ambiente, de nuestras risas y de esos martinis rossos que me tomo.

—Te prometo que lo haremos y... ¿Cómo va todo por allí? Ya vi que la presentación fue genial, no sabes cuánto me alegro de que todo marche según lo previsto. Estoy muy orgullosa de ti y cuando vea en la televisión ese anuncio mis gritos llegarán hasta la luna, hasta allí se enterarán que tu hiciste ese anuncio Alexia.

—Las cosas van bien, aunque los nervios me están pasando factura. Últimamente mi estómago no está por la labor de ayudarme, me encuentro revuelta cuando como, menos mal que enseguida se me pasa.

— ¡Alexia! ¿Tienes a Eduardo al lado?

— No, ¿Por qué lo dices?

— ¿Cómo te lo digo? Mira que es complicado sin que suene fuerte, pero ¿no será que estás embarazada? ¿Sigues tomando la píldora?

Me quedé muda, sin palabras que contestarle. En ese momento me había dado cuenta que con todo

lo ocurrido, no recordaba en que momento exactamente había dejado de tomármela, con el lío quizá de saber que me iba a otro país y Eduardo aún no

lo sabía. Primero me maldije por dentro, por la estupidez de olvidar algo tan serio. Quizá ese malestar que había estado notando sí que podría ser de un embarazo y caí en la cuenta que el periodo tenía que haberme venido hace más de una semana.

—Alexia ¿Estás ahí? ¿Hola?

— ¡Mierda! ¡Mierda! Esto no puede ser Dana. Bueno te dejo que Eduardo viene, ya hablamos del tema más tarde.

Colgué la llamada de teléfono a la vez que vi acercarse al dormitorio a Eduardo con el desayuno en una bandeja, zumo, café y unas magdalenas. Me miró fijamente y me preguntó si me encontraba bien, mi tono de piel había cambiado y no tenía buena cara. Volvió a insistir en ir al médico, así ambos nos quedaríamos más tranquilos. No sabía ni como decírselo, decirle que se me había olvidado con todo lo ocurrido el seguir tomando la píldora, que podría estar embarazada ya que encima tenía un retraso, cuando yo jamás lo había tenido. Empezaron mis manos a temblar, Eduardo dejó el desayuno en la mesita de noche y se sentó conmigo en la cama. Su cara mostraba mucha preocupación y algo de impotencia pues no sabía qué hacer. —Alexia ¿qué te pasa cariño? Me tienes preocupado —Eduardo, creo que...

Tapé mis ojos con mis manos, quizá avergonzada por ese olvido, por jugar con fuego siendo ambos inconscientes. Él me abrazó, y esperó a que me calmara.

— Hablando con Dana, me ha hecho recordar algo que había olvidado Eduardo, algo muy importante para los dos.

— ¿Pero qué es? ¿Para los dos? ¿Estás enferma?

— ¿Tú te acuerdas que cuando estábamos juntos siempre en la noche me tomaba una pastilla?

— Claro, supongo que es la anticonceptiva ¿no?

— Y... ¿hace cuánto que no ves que la tomo?

Se quedó callado, pensativo, intentando recordar si en los últimos días de nuestra relación, quizá me había visto tomar la píldora. Hacía esfuerzos, pero me miró con cara perpleja.

— ¿Quieres decir que estas embarazada? ¿Qué vamos a ser padres Alexia?

— Eduardo, es una posibilidad. Acabo de recordar, que antes de que lo dejáramos, con el lío de saber que me podía ir a otro país a vivir, no he vuelto a tomar la píldora y encima tengo un retraso de más de una semana. Te juro que no sé cómo se me ha pasado algo tan importante, demasiados acontecimientos en mi vida Eduardo, quizá todas las preocupaciones... no lo sé.

— Alexia, mírame, si es así vida, que estas embarazada, ten por seguro que me harás el hombre más feliz, es algo que ha pasado por los dos. Cariño, jamás había pensado en ser padre, pero contigo amor, contigo, los quiero todo. Ahora, tú y yo nos vamos a vestir y nos vamos a la farmacia más cercana para comprar un test de esos de embarazo y saber si es así ¿quieres?

Me abracé a él con todas mis fuerzas, él me respondió a ese abrazo. Tenía frente a mí al hombre de mi vida, al que quería cuidarme y preocuparse de mí. Nada que ver esa primera vez que escuchó delante de mí la posibilidad de que pudiera estar embarazada, cuando aquel día, lo lanzó Dana en esa comida. Delante de mis ojos veía ese cambio que los dos habíamos dado desde que nos alejamos. Sentía con él ese compromiso puro, esa dedicación en cuerpo y alma de dos personas que se habían enamorado.

Cuando salimos de casa, dando un agradable paseo, no era quizá consciente, aun que cabía la posibilidad, de estar esperando un bebe, al contrario, él iba haciendo conjeturas de cómo iba a cambiar nuestras vidas. Se le veía entusiasmado de la posibilidad, y no dejaba de repetir que ahora más que nunca, tenía claro que se sentía algo ansioso por que ambos formáramos una familia ya fuera aquí o en España.

El barrio estaba compuesto por algunas tiendas pequeñas, y entre una de ellas, una farmacia. Al entrar por la puerta mis pulsaciones se aceleraron, era casi incapaz de que mi pulso no temblara al indicar a la amable farmacéutica que quería un test de embarazo. Con la otra mano me agarró Eduardo, quien no dejaba de apretármela y sonreírme.

A la llegada nuevamente a la casa con el test en la bolsa suspiré, para nada me encontraba bien, quizá algo mareada, pero empezaba a sentir que eso era algo más psicológico que otra cosa. Eduardo quiso estar delante para realizar la prueba, y ansiosos esperamos esos largos minutos por los que quizá pasó toda mi vida por delante.

Venían a mi mente la imagen de los primeros recuerdos, en los que se encontraba Jorge, jugando plácidamente en el salón de casa con algunos muñecos, esos abrazos de mi padre cuando llegaba de trabajar y antes de que me durmiera me besaba en la frente y... mi madre, en estos momentos quizá es cuando más la añoraba, el poder decirle que quizá su hija estaba esperando un hijo del hombre de su vida, transmitirle ese nerviosismo por lo que podía estar por llegar, por el miedo y la ilusión.

De repente, pitó la alarma del móvil, habían pasado los minutos. Eduardo y yo nos miramos, pude ver entonces ese nerviosismo, el mismo que tenía yo en ese mismo momento. Juntos cogimos el test y lo mirados “dos rayas” habían salido marcadas dos rayas en la prueba de embarazo.

Eduardo me abrazó con todas sus fuerzas y me besó con dulzura, la ternura de sus manos agarrando el contorno de mi cara, mientras fijaba su mirada en la mía. Por sus ojos vi resbalar lágrimas, esos que estaban llenos de fuerza, colmados de brillo, aquellos que rompieron a llorar como los de un chiquillo.

Yo me había quedado inmóvil, una sensación extraña atravesó todo mi cuerpo, ese miedo que anteriormente había sentido momentos antes de hacerme la prueba, se había multiplicado por un número infinito, una cantidad que el hombre hasta entonces no había sido capaz de contabilizar. Ese miedo y esa alegría, eran contrarias y me sentía algo aturdida, hasta que rompí en lágrimas abrazándome con fuerza a él. Ante nosotros se abría un nuevo capítulo de nuestra vida, algo que escribiríamos entre los dos, o quizá, mejor decir entre los tres. Los dos a la vez nos dijimos entre las lágrimas que estábamos esperando un bebé.

Era entre reírse y limpiarse las lágrimas, una emoción diferente para ambos. Algo de lo que ninguno de los dos se había planteado y menos en tan pocos meses de relación, aunque muy intensos en sucesos. Aún seguimos los dos en el baño, yo sentada en la taza y el de rodillas, ambos contemplando esas dos rayas que anunciaban cambios en nuestras vidas. Incapaces de movernos por ese júbilo y ese desasosiego. Silenciosos en palabras, aunque a ninguno de los dos nos hacía falta hablar, su rostro el mío hablaban por si solos.

Algo más calmados, no retiramos al salón y nos sentamos en el sofá. Ambos necesitábamos recuperarnos de lo que acababa de acontecer en

nuestras vidas, la creación de otra vida y había que pensar muy bien lo que íbamos hacer los dos en estos meses de preparación a la llegada del bebé.

—Alexia, aunque ninguno de los dos estaba buscando esto ahora mismo, de verdad cariño que me siento feliz y completo. Mi preocupación es ahora saber cómo te voy a cuidar si ahora mismo tenemos esa distancia entre nosotros.

—Lo se Eduardo, yo quiero que estés a mi lado. Quizá debería de dejar mi trabajo y volver a España contigo y donde estáis todos los que considero como mi propia familia.

—No digas tonterías, no dejaré que dejes tu trabajo por nada del mundo, es un paso muy grande en tú carrera y por nada quiero que lo abandones. Mira, hace años que había pensado pedir una excedencia para poder viajar un poco y volver a empezar con fuerza, y más después de lo que le ocurrió a mi amigo. Quizá ha llegado el momento de solicitarla y trasladarme aquí contigo.

—Pero Eduardo...

—No hay peros Alexia, es lo mejor y lo sabes, tenemos la oportunidad de estar los dos bajo el mismo techo y ahora más que quiero vivir cada cambio de tu cuerpo a tu lado vida ¿No te agrada tenerme de amo de casa? Velaré cada segundo por ti, porque te sientas feliz amor mío.

—Sé que tienes razón, pero no quiero que dejes tu trabajo, también es importante para ti, es un logro a tu dedicación.

—No es dejarlo, es pedir una excedencia al menos de un año para ver qué es lo que hacemos cariño. Sé que será lo mejor para ambos, para los tres amor. Ahora ya podemos hablar de los tres... ¿te das cuenta Alexia? Es la mejor noticia que podía a ver recibido. Pediré estos días como asuntos propios y en breve amor, pediré las vacaciones. Quiero estar en todo momento contigo, ver lo que nos dice el médico y la primera ecografía.

Reí, esboqué esa sonrisa en mi cara por verlo verdaderamente feliz, tan lleno de emociones y risueño. Intentando organizar todo, estar en todos esos momentos que nos quedaban por vivir nuevos y desconocidos. Parecía un niño cuando le habían dicho que en ese mismo día le llevarían al parque de atracciones para montar en todo lo que quisiera. Me encantaba verlo así,

alegre y tan atento conmigo, como si fuera algo tan delicado como el cristal. Le besé en esos labios carnosos y sedientos de sentirme nuevamente relajada por el apoyo que me brindaba, esos besos se pronunciaron más, hasta que ambos incontrolables, se nos fue de la mano. Eduardo se veía distinto iba con cautela dentro de mí, sus movimientos algo más lentos que de costumbre, suave y delicado en sus caricias, en los cambios de posición. Aun así, a pesar de que no estaba acostumbrada a que me hiciera el amor casi a cámara lenta, la sensación fue sublime y juntos llegamos a un clímax profundo y penetrante dejando nuestros cuerpos inertes en la cama.

—Esta vez Eduardo, ha sido, cómo decirlo, mucho más tierno que de costumbre ¿temes hacerle algo al bebé?

—Quizá sea eso Alexia, por nada del mundo quiero haceros daños a ninguno de los dos. Nos conocemos Alexia y ambos somos bastante efusivos en nuestra relación cuando nos controla ese lado animal.

—Te recuerdo que hace un rato no pensabas lo mismo en la cochera, cuando me has arrinconado frente a la puerta o cuando me has sentado en el maletero del coche. Créeme que no pasa nada cariño, podemos seguir practicando tanto sexo queramos, ni al bebé ni a mí, nos va a pasar nada Eduardo.

— ¿Estás segura? Yo solo quiero que estés bien.

—Estoy bien cada vez que me tocas con ese deseo incontrolable, ese que hace salir la fiera, que hace que por tus venas circule la lava de ese volcán que quiero que apagues en mi cuerpo, me abrasas cada vez que me rozas, incluso en la distancia eres capaz de provocar en mi la incandescencia de mi ser. Siento que me quemo y mi cuerpo arde en ese deseo, hasta que los dos nos carbonizamos con nuestra propia llama.

Mis palabras sobre él hicieron su efecto, pues en su arrebató le sentí como siempre, tan impulsivo, tan veloz y atroz que los gritos del placer quedaron enmudecidos por sus besos, por el juego de nuestras lenguas. Lo irracional en la demencia del amor, la dureza y ese sentir tan profundo de dos cuerpos unidos nos llevaron a uno de los orgasmos donde la lujuria subió en límites, era una profanación a uno de los pecados ascendido a lo sublime.

Mi cuerpo se relajó de tal modo que caí rendida en sus brazos en un sueño reparador. Rendida bajo esos abrazos y esas caricias. Entre el olor de su

cuerpo y su calor de protección. Quizá en ese sueño reparador pude ver el futuro de nosotros dos, quizá la cara del bebé que ambos esperábamos. Me hubiera gustado recordarlo pues cuando desperté me encontré llena de felicidad y de dicha. Eduardo reposaba tumbado en la cama con un libro en las manos, cuando se percató que me había despertado, me besó en mis labios. Yo agarré su mano con la mía y la llevé a mi vientre. Ahí se encontraba lo que ambos íbamos a querer más que a nosotros mismos.

La tarde del sábado la pasamos paseando por la zona residencial, era mucho más bonita de lo que me había imaginado y rebosaba gente por todos los rincones. Los parques estaban llenos de niños jugando, de padres y de madres detrás de esos mismos, corriendo para que no se escaparan. Ambos nos miramos con una sonrisa, sabíamos que dentro de poco nos veríamos así y eso nos provocó esa mirada con un brillo especial.

Ninguno de los dos queríamos aún hacer público el embarazo, a pesar de que Dana tenía ya la mosca detrás de la oreja, pues había sido ella quien me advirtió de lo que me podía estar ocurriendo. Por ahora íbamos a mantenerlo en secreto hasta que un médico confirmara que todo estaba bien y de cuánto tiempo estaba embarazada.

Fue una pregunta que ambos nos hicimos, cuándo me había quedado embarazada, era imposible tener síntomas de estas dos últimas semanas, o que la prueba ya hubiera dado un positivo. Los dos llegamos a la conclusión de que el día tendría que ser, era sin duda el más famoso y desastroso de nuestra vida, el 410. Ambos llegamos a la conclusión que había sucedido porque así tenía que serlo, ya fuera el despiste o no. De alguna forma ese día fue especial para ambos aunque terminara de aquella manera, pero solo fue un mero corte para pensar, para darnos cuenta de que nos amábamos.

En ese agradable paseo en el que nos sentamos en una terraza de una cafetería a ver como caía el sol bajo nuestros pies, agarrados de las manos charlábamos del comienzo de esta aventura en que nos adentrábamos a ciegas, con miedo a lo desconocido y felicidad a lo que era para nosotros algo inédito.

Eduardo, se puso en contacto con su jefe para avisarle que tenía que cogerse unos días de asuntos propios, no le puso ningún problema, al contrario, le dijo que lo que fuera necesario y que avisara para cuando

regresara. Quería a toda costa acompañarme el lunes a primera hora al médico para que me hicieran todas las pruebas y certificar que los dos nos encontrábamos bien.

Yo, la verdad, a pesar de tener el estómago en el que muchas veces no me acompañaba, me encontraba más que bien, era una sensación extraña el pensar que dentro de mí se estaba formando una vida, algo que los dos habíamos creado y tomado partida de un amor descontrolado.

Eduardo tenía una capacidad rápida de asimilación de acontecimientos, me enseñó su móvil para comentarme que clínica me parecía mejor para poder pedir cita. Estaba en todo, yo, sabiendo que tenía que ir al médico, pensaba en ir al de aquí, pero él, al contrario de mí, quería que fuera a una clínica privada para que me tuvieran mucho más controlada en estos meses.

Se me escapaba que yo no había hablado aun con mi jefe para notificarle que me iba ausentar en el día de mañana por motivos de salud. Miré en mi agenda de teléfonos y encontré su contacto, cogía aire y lo llamé. Pude comprobar que como siempre me facilitaba todo y sin necesidad de dar muchas explicaciones, me dijo que cogiera los días que necesitara, pues el equipo mío sabía muy bien, por mis directrices dadas, como seguir trabajando.

Todo estaba preparado para comenzar la semana algo distinta de cómo me había imaginado, llena de sorpresas y novedades. Estar junto a él en estos momentos era lo mejor que me podía estar pasando, el sentirle de esa forma tan cercana y formando ese equipo que íbamos a ser.

## Capítulo 7

Comenzaba el lunes con el sonido de nuestros despertadores. Fuera de lo común me levanté sin ninguna pereza, pero Eduardo me llevaba ventaja, él ya se encontraba bajo los chorros de agua, a los cuales no dudé ni un instante en adentrarme con él. Ambos, desnudos bajo esa lluvia de agua caliente, enjabonando nuestros cuerpos, perdiendo el sentido en esos besos, nos paramos los pies a la vez a lo estábamos a punto de comenzar. Teníamos que ir al médico y quizá me hicieran alguna exploración, en esta ocasión nuestro fuego tendría que ser apagado más tarde. Quise apagar las brasas creadas, pero se negó, quería aguantar en esa desesperación, esa que se había

adueñado de mi yo.

Ambos salimos en el coche, adentrándonos por la circunvalación abarrotada de coches a esa hora. La clínica que habíamos escogido no estaba muy lejos, pero si era necesario ir en coche o al menos en algún medio de transporte. A los diez minutos, quizá algo más, llegamos a la entrada. Disponía de un amplio parking para los clientes. Era un edificio rectangular todo blanco, lleno de cristaleras oscurecidas, un aspecto moderno y nuevo. A la entrada una recepción con un mostrador azul celeste atendido por dos chicas jóvenes.

Nos acercamos y Eduardo dijo que disponíamos de una cita a las ocho y media con el doctor. La chica tecleó en el ordenador mi nombre y enseguida nos acompañó a la puerta del doctor indicándonos que esperásemos a ser llamados.

En la placa que había en la puerta ponía Doctor Boyanov, ese era quien me iba a llevar mi embarazo y mis controles. Tan solo pasaron cinco minutos antes de ser llamados, en los que Eduardo me regalaba besos de ternura para darme la calma necesaria, pues mis nervios iban en aumento.

Entramos en la consulta y el doctor se presentó a la vez que lo hicimos nosotros, nos pidió que tomáramos asiento y comenzó con todas las preguntas pertinentes. Después de rellenar el informe, me dijo que pasara a la habitación de al lado y que me desnudara de cintura para abajo. Más tarde me situé en la camilla y Eduardo se puso a mi lado agarrándome de la mano.

El médico me hizo una ecografía para saber que todo estaba bien, nosotros estábamos como flanes, nerviosos y ansiosos de ver por primera vez a lo que era nuestro bebé.

Los dos, con la ayuda del doctor conseguimos ver esa mancha dentro de mi vientre, esa mancha que era el principio de la vida. Mi cara reflejaba felicidad y dicha, pero cuando me giré y miré a Eduardo, estaba perplejo y quizá alucinado. El doctor pronunció sus palabras de que estaba todo perfecto y que estaba de casi cuatro semanas.

Sali de esa habitación con la mente completamente nublada, pues solo podía recordar esa imagen tan bella que jamás había visto, ambos con cara de ver un deslumbrar y algo fascinante. El doctor nos dio antes de irnos una carpeta con todo el informe, mañana a las ocho de la mañana debía venir para

hacerme unos análisis de sangre. Me dio algunas recomendaciones como no fumar y no tomar alcohol, y la verdad desde que sabía que estaba embarazada ni por mi mente había pasado el fumarme un cigarro. Me despedía así momentáneamente de mis Martinis Rossos.

Con la cara sonriente montamos en el coche. Sin rumbo circulé por las carreteras que nos llevaron casi al centro de la ciudad. Eduardo, no dejaba de mirar esa mancha de la ecografía que me habían realizado. Con esa cara que nunca en él había visto, esa mirada inocente y tierna. Aparqué el coche en uno de los parkings de la ciudad y caminando vagamos los dos por las calles agarrados de la mano. Había que celebrar que por ahora todo iba perfecto y ambos comenzábamos una aventura nueva hacia el desconocimiento de ser primerizos.

Nos sentamos en una terraza que daba primeras vistas a una plaza algo especial y con encanto. Poseía un mercadillo lleno de artilugios de la segunda guerra mundial. Había desde gorros militares, placas, condecoraciones...etc. Todo rodeado por árboles de grandes hojas verdes y pequeñas fuentes rodeando a esa plaza.

En ese mismo momento me encontraba como en una nube, estaban pasando cosas en mi vida tan rápidas... El conocerlo a él de esa forma tan poco inusual, digna de cualquier película del cine, el perderlo y volverlo a tener a mi lado, a pasar a ser una familia. Se me estaba escapando de las manos el tiempo que corría veloz, pero a su vez parecía que todo lo sucedido hubiera sido hace muchísimo tiempo.

Ojeando mi móvil, sabía que Dana me estaba friendo a mensajes, directamente preguntaba si estaba preñada. Una y otra vez me perjuraba que no había salido nada de su boca hacia los demás, pero reconocía que por poco tiempo podía morderse la boca y lanzar que cabía la posibilidad de un embarazo. Fui algo escueta en contestarle, y solo le dije que hablaríamos cuando bajara el viernes a España.

Eduardo había cogido en ese mismo momento, en el que me iba comentando los mensajes de Dana, el vuelo para regresar el miércoles a Madrid. Tenía que empezar a dejar arreglado ciertos compromisos de trabajo antes de solicitar la excedencia. Le volví a preguntar si lo tenía claro, no quería arrepentimientos de última hora por ese motivo. Cabezota insistió una

vez más que yo y el bebé éramos la prioridad en ese momento en su vida. Le regalé un beso profundo, de esos donde atrapas los labios para saborearlos, aquellos que eran casi prohibidos ante el público presente, los que despertaban la pasión y el desenfreno a nuestra lujuria, los que quemaban con el roce de nuestra piel y hasta con la cercanía se podían derretir.

Ese mismo beso que nos llevaría a la perdición entre las calles del centro de Sofía, donde en cada rincón, algo apartado de las miradas indiscretas tomó el control Eduardo, que con pasión y con dominio robaba esos besos arrinconándome por donde podía. A plena luz nuestro juego, entre la gente de una abarrotada plaza se pegaba a mi cuerpo, notaba el principio de su erección, esa excitación que nuevamente nublabla nuestra pervertida mente.

Como pudimos llegamos al parking donde habíamos dejado el coche, en esa oscuridad, en la poca iluminación entrecortada de las bombillas, nuestras lenguas jugaban a un baile sensual. Nuestros cuerpos tan unidos donde ni el aire dejábamos pasar. Entramos como pudimos en el coche, justo en la parte de atrás donde Eduardo dejó reposado mi cuerpo sobre los asientos color negro. Entre esos besos y caricias sentí la entrada de él en mí, ese placer tan extremo, esa subida repentina a esa colina donde la adrenalina jugaba su papel. Sus movimientos empujaban mi cuerpo, una embestida tras otra, para morir en ese momento al placer tan extremo que sentía con él. Esa corriente incesante, la vibración de nuestros cuerpos y a las convulsiones involuntarias a la oscilación. Era nuestra propia locura y demencia, convertida en la expresión por excelencia de una lujuria y un poder de juego. Y allí en esos asientos ambos perdimos la consciencia, la insensatez de dos personas adultas enajenadas en el amor descontrolado, por llegar al clímax, enloqueciendo cada parte de mi cuerpo que él rozaba. Bajo risas algo aún jadeantes, Eduardo alzó la cabeza para ver si había alguien.

— Ahora no me vale que mires si viene alguien Eduardo, estamos los dos muy locos amor. Cualquiera día vamos a tener un problema, ya sabes que ahora está prohibido hacer el amor en lugares públicos.

— Dejaré de hacerlo Alexia, pero... tendrás que pedírmelo.

— ¿Pedírtelo?

— Si, pídemelo que no te vuelva a poseer en ningún lugar público, y te juro que cumpliré con mi palabra, y lo sabes.

Abrí mi boca para contestar, iba directa para decirle que parara, pero no salieron los sonidos, me quedé callada, fijando mi mirada en la suya, esa que hacía que me perdiera. No podía negarme a eso, sabía que era correr un riesgo, pero ese riesgo quería vivirlo. Reconocía en mi interior que el provocarlo delante de los ojos ajenos y no tan ajenos, me excitaba aún mucho más de lo que yo me imaginaba y no estaba dispuesta a negarme ese placer.

Él seguía con la mirada fija, con esa sonrisa de embaucador que tenía, estaba esperando una contestación mientras aún yacía encima de mí. Mi sonrisa desveló mi contestación ausente de sonido. Esa compenetración de saber lo que pensábamos con tan solo nuestra mirada. Él me susurró al oído que si le hubiera quitado eso, lo sentiría, pues el vértigo a sensaciones hacía que perdiera la razón de ese momento.

A la llegada a casa y después de hablar un poco con los amigos, ambos nos relajamos en el sofá frente a la televisión. Abrazados, él tocaba mi tripa, la acariciaba suavemente con las yemas de sus dedos, mientras me regalaba besos por mi cuello. Esas tardes y noches tranquilas, en las que en ocasiones parecíamos una pareja normal y corriente, no dos animales encelados o dos mortales haciendo hincapié en uno de los pecados capitales. Nuestras conversaciones eran infinitas sobre nuestros pensamientos, sobre los miedos y las alegrías, sobre las cosas vividas en la infancia o esos recuerdos que nos habían marcado durante el camino de esta nuestra vida.

En nuestra habitación no cesaron esas caricias, esas declaraciones expresivas de amor y de deseo que fueron culminadas con un acto de amor, algo suave y delicado, nos dejábamos llevar por la lentitud de una pasión censurada. Ese sosiego en las caricias, en los besos por cada rincón de mi cuerpo y de mi sexo. Ese equilibrio de movimientos y pausas, la moderación al poder que ambos poseíamos nos llevó a dejar de respirar por esos cortos segundos, sentir que se nos iba la vida a lo infinito para volver a la realidad. Y tras esos minutos de silencio y complicidad, me quedé rendida entre sus brazos y su cuerpo desnudo.

En la mañana, algo más temprano que la de ayer, nos presentamos en la clínica para que me hicieran esos análisis. Más tarde desayunamos los dos juntos, no muy lejos de donde estaba mi trabajo. No quería dejarlo, pero irremediabilmente tenía que ir a trabajar y allí, en el parking del trabajo me

agarré a él en un fuerte abrazo. Seguía cautivándome su perfume, el olor de su cuerpo, la temperatura de él y mientras me perdía por momentos apareció carraspeando por detrás Katya. Me separé de Eduardo con una sonrisa y les presenté, ella ya había oído hablar de él en nuestro viaje a Alemania y la verdad se moría de ganas de saber, quién era la persona que me dejaba en esa especie de trance a tantísimos kilómetros. Tras saludarse y charlar algo tímidos, llegó el momento de volver a mis obligaciones. Él se volvía a casa en el coche y sobre las dos de la tarde vendría a buscarme. El beso de despedida fue controlado por ambos, lo que nos recordó un poco a Madrid, justo algo vivido en la entrada de nuestra oficina.

La mañana fue muy productiva con mi equipo, al que le pude enseñar las fotografías tomadas en el viaje de la fabricación del nuevo vehículo y sus componentes catalogados como los más relevantes dentro del mercado. A última hora estuve reunida con Nikolay, exponiéndole todo lo recogido hasta ahora, las impresiones del equipo de Alemania y la buena aceptación a los cambios. Él estaba muy contento del trabajo que estábamos realizando, y en esa misma mañana, le habían llamado de Berlín para felicitarle por el trabajo que íbamos realizando hasta ahora. Antes justo de irme me preguntó si me encontraba bien, tan solo quería saber si todo estaba a mi gusto. Suponía que hacía referencia a lo de cogerme ayer un día de asuntos propios, cuando llevaba tan poco en la empresa. Le hice saber que todo estaba perfecto y que me sentía muy a gusto en la empresa y con mi grupo de trabajo.

Por fin me encontraba en casa, era agradable que Eduardo me viniera a buscar y que al llegar tuviera la comida puesta en la mesa. La verdad la cocina se le daba muy bien y tras una ducha le di su recompensa dejándolo sin aliento en el sofá de casa. Tener ese tiempo los dos de relax, lleno de ambos, no solo en momentos alocados me llenaban de vida y más sabiendo que llevaba dentro de mí algo que era de los dos, algo que habíamos creado una tarde de pasión o quizá en la culminación a nuestro número.

En la mañana fue duro despedirme de él nuevamente en el aeropuerto, pero su cara me decía lo mismo, ahora no solo me dejaba a mí, sino que dejaba a las dos personas que más quería proteger en todo momento. Esa amarga despedida hasta el viernes que viajaba a Madrid, unos cuantos días, esos que nos iban a parecer años en la lejanía.

Realmente los días llegaron lentos como me esperaba, no solo en el trabajo, que parecían que no pasaban esos segundos del reloj central de la sala. En casa, pegada al teléfono para escuchar su voz y sentir su aliento, cerraba los ojos y casi podía percibirlo, esa esencia y ese aroma por todos los lados de casa envolviéndome.

Ese jueves, recogía los análisis. A la espera de hablar con mi doctor, ojeaba que es lo que ponía, había muchos valores que se pasaban, pero desconocía que era cada uno de ellos. Entré tras su llamada, le mostré el sobre y muy callado lo ojeó asintiendo con su cabeza. La verdad, estuvo mucho rato mirando todo sin decirme nada, y empecé a asustarme un poco. Cuando empezó a hablar, escuché atenta a todo cuanto decía, solo asentía con mi cabeza, de mi boca no había forma de que saliera ese aire para pronunciar una palabra. El silencio enmudeció toda esa sala, con los ojos abiertos, mientras por mi rostro caían lágrimas, sentí que todo mi mundo se venía abajo. Las palabras del doctor me dejaron marcadas y no había muchas opciones.

Salí de aquella consulta inerte en vida, agarrando mi vientre donde se encontraba el ser que amaba más que a mi propia vida, por el que lucharía y velaría. En el coche, me miré en el espejo retrovisor, limpié mis lágrimas y retoqué algo mi maquillaje que se había corrido. En ese momento, en el que tienes que asimilar la importancia del ser que llevas dentro, de que tus estados de ánimo pueden afectarle, en ese momento, justo antes de llegar al trabajo, me dije a mi misma que iba a ser fuerte, que la vida había puesto esa piedra por algo y todo tenía un por qué.

En el trabajo, centrada con todo el equipo, eligiendo las fotografías, el eslogan, los sonidos y demás contenidos, despejó algo mi mente. Solo cuando no me miraban, acariciaba mi vientre y una pequeña sonrisa salía de mi boca. Ese era mi alivio, mi alegría junto a Eduardo.

Lo más duro vino a la caída de la noche, cuando por teléfono, hablando con él, debía de mantener la compostura, hacerme fuerte, dura como el hierro para que no notara nada. No podía decírselo, porque me daba miedo quizá la contestación que me pudiera dar. Tenía de alguna forma, ocultarle lo que había asegurado el médico a la espera de algunas pruebas más. Después de esa conversación, él achacaba mi estado quizá al propio cansancio de crear

una vida. Con sus palabras aduladoras, llenas de cariño, amor y respeto dormí con su voz convertida en una nana.

El viernes se presentó un día ya ajetreado desde la mañana, con la consulta del doctor, el trabajo duro de nuestro proyecto y la escapada veloz hacia al aeropuerto para viajar a mi ciudad. En el vuelo, me pude relajar un poco e incluso me quedé algo dormida a la pesadez de cabeza que llevaba acumulada en estos días, al cargo de conciencia que llevaba dentro de mí, el cual no podía desvelar en ese momento. Pensar en mentir a lo que yo más amaba, a mi familia y a mis amigos. Una decisión que seguía en firme por el momento, todo por aquella personita que se estaba formando dentro de mí, dos partes de una vida.

A la llegada a Madrid, Eduardo me estaba esperando con un ramo de rosas en la entrada, pude verlo en la lejanía nada más abrirse las puertas. Con esa sonrisa, esa cara completa de felicidad y éxtasis. Me acerqué a él y me envolví en un abrazo duradero, quería sentir su cercanía, sentirlo tan cerca que no hubiera diferencias en nuestros cuerpos. Sellado con ese beso arrebatador y pasional.

Las rosas eran el primero de mis regalos, pues mañana era mi cumpleaños. Según me iba explicando de camino a casa ese era el primero, pero me esperaban muchos más y todos estaban ansiosos por verme. Eduardo reconoció que Dana en estos días le había realizado casi un interrogatorio en privado. Me narraba que la encontraba nerviosa y que estaba rozando los límites de declarar a gritos lo que podía estar pasando. Él se reía ante las preguntas de Dana, a esas contestaciones tan suyas y genuinas. Me la estaba imaginando, y de verdad que sabía por lo que estaba pasando y me temía que era capaz de reventar ante todos lo que podía estar sucediendo si nosotros no hablábamos. Ambos decidimos, que mañana, sería un bonito día para celebrar no solo mi cumpleaños, sino la gran noticia de mi embarazo, de un miembro más en nuestras vidas por el que ambos estábamos velando.

En mi mirada, Eduardo vio preocupación e incansable veces, me preguntó si me encontraba bien. Mentí, como nunca lo había hecho, no podía en ese momento decirle nada, debía de esperar, solo esa espera de unos meses, solo era retrasar una verdad, eso era lo que me repetía una y otra vez. Achaqué mi estado al cansancio propicio de una mujer embarazada con una sonrisa. Él me

abrazó y me sentó en el sofá de casa, me retiró los zapatos y comenzó a masajearme los pies. Cerré los ojos a ese placer, a ese masaje que nunca hasta ahora me había dado. Me relajé tanto que quedé dormida en ese sofá a tanta paz que me regalaba cada instante pasado a su lado.

Eduardo, me despertó a eso de las ocho y media de la tarde. Con besos y caricias, ese susurro de su voz en mi oído, ese sonido de su boca que se adentraba por todo mi cuerpo y me llenaba de gozo, la sensualidad que despertaba ese poder de arrastrarlo para que me poseyera. Bajo esos chorros calientes de la ducha, quemamos nuestra pasión, entramos en delirio por adentrarnos, por sentirlo tan dentro de mí que me hiciera derretirme ante ese poder que ejercía, ese control que reclamaba por cada poro de mi piel.

Ese sueño reparador, ese relax me había dado fuerzas para despertar con el deseo de apoderarme completamente de él. Donde hacer ese paréntesis en nuestra vida, en esos momentos de arrebató, de pasión y la pérdida absoluta de todo cuanto nos rodeaba.

Nos arreglamos y salimos de casa los dos felices, hoy, en la cena daríamos la noticia de nuestro embarazo. Yo ese momento intentaba no pensar en esas palabras del doctor, quería vivir cada momento con tanta intensidad, que me pudiera intoxicar del oxígeno que me rodeaba.

Nos íbamos acercando al restaurante donde habíamos quedado todos. Me encontraba nerviosa, no era para menos, la noticia cambiaba un poco no solo nuestra vida sino de las personas que nos rodeaban. Todos se encontraban en la puerta, ansiosos a darme nuevamente un abrazo y muchos besos, y como no felicitarme por ese año más que cumplía.

El entusiasmo de todos fue contagioso y el espectáculo que dábamos en la calle me resultaba más familiar que de un grupo de adolescentes. Dana no me quitaba ojo, y con una sonrisa algo más simpática de lo normal me decía lo bella que me encontraba.

Entramos en el restaurante y nos sentamos en esa mesa rectangular con un mantel color salmón. El amable camarero nos tomó nota de la bebida mientras ojeábamos las diversas tapas que tenían. Nos decidimos todos por mucha variedad de comida entre pescados y carnes, agua y una buena botella de vino. A un lado mío Gema y al otro Dana quien me sirvió una copa de vino. La miré y en el otro vaso me serví agua. Ella soltó una carcajada que

despertó la atención de toda la mesa, mientras por debajo de la mesa le metía un puntapié. Fue muy sutil al servirme ese vaso que con afirmación, si no me lo bebía, sabía que estaría embarazada.

La velada continuó con toda normalidad, los chicos por un lado y nosotras como siempre por otro, hablando de la boda de Dana y que en breve comenzaba la prueba del vestido. Ellos habían comenzado a preparar algunos preparativos y estaban en la búsqueda de coger un hotel para dar la comida. Estábamos entusiasmadas y deseando que pasaran los meses para poder por fin ver a Dana y Enzo decir su sí quiero.

Llegaron los postres y después como era de costumbre el momento de la copa, y de abrir esos regalos de cumpleaños. En esa copa en la que yo me abstuve, ahí es cuando todas las chicas, sí que verdaderamente me miraron algo extrañadas al no pedirme mi Martini Rosso. Eduardo se levantó de la mesa y se acercó a mí regalándome un beso en mis labios que me supo a la más deseosa y eterna gloria. Alzó su copa para hacer un brindis y todos se levantaron. Un corto discurso “por todos, por esta amistad que nos ha unido ya hace unos meses, por todo aquello que nos queda por vivir juntos y en especial esta vez por Alexia, por su cumpleaños, por mí y por el bebé que estamos esperando”.

Todos se quedaron unos segundos callados, intentando asimilar las palabras que Eduardo acababa de decir. La primera en emitir un grito fue Dana, a quien le siguieron los demás. Todo eran felicitaciones, besos y abrazos por la buena noticia, se estaban convirtiendo en los tíos de nuestro esperado bebé.

Mi hermano se acercó a mí, me miró a los ojos, le brillaban de una forma poco inusual, hasta que antes de que me diera un abrazo, por su rostro pude ver esas lágrimas que le brotaban. Nos fundimos sin apenas casi decirnos nada, su hermana pequeña, aquella que le perseguía por el pasillo de casa, la que reclamaba su atención, se iba a convertir en madre. En ese momento me vine un poco abajo, era la excusa perfecta para poder sacar las lágrimas que guardaba en el silencio de mi alma.

Nuestras charlas prosiguieron reclamando mucha más información, querían saber de cuanto estaba, si había ido al médico e infinidad de preguntas. Nos reímos cuando justo las fechas, cuando pudo ser concebido,

era justo cuando quizá llegamos a nuestro número, en ese momento en el que ambos ausentes de protección nos amamos con más fuerza, antes de que llegara el desastre y nuestra separación. Quizá un bello recuerdo para que sea narrado a mi futuro bebé, como sus padres despistados por amarse descontroladamente vino él o ella al mundo.

Antes de que nos marcháramos, me encontraba algo cansada, las chicas me lo vieron en la cara. Lara fue la primera en decir que ese cansancio era normal, que ahora me iba a pasar mucho tiempo dormida y que Eduardo tendría que bajar el ritmo de nuestra intensidad sexual. Las corregí diciendo que cuando me despertaba, la ansiedad de sentirlo se apoderaba de mí, aunque si era cierto que al rato me quedaba dormida. Todas nos reímos y nos preparamos para irnos.

Entre la mañana de trabajo, correr hacia el avión y llegar a Madrid, la verdad, fuera del embarazo o no, me encontraba muy agotada. En la entrada nos despedimos de todos y nuevamente esas felicitaciones. Jorge se acercó junto con Gema para comentarme si había dicho algo a nuestro padre. La verdad, no creía que fuera una noticia que pudiera dar por teléfono.

Ya alejándonos, hablé con Eduardo, le planteé el poder hacer un viaje a Asturias, no solo para que se conocieran los dos, sino darle en persona la noticia de que iba a ser abuelo. A él le parecía una muy buena idea y le produjo una pequeña risa el conocer a mi padre, de él en solo en una ocasión había oído hablar. Estaba claro que ya anunciado a quienes realmente estaban en nuestras vidas, ahora comenzaba la familia, no solo la mía sino de la vida de Eduardo también.

En casa, mientras él abría la cama, me ayudaba a quitarme la ropa, dándome esos besos castos, hablándome como si fuera una niña pequeña para que descansara. El cuerpo que tenía estaba para poco, y bajo esos mimos y esas caricias me abracé a él para rodearme de ese perfume que tanto me volvía loca, como me otorgaba esa paz y relax que necesitaba.

Un sueño reparador y algo inquieto, era una mezcla entre la ilusión del momento que estaba viviendo y la preocupación de una decisión algo egoísta tomada por mi parte. Eduardo debió de velar mis sueños pues esos sueños que me perseguían que me robaban la tranquilidad desaparecieron a mitad de la noche.

Con un abrir de ojos desperté, el sol entraba por la ventana de nuestra habitación, me giré y ahí estaba él, completamente dormido, en la profundidad de ese sueño que le regalaba una media sonrisa. Por mi mente empecé a repasar cómo lo había conocido, esas primeras palabras que salieron de su boca que me provocaron y despertaron en mí esa lujuria. Esa noche, en la habitación 410 donde todo cambió, ese inicio de pasión, desenfreno y querer más de él. Nuestros besos robados en lugares donde no podíamos ser vistos, para llegar a un descaro en comportamiento sexual. Se veía tan lejano todo, parecía que llevaba toda una vida con él, tantos momentos vividos, emociones y risas de ambos. Y viéndole ahora, frente a mí, con su cara angelical, lo admiraba en todos los aspectos, lo quería y lo amaba con todas mis fuerzas. Un ángel que se presentó ante mí como el mismísimo diablo en una noche, cambiando el rumbo de mi vida completamente.

Ese fin de semana, rodeada de mis amigos, de mi hermano y de él, lo exprimí hasta el máximo, cada segundo lo quise vivir como si fuera el último, cada minuto como si se me fuera el aire, cada hora con una efusión única llena de fervor y cada día con ese entusiasmo de llenarme de ellos, frente a lo que estaba por llegar, ese secreto que estaba guardando a cada uno de ellos en el silencio de la prolongada noche.

A pesar de querer comprimir ese tiempo, se me escapaba de las manos como el aire que soplaba en las mañanas. Los días volaron como aves libres en el tiempo y se acercaban acontecimientos importantes en mi vida y en la vida de Eduardo. Él estaba a punto de terminar todo para poder, por fin, trasladarse al menos durante un año a Sofía conmigo. Le veía cada día más entusiasmado en esa idea de cuidarnos a los dos y convertirse en un amo de casa. Yo reía cada vez que comenzaba a relatar cómo sería nuestro día a día, él me miraba y me comentaba que no me riera de él, que lo estaba diciendo muy en serio todo, pero mi risa era como quien dice “quién lo ha visto y quién lo ve”. Una persona que ni de lejos quería un compromiso, ni una familia y ahora... se había convertido en uno de los principales pilares de mi vida.

Comenzábamos el mes de octubre y con él, el esperado momento de ver a Dana con el vestido de novia que llevaría, en ese esperado día en el que Enzo le estaría esperando en el altar, nervioso y alterado a la espera de ver a su futura mujer en el día que más bella podría estar.

Nerviosa durante esas horas en el avión hacia Madrid para disfrutar ese sábado exclusivo con las chicas. Habíamos organizado todo un día de mujeres, no solo la prueba del vestido, sino también la comida y la cena. Un día especial para unirnos si cupiera algo más de alianza entre nuestras personas.

Y en mi mente, intentando que no apareciera ni vagara por ella, la confirmación de esa fatalidad en mi vida, que hasta después del parto, no sabría qué es lo que podría llegar a suceder.

## Capítulo 8

A mi llegada como siempre, ante la apertura de esas puertas del aeropuerto, se encontraba la rendición absoluta de mi cuerpo, mente y alma. Eduardo, me recibió con flores rojas, doce exactamente rosas de pasión, con un perfume que me embriagaron por completo.

A la llegada al apartamento y a pesar de ese cansancio que me acompañaba casi durante todos los días, me abalancé sobre él en la mesa de nuestro salón, lo despojé de toda su ropa casi arrancándosela. Saboreé su miembro completamente duro, deseoso de probar mi lengua y mis labios, mis manos viajaban libres por todas las partes de su cuerpo. Alcé mis ojos para verlo, quería percibir ese abismo en su cara, y su mirada y la mía se cruzaron, para arder con las llamas que poseían. Implacable, inclemente ante el reclamo que pedía él de mi cuerpo, feroz en mis movimientos hasta conseguir la completa rendición en ese orgasmo tan profundo, dejándole las piernas temblando y el ver como se estremecía a tal placer.

Aunque pedí clemencia por mi estado, su sonrisa lo dijo todo cuando con sus ojos me atravesó. Lamió lascivamente cada rincón de mi cuerpo, deteniéndose en cada parte de él, lo degustaba con su lengua y lo saboreaba como si fuera uno de sus manjares favoritos. Aquella sensación cuando se centró en mi sexo palpitante, rompió el aguante ante el placer que era capaz de darme. Supliqué nuevamente clemencia cuando me giró en aquella mesa y de espaldas a él pude sentirlo dentro de mí, un enviste rápido, otro lento, era entrar en una desesperación. Sus manos agarraban mis pechos mientras él seguía ese juego conmigo, nuevamente fuerte para luego hacerlo tierno. La impaciencia de mi cuerpo aceleraba esos movimientos de cadera y no

aguanté, en esa lentitud del momento rompí en un clímax tan intenso, que corte mi aire por varios segundos, dejando mi cuerpo paralizado a esa sensación sublime.

Desgraciadamente, después de cenar caí rendida en cuanto mi cuerpo rozó la cama y probé esas caricias en mi piel, mientras él hablaba de su traslado en la semana que entraba, le dejé con esas palabras ya susurradas en mi oído.

Comenzaba la mañana llena de energía y mientras terminaba de arreglarme, Eduardo no me quitaba vista. Se pegó a mí, colocando su barbilla en mi hombro mientras sus manos tocaban mi vientre. Él aseguraba que ya se me notaba algo, pero eran imaginaciones suyas, tan solo estaba un poco más de un mes y era casi imposible que se me notara algo aún. Ilusionado bajó conmigo al portal, había quedado con Lara abajo, me recogería para reunirnos todas en la tienda donde Dana tenía las pruebas del vestido.

Puntual, como siempre, pitó cuando llegó, me despedí de Eduardo con un beso para dejarle intranquilo en el resto del día, quitarle esa paz y quizá así comenzar nuevamente ese juego que no sabía muy bien donde me iba a llevar.

La tienda estaba situada en una de las principales avenidas de comercios en Madrid, caminamos un rato tras dejar el coche en el interior de un parking. Lara me preguntaba como llevaba el embarazo y los síntomas del mismo, la lejanía en los días de Eduardo y la actividad del trabajo. Me encontraba más bien de lo que hubiera pensado, pues apenas tenía síntomas, quizá alguna náusea de vez en cuando, pero poca cosa que solía paliar con una manzana. La lejanía ya casi no iba a ser un problema, le confirmé que, como ya sabría de primera mano en la empresa, Eduardo había solicitado una excedencia por un año y en el trabajo mío, aún no había anunciado mi embarazo, quería esperar hasta el tercer mes por precaución. Ella estaba ilusionada con la idea de ser lo más parecido a una tía, el ver como cada uno de nosotros nos íbamos acoplando a los cambios que se realizaban en nuestras vidas. Ya que estaba habladora y aún nos quedaban unos minutos largos para llegar, le estuve sonsacando con quien estaba ahora. Todas sabíamos de sus relaciones fallidas, de esas parejas de solo unos cuantos días, en lo que quizá, ella no se terminaba de acoplar con ellos. Al final por cansina, sí me confesó que estaba conociendo a alguien que quizá merecía la pena, pero no quería desvelar aún

ningún adelanto y juraba que si iba bien, pronto lo presentaría ante nosotros.

En la puerta ya nos encontramos con Alicia, Gema, la madre de Dana, la madre de Enzo y la tía de ella. Ya estábamos todas, pero faltaba la persona principal, la novia que se estaba retrasando un poco en llegar. De pronto apareció como de la nada al doblar una de las esquinas de la gran avenida, vestida con unos vaqueros, y una chaqueta de color azul marino con un pañuelo en su cuello color rosa claro. Todas la mirábamos mientras se acercaba con una sonrisa y una admiración que dejaba cortado el aire en ese tramo.

A gritos, entramos en la tienda donde nos estaban esperando, nos acompañaron a una de las salas que disponían para esos momentos. Compuesto de tres sofás rojos, de esos casi del renacimiento, una mesa en el centro llena de aperitivos y bebidas. En uno de los laterales dejamos nuestros abrigos, chaquetas bolsos y demás. Lo primero que hicimos es coger de la mesa ese vino blanco y servir una copa a cada una de nosotras, lanzar ese brindis por ella, por el comienzo de una nueva historia. Hoy era su día y en su cara se veía reflejado, esa felicidad, la emoción y el nerviosismo afloraban por todos los poros de su piel.

Después de ese pequeño brindis, en que tan solo mojé mis labios en ese vino, se llevaron a la novia detrás de unas cortinas de un blanco impoluto. Nos quedamos allí, a la espera de la aparición de algo, que lo más seguro, es que nos hiciera llorar a todas. Ojeé un segundo mi móvil y sin duda, ahí estaba ese mensaje en el que aseguraba Eduardo, que cuando terminara mi día de chicas, teníamos algo pendiente, algo que yo misma había comenzado por ese beso que le había dado en la despedida, ese beso donde mi lengua buscó la suya, la incitó y terminó mordiendo su labio carnosos inferior. Los calores ya subían por mis piernas hasta prolongarse a todas mis extremidades. Lara y Gema me miraron, mi cara debía de ser todo un poema, que a gritos declaraban esa fogosidad en la mirada, esa fiera que llevaba dentro de mí. Ellas se rieron, haciendo una mueca con la cara, como queriendo decir que ninguno de los dos teníamos remedio.

En ese momento, se escuchó la voz de Dana tras esas cortinas blancas, estaba preparada para salir, para mostrarnos ese primer vestido que ella había elegido. Verla asomar tímidamente, la cabeza algo agachada, evitando esos

primeros momentos de ver el reflejo de su mirada. Se hizo el silencio en la sala, mientras ella avanzaba al centro de esta, sentí que mi corazón, que se alteraba por segundos, puso todo mi cuerpo en carne de gallina. Al fin Dana, alzó la mirada buscando la de su madre, que se encontraba bañada en mil lágrimas y con la boca tapada con sus manos. Todas nos quedamos estáticas, no salían ni palabras de nuestra boca, sentía un nudo en la garganta, esa emoción hicieron que mi cuerpo no aguantara más y sin que apenas pudiera frenarlo, de mis ojos brotaron esas lágrimas de júbilo, de verla tan bella, quizá como nunca antes la había apreciado, un vestido blanco marfil, un corte moderno llamado evasé, que le hacía una figura perfecta y un acople íntegro a su cuerpo. Con un recogido lateral donde comenzaban las caderas, donde nacía una falda voluminosa y dejaba ver los zapatos del mismo color del vestido.

Ella, al vernos a todas así, llorando, con los clínex, que a conciencia ya habían preparado en la mesa, nos sonrió mientras que se emocionaba, a todas nos regañó porque le íbamos hacer llorar a ella también. Al final conseguimos reírnos por cómo nos había impactado verla así y le dimos un abrazo grande no solo a Dana, sino a su madre, a la de Enzo y su tía que se encontraban en shock.

A ese vestido le siguieron otros muchos; en color champan, blanco sucio, diferentes cuellos, diferentes cortes, con cola y sin cola. Haciendo las paradas pertinentes para tomar algo y llevarnos a la boca algo de comida, mientras mirábamos la gran paciencia que tenían las dos chicas de la tienda, que nos estaban atendiendo siempre con esa sonrisa en sus labios.

Llegó ese gran momento, ya casi el reloj de la sala marcaba las dos de la tarde, ese instante en el que Dana debía elegir asesorada no solo por nosotras, sino también por las chicas de la tienda y su propio juicio, cuál de los vestidos quizá había sido el que le había transmitido esa sensación de ser realizado para ella, el que se envolviera en su cuerpo a la perfección, llegando a ser parte de ella.

Se metió tras esas cortinas nuevamente, después de escuchar todas las opiniones y dejar en el silencio la elección del vestido. Nosotras, las seis que estábamos allí expectantes, deliberábamos quizá cual era el que más le hubiera gustado, cuchicheando, hasta que por fin nuevamente esa voz detrás de las cortinas, las que anunciaran el vestido que llevaría, ese que viera Enzo

y se le cayera el alma en ese momento a los pies frente a ese altar. En la sala se hizo el silencio impoluto, la mudez de cuanto estábamos hablando y en esa elipsis salió ante nosotras, mostrándose con todo su esplendor, con toda la belleza que le rodeaba en este día tan especial, que en su rostro se reflejaba y fuera contagiado a cada una de nosotras. Apareció ante nosotras con un vestido color marfil, el encaje y las aplicaciones de guipur con pedrería, eran las protagonistas de ese vestido de novia que había elegido Dana, estilo romántico perfecto para la novia, vestía una joya. Una pieza realizada en crepe con talle bajo y escote redondo, perfilaban una silueta sirena que iba a dejar a todos sin palabras. Acompañado de un velo enganchado sutilmente en el recogido que llevaba, dejando una caída al aire en transparencia. Expectante nos miraba a todas y en especial a su madre que no paraba de secarse con el pañuelo las lágrimas que recorrían su cara. Al ver que ninguna de las que estábamos arrancábamos en palabras, ella, se animó a preguntarnos qué nos parecía. Lara y Gema, quizá fueron las que animaron al resto a hablar tras un fuerte aplauso a su belleza. En ese momento, la situación, las hormonas o que se yo, no sé qué fue, permanecía muda, callada casi la voz perdida en una afonía que me impedía gastar esas palabras, de tanta admiración y majestuosidad en la belleza hecha realidad.

Salimos de la tienda, entre abrazos y besos, directas al restaurante en el que habíamos realizado la reserva, a pesar que desde la mañana, no habíamos parado de comer, yo aún continuaba con un hambre voraz, que quizá, era lo que me había mantenido aún despierta. Últimamente, pasaba muchas horas dormida, pero Eduardo y mi doctor afirmaban que era lo normal en el embarazo.

A nuestra llegada, estaba el salón abierto para nosotras. Un lugar decorado en estilo quizá algo barroco, cargado en cada pared, en cada esquina con alguna antigüedad a la que admirar por el respeto de su paso en los años. Nos trajeron de inmediato la bebida y los primeros entrantes, a los cuales les di buena rinda, más tarde llegó el primero para terminar con algo más ligero, un pescado tierno que se deshacía en nuestro paladar. Y el final, una mezcla de postres variados, justo para el último bocado antes de que casi me quedara muerta de sueño en la mesa. Las chicas me miraban y me sonreían, la marmota me atrapaba por todos los lados y me abrazaba sin remedio y sin poder evitarlo.

Sobre las cinco de la tarde, todas nos despedimos de este fascinante día que Dana nos había regalado a todas y cada una de nosotras. El brillo de sus ojos, lo decía todo, ese estado de euforia, de satisfacción y felicidad.

Lara por el camino me cedió su brazo, para que me apoyara en él, estaba ya casi a punto de que me fallaran las piernas. Mientras, comentábamos el detalle del vestido, lo realmente preciosa que estaba y el secreto que Dana había querido compartir con nosotras. A la llegada en el coche, irremediabilmente, y a pesar, de que Lara me iba hablando, sucumbí a ese sueño casi perpetuo que reclamaba mi cuerpo. Lo siguiente que recuerdo, es despertar sobre las diez de la noche en el cuarto, bajo la atenta mirada de contemplación de Eduardo, quien se encontraba velando mi sueño y mi descanso.

— Buenas noches Alexia, ya es hora de que al menos cenes un poco.

— ¿Cómo he llegado hasta aquí? Lo último que recuerdo es que estaba en el coche de Lara.

— El cansancio pudo contigo, bajé a por ti y te cogí en brazos. Se ve que os lo pasasteis muy bien y no parasteis ni un solo minuto, estabas dormida plácidamente con una cara de felicidad.

— La verdad que sí, nos lo hemos pasado muy bien Eduardo, ha habido de todo, risas y lágrimas. Han sido muchas emociones durante el día de hoy y me da que yo, ya no soy la misma.

— ¿Tú crees? Te recuerdo que nada más pisar esta casa en el día de hoy, me dejaste rendido ante ese poder de seducción que tienes Alexia, viste mis piernas temblar ante ese pecado y lujuria que nos poseyó a los dos. Creo que no es que no seas la misma, es que cada día que pasa, más haces crecer ese deseo que tengo hacia a ti, ese poder que ejerces capaz de crear la rendición de mi cuerpo. Desde que nos conocimos ambos hemos cambiado, recuerda que yo era quien ganaba siempre nuestros juegos y ahora sucumbo a ellos sin poder apenas contigo.

— No ha pasado mucho tiempo de eso, pero tengo la extraña sensación Eduardo que esos recuerdos son lejanos para los dos. Hemos apurado cada segundo de nuestro tiempo juntos, tanto, que hemos conseguido extender ese tiempo en nuestras vidas, para poder hablar como si la experiencia de los años narraran nuestra historia.

— Pensé que era yo quien tenía esa sensación, pero veo que es algo mutuo, y ahora, dentro de poco, formaremos una familia. Lo único que no me imagino, es cómo le vamos a contar a nuestro hijo, cuando llegue su día, el cómo nos conocimos los dos.

Ambos sonreímos a la vez, no era una historia para contar y menos a un hijo, como sus padres se habían conocido y lo que habían hecho en sus comienzos. Con esas risas, me levantó de la cama mientras me daba besos por todo mi cuerpo. Juntos preparamos la cena y bajo el sonido de la televisión, mantuvimos una conversación. Preguntó sobre los detalles del vestido de Dana, pero el silencio, con una sonrisa pícaro, se hizo eco en todo el salón. Entendió que no iba desvelar nada de cómo era el vestido de ella, simplemente que estaba preciosa y ese día lo estaría mucho más.

El domingo se presentó tranquilo a lo que se refiere en amistades, ningún plan hizo efecto de sacarnos de casa a ambos. En esas horas que nos quedaban, bajo las caricias y los besos, en esa silla, apoyada en esa pared y muy cerca de ese espejo que una vez sucumbió a nuestro deseo, partiéndose en mil pedazos, recorrimos cada lugar de la casa como dos fieras deseosas de mucho más.

El comienzo del lunes fue algo ajetreado en el trabajo, muchas fotografías que repasar, muchos montajes por revisar entre todos, hasta intentar lograr la perfección que buscábamos. Esa revolución en el marketing televisivo que diera la distinción de un trabajo excepcional. En esa semana y bajo la supervisión del director trabajamos a un ritmo superior, ese que me dejaba inerte a la llegada del trabajo.

En la consulta del médico, preguntaba cada estado por el que mi cuerpo se encontraba, él justificaba cada uno no solo al embarazo, sino lo que me estaba ocurriendo. Preguntó nuevamente el doctor por la decisión tomada, afirmé que mi decisión era irrevocable y le rogué la máxima discreción ante Eduardo, que llegaba justo el viernes para quedarse definitivamente en Sofía conmigo. El médico, asintió con su cabeza, recordándome los perjuicios de tomar esa determinación. Estaba más que preparada para asimilar cada consecuencia de mi osadía y sentencia.

El viernes llegó rápido, esa frenética semana que había pasado en el trabajo. En la salida caminando con Katya, me preguntaba si me encontraba

bien, estos días me encontraba distinta, yo perjuraba que me encontraba mejor que nunca, y que justo hoy Eduardo se instalaba en casa sin más despedidas. Katya, se quedó perpleja al saber que él había solicitado una excedencia para estar conmigo y que las distancias, por ahora, se terminaran entre ambos. Admiraba ese amor que nos procesábamos y de esa lujuria que había percibido entre los dos.

Y con ese entusiasmo, intentando que la pesadez del día no pudiera conmigo, me presenté en el aeropuerto un rato antes de que Eduardo llegara, algo más nerviosa que de costumbre, una etapa más en mi vida, la convivencia absoluta entre los dos bajo un mismo techo formando una familia, una historia alocada llena de seducción.

Esas puertas que nuevamente se abrieron para dejarme perpleja en admiración al ver al hombre de mi vida, el que era capaz de dejar descontrolado mi corazón, el que mis piernas temblaban ante su susurro, ante sus besos y caricias, el que ponía mi vida del revés, el que cambió y despertó en mí ese lado animal y desconocido.

Ese beso y ese abrazo que nos dimos, ese perfume con el que me dejaba envolver me hicieron elevarme tan alto, que a la bajada sentí millones de mariposas volar por todo mi cuerpo. Me envolvió entre sus brazos fuertes, reclamando lo que era suyo, yo era suya por completo.

Frente a la puerta de entrada de casa, se quedó fijo mirando el número que tenía, 410, el que dio comienzo a toda nuestra historia y nos unía en todo. Los dos agarrados de la mano y con esa sonrisa, que confesaba lo que las palabras no eran capaces de decir, entramos juntos. En la mañana del sábado llegaban todas sus cosas por medio de una compañía de mudanzas.

## Capítulo 9

El sábado en la mañana, Eduardo recibió en casa todas las cajas de su mudanza y juntos fuimos colocando cada objeto en un rincón de nuestro nuevo hogar. Adornamos nuestra casa con cuadros de los amigos y de nosotros. Colocamos toda la ropa y preparé una mesa en la esquina del salón, para que Eduardo lo usara como su despacho, ya que quería que siguiera haciendo lo que más le apasionaba, la fotografía y sus montajes en ellas.

Antes de la cena, ya teníamos todo colocado y la casa tomó esa forma y ese color para parecerse lo más posible a un hogar. Sentados en el sofá, algo cansados de estar todo el día colocando, me recliné para apoyarme en él mientras ojeaba concentrado algo en el portátil. Cuando fijé mi vista en lo que estaba tan enfrascado, me percaté que andaba mirando habitaciones para bebés y todo el inmobiliario necesario, para la llegada de nuestro retoño. Sin decirle nada sonreí y cerré momentáneamente los ojos, posando mis manos sobre mi vientre mientras me dejaba envolver por el perfume de su piel.

Las semanas con él a mi lado eran como estar en un sueño, estar a cuerpo de reina, cuidada y mimada, en todos los sentidos. Ni mucho menos éramos la pareja perfecta, pues llegó nuestro primer enfado. La mayor tontería en un desacuerdo en la compra de la habitación de nuestro futuro bebé. Una bronca ocasionada por mi tozudez o quizá la alteración de mis hormonas, que nos llevó a ambos estar un buen rato sin querer saber el uno del otro. Mi orgullo en ese momento me impedía dialogar con él, y a Eduardo, no le apetecía perder nuevamente la paciencia más conmigo en algo, que parecía algo ridículo.

En la noche como dos niños nos encontramos en el cruce de esa mirada, de ese lo siento. Con un abrazo profundo y con un beso lleno de intenciones sensuales, cargadas a la tensión de las horas, sin apenas mirarnos, sucumbimos al pecado de amarnos con esas ganas que nuestros cuerpos se fusionaron, se derritieron a la fogosidad e intensidad de dos animales buscando el placer absoluto, intentando lograr ese limbo, del que los ángeles eran conocedores.

Habían pasado tres semanas, aun no habíamos viajado a España desde que Eduardo se mudó aquí. En breve llegarían unos días en los que en Sofía era fiesta y dispondríamos de casi cinco días para poder viajar a Madrid. En la tarde, planificando esos días, caí en la cuenta de que quizá era una buena ocasión para hacer un viaje que aún teníamos pendiente. Ninguno de los dos había avisado a nuestros padres que los íbamos a convertir en abuelos. Ambos pensativos, nos podían las ganas de viajar a ver a nuestros amigos, pero la razón se apoderó de nosotros, esa misma que pocas veces nos acompañaba o se dejaba ver entre los dos.

Mandamos varios mensajes con el teléfono al grupo de los amigos, diciéndoles que en breve nos veríamos, pero aun teníamos dos visitas pendientes con la familia. Lo que no me imaginaba, es que Jorge se apuntara a venir y así ver a papá, hacía tiempo que solo el contacto era por mensajes y echaba de menos el poder abrazarlo.

Eduardo, mientras yo pasaba las mañanas en el trabajo, concentrada en ese proyecto tan importante, concluyendo aún muchos aspectos de este, él se dedicaba a buscar el alojamiento en la capital de Asturias, Oviedo, donde vivía mi padre. Se había encargado de coger los vuelos e incluso alquilar un coche para poder movernos por la ciudad.

Esos días se acercaron deprisa, o al menos eso me lo pareció a mí. El vuelo fue tranquilo y yo estaba entusiasmada por darle la noticia a mi padre y más estando al lado de los hombres de mi vida. El poder presentarle a Eduardo, junto con el que había decidido formar un hogar y una familia. Mi cara era un fiel reflejo de lo que por dentro me ocurría, esa felicidad y esa preocupación, eran una combinación peligrosa.

A la llegada a Oviedo, recogimos nuestro coche de alquiler, Jorge había avisado que llegaría un poco más tarde y nos veríamos directamente en el

hotel. Los dos pusimos rumbo al lugar que había elegido Eduardo. Gran Hotel España Atiram, estaba situado junto a la catedral de Oviedo. La imponente fachada hizo que alzara mi vista hacia arriba. Un edificio que pertenecía al siglo XIX en pleno centro histórico. A la entrada, tras dejar el coche en el garaje, llegamos a la recepción que era de un mármol color beige, con una chica y un chico como recepcionistas que nos dieron la bienvenida. Nos explicaron los servicios y los horarios para los tres días que nos íbamos a alojar allí. Después, nos dieron nuestra llave de habitación que con curiosidad quise ver, estaba claro que disponíamos la habitación 410, no podía ser otra para nosotros.

En el ascensor pulsó el número cuatro, en ese mismo instante nuestra mirada se cruzó en un ardiente deseo y como dos imanes, nos pegamos el uno al otro en un beso arrebatador en pasión y desenfreno. Eduardo, pegó su cadera a la mía, mientras agarraba mi trasero con fuerza masajeándolo con deseo. Su boca y su lengua viajaban junto a la mía en un cortejo de intenciones lujuriosas.

Las puertas se abrieron, bruscamente los dos nos separamos, jadeantes, extenués a nuestra agitación. Por el pasillo que se abría ante nosotros no había nadie, y los dos, agarrados de las manos fuimos en busca de la habitación 410. La llave era electrónica y cuando esa luz verde apareció para abrirse la puerta ante nosotros, ni apenas nos dio tiempo a ninguno de los dos ver si se cerraba sola. Continuamos por donde lo habíamos dejado en ese ascensor, arrancando a tirones la ropa que ambos poseíamos, la intensidad de esa fogosidad, el ardor de sentir sus manos en mi cuerpo desnudo. Con algo más de cuidado me tumbó en la cama, devoró y se alimentó de mi cuerpo, ciego e impetuoso parecía que jamás se saciaba de mí. La impulsividad se apoderó de mí y logré tomar el control de posesión de nuestro juego, ardiente en llamas, febril en el deseo de alimentarme de él para situarme encima y sentirlo en mis adentros con tanta intensidad, que mi cuerpo parecía estar en llamas y abrasando. Enloquecí en mis movimientos, perdí la cordura y la medida de mis actos buscando la insensatez y el límite de mi cuerpo al extremo de los placeres, la imprudencia de dos seres amándose con esa intensidad tan fuerte que temblarían los cristales y los cimientos de donde nos encontrábamos.

Yacidos en la cama, desnudos, cada uno de nosotros boca arriba,

intentando lograr recuperar ese aliento que se nos había escapado, esa tímida risa apareció ante nosotros en suspiros. A la vez nos levantamos de la cama, donde habían quedado inertes nuestros cuerpos.

En ese momento, en el que ambos volvimos a la realidad que nos rodeaba, nos percatamos de cómo era nuestra habitación, ese espacio grande rectangular. Una habitación con un diseño moderno y vanguardista, una cama adornada con cojines de varios colores combinando entre sí que tirados se encontraban en el suelo, con una colcha de los mismos colores lanzada y arrinconada en un lado de la cama. Un escritorio de madera color claro, el mismo que el cabecero de la cama, dos sillas y un pequeño sofá individual. Abrí las cortinas blancas para ver las vistas que poseíamos, todas a la calle principal de esta ciudad.

Al entrar juntos al baño, para darnos una ducha, nos percatamos del blanco impoluto que brindaba la habitación, con dos lavabos modernos colgados en el aire y una ducha que poseía unos chorros de masaje. Tras esos chorros de agua que dejaron mi espalda aliviada, mi hermano Jorge llamó por teléfono diciéndonos que se encontraba en la recepción entregando la documentación. Le comenté que nos esperara, que en menos de cinco minutos bajaríamos, que estábamos en la ducha. Mientras Eduardo terminaba de vestirse, llamé a mi padre, tan solo le había enviado un mensaje anoche para decirle que habíamos planeado hacer un viaje algo exprés para vernos.

Ya en la recepción no veía a Jorge por ningún lado, nos adentramos en la cafetería del hotel y allí quedé perpleja por lo que mis ojos estaban viendo, eran Gema y mi hermano, él había venido acompañado por ella, para que fuera presentada en familia. Me abracé a ella con todas mis fuerzas, que no eran muchas, por el esfuerzo y la pasión desbordada hace unos minutos a la llegada a nuestra habitación. Tras esos besos y abrazos, le comenté a Jorge que tan solo le había dicho a papá que era un viaje algo exprés, en ningún momento le había comentado que venía acompañada ni por él, ni por Eduardo, ni mucho menos por Gema.

Con el lio del viaje y los nervios de darme esa sorpresa, a él se le había pasado mandarle un mensaje diciéndole que venía de visita, lo que a mí, me venía genial, pues la sorpresa sería mucho mayor de la que podía imaginar. Allí juntos los cuatro, empezamos hablar de esas tres semanas que no nos

habíamos visto, y aunque, el contacto por teléfono era constante, no era lo mismo que ver la expresión de los ojos de las personas que querías.

Gema me miraba con cara de ternura y no dejaba de bajar sus ojos a mi tripa, hasta que se lanzó para decirme que ya se me notaba algo. Era cierto, era una persona muy delgada, pero ahora poco a poco se me empezaba a notar, mi tripa se veía algo aumentada. Gema me veía un brillo en la cara diferente, pero también veía reflejado un cansancio que me perseguía a todos los lados y era bastante pronunciado y difícil de ocultar, ese cansancio que no solo venía de mi embarazo, sino de lo que estaba callando a cuantos me rodeaban con temor de no ser entendida.

El hambre se despertó en mi cuerpo, ya era casi la hora de la comida y entre el viaje y el recibimiento en la habitación, a esas horas tenía un hambre voraz. Nos dirigimos al restaurante del hotel que disponía de una cocina de autor, con creaciones innovadoras y deliciosas, creo que pedí todo aquello que estaba disponible en la carta. Bajo la atenta mirada de todos, devoré cada plato que ponían delante de mí. Todos se reían y la primera yo, no era normal esa forma de comer con tanta ansia. En la mesa salió el tema de si sabíamos que sería, niño o niña, yo lo tenía claro y mi instinto me había hablado, Eduardo no se pronunciaba, decía que a él le iba a gustar lo que viniera, Gema quería que fuera niña con todas sus fuerzas y Jorge afirmó que era niño por la cara que tenía. Historias de nuestros abuelos, que si la cara, que si la forma de la tripa... las apuestas se hicieron en la mesa, esa mesa en la que estaban sentados sus tíos, que entusiasmados hablaban de él sin que aún hubiera nacido.

Tras esa comida, con una selección de postres que hacían que perdieras el control de las papilas gustativas, cada uno de nosotros se subió a la habitación.

Y bajo su abrazo y esa calidez caí rendida en un sueño. Dos horas en las que mi cuerpo recuperó y cargó pilas. En ese despertar tan cuidadoso que tenía él con sus caricias y esos susurros en el oído. Habíamos quedado con mi padre sobre las seis de la tarde en pleno centro de Oviedo, y aunque estábamos muy cerca, no quería llegar tarde.

Nerviosa me arreglé con unos pantalones de vestir, una camisa moderna color lila y un abrigo color azul marino, me coloqué un pañuelo rodeando mi

garganta de color morado oscuro, me maquillé y perfumé. Arreglé mi pelo con un recogido. Me encontraba nerviosa y Eduardo lo percibió enseguida. Él a decir verdad, también se encontraba nervioso al conocer a mi padre y decirle con ilusión que se iba a convertir en abuelo. Comenzó a decirme lo intranquilo que estaba, no se conocían y había dejado embarazada a la niña de sus ojos. Le calmé, no tenía nada que temer a mi padre, pues era la persona más buena que había conocido y siempre había confiado en mi criterio para todo, incluso cuando le dije que me marchaba a trabajar al extranjero.

Ambos nerviosos salimos de la mano hacia la recepción donde habíamos quedado con Jorge y Gema. Ellos al igual que nosotros se habían arreglado para la ocasión. Gema llevaba un vestido gris con un abrigo oscuro y mi hermano unos pantalones de vestir con una camisa de rayas muy finas como la de Eduardo, pero de distinto color. Los cuatro salimos del hotel para adentrarnos en pleno centro, callejeando por las calles anchas y antiguas de una ciudad llena de belleza, bajo ese color grisáceo de otoño.

Habíamos quedado en un restaurante ya conocido para nosotros, donde más de una vez habíamos venido a visitar a nuestro padre, terminando por tomarnos algo en ese lugar metido en pleno centro. Y a esa hora en punto entramos en aquel lugar, frente a nosotros se veía una barra alargada y al fondo un comedor repleto de mesas. Jorge y yo nos miramos, a pesar de los años, el lugar seguía como la primera vez que lo visitamos. Allí al fondo, de pié, pude ver esa cabeza peculiar de poco pelo de mi padre, el que seguía igual, perpetuo en el paso de los años, él debió de intuir nuestra llegada, pues se giró de repente para fijar los ojos en sus hijos. Sus ojos claros se iluminaron mucho más y su sonrisa desveló su alegría. Gema y Eduardo, no soltaban nuestras manos hasta que mi padre se acercó a nosotros y nos dimos un fuerte abrazo lleno de besos.

Tras ese momento tan efusivo, comenzaron las presentaciones de nuestras respectivas parejas que algo avergonzados y temerosos se habían quedado detrás de nosotros. Enseguida se rompió esa vergüenza mutua, pues nuestro padre les empezó a preguntar de todo, lo normal, su trabajo, su familia y multitud de cosas típicas de un padre entusiasmado de conocer por fin alguna pareja de sus hijos. Él sabía que si estaban allí, era porque eran muy importantes para nosotros.

Ya sentados, nos tomamos algo los cinco, narrando por turnos los sucesos que habían ocurrido en nuestras vidas. Él escuchaba atento, anonadado de ver a sus hijos juntos, incluso me regañó por ni comentarle el hecho de que venía acompañada. Su cara era un reflejo de la felicidad que en esos momentos le inundaba, en estos años atrás tras la muerte de mamá, creo recordar que nunca ninguno de los dos habíamos viajado juntos a visitar a nuestro padre, siempre lo hicimos por separado. Eso a él le llenó por completo, escuchaba atento a todo, preguntaba por cómo nos encontrábamos, por cómo habíamos conocido nuestras parejas y por todo ello se alegraba. La conversación continuó hasta la llegada de la cena. Eduardo y yo, respecto al embarazo seguíamos callados.

Nos fuimos de aquel lugar caminando por el centro hasta llegar a una de las principales calles de la gastronomía de Oviedo, nos llevó a un restaurante singular en la decoración, con una cocina muy tradicional algo fusionada. Sus platos eran una versión de los de casa, pero con ese toque de rareza aplicada hoy en día en la cocina, yo solo rezaba por que en cada plato que nos trajeran fueran lo suficientemente copiosos para saciarme. No tuve ninguna queja, los platos eran deliciosos y las porciones eran lo sustancialmente grandes para que quedara empachada. Mi padre me miraba curioso por el hambre voraz que tenía y me sonreía, e incluso me comentó que donde metía tanta comida, todos sonreímos a sus palabras. Pasado el postre y con una copa en la mano, de un licor sin alcohol para mí, me puse en pie y alcé mi copa.

— Por este día tan especial en el que estamos todos juntos, la nueva familia, llena de los seres queridos, porque se repitan esos momentos papá, porque veas nacer a un nieto o quizá una nieta, que haga que te vuelvas loco en la ternura, por ese día que llegará a principios si dios quiere de junio, papá, Eduardo y yo vamos a ser padres.

Eduardo en ese instante se levantó y me besó en los labios, acarició mi barbilla mientras alzó su copa mirando a mi padre, quien se encontraba con lágrimas en los ojos. Emocionado se había quedado estático en la silla, con esas lágrimas caídas en el mar de sus ojos. De repente, se levantó y rodeando la mesa se acercó a mí para darme un abrazo lleno de cariño y amor. Estaba completamente emocionado y apenas podía pronunciar palabra alguna, lo intentó en varias ocasiones sin éxito alguno, pero la expresión de su cara, de sus ojos eran capaces de hacerme sentir esa felicidad en ese momento. En ese

brindis y en ese primer sorbo, cuando pudo ya articular alguna palabra, nos preguntó a los dos de todo sobre el embarazo, Eduardo cogió su móvil y le enseñó aquella fotografía, en el que se veía algo difuminado nuestro futuro bebé. Le alegró saber que yo, no me encontraba sola en Sofía, sobre la decisión tomada de Eduardo y al saberlo se quedó mucho más tranquilo.

La velada continuó bajo mi cansancio, mis ojos solo pedían ser cerrados, mi cuerpo reclamaba el poder tumbarme y perderme en esos sueños, en los que él aparecía para decirme que todo iba a salir bien, todo aquello que me perturbaba por dentro. Eduardo, no tardo en ver ese cansancio mío reflejado en mi cara y con buena educación se disculpó por los dos, nos retiramos bajo esos besos y esos abrazos al hotel, Gema y Jorge se quedaron allí enfrascados en una conversación transcendental para ellos.

A la salida del restaurante, no muy lejos se encontraba una parada de taxi, a pesar de mi negativa de cogerlo e ir caminando, Eduardo se negó. Me encontraba cansada pero quizá un pequeño paseo no hubiera venido mal, pero a tozudez no podía con él.

A la llegada y bajo sus atentos cuidados reposamos los dos desnudos bajo la cama, estaba claro que la fogosidad y nuestra entrada en esta habitación, por ahora no podía repetirse, pero sentir su piel contra mi piel, ese calor que desprendía, la suavidad de su vello y el olor de su piel perfumada, eran un privilegio que quería vivirlo cada día que me quedara de vida. Ese sueño entre sus besos tiernos y sus caricias, el sentir sus manos por mi espalda relajaron mi cuerpo y caí en un sueño reparador.

En la mañana, tras recuperar las fuerzas nos dimos los buenos días en la ducha, bajo esos chorros de agua caliente, mientras viajaban sus manos con espuma por todo mi cuerpo, recorriendo cada rincón para apoderarse de mí, para unirnos con maestría, con esa demencia que nos poseía en esos momentos, en los que nuestra mirada fija se convertía en la pasión reflejada de nuestros cuerpos.

Los días pasaron rápido, exprimiendo el poder estar con mi padre, con Jorge y con Gema, pero el tiempo nos venció como siempre y ya nos encontrábamos en el aeropuerto, con una despedida dura. Las cosas habían cambiado, esa distancia que teníamos, el saber solo de vez en cuando cómo nos encontrábamos, había cambiado por completo el anunciar la llegada del

bebé. Allí, de pie, intentando frenar esas lágrimas que caían como una lluvia torrencial me despedí de los tres, un hasta pronto, pero esta vez sincero y así con ese nudo en la garganta que impedía que hablara, nos alejamos para coger nuestro vuelo.

Ese camino en el que Eduardo me rodeó con sus brazos para calmar el dolor que estaba sintiendo, esa lejanía de tantos seres queridos. Ya en la cola, lo miré fijamente a los ojos esos que brillaban y poseían ese sol para mí, y lo besé despacio, sintiendo la dulce miel de sus labios, lo único que era capaz de calmar sobre todas las tormentas, que caían o iban a caer sobre mí.

A la llegada a nuestra casa y tras colocar nuestra maleta, tenía ya varios mensajes de mi padre, era algo extraño porque él con la tecnología siempre estuvo peleado y no recordaba en estos días verlo con un móvil de última generación, pero estaba claro que se había agenciado uno y había aprendido a escribir en él. Aproveché y le envié todas las fotografías que teníamos de nuestro bebé.

En la cena, uno enfrente del otro, Eduardo reconoció que mi padre le había gustado y se había sentido muy cómodo con él. Yo me alegré de que todos los hombres de mi vida se llevaran bien y tuvieran esa armonía entre ellos. Después de esa cena, la hora que se nos había echado encima y ya era completamente de noche. Mañana me esperaba un día de trabajo muy fuerte y lo más seguro es que en esta semana tuviéramos que hacer otro viaje, nuevamente a Alemania. La agenda estaba repleta de actividades, no solo de trabajo y de médicos, sino de disfrutar con él y disponer esos momentos para los dos.

Comenzábamos una semana en la que quizá, nos dijeran si íbamos a tener una niña o un niño, todo dependía si se dejaba ver con claridad o se tapaba para que sus padres murieran con la incertidumbre una semana más. Yo sabía perfectamente que es lo que lo que, yo misma, estaba formando dentro de mi cuerpo, tenía todo ese convencimiento. Eduardo, apenas se pronunciaba hasta que dijo de sus labios que no importaba si era niño, más adelante iríamos a por una niña, y si era niña más adelante iríamos a por un niño. Me quedé mirándolo con una sonrisa para preguntarle cuantos hijos quería tener conmigo, sus palabras fueron cortas “todos los que queramos los dos”.

# Capítulo 10

El lunes en la oficina, como siempre con mi equipo fue muy productivo, desde el departamento de audición ya habíamos concluido con la música para el spot, y teníamos varios videos conectados en sucesiones a la espera de incorporar algunos más. A media mañana todos, descansamos para tomar el café, nos reunimos nuevamente con algo de fuerzas repuestas para presentar a los directivos nuestro avance y cerrar ese nuevo viaje a la central de Alemania, que ya disponía de los automóviles terminados. Fijamos una fecha para realizar el viaje, el jueves llegaríamos a media mañana y regresaríamos el viernes por la tarde, un viaje exprés pero lleno de productividad en la agenda.

A la salida, caminando hacia el coche con Katya, íbamos hablando de ese próximo viaje en el que podríamos ver en vivo la demostración en un circuito privado el coche, ahí, no solo podríamos captar imágenes increíbles, sino que nos daba la posibilidad de realizar un video para adjuntarlo en el montaje de lo que estábamos realizando. Ella me miraba entusiasmada, no solo por el proyecto, sino de que Eduardo estuviera aquí conmigo, preguntaba curiosa como nos iba todo y a toda costa quería quedar un día para tomar algo todos juntos. Afirmaba que el brillo de mi cara desvelaba esa felicidad que me inundaba, me veía feliz y llena de esa magia que solo era capaz de conseguir el amor.

Esa quedada tuvo que esperar a la tarde del miércoles, en la mañana había pedido llegar una hora más tarde, Eduardo y yo teníamos una cita en el médico, esa en la que sabríamos por fin el sexo de nuestro bebé.

En la sala de espera de la consulta, rodeados de más parejas, el nerviosismo se adentraba por cada poro de nuestra piel y de repente escuchamos mi apellido. Mientras me preparaba el doctor para hacerme la ecografía, Eduardo no soltaba mi mano, ambos temblábamos y comenzó el médico tras echarme ese gel tan frio en mi tripa ya algo voluminosa. Se escuchó en esa sala poco luminosa si queríamos saber el sexo, bajo la melodía agitada de ese pequeño corazón, ambos nos miramos deseosos de saberlo preguntando si se podía ver en este momento, el doctor lo afirmó, y pronunció sus palabras, aquellas que hicieron salir y brotar esas lágrimas de los ojos de ambos. Era una niña, lo que yo sabía con certeza que llevaba

dentro de mí. Eduardo me besó en los labios, con un beso lleno de ternura, íbamos a tener una hija, aquella por la que su padre iba a adorar y proteger sobre todo lo que le iba a rodear en esta vida.

Salimos de allí ambos más felices, si cabe, que la última vez. Después de toda la exploración, todo seguía según lo previsto, todo continuaba su marcha y mi salud se mantenía en una línea recta que pendía quizá de un hilo, quizá de la fortaleza que estaba sacando al aferrarme tan fuerte a nuestra hija.

Eduardo me dejó en el trabajo para más tarde poder recogerme y celebrar así la noticia como merecía. Hoy era el día en el que iba a hablar con Nikolay, el director general de Sofias Markpu, ese momento de anunciar mi embarazo en la empresa y buscar ese apoyo entre los compañeros en esta aventura de ser madre. Así lo hice después de concretar el final de nuestra jornada, me acerqué a la entrada de su despacho y llamé a la puerta, enseguida escuché esa voz que procedía del interior del despacho, abrí la puerta y me senté en una de las sillas.

— Dime Alexia ¿qué puedo hacer por ti? ¿Está todo bien?

— Más que bien Nikolay, vengo a comunicarte una noticia, que para mí es muy satisfactoria. En junio seré madre si sale todo bien y quería comunicarlo oficialmente a la empresa.

— Mis felicitaciones Alexia, es una muy buena noticia y ya sabes que si antes podías contar con cualquier cosa que necesitaras, ahora más que nunca. Te pido que cualquier consulta o si necesitas ayuda o quizá algunos días de relax, no dudes en pedirlo Alexia, sabes que aquí todos estamos para ayudarnos y sacar entre todos los proyectos de la empresa. Además ya me dejaste ayer muy claro que está muy avanzado el proyecto vuestro. ¿Podrás viajar a Alemania?

— Mi doctor dice que va todo muy bien y aunque tengo que cuidarme mucho y descansar, sin duda podré realizar ese viaje. Gracias Nikolay, por todo el apoyo que me estás dando.

— ¿Está sola en la ciudad?

— No, mi pareja se ha trasladado aquí desde que supimos que íbamos a ser padres, y además usted creo que lo podrá recordar, es Eduardo Alba Monte, el que era director en fotografía en mi antigua empresa, lo conoció en

la presentación del spot cuando viajamos hace unos meses.

— Si claro, como no recordarlo, lo que no sabía es que ustedes mantenían una relación, desde luego que vuestra forma de trabajar es admirable. Dígame de mi parte que cuando quiera que se pase por nuestras instalaciones, será un placer nuevamente mantener una charla con él.

Nikolay se levantó de la silla, se acercó a mí y en vez de alargar su brazo para darme la mano, me otorgó un abrazo dándome nuevamente la enhorabuena por la noticia. Y así feliz, simplemente contenta salí del edificio. En la entrada me estaba esperando Katya quien quería ver si esta tarde podíamos quedar para tomar algo los cuatro, pues ella estaba conociendo desde hace unos meses a un chico de aquí. Me fue imposible negarme, esa chica poseía un don muy peculiar de poder de convencimiento, con la cara que me estaba poniendo y en plena conversación de darme por vencida, apareció Eduardo por detrás, regalándome un beso en mi cuello mientras con sus manos agarraba toda mi cintura. Me giré para darle un beso en sus labios carnosos y deseosos de pasión antes de contarle los planes para la tarde. El escuchaba atento a la verborrea espontánea que la había dado a Katya, a la cual ambos no pudimos decir que no.

De camino a casa, él me preguntaba por cómo me había ido el día y la reunión con mi jefe. Yo le pregunté por su día, se ve que sabía como entretenerse por casa y fuera de ella, pues me dijo que había estado muy ocupado tanto dentro de ella como fuera, incluso realizando fotografías del barrio.

Al abrir la puerta de casa, de la cocina provenía un olor muy agradable de comida, también había estado cocinando, las horas le habían dado muchos minutos que él había sido capaz de aprovechar.

La mesa estaba preparada con un mantel blanco con fotografías de casi todos los países, un mantel que a ambos nos gustó cuando lo vimos hace unos días yendo de compras. Dos platos oscuros con cubiertos a cada lado y un jarrón muy pequeño con una flor, una rosa fuerte que desprendía al acercarse un olor muy gustoso. Me dijo que antes de sentarme me pusiera cómoda, sobre la cama de nuestro dormitorio había dejado una camisa y un pantalón, junto a las zapatillas de estar en casa. Estaba en todo, era lo que de alguna forma estaba buscando y solo lo veía en mis sueños, él era quien me cuidaba

y se preocupaba por mí, el que estaba atento a lo que podía necesitar en cada momento.

Y sentados a la mesa y como siempre, bajo su atenta mirada comimos los dos bajo una conversación relajada y emocionante, elegir el nombre de la niña que estábamos esperando. Por nuestros labios aparecieron infinidad de nombres y a cada uno de ellos más bellos si cabe, pero entonces Eduardo pensó en algo que sería importante, no solo para nosotros, sino para todos los que nos rodeaban, me pareció muy buena idea lo que su mente estaba pensando y en cuanto pudiéramos estar todos juntos, bajo el mismo techo, elegiríamos entre todos el nombre de la hija que íbamos a tener, todos iban a colaborar sobre la elección de ese nombre.

Tras esa comida, relajados en la cama, comenzaron esas caricias que nos llevaron a los dos a amarnos con esa intensidad de sentimientos tan fuerte, un suave tacto, una ternura en movimientos, parecía el concierto de orquesta interpretada por los mejores músicos conocedores de sus instrumentos de viento, de cuerda y de percusión.

En la tarde, sobre las siete, habíamos quedado en el centro con Katya y su amigo, cogimos el autobús, no quedaba muy lejos de donde se encontraba nuestra casa y allí en pleno centro, al lado de un parque con una estatua muy grande ya nos estaban esperando. Nos dimos dos besos y un abrazo mientras ella nos presentaba a su novio, el chico era impresionante, rubio, un color de ojos azul cielo y su altura y complexión atlética le daba un atractivo extra. Por lo que nos estuvo comentando, mientras llegábamos a una cafetería perdida en pleno centro, entre calles angostas y en una esquina, él se dedicaba a la restauración de los monumentos de la ciudad. Nos adentramos en esa pequeña cafetería, disponía de una barra alargada y en la otra pared un asiento largo con las mesas altas de madera, el lugar era curioso, sus paredes estaban adornadas con fotografías, de quizá personas que habían visitado esa cafetería, objetos dejados por clientes y billetes pegados de todos los lugares del mundo.

Nos pedimos unos combinados, el mío, por supuesto sin alcohol, algo dulce y a la vez refrescante para mi garganta. Disfrutamos de una velada llena de conversaciones sobre la vida, sobre el trabajo y el amor. En ese momento, miré a Eduardo quien mantenía una conversación muy intensa con el novio

de Katya. Yo me acerqué al oído de ella y le susurré que estábamos embarazados y en junio nacería nuestra hija. Katya con un grito desvió la conversación tan entretenida que mantenían los chicos, me dio un abrazo que me tambaleó por completo, Eduardo me sonrió, con esa mirada nuestra, sabía que le había soltado la noticia. No era para menos, desde que llegué a la empresa hice buenas migas con ella y ya en nuestro viaje a Alemania, compartiendo la habitación, las dos desvelamos muchas intimidades de nuestra vida creando un vínculo, que iba más allá de toda relación laboral.

El tiempo con ellos fue de los más productivo y emocionante, el conocerlos algo más y así intimar en esta amistad que nos estaba empezando a unir. Todos nos despedimos con abrazos y con enhorabuenas por la noticia de nuestro embarazo. Quedamos, todos en repetir esta quedada más a menudo, e incluso volver al mismo lugar ya que tenía algo de magia en su ambiente.

A la llegada, estaba destruida por todos los rincones, mi cansancio se notaba sin necesidad que de mi boca saliera ni una réplica o palabra de rendimiento, ante la pesadez de mi cuerpo. Eduardo, preparó un baño caliente con algunas esencias de rosas y como una niña buena, de la mano me llevó al baño. Esa atenta mirada de admiración ante mi desnudez y fijarse en el aumento de mi tripa, donde reposaba tan plácidamente nuestra hija, esas palabras son las que repetía él tocando mi vientre, mientras me sumergía en esas aguas de relax. Me lavó el pelo con sus manos delicadas, acariciando mi cuero cabelludo con suavidad, ejerciendo un masaje relajante, que hizo que mis ojos se cerraran por completo.

Después de ese baño, preparé la cena, le obligué a que se quedara quieto por una vez en el sofá, quería atender a mi chico y a mi hombre como merecía. Lo veía mientras cocinaba mirando la televisión, relajado y distraído de todo cuanto le rodeaba. A mi mente venían esos primeros días, en los que sin apenas darnos cuenta habíamos comenzado una convivencia, para mitigar esa peligrosidad en el despacho de la empresa mientras terminábamos el proyecto, y ahora los dos viviendo bajo el mismo techo, pero en otro país, esperando nuestro primer miembro de la familia, entusiasmados y felices en el gozo de ser primerizos los dos en esta aventura.

Después de esa cena nos conectamos en directo en el ordenador para dar la noticia a nuestros amigos, todos permanecían atentos por saber si era niño o

niña, los mantuvimos expectantes varios segundos que parecieron minutos, hasta que por fin, en una cartulina les mostramos que era una niña, las voces se hicieron fuertes, abrazos entre ellos y un beso entre nosotros para sellar esa noticia.

El resto de los días avanzaron como de costumbre como un rayo de rápidos. Nos encontrábamos Katya y yo frente al espejo de nuestra habitación del hotel en Alemania, a la espera de ser recogidos por el chofer de la marca a nivel mundial conocida, para la que íbamos a realizar el spot publicitario, de ese coche que iba a revolucionar todo aquello hasta ahora conocido en el automovilismo, esas prestaciones de seguridad y facilidad en la conducción, sumado a la tecnología insertada procedente desde la mismísima N.A.S.A.

Estábamos preparadas para reunirnos con los directivos de la marca y ver ante nosotros la primera demostración en circuito cerrado del coche. Equipadas con dos cámaras de fotografía y la cámara de vídeo, bajamos a la gran recepción del hotel, como la vez anterior tan puntuales como siempre nos recogieron a todos y nos llevaron a esa fábrica que parecía en sí un pueblo entero o un barrio de los más grandes de Madrid.

Tras una pequeña reunión para informarles de nuestros avances que ellos recibieron entre aplausos, bajamos todos a esa pista que era muy similar al circuito de Cheste, allí, todos preparados con las cámaras comenzó la primera demostración ante nosotros, esa velocidad, ese control en las curvas y esas frenadas en seco nos dejaron boquiabiertos. Más tarde bajamos a la pista, para que uno de los ingenieros nos explicara de primera mano todos los componentes que habían utilizado para hacer el vehículo. Mi objetivo y mi ojo se unieron por completo, una fusión para captar todo aquello que pudiera ser invisible para el resto del mundo, menos para mí. Algunos de nuestro equipo, incluso, pudimos probar de primera mano el coche y dar un par de vueltas en la pista, estábamos todos emocionados por el diseño y la totalidad de ese modelo.

Ya de vuelta en el hotel, a la noche, tras a ver ido a cenar al mismo lugar de la anterior vez que Katya conocía, pude relajarme en la cama, mientras hablaba por teléfono con Eduardo y le narraba todo lo sucedido en el día. Katya mientras estaba en la ducha, y menos mal, pues nuestra conversación se tornó algo más íntima, haciendo sentir esos calores internos del despertar

del apetito sexual. Para cuando ella salió de la ducha yo ya me había calmado algo, pero ella lo notó e hizo su comentario, indicando que una ducha de agua templada no me vendría nada mal para mitigar esos calores, mis mejillas estaban sonrojadas y el brillo de mis ojos desvelaba esa lujuria.

Mañana por la tarde regresábamos a Sofía, en el día, aun teníamos una última reunión con el comité de la marca del coche, en donde fijaríamos ya lo definitivo para el final del spot. Todos concentrados, con los dossier en las manos hicimos una presentación final digna del mejor equipo, éramos toda la perfecta unión de mentes y ello se reflejaba en nuestro trabajo lleno de profesionalidad, vanguardia y perfección hecha realidad.

La unión entre nosotros en lo profesional y fuera del trabajo era muy buena, todos hablábamos de temas muy variados sobre nuestras vidas, y allí, antes de coger el vuelo, comuniqué a mi equipo mi embarazo, todos se alegraron mucho y mostraron su apoyo para lo que me hiciera falta. Muchos de ellos empezaron a asociar el retraso en la mañana de las pasadas semanas, incluso ese brillo especial en los ojos de una mujer llena de felicidad.

A la llegada al aeropuerto de Sofía Katya se había empeñado en acercarme a casa, Eduardo me esperaría allí. En ese pequeño tramo estuvimos hablando de la quedada que tuvimos, me preguntó qué me había parecido su novio, aunque llevaban poco, a ella se le veía entusiasmada con él y tenían muchas cosas en común, aficiones compartidas de aventuras y viajes que los dos podrían hacer juntos.

Cuando llegamos a la entrada de mi casa, la número 410, le invité a pasar, ella agradeció la invitación, pero quería llegar a casa cuanto antes, y entre palabras bajas en sonido me dijo que había quedado con su chico en el apartamento. Reí, estaba claro que tenía mejores planes que ver a dos locos en casa, como se devoraban con la mirada tras un día sin verse.

Tras abrir la puerta y adentrarme en nuestro hogar, parecía todo demasiado tranquilo, solo una tenue luz en la entrada. Caminé por el pasillo tras dejar la maleta en el recibidor, le llamé en un tono relajado, pero no recibí contestación alguna. Las puertas del salón se encontraban cerradas y despacio abrí. De repente se encendieron todas las luces y ante mis ojos vislumbré a todos mis amigos y a mi hermano, bajo ese grito en coro de bienvenida. No me lo podía creer, y allí, como un pasmarote, me quedé eclipsada con la boca

abierta sin saber ni que decir. Todos se acercaron para darme abrazos y besos, en ese momento reaccioné ante la sorpresa que me habían dado. Después de dar a todos esos abrazos llenos de sinceridad y amistad, ante mí, se hizo ese pasillo donde, en el final, se encontraba él. Mi cuerpo despertó por completo cuando lo vi, sintiendo esas mariposas en mi estómago que hacían que mi cuerpo perdiera la fuerza y la cordura. Esa sensación eléctrica que recorría cada parte y extremo de mi cuerpo y de mi ser. Los dos caminamos hacia nuestro encuentro, uno enfrente del otro, notando su aliento tan cerca al mío que envolvía todo en una atmósfera íntima. Rozamos nuestros labios, aquellos que estaban sedientos de la miel que poseíamos. Poco a poco devoré su labio inferior, absorbiéndolo hacia mí para poseerlo, él a su vez jugaba tímidamente con el mío de una forma muy sensual. Sus manos agarraron el contorno de mi cara y mi cuerpo se pegó al suyo sintiendo su calor, su esencia, aquella que me había vuelto loca desde ese día en la habitación 410 del hotel, de un hotel de esta ciudad. Desesperadamente nuestras lenguas se encontraron, ansiosas de jugar entre ellas, de vivir ese fuego interno de nuestros cuerpos. Cuando quizá estábamos a punto de quemarnos, Dana, en uno de sus comentarios tan oportunos, nos devolvió a la realidad, me besó en la frente mientras reposé mi rostro en su barbilla, cerrando los ojos con una sonrisa entre los labios.

Después de ese momento que se vio interrumpido, habían preparado todo para cenar, la mesa del salón, como un transforme se había hecho más grande y estaba repleta de comida y yo, la verdad, me encontraba muy hambrienta. Sacamos todas las sillas disponibles de casa para poder sentarnos todos y entre risas y risas íbamos cenando.

En uno de esos momentos, me abstuve de todas las conversaciones, se hizo el silencio mientras observaba a cada uno de ellos: Javi y Alicia, Gema y Jorge, Dana y Enzo y Lara, quien por ahora, no nos había presentado a su misterioso amante, pero que a ciencia exacta sabíamos todas que continuaba con él.

Por petición de todos los que estábamos en la mesa, me hicieron levantarme, querían ver como ya se me empezaba a notar la tripa de nuestra hija, entre aplausos y futuros nombres para nuestra niña, tapé mis ojos con mis manos a la cantidad de tonterías y paridas que íbamos diciendo todos, hasta Eduardo se sumó a decir nombres que ni jamás había escuchado.

La felicidad que me inundaba en ese momento rozaba los límites conocidos, por fin todos juntos y en Sofía, ese viaje que tantas veces habíamos mencionado hacer, para poder mostrarles nuestra nueva vida. Ante mí tenía a todos y sentí momentáneamente ese nudo en la garganta, justo antes de que pudieran salir esas lágrimas de mis ojos apenas incontrollables.

— Sabemos de una, que las hormonas le están pasando factura ¿no es así Alexia?

— Toda la razón Dana, últimamente estoy más sensible, por cualquier cosa lloro, pero en esta ocasión... ¿cómo no llorar? Os veo a todos aquí, regalándome estos días para estar con vosotros, teneros enfrente de mí...

— Siempre nos tendrás, de eso que no te quepa ninguna duda, pero pensé que después de ese beso, esa escena de lujuria que nos has regalado con Eduardo, os iríais al dormitorio y nos dejarías aquí solos cenando. — Dijo con una sonrisa en la cara de casi malicia.

— Esta casa Dana, ya conoce como somos los dos, por ahora puedo esperar un poco más, para estar con quien provoca esa incandescencia, espero que tú, esta noche vivas lo mismo...

Nos quedamos las dos cara a cara mirándonos, intentando aguantar la cara de seriedad, pero nos fue imposible y rompimos en una carcajada que dejó a todos los demás un poco sin saber ni que hacer. Lara y Gema, nos miraban como queriendo decir, que ni la una ni la otra teníamos remedio mientras Enzo y Eduardo estaban colorados y con la mirada hacia abajo.

En esa tarde noche, mirando a todos juntos bajo esa casa, intentaba guardar en memoria cada segundo que pasaba, como si fuera mi mente y mis ojos una cámara de fotos o una cámara de video que intentaba guardar cada secuencia dentro de mí. En cada sonrisa que veía, cada reflejo de sus miradas y en las conversaciones de la mesa, ese momento era único y especial.

Mi acusado cansancio de hoy salió reflejado, mostrando esos bostezos casi imparables que emitía a cada segundo, Eduardo se acercó a mí, me regaló un beso en mis labios y en mi oído susurró que ya era hora de que yo y el bebé descansáramos. Tenía toda la razón y mi cuerpo ya no aguantaba nada más. Me despedí de ellos hasta la mañana. Eduardo, había dejado todo preparado en la habitación y parte del salón para que estuvieran cómodos.

Me acompañó hasta el dormitorio y con suma delicadeza me desnudó, me puso el pijama y abrió la cama para después arroparme y volver a regalarme ese beso y ese aliento que daban mi paz interior. De esa forma cerré los ojos, pensando en el día de hoy y en la mañana en Alemania para luego tener la mejor de las sorpresas. Con ese gozo descansó mi mente.

En la mañana, tras despertar al lado de Eduardo, los dos juntos nos levantamos, ya se escuchaban ruidos por la casa, nuestros invitados ya se habían levantado. Comenzaba un día lleno de historias nuevas que contar, hoy entre todos íbamos a decidir, algo más serios, esperaba yo, el nombre de nuestra hija.

En la mesa del salón las chicas preparamos el desayuno para todos, con esos malos pelos de la mañana, intentando volver al mundo de esos sueños de Morfeo. Programando el día entre todos, intentado hacer una visita de lo más principal, pasear por esas calles para que vieran y sintieran no solo el frío que hacía ya en esta época, sino la esencia de esta enigmática ciudad.

Salimos a eso de las 11 de la mañana, todos metidos en el autobús de camino al centro, queríamos llegar a tiempo de ver el cambio de la guardia de uno de los palacios alojados en el centro de esta ciudad. A todas se nos iban los ojos a los jóvenes musculosos con el uniforme de la guardia, entre risas nos susurrábamos, mientras los chicos nos miraban atentos a nuestros movimientos, de seguir a esos apuestos muchachos.

Al terminar, continuamos nuestro paseo y como era ya lo normal, el hambre asomaba por todos los poros de mí ser, por suerte por el centro había una diversidad de lugares para tomar algo y allí, en una avenida nos situamos en un lugar que nos llamó la atención por la cantidad de mamparas que tenía, el lugar era muy grande y estaba repleto de gente con alguna mesa libre. Nos adentramos en aquel lugar a tomar un almuerzo, algo que meter al cuerpo para seguir más tarde. Todos estaban encantados por lo que hasta el momento estaban viendo, los lugares que poseía y la cantidad de movimiento que había. En ese sentido se parecía mucho a Madrid. Continuamos nuestros andares visitando algunas de las iglesias más antiguas, monasterios y barrios llenos de ese encanto que me dejó la primera vez anonadada.

La mañana se nos echó encima, ya era la hora de comer y buscamos un buen restaurante donde servía comida típica de aquí, algo diferente en nuestra

cultura culinaria y fuera de la dieta mediterránea. Un lugar encantador con amplios espacios y una decoración algo renacentista. La comida era muy variada y nos quedamos más que saciados de los diferentes platos que fuimos probando. Ya en los cafés, todos nos centramos e intentamos ponernos algo más serios, había que tomar una decisión, poner el nombre a nuestra hija, bajo una votación de nombres ya algo más normales y no fuera de lo común. La verdad, me pensé que el rato de ese café y sobre esa decisión tan importante, se nos haría más largo, pero para todos, en menos de dos minutos casi las votaciones estaban cerradas, habíamos tomado la decisión unánime en cuanto escuchamos ese nombre en los labios de Jorge. Su nombre llevaría ese significado, el fundamento de todo, el inicio y el comienzo, se llamaría Sofía.

A Eduardo y a mí, nos encantó en el mismo momento que lo escuchamos, esa mirada cómplice entre los dos se cruzó, con nuestra expresión supimos que teníamos ante nosotros el nombre de nuestra hija y saber que todos, absolutamente todos votaron por que fuera ese, de nuestra cara se esbozó esa sonrisa de alegría.

Ya de vuelta a casa, decidí llamar a Katya, quería que viniera a casa a cenar y así presentarle todos mis amigos de Madrid, ella muy gustosa aceptó mi invitación. Y allí, lanzada en el sofá reposé el agotador día que me había dejado las fuerzas algo mermadas. Todas se acercaban a verme, a tocar mi poco abultada tripa, sonriéndome. Querían sentir lo que solo por ahora podía sentir yo, esos pequeños movimientos extraños dentro de mi cuerpo, esa sensación que no era capaz de describir con palabras, pues algo tan bello no podía definirse con las palabras de ningún diccionario.

Sonó el timbre de casa, Eduardo me dijo que no me levantara, que él abría la puerta. Todos estaban expectantes de ver quien era, no les había comentado nada que venía Katya. Eduardo, se presentó con ella en el salón, ahí me levanté y fui haciendo las presentaciones a cada uno de ellos. Katya, no hablaba nada de español, asique entre todos los que manejaban el inglés fuimos traduciendo. Al final de la noche, cuando llegaron esas copas que liberaban nuestros pensamientos y nuestras ocurrencias, me vi a Katya pronunciando algunas palabras que Lara le había enseñado, por cierto no muy usuales, expresiones como “te cagas” y esas palabras de nuestro rico vocabulario castellano.

La velada como todas las que hacíamos, aunque en estas ocasiones mi Martini Rosso tenía que esperar, eran divertidas, llenas de nosotros, nuestras contestaciones y nuestras burradas. En una de esas, solo se les ocurrió a Dana y a Lara mencionar algunos de los detalles de mis comienzos con Eduardo, aunque como todo, tuvo su réplica y recibieron lo suyo y más en esta ocasión Lara, cuando Eduardo mencionó que no hablara mucho, pues ellos dos habían estado juntos en un par de ocasiones. En ese momento como por arte de magia se quedó muda. Como podíamos le íbamos traduciendo a Katya quien no paraba de reírse aunque un poco a destiempo.

Ya entrada la madrugada, todos decidimos despedir a Katya y darnos las buenas noches. Me encontraba en ese momento satisfecha, feliz y entusiasmada de ver que las cosas iban marchando por su propia naturaleza.

En nuestro dormitorio, esperé que Eduardo, ya algo acostumbrado a no tener tantos arrebatos pasionales por mi agotamiento, se desnudara, en ese momento me acerqué por detrás, abrazándolo, tocando su duro pecho mientras le daba besos por su cuello. Mis manos sentían ese calor, la suavidad de su cuerpo, el perfume que desprendía su piel. Se giró, y con un dedo de su mano, levantó mi barbilla para besar mis labios, de esa forma sensual, apoderándose de ellos, lamiéndolos, degustándolos con placer mientras tímidamente nuestras lenguas asomaban para unirse. Ese momento fue como si un huracán pasara por nuestros cuerpos. Me cogió levantando mis piernas para que yo pudiera rodear su cintura, mientras agarraba mis nalgas con fuerza y en un movimiento se adentró en mí, produciéndome ese calor, esa sensación de placer por tenerlo en mi cuerpo. Sus movimientos se hicieron rápidos mientras ambos nos volvíamos locos en nuestra propia locura de amor. Esos momentos en los que esa tormenta de sentimientos se apoderó de los dos, donde siempre dejábamos apartada la cordura para centrarnos en el pecado que ambos cometíamos, hasta que sentimos la llegada repentina del placer supremo.

Tras recuperarnos entre esas risas, en la cama, me situé encima de él, quería galopar, sentirme libre como un jinete con su caballo, navegar entre su cuerpo como un barco, expulsar esa lava abrasadora para quemarlo y deshacerlo en placer. Nuestros movimientos estaban coordinados en la velocidad, en las pausas y en los nuevos arrebatos, hasta lograr juntos el poder del clímax para dejar mi cuerpo rendido encima del suyo, los dos

jadeantes y exhaustos.

Tumbados en la cama, abrazados, mientras volvíamos a la vida terrenal, ninguno de los dos habíamos recordado que no estábamos solos en casa. Los gemidos subidos de tono, los golpes en la pared y ese subidón final en gritos, de seguro, que se habían escuchado en toda la casa. Mañana a primera hora tendríamos algún comentario subido de tono, de seguro, de Dana, al que estábamos más que acostumbrados.

Ninguno de los dos nos equivocábamos, mientras desayunábamos entre pocas palabras, las miradas lo decían todo cuando se dirigían a nosotros. Alguna risa en bajo tono desvelaba lo que ayer habían escuchado. Ninguno por el momento hablaba sobre el tema, pero Dana, que estaba situada a mi lado, no me quitaba vista con esa sonrisa que ella tenía de pícaro.

— Anoche todos bien ¿no? — Dijo Dana ya mirando hacia abajo con una sonrisa pronunciada.

— Yo al menos descansé muy bien en el sofá de casa, cuando se terminaron esos ruidos que había anoche en la casa. — Le siguió Lara.

— Vale chicas, lo sé, sé que nos escuchasteis anoche, no creo que sea para tanto ¿no?

— Alexia y Eduardo, sabemos todos de vuestros lugares, de la insinuidad de los dos, ese arrebató pasional que os da, pero ayer... ayer por primera vez y creo que hablo en nombre de todos, creo que... escucharos, como dos animales en celo, fue demasiado para nosotros. Sois dos enfermos del sexo, los dos. — Dijo ya Dana muerta de la risa.

Las carcajadas se debieron de escuchar en toda la urbanización, Eduardo y yo nos ruborizamos por completo ante la vergüenza, ya nos había pasado de todo, sabían cada vez que alguno de nosotros sufría calentones sexuales, alguno nos había pillado directamente en pleno acto y ahora ya todos nos habían escuchado bajo el silencio de la noche. Creo que ahora entendía porque ya llevaba tiempo aquí y ninguno de mis vecinos se había presentado, quizá en persona para saludarme o darme la bienvenida, quizá nos habían podido escuchar en todo el barrio nuestros momentos pasionales a cualquier hora del día, ese frenesí incontrolado de puro deseo que teníamos que desfogar.

El momento de las despedidas llegó, ellos regresaban a sus vidas en Madrid, y nosotros continuábamos la nuestra. Agradecí a todos el poder verlos nuevamente y más en la ciudad y en el país que ahora vivíamos los dos y pronto los tres. Con una despedida emotiva en ese pequeño aeropuerto que se había convertido, casi en mi segunda casa, de la cantidad de veces que había estado en él.

Los dos bajo un silencio casi abrumador de tranquilidad regresamos a casa, colocamos todo lo que había quedado pendiente por hacer y sentados en el sofá, los dos relajados estuvimos recordando estos dos días intensos con los que considerábamos nuestra segunda familia. Eduardo tras escuchar esas palabras de familia, comentó que al próximo fin de semana si todo iba bien, podríamos ir a visitar a sus padres, a pesar de que mantenía relativo contacto con ellos, aún no les había contado la buena nueva, solo sabían que estaba con una chica más joven con él, una mujer que le había conseguido poner en el camino hacia una relación, que había puesto su vida del revés, haciéndole cambiar por completo su manera de ver la vida en el amor. Yo me moría por curiosidad por ver cómo eran sus padres, a quién de ellos había salido, en físico, carácter y en todo.

En la semana que entraba, tuve un control más sobre el embarazo y a escondidas sobre lo que ocultaba a todos. Por ahora, el embarazo iba a la perfección y el resto controlado a la espera de unas últimas pruebas que me pidió el doctor. Cada sesión en la que los dos íbamos juntos, nos quedábamos embelesados escuchando el latido de nuestra pequeña, tan veloz y fuerte, era como escuchar la mejor melodía compuesta por un loco músico.

El proyecto en el trabajo marchaba casi solo, la sucesión del buen trabajo se notaba y bajo la supervisión de los altos directivos íbamos engranando todo. Calculábamos que el proyecto estaría terminado justo para el lanzamiento en navidades, el spot sería emitido en todas las televisiones a nivel mundial bajo nuestro sello y bajo mi dirección. Era mi segundo proyecto que marcaría muchos puntos a favor en mi carrera.

En esa semana, quedamos en dos ocasiones en esa cafetería entre callejuelas de esta capital, con Katya y su novio, habíamos hecho un grupo de cuatro personas para disfrutar de las tardes frías de este otoño. Ella y yo cada día nos uníamos un poco más, le encantó el poder conocer a mis amigos y

compartir esa cena entre todos e incluso aprender unas cuantas palabras sueltas en español, que Lara le había enseñado entre copa y copa. A cada encuentro nos íbamos conociendo un poco más y la consideraba con una más de mi grupo de amistades y casi familia.

## Capítulo 11

Comenzábamos el fin de semana viajando a Madrid, para la esperada cita con los padres de Eduardo, por fin conocer la corta familia de él, iba a ser presentada oficialmente ante sus padres y de alguna forma me llenaba por dentro. Él se encontraba entusiasmado con la idea de decirles a sus padres la gran noticia y por fin presentarles esa persona de la que ya les había hablado. Organizábamos nuestros días allí no solo con visitas familiares sino con los amigos.

A la llegada recogimos un coche de alquiler para no estar molestando a nadie a nuestra llegada, o en la necesidad de desplazamientos que necesitaríamos. Eduardo había dejado aparcado su coche en la cochera, pero andaba rondándole en la cabeza el venderlo y usar ese dinero para comprar todo lo necesario a nuestra hija.

A eso de las ocho de la tarde llegamos a la casa de Madrid, todo seguía como antes, aunque el mobiliario estaba tapado con sábanas blancas. Los chicos aparecían un par de veces por semana para verificar que estaba todo bien. Entre los dos, destapamos aquel sofá que fue testigo de nuestra pasión, destapamos esa mesa que tembló como lo hicieron nuestros cuerpos en ella. Toda la casa era un fiel reclamo desde que comenzamos nuestras locuras y a la perdición por completo de nuestra razón, aquella que sin querer perdimos los dos juntos. Esa entrada de casa y ese cristal que cada vez que lo veíamos, de nuestra cara esbozaba esa sonrisa pícara, por lo que sucedió a la alta tensión que nuestros cuerpos manaban y a ese calor abrasador de nuestros volcanes.

Ambos nos dimos una relajada ducha, una ducha placentera donde nuestros cuerpos se perdieron entre las caricias, entre esos ritmos lentos y pausados de amor y de cariño. Habíamos quedado a las diez de la noche a cenar con todos y si las fuerzas continuaban regresaríamos a nuestra discoteca, donde todos fuimos la primera vez para formar la unión que hasta

hoy teníamos. El lugar fue elegido por Lara, ella siempre era la que organizaba todo, los restaurantes, nuestras salidas, era única organizando todo en menos de lo que nos dábamos cuenta.

En la entrada, ya estábamos todos, a excepción de Lara. A lo lejos pude ver algo difuminado, por no llevar las gafas, a lo que era la silueta de ella acompañada por alguien. Todos estábamos expectantes de quien podría tratarse, nos había mantenido a todos en estas semanas inquietos, por aquella persona que estaba conociendo y no nos había presentado aún. Me imaginaba que se iba a tratar de esa persona, que inusualmente estaba durando más de lo normal con ella. Poco a poco se acercaron, iban agarrados de la mano, se le veía un hombre alto y con una complexión física buena, con barba refinada y arreglada, moreno de pelo y de ojos, y a decir verdad bastante atractivo. Al acercarse, por fin Lara nos presentó a su pareja oficial, Ángel, así se llamaba su misteriosa pareja.

Tras perder la poca vergüenza que nos quedaba a todos y dejar algo anonadado a Ángel, la cena fue estupenda. Eduardo debajo de la mesa no hacía otra cosa, que levantarme ligeramente la falda con su mano e intentar llegar a la fuente del deseo. Yo lo miraba, con esa mirada asesina para que se estuviera quieto. Él por el contrario, soltaba esa sonrisa de medio lado, de niño malo para seguir a lo suyo y volverme loca al sentir el calor de sus manos por mis piernas. Pensé que había sido mala elección ponerme ese vestido y ahora estaba pagando el poder de la excitación y el control de tenerlo sometido a mi cuerpo. Las chicas ya me miraban con cara extraña, ellas no iban a tardar en ver y notar ese calor que ya iba aumentando en mi cuerpo. Esto solo había una forma de pararlo, pero no quería volver a repetir el meternos en el baño y jugarnos el ser pillados.

Eduardo era implacable, mientras él disimulaba haciendo como que se estaba enterando de la conversación de al lado. Me levanté de la mesa, tocando ligeramente mi pequeña tripa y me excusé para ir al baño. Eduardo se fue a levantar cuando Dana le dijo que ya me acompañaba ella al baño. Me agarró del brazo mientras caminábamos y mi cabeza no quitaba vista de la mirada de Eduardo. Esta vez el plan le había salido mal. Ya en el servicio, refresqué mi cara, empezaba a tener esos calores febriles de la excitación, Dana me tocó el brazo.

— ¡No puede ser Alexia! ¡No me lo creo!

— ¿Qué pasa Dana?

— No te hagas la tonta conmigo, conozco perfectamente esos calores ¿qué estáis haciendo? ¿Cómo puede ser tanto nivel de excitación entre los dos? De verdad suponía que ya esos juegos los habías dejado, después de saber que ibais a ser padres. — Claro, ahora entiendo por qué Eduardo quería levantarse, pensabais hacer lo mismo ¿no?

— Dana, por dios no quiero hacerlo aquí, no quiero correr el riesgo de que nos pillen, pero me está volviendo loca, estoy que no me aguanto más, creo que ponerme vestido fue una elección poco correcta.

— Dudo que solo sea el vestido, la anterior vez llevabas pantalón y bien que te las apañaste para bajártelo y terminar follando en el baño. Vete tú a saber cuándo concebisteis a mi sobrina, creo que estas historias las suprimiré cuando estemos las dos a solas en un futuro y pregunte vuestra hija sobre vosotros.

— Santo cielo Dana, tampoco somos unos pervertidos, simplemente... no sé, desde que nos conocemos somos así los dos y me temo que esto no tiene solución. Solo quiero un lugar para desfogarme y no correr el riesgo de ser pillada, tan solo necesitamos eso.

Después de que Dana se quedara callada, que eso en ella era poco inusual, arrancó diciendo que se le había ocurrido algo, antes de que termináramos con las copas y nos fuéramos a la discoteca. Su plan no sonaba nada mal, pero me daba algo de reparo, a lo que me contestó que no me hiciera la remilgada, que lo había hecho en lugares mucho menos íntimos y extraños, me estaba ofreciendo su casa que estaba a tan solo diez minutos.

Nos dirigimos a la mesa, muy disimulada, algo que no iba mucho con ella, logró darme las llaves de su casa y soltar una verborrea creíble para todos por mi estado de embarazo el ir a su casa. Después todos nos veríamos en la entrada en más o menos media hora. Me estaba dando esos treinta minutos para que Eduardo y yo estuviéramos a solas y nos quemáramos los dos.

Él no sabía ni de lo que estaba hablando Dana, pero se levantó y me siguió la corriente. Salimos a la calle y agarrados de la mano, mientras me robaba esos besos y me daba ligeramente en el trasero, nos dirigimos a casa de Enzo

y Dana. En la entrada de casa ya casi estábamos los dos descontrolados, y allí en el salón de casa, dejamos nuestros cuerpos desnudos, jadeantes en una respiración entrecortada a toda la pasión de un enajenamiento. Besando cada rincón conocido de nuestra anatomía, buscando nuestros labios y nuestras lenguas cortejándose, mientras nuestras manos viajaban por aquellos lugares del placer. En el sofá desplegamos toda aquella emoción de amarnos con demencia, logrando así una perfecta alineación de nuestros cuerpos, un enloquecimiento en nuestros movimientos, el desvarío de dos almas abandonadas al pecado capital de la lujuria, dejando tras de sí la estela, de un acto arrebatador y exaltación de las debilidades de la carne.

Cumplimos con lo pactado con Dana y solo disfrutamos de esa media hora entre los dos. Llegamos a la entrada de la discoteca a la hora acordada. Ya se encontraban todos y las miradas de Dana eran únicas. Las chicas me captaron del brazo para adentrarnos en la discoteca, entre risas y gritos como siempre ese rincón para nosotras. Allí, en voces altas, ninguna se había creído lo de ir a descansar a casa de Enzo y Dana, nos habían estado observando en toda la cena, esa mano de Eduardo que nunca aparecía en la mesa y esos colores que subían por mis pechos, manando ese calor que no podía disimular con nada. Allí mismo ya que el plan había sido descubierto, en esta ocasión sin que la boca de Dana dijera nada, le di las llaves de su apartamento. Sonreí ante ellas, no podía negar la evidencia de lo que había pasado y todas ellas me conocían a la perfección.

Los chicos pidieron nuestras bebidas, la verdad, me hubiera encantado tomarme ese Martini Rosso de siempre, pero opté por un coctel sin alcohol. Al rato salimos todas a bailar la música actual que el Dj había puesto, temas actuales donde dar rienda suelta a nuestros cuerpos, levantar esos brazos y mover esas caderas. En la pista a gritos le preguntábamos a Lara por su nueva pareja, cada pregunta que íbamos haciendo iba subiendo de tono, hasta llegar al asunto cama. Lara se sonrojó, lo cual me extrañó, ella siempre había hablado con mucha naturalidad del sexo, indagamos un poco más y logramos entender entre todas que no solo hablábamos de sexo, sino de amor y ahí era donde Lara se avergonzaba al hablar. Estaba locamente enamorada de ese chico, por primera vez tenía miedo a perder a alguien, no era solo un juego de unas noches, un títere de usar y tirar, en esta ocasión sentía el amor en sus propias carnes. Todas nos abrazamos mientras no parábamos de dar botes

bailando y celebrando la gran noticia de que el amor había abierto los ojos de Lara.

Mi cansancio iba en aumento y me retiré a sentarme en ese sofá que ya a gritos, desde la barra, me estaba llamando. Disimuladamente, mientras dejaba a todas las locas bailando desenfrenadamente en la pista de baile, me acomodé allí. Los chicos andaban en la barra brindando por algo, últimamente eran muchas las celebraciones y los acontecimientos que sucedían en todas nuestras vidas y algunos más que faltaban por venir que podría ver con mis propios ojos.

Mientras estaba enfrascada en mis pensamientos, a la vez tocaba mi tripa, allí estaba toda la razón de mi existir y de mis fuerzas. Ese regalo de un amor que había rozado la demencia y que lo seguía haciendo tan fuerte, como la primera vez en la que mi mirada se cruzó con la suya.

— ¿Estás bien? — Dijo Dana abrazándome.

— Claro que sí, andaba perdida en mis sentimientos, en todo lo que estamos viviendo desde que nos conocemos. No hace mucho ¿Verdad?

— Es cierto Alexia, no podemos hablar de que todos llevemos juntos mucho tiempo, pero créeme que hemos sabido estirarlo.

— Tiro mi mente a los recuerdos y parece que llevábamos desde la infancia juntos, mi vida desde que os conozco no es la misma y lo sabes. Son muchos los cambios que he tenido, quizá algo drásticos pero mírame ahora Dana, embarazada del hombre de mi vida, tú, a punto de casarte con Enzo, Gema y mi hermano viviendo juntos, Javi y Alicia cada día mejor y Lara... nuestra recién enamorada.

— La verdad es que tienes toda la razón, es todo tan reciente y a su vez parece tan lejano. Nos esperan buenos momentos a todos, supongo que estamos en una época en la que la vida nos sonrío y hemos de vivirla así. — Al final Alexia me vas a tener que dar la razón en una cosa.

— ¿En qué?

— Nadie sigue el trabajo de una persona si no busca nada a cambio.

Me quedé mirándola fijamente con una sonrisa en la boca, justamente esas palabras que me dijo cuando conocí a Eduardo, antes de que pusiera mi vida del revés. Tenía toda la razón y se la di con la mano en el corazón, él quería

algo a cambio, me quería a mí y me consiguió.

Eduardo se acercó a nosotras, besó mis labios con delicadeza mientras posaba su mano en mi tripa, ese cariño hacia las dos, esa protección a cada segundo que pasaba a mi lado. Dana nos miraba con admiración y con ternura, la sonreí y pedí al cielo que no abriera su boca, no quería que rompiera este momento en el que nuestras miradas lo estaban diciendo todo. Cuando de repente pronunció unas palabras.

— Gracias, gracias por regalarme todos los momentos que hemos vivido.

Se levantó con la voz temblorosa y se marchó a la barra donde se encontraba Enzo. Nos dejó a los dos anonadados por sus palabras. Quizá pensábamos que iría a soltar alguna de sus lindezas, pero nos dejó boquiabiertos con esa frase que había dicho que le quebró la voz. Eduardo me abrazó, me encontraba parada, pensativa cuando comencé a llorar, no de dolor ni de alegría, sino de la emoción de escuchar de ella esas palabras.

La noche se dio por concluida para todos, justo en la entrada cada uno de nosotros se dirigió a su casa. Yo iba apoyada en el brazo de él, dejando reposado algo del peso de mi cuerpo en el suyo, apoyando casi la cabeza en su hombro hasta llegar a casa. Allí los dos bajo las mismas sábanas, nos dimos esos besos y esas caricias que quizá en otra ocasión, hubieran pasado a ser nuestro mayor momento de perder la cordura y apoderarse de nosotros la demencia, pero mi cuerpo no me respondió y cerró los ojos envolviéndome en el perfume de su piel y su cuerpo desnudo.

El sol entraba por la ventana de nuestro dormitorio, los dos acurrucados abrimos los ojos a la vez, un nuevo día se abría ante nosotros, o más bien pasado medio día. Eduardo miró el reloj y los dos en esta ocasión habíamos sido muy perezosos.

Hoy habíamos quedado a comer en la casa de los padres de él, al pensarlo vinieron a mí esos nervios, verían a una chica diez años más joven que su hijo, quizá pudieran pensar que solo era una cría que había vuelto loco a su hijo. Eduardo me calmaba mientras nos arreglábamos. En un principio me había puesto un vestido, pero Eduardo me vio demasiado arreglada, se trataba de algo muy informal y tenía que ser lo más natural, tenía que ser simplemente yo, de quien él, se había enamorado. Opté por ponerme por primera vez esos pantalones vaqueros para embarazadas, aquellos que tenían

un forro adherible que se extendía completamente hasta por debajo de mis pechos. Una camisa azul marino y una chaqueta fina de lana azul marino. Él, optó por ponerse unos pantalones chinos azul oscuro y una camisa color granate. Ya en la entrada, los dos frente a ese espejo del deseo nos besamos y a la vez suspiramos.

Cogimos el coche y nos adentramos por las calles de Madrid, salimos dirección A Coruña, y a unos veinte minutos llegamos a las afueras. En una urbanización llena de casas particulares, callejeó un poco hasta por fin pararse en una. Bajé del coche y miré la entrada, una puerta de madera algo moderna, rodeada de arbusto, que impedían que viera el interior. Eduardo llamó al portero y una voz dulce se puso al telefonillo. La puerta se abrió y nos adentramos. Toda una entrada de césped y flores rodeaban una senda de piedras y al fondo una flamante casa de tres plantas construida entre madera y piedra. Justo cuando avanzábamos de la mano, ambos callados, salieron sus padres de la casa a recibirnos.

Estaban allí esperándonos los dos sonrientes, su madre, jamás me la hubiera imaginado así: rubia, ojos color cielo, una piel blanca con algunas pecas en su cara. Su padre, la verdad, veía mucho parecido con Eduardo: moreno, la tez de la piel oscura y esos ojos, esos mismos que tenía él.

Eduardo hizo las presentaciones y ellos encantados me dieron dos besos, comentaban que ya era hora de que su hijo, les presentara a esa persona que tenía tan escondida, que tanto le había hecho cambiar, los dos nos miramos y sonreímos.

Entramos en la casa, un espacio abierto con una exquisita decoración pero ningún estilo definido. Pasamos al salón, ese lugar que me pareció acogedor, con una chimenea de piedra, acompañada con una decoración algo más vanguardista. Tomamos asiento mientras la madre de Eduardo, María, nos trajo algo de beber y un pequeño entrante que ella misma dijo haber realizado. Santiago, el padre de Eduardo, comenzó a preguntarme por mi trabajo, cómo iba el proyecto publicitario en el que andaba trabajando, ahí me explayé, me sentí cómoda y tenía la sensación de que todo lo que le estaba contando le interesaba de una manera excepcional. Cuando terminé de contar todo, Eduardo me confesó que su padre había trabajado toda su vida en marketing y diseño gráfico. A fecha de hoy ya se había jubilado.

Llegó el turno de preguntas de la madre, a ella le interesaba saber nuestra historia, ya que su hijo poco les había contado de nuestro comienzo, no era mucho de hablar con sus padres de sus relaciones y menos de sus sentimientos. Los dos nos sonreímos, la verdad, no podíamos contar que tras una propuesta sexual de toda una noche de follar, quisimos mucho más, que nos apareáramos por cada rincón que podíamos o quizá aparecía nuestro famoso 410. Eduardo también estaba expectante de cómo iba a comenzar la historia y la verdad que no me quedó nada mal. Una bella historia de conocernos en ese viaje, en la oficina y en las quedadas que hacíamos en grupo, un cúmulo de circunstancias hizo que los dos poco a poco, y sin apenas darnos cuenta nos enamoráramos.

A María se le veía entusiasmada y eso a mí me relajó. Veía a sus padres amables y agradables, hablamos de diferentes temas, parecían muy cultos y me sentí cómoda entre ellos. En la mesa, mientras comimos hubo muchas risas, sobre todo, cuando su madre narraba alguna aventura de su niñez, él tenía razón con lo que me contó en ese primer momento, en el que los dos nos quedamos solos en ese bar del hotel en Sofía, había sido un niño travieso y lo más seguro que a sus padres se les hubiera quitado las ganas de tener más como él.

Ya en el postre, Eduardo hablando de como vivíamos en Sofía, de nuestros planes y hablando un poco del futuro soltó, como si nada, que iban a ser abuelos, su padre, casi se atraganta con el café y su madre se quedó completamente parada, hasta que soltó un grito de alegría y comenzó a llorar. Los dos se levantaron de la mesa y me cogieron para abrazarme y regalarme besos. A la vez María, al verme algo más detenida se percató que ya se me notaba, cogí su mano y la acerqué a mi tripa.

— María, esta es tu nieta, Sofía que nacerá en Junio.

— Querida, no sabes lo feliz que me hacéis los dos, una nieta. —  
Santiago, una niña...

— Hijo, hoy era un gran día tan solo por veros a los dos juntos, ver la persona que has elegido, por cierto, muy buena elección, pero la noticia de que nos vayáis a dar una nieta, eso... eso no tiene palabras.

Ese momento en el que todos estábamos implados, por los ojos de María resbalaban aún esas lágrimas al igual que por los míos, y ellos dos casi ni

apenas podían hablar del nudo que se les había formado en la garganta. Continuamos nuestra velada en el sofá del salón, donde pudieron ver esas fotos de su nieta y escuchar ese video de los latidos llenos de vida.

Suplicaron casi de rodillas que nos quedáramos a cenar, querían aprovechar a estar con nosotros, conocerme más y saber de nuestra vida y proyecto. Nos quedamos y no por obligación, me sentía extremadamente relajada entre ellos y con su madre hice enseguida buenas migas. Él me regalaba esos castos besos que en pocas ocasiones nos dábamos, pero que estaban llenos de amor y pasión que revelaban nuestro sentimiento.

Al finalizar la cena, después de que su madre me diera mil y un besos, después de que me apuntara su teléfono en mi móvil para enviarme todas las fotos y tener noticias más a menudo, nos despedimos, no sin antes, recibir un regalo de ellos. Nos entregaron un sobre, era un regalo para los tres, lo abrí y era un cheque por valor de treinta mil euros, miré a Eduardo y ambos casi a la vez dijimos que no podíamos aceptar esa cantidad de dinero, ellos se negaron a que devolviéramos el cheque y no aceptaban un no por respuesta. Ante la insistencia de los dos, lo cogimos y prometimos seguir un contacto continuo.

En el camino, Eduardo iba comentando que les había encantado a sus padres. Le hice saber que era algo mutuo, eran los dos encantadores y muy agradables y ahora sabía un poco más de él, de lo que había sacado de cada uno de ellos. Quizá nuestra hija pudiera sacar esos ojos color cielo de su abuela, o quizá el color de mis ojos o los de su padre, la genética tenía para elegir el tono.

A nuestra llegada preparé un baño de sales de frutas e invité a Eduardo a disfrutar juntos ese relajado momento, él se metió primero y después lo hice yo apoyando mi cabeza en su pecho, mientras cubría de espuma mi cuerpo. Sentirme protegida y amada en sus brazos era una de las sensaciones que más me encantaban junto a él. Dos cuerpos desnudos, sus manos en mi tripa regalándome besos por mi cuello que poco a poco hicieron que entrara esa incandescencia y pérdida de conciencia, quería sentirlo, que los dos cuerpos formáramos uno, bajo esas aguas, bajo ese mar que se embraveció ante nuestros impulsos, entre esos besos y caricias nos adueñamos de nuestra completa existencia, para desbocar la pasión tras la vibración de nuestra alma y nuestro ser, con la sacudida al derramar cada aliento en ese trance de

pasión.

No me había saciado de él, quería aún mucho más, bajo las sábanas degusté cada parte de él, mi lengua abrasaba cada parte de su cuerpo hasta que su miembro con el tacto de ella, con el fervor y el enloquecimiento se rindió ante mí, dejé su cuerpo en el abismo del clímax. Nuestras miradas se cruzaron, esas que poseían la fuerza, la alianza y el juego en el que él y yo retozábamos. Sus manos se adueñaron de mi desnudez, sus labios probaban el sabor de mi piel, aquello me producía jadeos imposibles de callar bajo las sábanas, mi cuerpo se retorció al sentir el calor de su lengua bajar por mi ombligo, repasar esa víbora entre mis piernas para degustar el manjar de mi excitación. Consumió cada aliento mío, bebió de esa fuente de deseo para rozar las alturas de la lujuria y perder el razonamiento, el tiempo y el espacio donde me encontraba.

— Sabes que me vuelves loco Alexia, manas e irradias esa sensualidad que me supera cada día mucho más. Te llevo en mi pensamiento, en mi cuerpo, en todo Alexia, tu perfume y tu piel hacen que pierda el control.

— Perdemos ambos el control desde que nos conocemos, desde que pronunciaste esas palabras para que pasáramos esa noche juntos y desde entonces, ha sido una completa demencia y un desequilibrio que hizo tambalear toda mi vida Eduardo, me hiciste descubrir quién era yo realmente y esa faceta de mí que desconocía.

— Pues la descubriría una y mil veces más si hiciera falta Alexia, eres mi diosa cuando hacemos el amor.

Bajo esas palabras en el recuerdo sucumbimos al sueño para despertarnos temprano, nos vestimos y preparamos la maleta, habíamos quedado con todos a desayunar para despedirnos hasta el próximo encuentro. Abajo de casa, en la esquina, había una cafetería donde servían desayunos muy tradicionales, como chocolate con churros, y allí, nos encontrábamos todos: Gema, Jorge, Enzo, Dana, Alicia, Javier, Lara, Ángel, Eduardo y yo. Todos en un par de mesas sentados disfrutando de ese chocolate y esos churros que estaban dejando por nuestras bocas esos berretes y que provocaban esas risas tan tontas, que parecía que nos encontrábamos en plena adolescencia.

Tras las despedidas cada vez algo más duras, nos dirigimos al aeropuerto,

volvíamos a nuestra casa a lo que nosotros teníamos como la normalidad. Tras esas pocas horas de vuelo llegamos a nuestro hogar, al entrar ya olía a nosotros, a esa esencia mezclada de nuestros cuerpos. Eduardo me dijo que me relajara, estos dos días habían sido algo ajetreados y quería que me relajara para mañana comenzar una nueva semana.

En el sofá, mandé señales a todos para decirles que ya estábamos en casa, cada vez eran más los mensajes, mi padre, los padres de Eduardo y a todos los amigos incluyendo a Katya, quien se alegraba de que estuviéramos en Sofía.

Y sumidos en esa paz que teníamos en nuestro hogar, cenamos y nos adentramos bajo nuestras sábanas, siempre esos dos cuerpos desnudos, despojados de toda ropa, necesitados en caricias y acariciándonos esa tez de nuestros cuerpos. Cada noche me dejaba envolver por su perfume, por sus brazos musculosos y pegada a su pecho escuchaba su corazón, el que se aceleraba sin control cada vez que nuestra mirada se cruzaba, para ir por los caminos del pecado.

## Capítulo 12

Esa semana comenzó con gran fuerza por todo mí ser, mi ánimo se encontraba en un punto álgido, al ver como nuestra hija iba creciendo dentro de mí. En el trabajo cada vez me sentía más cómoda y tanto los jefes como mis compañeros lo ponían muy fácil.

Todos inmersos en ese proyecto, con todas nuestras fuerzas e ilusiones puestas en él. Ultimando los últimos retoques en video y fotografía para finalmente asignar esa canción, esa melodía impactante que hiciera que te giraras para ver de qué anuncio se estaba tratando. La canción la encargamos a un grupo especialista en creación de música para anuncios, las referencias que obtuve de ellos eran las mejores, incluso habían llegado a componer algunas bandas sonoras de películas, que quizá todos habíamos visto alguna vez en el cine o en casa. Habían creado una melodía que su impacto había causado a la junta directiva la intriga de quienes lo habían compuesto.

La semana avanzó rápido hasta por fin poder llegar al viernes, donde podríamos los dos perdernos por algún rincón de este país. A mi llegada a

casa Eduardo me estaba esperando en la entrada, tras regalarme esos besos que me quitaban el sentido cada día algo más, me dijo que cerrara los ojos, tenía una sorpresa para mí. Se puso detrás y agarrada de la cintura fui conducida a una de las habitaciones de casa. Allí escuché como abría la puerta, me adentró un poco más y pronunció sus palabras para que abriera los ojos. Ante ellos se hizo algo hermoso, de lo más bello que nunca había visto, una cuna rosa completamente vestida y adornada, el cambiador haciendo juego con los mismos dibujos que la cuna en colores rosáceos, cortinas, alfombra... estaba todo, no faltaba ningún detalle en ella, todo lo que podríamos utilizar a la llegada de Sofia.

— ¿Qué te parece Alexia? ¿Te gusta?

— Eduardo, es preciosa la habitación, he de reconocer que tienes un gusto exquisito, es simplemente perfecta.

— Destiné algo de dinero que nos dieron mis padres a comprar esta habitación, paseando por la zona comercial en las mañanas, un día lo vi y no podía quitármelo de la cabeza.

— Sin duda amor, es la habitación más bonita de toda la casa, has acertado hasta en la idea que tenía yo en la mente.

— Corre, siéntate en la butaca, quiero que cuando des el pecho a nuestra hija o le demos el biberón estés cómoda.

Me senté en ese sofá color crema, con una manta apoyada en los brazos a juego con el edredón de la cuna, y allí, por mis ojos cayeron mil lágrimas, él se acercó a mí y con su dedo las limpió a la vez que me dio un beso en mis labios. Lloraba no sólo de la emoción, sino de lo que estaba ocultando, aquello que de mi mente expulsaba todo el día.

Tras esos largos minutos mirando cada detalle de la habitación, los dos juntos en la cocina preparamos o intentamos preparar una ensalada para cenar. Era complicado tenerlo a mi lado y más cuando se situaba tras de mí, solo sentía su aliento en mi nuca mientras intentaba ayudar a cortar un poco de zanahoria. Sentirlo tan cerca y juguetón despertó en mí el desenfreno, me escapé de él y mirándolo a los ojos desabroché los botones de mi camisa, justo hasta la altura en la que se me veían mis pechos, encendí el grifo del agua y mojé mi cuerpo descubierto mientras me mordía el labio inferior de mi boca. Le di la espalda, y me enfrasqué en preparar en la encimera dos

cuencos para la ensalada, cuando lo sentí por detrás. Ese aliento se había convertido en fuego, se pegó aún más a mí para sentir la excitación que ya poseía, su miembro clavado en mi trasero reclamaban la propiedad de mi cuerpo. Se adueñó por completo de él. En ese arrebató de pasión me giró y retiró de un plumazo los cuencos, tirándolos al suelo, y allí, encima de la encimera de casa, me quitó la ropa que llevaba para poseerme e investirme con fuerza, un juego abrasador y enfermizo que nos hizo perder el juicio y la sensatez hasta unos niveles peligrosos, llegando a rozar el abismo de la vida y de nuestros cuerpos fundidos en ese estado semi-inconsciente.

El sábado por la mañana decidimos los dos madrugar para adentrarnos en los parajes de este país, salimos de la frontera de Bulgaria para llegar a Macedonia. Le habían hablado en alguna ocasión a Eduardo de un pequeño monasterio perdido entre los amplios bosques de esta región. Tras llevar viajando largos minutos por esas carreteras pequeñas y rodeadas por la magnitud de los árboles, de esa naturaleza que tanto me gustaba, por la que siempre me ponía en contacto y cerraba los ojos para dejar que entrase ese aire limpio en mis pulmones. Bajé la ventanilla del coche siendo consciente que el frío que entraría dejaría destemplado mi cuerpo. Asomé tímidamente la cara, para que fuera acariciada por la frescura de ese aire casi glacial.

Ante nosotros se hizo ese monasterio entre los pinos de los frondosos bosques, una maravilla a los ojos, entre esos bosques rodeada de esos colores verdes, marrones y grisáceos de casi la entrada al invierno. Un lugar para el culto y el retiro de buscarse a uno mismo.

Bajamos por un camino de piedra, y justo en las paredes de la ladera caía agua, formando pequeñas cascadas de lágrimas de esas montañas. Nos adentramos dentro del monasterio y admiramos ante nosotros esos frescos en las paredes, esos arcos y la amplitud. Los monasterios ortodoxos de Rila y Rozhen, ubicados en enclaves magníficos bajo las laderas de unos Balcanes. Acostumbrados a la sobriedad de los monasterios medievales de España, el monasterio de Rila nos dejó impresionados por sus colores y rincones adornados de fuentes y parras. La gente encendía velas, y con una mirada casi mística fijada en los iconos de la Virgen y los Apóstoles, las clavaban en unas bandejas con arena para la ocasión, mientras murmuraban sus clemencias. Esas mismas velas que financiaban el monasterio, o eso entendimos del señor que nos las vendió, quizá también eran las causantes de que ennegrecieran los

coloridos frescos medievales.

Agarrados de la mano, observábamos cada detalle, Eduardo en ese momento quiso captar esa esencia bajo el foco de su cámara. No solo a los frescos, sino a mi persona, a esa mirada perdida en la infinitud de la belleza que mis ojos recogían y mi alma sentía. Disponía en la entrada un pequeño museo y una tienda de recuerdos, aproveché ese momento para adquirir algunas monedas y billetes de aquel lugar.

Después antes de irnos, de la mano de Eduardo cogimos unas velas, las encendimos y las colocamos clavadas sobre esa fina arena color beige, la súplica en el silencio, en mi interior pedía por Sofia, porque esos miedos que se apoderaban de mí cuando perdía el control de mi mente desaparecieran. Pedía clemencia y suplicaba por que todo saliera bien, porque Eduardo entendiera el silencio de lo que mi alma callaba en esos momentos, ese secreto guardado y oculto.

Cuando terminé Eduardo me miraba fijamente, esos ojos oscuros que desnudaban mi ser y lograban apoderarse de hasta mi identidad.

— ¿Estás bien cariño?

— Si, tan sólo realizaba mis rezos.

— Saldrá todo bien Alexia, me tienes aquí para todo, seré tu respaldo, seré tu pierna cuando sientas que te falle, quiero ser un todo a tu lado.

Me acurruqué en él buscando su calor, su esencia, la que me proporcionaba esa tranquilidad de saber que los dos formábamos uno y dentro de poco tres. De esa forma salimos de allí, paseando un poco por esa senda de piedra hasta que nos llevó a un camino cortado, una ruta salvaje que si no hubiera estado en mi estado de embarazo nos hubiéramos adentrado sin problemas.

Tras coger el coche, nos pusimos rumbo hacia Melnik, era un excelente pueblo para probar la gastronomía búlgara constituida por parrilladas de carne y sopas de todas las clases. Allí en uno de los restaurantes o más bien parecido a una tasca, hicimos el alto para la comida. Tras hacer un pequeño paseo por esas calles empedradas, esos callejones enigmáticos, continuamos hasta Plovdiv.

Allí caminamos algo más hasta lograr llegar al estadio romano. Su estado

de conservación era muy bueno y las fotografías que Eduardo iba haciendo eran espectaculares. Se nos había hecho la hora de la merienda y era un pecado abandonar esa ciudad dentro de Bulgaria sin probar un burek, era algo así como una ensaimada rellena de queso o carne, podías elegir varias opciones. Y es que, si hay algo que haya unido a todos los países balcánicos es este plato, el que tradicionalmente se come en la calle acompañado de un yogur agrio. Ahí estábamos nosotros, sentados enfrente de ese teatro como dos verdaderos búlgaros o más bien como dos guiris de visita. Porque no había nada más curioso en los viajes, que rodearse de la gente del lugar y mezclarse con ellos.

Continuamos la ruta para conocer el Buzludzha, una de las edificaciones comunistas más impresionantes en su historia, en lo alto del pico Buzludzha con unos 1441 metros. Su torre de 70 metros con la estrella roja y su estilo en forma de platillo volante dejan boquiabierto a cualquiera. El cielo se encontraba gris y algo amenazante le daba todavía más un aire tenebroso a aquel lugar.

Por hoy, habíamos terminado nuestra ruta de conocer más este país en el que vivíamos. Eduardo había visto el cansancio en mi mirada y toda la razón tenía. Cuando regresábamos me quedé apoyada en el lateral y rendida de todos los paseos, cerré mis ojos para encontrarme con él en los sueños.

Con sumo cuidado, para no asustarme, me despertó a la llegada a casa, ya en la cochera me ayudó con su mano a salir del coche en lo que yo me iba despertando un poco. Aún algo somnolienta sentada en el sofá, Eduardo preparó una infusión para cada uno acompañado por unas pastas de té. Mientras ojeaba los canales de la televisión hasta encontrar algo interesante y más que eso, un idioma que comprendiéramos, nos tomamos esa infusión en una conversación sobre los planes de la siguiente semana.

Cuando estábamos algo relajados los dos en el sofá, yo con la manta colocada hasta la altura de mi pequeña barriga, mis pies situados encima de Eduardo, mientras él ojeaba algo por el ordenador, entró una video llamada de nuestros amigos. Al instante apareció la imagen de Dana junto a la de Gema, las dos locas saludando dando voces como era lo normal en nosotras. De mi cara no se borraba esa sonrisa de felicidad, al verlas así tan fabulosas tan... como siempre. Todos se ve que habían contratado internet en casa y

nuestro medio de comunicación iba a ser este, en directo y cara a cara. Tras acribillarnos a preguntas a los dos de cómo nos iban los días, el trabajo y nosotros dos, terminaron por reclamar que les enseñara mi barriguita, aquella que iba creciendo poco a poco. No sé si Sofía podía estar escuchando a lo que iban a ser sus tías, pero más valía que se fuera acostumbrando a sus escándalos, pues poco iban a cambiar.

Al poco rato de estar hablando por detrás apareció mi hermano. Lo encontraba feliz de estar viviendo con Gema y de ese paso tan importante que habían dado los dos, saber que entre ellos se iba afianzando una unión y con una de mis mejores amigas. Le preguntamos a Dana como llevaba lo de los preparativos de la boda, los dos ya habían concretado el restaurante donde se iba a celebrar, habían hablado con la floristería para adornar la Catedral de la Almudena, y alguna sorpresa más que no nos quiso desvelar por ahora. En ese momento no pude frenar que salieran unas lágrimas de mis ojos, las hormonas estaban haciendo de las suyas y últimamente me emocionaba a cada momento de mi vida. Pero ahí estaba Dana como de costumbre para soltar alguna de las suyas. Literalmente me lanzó que guardara esas lágrimas para cuando diera a luz, de lo que me iba a doler antes de me pusieran la amada epidural. Era única y recibió un empujón de Gema en el brazo a la burrada y sobre todo a la poca sensibilidad. Como yo ya la conocía no me extrañó nada la burrada de sus palabras.

Tras esa despedida y cenar tranquilamente en la mesa del salón los dos repasábamos esa agenda semanal que teníamos. El llevaba todo el control de las citas médicas y de las revisiones sobre mi embarazo, las que no llevaba eran las otras que realizaba a escondidas, a las que mi médico no me aconsejaba que hiciera en soledad y yo terminaba haciendo lo que me daba la gana, imperaba en mí ese silencio de no decir nada a nadie por ahora.

En esa semana en la que los días pasaron rápidos y lentos, en los que se mezcló la velocidad de las agujas con el poder de parar los instantes. Lleno de citas médicas en las que Eduardo con paciencia esperaba los turnos e ilusionado esperaba la escucha de su niña, el poder ver como poco a poco tomaba forma, como cada noche notaba ese movimiento dentro de mí, esos pequeños saltitos inesperados que aguardaban ser esperados por los dos bajo una sonrisa de complicidad y de amor.

Esa misma semana que yo no empezaba a encontrarme muy bien, volvieron esos mareos y malestares. Mitigaba mi cansancio y mi malestar a base de fuerza sacada desde mi interior, de valentía por seguir hacia adelante y hacia una meta.

Escapadas a mitad de mañana para mis controles fuera del embarazo donde se vio un avance a lo imparable, el doctor me avisó de los posibles problemas que me podían ir surgiendo con el día a día, a pesar de la medicación que me había mandado que podía tomar en mi estado. No siempre paliaban, pero no duraba mucho y con ello yo me conformaba por ahora.

En el trabajo, con ayuda de todos mis compañeros, íbamos concluyendo el anuncio, retocando cada día pequeños fallos que cada uno de nosotros iba encontrando. Casi a diario tenía una reunión en la sala para exponer como iban nuestros avances, como estábamos concluyendo con el proyecto. A decir verdad estaban todos quizá maravillados por como lo llevábamos, para ser un grupo relativamente joven dentro del marketing, pero quizá era eso lo que estaban buscando, ideas frescas y nuevas.

Me sentía muy atendida por todos y a decir verdad, entre unos y otros me malcriaban, consintiéndome no solo mis salidas a media mañana sino intentando que estuviera cómoda, bien alimentada y más bien sentada sin realizar mucho esfuerzo.

Con Katya cada vez era mejor, intimábamos cada día mucho más y nuestras quedadas en ese café eran cada día más relajantes. Un espacio para los cuatro donde podíamos hablar sin tapujos, con diferentes ideales y razonamientos, teníamos de todo, risas y piques. Nuestra amistad iba aumentando y nosotras en el trabajo formábamos una buena unión. No paraba de hablar como le había gustado asistir ese día a la cena con los amigos de España, en la que se encontró tan a gusto y siendo ella misma, a pesar de no entender el idioma.

No se me quitaba de la mente que al próximo fin de semana íbamos a bajar a España, aprovechando que el lunes y martes aquí en Sofía no se trabajaba por festividad. Eran suficientes días para disfrutar en nuestra casa de allí bajo el arropo de nuestra familia.

A la salida del trabajo, justo cuando Eduardo estaba tan puntual como

siempre esperándome, para dejarme embriagar por sus labios carnosos, antes de despedirme de Katya, le dije si quería este viernes viajar con nosotros a España. Ella se quedó callada, con esa cara de algo inesperado, esa sorpresa que de seguro le apeteciera. No solo la invitábamos a ella sino a los dos. Como una niña sobre su mismo sitio, empezó a dar unos saltitos mientras aplaudía. Nunca me hubiera imaginado a una chica rusa haciendo eso, se ve que pasar mucho tiempo a mi lado, le estaba dejando huella, la pasión y la locura española circulaba por todos sus poros.

Tenía que hablar con él, pero desde luego que ella ya estaba segura que viajaba con nosotros hacia España esos días. Ahora solo había que esperar si venían los dos, nuestra casa de allí solo disponía de una habitación y en el sofá solo entraba una persona tumbada, pero de seguro que en alguna de las casas le daban cobijo sin dudarlo.

Esos días fueron vistos como el un tren de alta velocidad, nos encontrábamos en el aeropuerto: Eduardo, Katya y yo. Al final solo viajábamos los tres, él tenía al final trabajo que realizar y sus días de festividad de poco valían. Mientras Katya por teléfono hablaba con su chico, nosotros nos perdimos en esos abrazos, en ese cuello que tan sensual desprendía su perfume, el que hacía que perdiera el control y ahora más que nunca, mis hormonas bailaban a otro ritmo, no podía controlar esas ganas, de allí mismo, buscar un rincón para amarnos, para sentirnos y cometer una de nuestras locuras.

Comencé con esos besos por el cuello, casi acariciándolo, sutil y delicada con mis labios carnosos, hasta sentir como cambiaba su respiración, en ese momento paré y bajé mi mano por su cuerpo, hasta la altura de la hebilla de su cinturón y retiré mi mano. Le miré por unos segundos a los ojos con esa sonrisa pícara que desvelaba toda mi intención, ese juego que a ambos nos perdía en cualquier lugar y en cualquier momento.

Katya ya había dejado de hablar por teléfono y nos miraba a los dos como si fuéramos un par de locos.

— No es por nada, pero si os comportáis así, os juro que pido asilo político cuando llegue a España.

Tenía ante mí a un clon de Dana pero en versión rubia y alta. Ambos nos miramos, Eduardo con cara de circunstancia y yo con esa sonrisa de pícara y

mala que se me ponía, la cual no podía borrar de mi cara. Katya ya me conocía y sabía muy bien que este juego solo había empezado, en el cual se encontraba ella en el medio.

Subidos en el avión, Katya en la ventanilla, yo en el medio y Eduardo en el pasillo, no había sido buena idea, pues mi vejiga últimamente tenía poco aguante y resistencia. Efectivamente, nada más despegar cuando la luz de quitarnos los cinturones desapareció, yo ya estaba bailando en mi asiento. Eduardo me miraba con esa risa, sabía que necesitaba salir e ir al baño. Con cuidado me levanté y pasé por las rodillas de él, dejándole mi trasero delante de sus narices, en ese momento giré mi cabeza para mirarlo y regalarle una sonrisa.

— Al final te quemarás Alexia. — Dijo Eduardo casi en un susurro.

— Quizá quiera quemarme.

Seguí hasta el final del pasillo en busca del baño, como estaba ocupado me tocó esperar unos minutos, cuando me di cuenta, que detrás de mí sentí su aliento caliente y su perfume envolvió toda nuestra atmósfera. Justo cuando salió la persona que estaba en el baño, detrás de Eduardo se colocó otra persona a la espera. Esta vez no podíamos entrar juntos para no ser descubiertos por el tranquilo pasaje de ese vuelo. Entré con toda la calma, sin quitarle ni un solo segundo mi mirada sobre la suya. Me encontraba alterada, lo quería en ese momento, quería saborearlo y devorarlo.

Al salir del baño, ahí estaba él, pero ya no tenía a nadie detrás y en un movimiento rápido lo cogí de la camisa y lo atraje adentro del baño. Instintivamente me apoderé de sus labios con ansia, los mordí y mi lengua viajó en busca de la suya para aparearse entre las dos. Mis manos bajaron a la hebilla de su pantalón y le bajé la cremallera. Con mis manos toqué su miembro, el mismo que iba a ser apresado por mis labios. Bajé para arder junto a él en ese volcán que me reclamaba y yo ansiaba. Consumí su aliento en esos soplos de placer, la inhalación y exhalación del poder de la excitación. No dudé en casi dejarlo al borde del abismo existencial. Me quité los pantalones mientras él seguía aun con los ojos cerrados, su cuerpo casi temblaba. Me subí encima de él, colocando mis piernas rodeando su cintura y ahí lo sentí en mis adentros. Sentirme de esa forma con él, siendo mujer de poder mientras poco a poco le dejaba que tomara el control, para que juntos

nos perdiéramos por el infinito de nuestros cuerpos. Llegar con él hasta el final, un ataque al fervor contenido para apagar esa llama insaciable de hambre sobre él.

Salimos del baño del avión como si no hubiera pasado nada, y eso que justo al salir nos encontramos con una señora algo ya mayor, Eduardo muy consciente que los dos habíamos salido juntos de allí, y que a estas alturas estaba claro que mantener relaciones en el baño del avión estaba prohibido, posó su mano en mi vientre abultado, a lo que la señora miró y después sonrió. Eduardo tenía salidas para todo, ante la señora había quedado claro que podría tratarse de un malestar típico del embarazo.

Volvimos a nuestros asientos, Katya preguntó si me encontraba bien, habíamos tardado los dos bastante y el avión no es que fuera como para irse de paseo por sus pasillos. Al mirarla y decirle que todo estaba bien, me miró fijamente, y volvió a preguntar con un tono algo más sarcástico de lo normal. No sólo tenía el clon de Dana en ella, el sarcasmo en su máxima expresión, sino que tenía también esa picardía y sensación que poseía Lara, cuando en casi todas las ocasiones se había enterado que lo acabábamos de hacer. Al final opté por soltarle que no preguntara por algo que era obvio, entre nosotros dos, desde que nos conocíamos. Su carcajada retumbó en todo aquel vuelo, haciendo incluso girar la cabeza de algunos curiosos que estaban sentados en sus asientos.

Eduardo me cogió de la mano y los dos entrelazamos nuestros dedos. Apoyé mi cabeza en su hombro y cerré mis ojos, había obtenido la mejor de las relajaciones que se conocían en el mundo. De esa forma me sentía protegida, me hacía volver a la niñez, a refugiarse en ese momento en el que tus padres, cuando te caías al suelo, buscabas con desasosiego ese abrazo, ese calor, el escuchar el relajante sonido del latir de su corazón. Con Eduardo era lo mismo, era quien me otorgaba ese momento en el que solo el latir de su corazón me daba esa paz, el mismo que me la robaba, despertando en mí la fogosidad, haciendo subir ese acaloramiento, creando esta excitación suprema, una intensidad en pasión y en desenfreno que nunca había conocido.

Con los ojos cerrados me dejaba llevar por esos sentimientos que me embargaban por completo, aunque la culpa aparecía adentrándose en mí por

ocultarle algo tan importante. Las dudas surgieron nuevamente si era mejor callar o hablar. En ese momento abrí mis ojos, busqué su mirada y encontré ese reflejo que me mostraba el infinito, llenos de respeto y sinceridad. La mentira, el ocultar y callar ya una vez me llevaron a casi perderlo. No quería que ocurriera lo mismo, no quería volver a pasar por ese capítulo de mi vida, en que todo cambió de color, ser un alma en pena recorriendo las calles cuando estaba a punto de irme.

Ese silencio entre los dos, roto en el aire, para preguntarme si me encontraba bien. La mirada lo decía todo, era un espejo del alma, no contesté su pregunta, al menos con palabras pronunciadas de mis labios, la profundidad de mi color azul le estaba hablando y mis lágrimas desvelaron que pasaba algo, que algo no iba bien y lo necesitaba tan cerca de mí que se pudiera adentrar en mi piel.

Me rodeó con sus brazos, me abrazó con fuerza, entre sus caricias sentí esa unión que ambos teníamos, en ese momento no podía ni hablar, cada palabra que intentaba mencionar se veía quebrada por mi voz. Había llegado el momento de confesar mi secreto, aquel que me corroía por dentro de tal manera que me estaba destruyendo, algo que no era material y estaba arrasando con el alma.

Anunciaron nuestra llegada a Madrid, ya estábamos en casa y Katya pegó un bote del asiento. No se podía creer que por fin iba a estar en España, un lugar que le había encantado por su cultura, por su gastronomía y la vida alocada que llevábamos. Sonreímos los dos a la vez, mientras limpiaba mis lágrimas derramadas por mi rostro, lo justifiqué con el desbarajuste hormonal que tenía en mi cuerpo.

Cuando salimos, tras recoger nuestras maletas, se abrieron esas dos puertas, aquellas que daban paso a estos días de intensidad. De frente nos encontramos a todos nuestros amigos con una pancarta gigante que nos daban la bienvenida a los tres. Empezaron a gritar todos, se escuchaban silbidos que retumbaban en aquel lugar, lo más seguro que como siguieran así, se iba a presentar la policía a tremendo escándalo, si Katya le gustaba España por esto mismo, sin duda ya estaba viviendo casi en sus propias carnes la sangre de los valientes.

Nos colmaron de besos y abrazos. Todos notaban la crecida que estaba

teniendo Sofia dentro de mí, y las manos de todos recorrieron aquella pequeña casita donde habitaba nuestro tesoro más preciado. El abrazo fuerte que les di a cada una de ellas me colmó de felicidad y alegría. Aunque mi vida por ahora estaba en Bulgaria las echaba mucho de menos.

Mi hermano como siempre me hizo de las suyas, cogiéndome por detrás y elevándome un poco, pellizcando mis mofletes como si fuera una niña, pero aunque sabía que eso, a fecha de hoy me seguía molestando, sonreí de una forma muy inocente, pero sin reconocer, que en el fondo, echaba de menos todas sus bobadas de hermano.

Nos alejamos de allí, Dana y Enzo fueron los que nos acercaron a casa preguntándole a Katya nuevamente si quería quedarse con nosotros dos con el peligro que teníamos, lo que no me imaginaba era que ella le contestara a Dana diciéndole que, ya conocía nuestro peligro y que hacía escasas horas lo había vivido a 2000 metros de altitud. Eduardo y yo nos miramos y enmudecimos, cada día mucho peor lo disimulábamos los dos, o más bien yo. Dana, Enzo y Katya literalmente les dio un ataque de risa dentro del coche camino a casa.

A la llegada nos despedimos de ellos, se nos había hecho tarde y yo me encontraba agotada, los planes tendrían que esperar para mañana, un sábado entero lleno quizá de planes para hacer todos juntos.

En el piso, ya en la habitación, Eduardo me dio un masaje por todo mi cuerpo, quizá en otro momento ese masaje hubiera tenido un final muy diferente, por mi mente circulaba la excitación de ese momento, pero el relax se apoderó de mí y antes de que le pudiera besar en sus labios caí sumida en los sueños de Morfeo.

En la mañana, cuando desperté, Eduardo no se encontraba en la cama. Salí con los pelos alocados de la habitación y allí en el salón se encontraban los dos, sonrientes me miraron y me dieron los buenos días. Él se acercó para regalarme un beso de esos que me daban la energía y el despertar a un nuevo día junto a él.

Los dos habían preparado en la mesa del salón el desayuno: Café, tostadas de aceite, zumo de naranja y algo de bollería. Nos sentamos los tres a la mesa, yo me encontraba hambrienta y no dudé en darle buena rienda a las tostadas, a la bollería y a todo lo que se puso por delante.

— Buenos días, veo en tu rostro que estas ya descansada. Las dos mujeres de mi vida...

— Buenos días, la verdad es que sí que me encuentro algo más descansada, y si me levanto y el hombre de mi vida me da un beso así, sumándole ambos me regaláis una sonrisa y un desayuno como este... la verdad que el día promete mucho.

Desayunamos los tres juntos, en conversaciones centradas en los planes entre todos, un sábado para disfrutarlo y vivirlo. Katya estaba entusiasmada y se la veía algo ansiosa por ver Madrid, sus rincones, sus bares y en si la vida que tanto se escuchaba hablar por todos los rincones del mundo.

Aun el grupo no había dado señales de vida en su despertar, pero lo más seguro es que fuéramos a comer a algún sitio de comida típica española para sorprender a Katya con nuestra gastronomía. En mi cabeza aparecían varios platos que no podían faltar en una visita a esta gran ciudad, platos que sin duda ella jamás se le hubiera ocurrido ni probar, pero lo tenía claro y con algo de malicia sonreí. Eduardo me miró con cara algo incierta, él sabía que por mi mente había pasado alguna idea que muy buena para alguien no era, y quizá tuviera razón, pero todo se vería cuando llegara la comida, frente a ese plato que le iba a colocar delante a Katya.

Ella, cabezota como una mula, se empeñó en recoger el desayuno, y no aceptaba un no por respuesta, mandándonos a los dos a la ducha, a la cama o donde nos apeteciera estar en ese momento. En sus palabras encontré el despertar con Eduardo.

En la ducha de agua caliente, la que se suponía que debía de calentar nuestros cuerpos, pero esa agua fue sorprendida por el calor abrasador de nuestros cuerpos, la fogosidad y la intensidad, el atrevimiento descarado de nuestra identidad, el arrebató a la pasión y efusión por el fanatismo de encontrar ese clímax. Esa relajación llegó a nosotros colisionando nuestros alientos, dividiendo el ser desbocado que nos poseía cada vez que nuestra mirada se cruzaba.

A la salida, Katya estaba entretenida viendo su móvil, concentrada de cuanto le pudiera rodear en ese salón. Alzó ligeramente la mirada y nos sonrió a los dos. Una sonrisa pícaro y socarrona, burlona en toda su intención de saber perfectamente lo que había ocurrido en aquel baño.

Los móviles de ambos empezaron a sonar, por el mío Lara, por el de Eduardo Jorge. Parecía una conferencia entre los cuatro, más los que se encontraban en el otro lado de las conversaciones. Aquello parecía un gallinero de voces, todos a la vez querían hablar y organizar la comida.

Me encantaba cada día mucho más bajar a España, poder ver a los míos y disfrutar de sus risas, de esas miradas cómplices que teníamos, de esos proyectos futuros que cada uno de nosotros teníamos y a los que estábamos incluidos en ellos. El ver como en ese poco tiempo todo a nuestro alrededor había cambiado para quizá mejor, o eso quería pensar yo en ese momento, en el que me invadía la felicidad.

Después de todas aquellas voces, en las que yo veía a Katya completamente concentrada en las palabras mencionadas, incluso podía ver como de sus labios intentaba repetir esas mismas, con algo de miedo y de precaución, estaba todo ya concretado, habíamos quedado a comer en Casa Lucio, un lugar con mucha historia en sus espaldas, la historia de un abulense y su llegada a la gran ciudad que era Madrid. Ese joven transmitió la alegría y sus ganas a sus clientes convirtiéndose desde entonces en un lugar de referencia. Nada más y nada menos que desde 1974, dando unos veinte años ese afecto a cada uno de los que pasaban por aquel lugar.

Para esa ocasión me puse un vestido de pre-mama que me había comprado hace una semana, un vestido de invierno color gris y negro formando cuadros y con mangas terminadas en un acampanado. Con unas medias negras y un zapato no muy alto, pues ya mi espalda se estaba viendo resentida, estaba más que ideal para ir a comer. Eduardo, se complicó mucho menos que yo, con unos pantalones chinos de hombre azul marino, una camisa azul celeste de vestir con una corbata mal colocada aposta. Por parte de Katya apareció ante nosotros con unos pantalones de vestir negros y una blusa de manga larga de seda, con un lazo en el centro y color gris metalizado. Las dos juntas en el baño nos maquillamos y nos perfumamos bajo la atenta mirada de Eduardo, quien no me quitaba el ojo de encima, recorriendo cada parte de mi anatomía con deseo de comerse cada rincón de mi cuerpo.

A eso de las 13:30 salimos de casa abrigados, corría por las avenidas ese aire de la sierra tan fresco y helador. Aunque todo se encontraba en el centro de la ciudad, decidimos coger el metro, Eduardo sabía que no podía fatigarme

demasiado, y últimamente me pasaba bastante a menudo, perdía mis fuerzas, dejándome postrada casi toda la tarde en el sofá de casa.

Bajamos en la estación de La Latina, ahí estábamos a tan solo unos minutos andando del Restaurante El Lucio. Nos adentramos por las calles atravesando el Teatro la latina, dejando a un lado la Plaza de Puerta de Moros. Bajo su atenta mirada, Katya nos seguía, alzaba su cabeza hacia arriba para ver los edificios, su diferente arquitectura, el color y las luces de un día azulado aunque bastante frío.

A nuestra llegada ya se encontraban allí casi todos, solo faltaban Dana y Enzo. Fueron numerosos besos y abrazos que nos dimos, como si hiciera una década que no nos viéramos, cuando por el contrario ayer justamente nos habían recibido en el mismísimo aeropuerto. En esa entrada al restaurante, apoyados en esa madera, esa fachada completamente rodeada y adornada de madera tratada y brillante, esperamos a los tardones del grupo que asomaban por la avenida con paso rápido, los dos agarrados de la mano y pegados uno al otro.

Entramos todos entre risas dentro del local, Lara como siempre, había sido la que había reservado, se acercó al metre y le dio su nombre. Enseguida nos llevó a nuestra mesa, nos adentró por el local, pasando unos arcos de ladrillos hasta situarnos en un rincón acogedor. Una decoración rústica, con cuadros de viejas fotos en las paredes, bajo la iluminación de unos farolillos colgados, manteles de un blanco impoluto y un servicio excelente de elegancia.

En cuanto nos sentamos, nos acercaron la carta de vinos, en ese momento, Eduardo se sintió el hombre más importante de toda la mesa, diría yo que hasta le vi con el torso más inflado si cabe. Lo observaba mientras él, todo conocedor de los vinos, nos aconsejaba cual era el mejor para esa ocasión. De mí, no desaparecía esa sonrisa llena de picardía y orgullo. Un ribera del Duero y un Flor de Pingus, fue la elección final de Eduardo para la comida.

Para la comida se pidió de casi todo lo que disponían de la carta; chuletitas de cordero, perdiz estofada, jarrete de ternera estofado, besugo y como de esperar, las especialidades de casa, en las que se encontraba Callos a la Madrileña que había pedido exclusivamente para Katya, en mi mente seguía esa pequeña venganza a el humor sarcástico que se gastaba conmigo desde que había conocido a nuestros amigos, con los cuales se sentía muy a gusto y

en su salsa.

La mesa estaba abarrotada de platos, no había ni un solo rincón que no estuviera ocupado, por un trozo de pan o por una copa de vino, pero había llegado ese gran momento de poner ese plato típico español de callos frente a ella. Lo miraba extrañada, agachó su cabeza par olerlo, pero no puso mala cara, lanzó la pregunta esperada ¿qué era eso? Todos nos miramos, pero nadie fue valiente para explicarle que es lo que era ese plato. Con cara de incertidumbre, bajo la desconfianza de todos, cogió un tenedor y nos dijo “¿qué demonios será lo que voy a comer que todos estáis tan atentos?” Se llevó un trocito a la boca, su cara, no se podía definir, era entre sorpresa, entre decepción, una mezcla. El sabor no le desagradaba, pero el tacto gelatinoso no le terminaba de gustar mucho al paladar. Todos la observábamos atentos, pero la risa de Dana irrumpió en la mesa, esa risa que me contagió a mí y así sucesivamente por todos. Katya, ya nos miraba algo mosqueados y con cara de recelo. Ella sabía que algo raro de comida estaba probando y su mirada se clavó en cada uno de nosotros de una forma, que ella misma, terminó por reírse como lo estábamos haciendo todos.

La cena continuó con el vino, con los brindis. Como era de esperar yo brindaba con zumo y algo de agua que tenía en mi copa, las risas de todos iban en aumento y yo me alegraba de verlos así de felices a todos. Era una de esas imágenes que uno quería guardar en su mente para el resto de tu vida.

En los postres, más de uno ya estaba pasado tres vueltas: Dana, medio acosaba por debajo de la mesa a Enzo. Lara le metía la lengua a su recién estrenado novio en plena mesa, sin ningún tipo de recelo. Mi hermano acaramelado por completo con Gema y Javi y Alicia, en una burbuja diferente de este mundo.

Mientras Eduardo, pasado un poco de vueltas me deseaba con la mirada, felina, poderosa en seducción, las llamaradas de su cuerpo fundían la cordura de ese momento, en el que yo, aguantaba una verborrea de Katya ya embriagada por el vino que circulaba por sus venas.

La comida terminó con los postres caseros de Casa Lucio, desde natillas caseras, arroz con leche, el que jamás había probado Katya y repitió dos veces, cuajada y pan perdido, una especialidad de la casa. Todo ello

acompañado por un brindis con un buen champán, menos yo, que brindé con un vino sin alcohol.

La sobremesa se alargó más de lo que todos esperábamos, entre licores y alguna copa más. Cuando quisimos mirar el reloj había avanzado a una velocidad vertiginosa, como si el tiempo hubiera querido absorber la rapidez de ese momento.

Tras esos momentos de salir del restaurante, entre risas, embriagados la gran mayoría y extasiados por la compañía, paseamos por la calle de la Cava Alta. Yo, cogida del brazo de Eduardo, quien se encontraba algo mareado, y a pesar de ello, en todo momento no dejaba de preguntarme como me encontraba. Era cierto que mi cuerpo se encontraba agotado a unos niveles, que superaban con creces lo que podía aguantar, pero merecía la pena sin duda mantener los ojos abiertos como platos y vivir, sentir y captar cada momento vivido con todos ellos. Era algo maravilloso y fastuoso el poder guardar en memoria todas aquellas risas, miradas cómplices y sentirse vivo por ello.

Hubo un momento en el que fui raptada por Dana y Lara, quienes me arrebataron de los brazos de Eduardo para ser agarradas por las dos, cada una de ellas agarradas a uno de mis brazos, con ese brillo en la mirada, esa chispa de alcohol que manaba de esa sonrisa algo pícara de ellas.

Tras esas preguntas de cómo me encontraba sobre mi embarazo, sobre mi trabajo y mí día a día allí tan lejos de ellas, de la esencia y el conjunto en el que nos habíamos convertido, salieron esas preguntas subidas de tono, curiosas y algo pervertidas.

— Va Alexia, cuéntanos cómo es eso de practicar sexo estando embarazada.

— pues como va a ser, igual. ¡Cotillas!

— Teniendo en cuenta que Eduardo y tú, como que lo del sexo normal no existe, deberías explicarnos algo más. No creo que ahora te hayas vuelto recatada en ese menester ¿verdad?

Reí al escuchar como cada vez se pegaban más a mí, apretujándome para que les susurrara como nos lo montábamos en la cama los dos con el embarazo.

— Pues precisamente recatada sabéis que no me he vuelto, que seguimos haciendo de las nuestras en altos vuelos o quizá donde nos pille el calentón. Así que, he de deciros que poco hemos cambiado en ese sentido, seguimos teniendo una vida sexual muy activa, pero quizá un poco menos que antes por mi agotamiento. No creáis que no me da rabia el estar literalmente destruida al cabo del día, desearlo con todas mis fuerzas mientras mi cuerpo me abandona.

— ¿Pero ese cansancio es normal Alexia? — Dijo Lara

— Yo he escuchado que ese cansancio viene mucho más adelante, cuando se está de ocho meses al menos Alexia ¿estás bien? ¿El médico sabe de ese cansancio?

— Chicas, el médico sabe todo y me realiza muchos controles en el mes para saber que Sofía está bien y yo también lo estoy. No debéis de preocuparos tanto por mí. ¿Acaso, no me veis feliz?

Las dos a la vez me dieron un besazo muy grande en mis carrillos y me abrazaron con fuerza y cariño. En ese momento fallaron mis fuerzas en el control de llevar dominado mis sentimientos, ante lo que ocultaba a todos. Lágrimas recorrieron el contorno de mis mejillas, incontrolables, como una presa abierta, un descontrol acompañado por un ligero temblor en mi cuerpo. Lara y Dana se asustaron un poco ante la flojedad de mi piernas e inmediatamente Eduardo apareció a mi lado para sujetarme entre sus brazos. Aterrorizado me preguntaba que me ocurría, si me encontraba bien. En ese momento intentaba mantener el control, pero me era imposible parar el temblor de mi cuerpo y empecé a asustarme por primera vez, de lo que realmente estaba ocurriendo dentro de mí.

Inmediatamente Eduardo llamó a un taxi, nos montamos bajo la mirada asustada de todos, por la preocupación y la inquietud de mi estado. Inmediatamente, nos dirigimos al hospital más cercano y tras parar en las puertas de urgencias, mi cara desveló a Eduardo sobre algo de lo que no iba bien.

Me agarré fuerte a sus manos mientras en la entrada empezaron a preguntarme un poco que es lo que había pasado y cual era mi historial o consecuencia de ello. Él me miró, sus ojos se encontraban empañados en lágrimas, ante la impotencia, ante la perturbación de tan solo pensar que me

ocurriera algo. La congoja se había metido de repente en nuestras vidas, la pesadumbre y el estremecimiento ante el aliento de vida. Me quedé fija, sin poder pronunciar ninguna palabra mientras el temblor se apoderaba de mí y mis lágrimas me nublaban la vista.

— Habla cariño, habla sin miedo amor, no es momento de callar aquello que pudieras estar ocultándome, estoy contigo en todo, tu eres junto con Sofía mi vida, lo mejor que me ha podido pasar.

Tras esas palabras de mi boca salió esa palabra de seis letras, mientras mi voz se quebraba al pronunciarla, al sentirla como algo punzante en mi corazón. Vulnerable como una fina capa de azúcar cristalizada terminé por derrumbarme en los brazos de Eduardo, quien permanecía fuerte agarrándome mi cuerpo, perdí la consciencia de todo lo que me rodeaba, ese techo blanco con luces que daba vueltas a mi alrededor y pronto se convertiría en algo negro, hasta que desvanecí por completo desmayándome en esa entrada.

Desperté en una habitación, bajo un pitido intermitente. Mi vista aún algo nublada, terminé por enfocar a esa cara que me devolvía la vida y las ganas de luchar por todo, Eduardo. Al ver que despertaba esbozó una pequeña sonrisa que ocultaba la preocupación.

— ¿Cómo te encuentras vida?

— Algo mareada, pero feliz de verte a mi lado amor.

— ¿Cómo no estar a tu lado amor? Desde ayer, en el vuelo, sé que algo te ocurría, tu mirada lo dijo todo en ese instante, pero tenías que ser tú y solo tú, quien, cuando estuvieras preparada me lo contaras. Siento que no hubieras tenido esa oportunidad con algo más de sosiego y tranquilidad para contarme lo que estaba ocurriendo, pero el contarle quizá haya salvado la vida de las dos hace unas horas. Alexia, el tratamiento del Doctor te hizo una reacción en tu cuerpo, los médicos dicen que ha sido un rechazo al tratamiento paliativo que estas tomando. Te han modificado ese tratamiento y están esperando a ver como respondes ante él, pero me da que durante el día de hoy nos quedaremos aquí en observación.

— Perdóname cariño, jamás debí ocultarte lo que estaba sucediendo.

— No te disculpes Alexia, más vale decirlo tarde que quizá nunca. Sabes

que aunque es poco el tiempo que llevamos, muchas son las historias que tenemos que contar ambos, el tiempo ha ido deprisa para los dos y nos ha convertido en una familia, somos los dos, y pronto seremos tres. Estoy para apoyarte en todo Alexia, en todo, pues eres lo mejor que le ha podido pasar a mi vida, tú me has enseñado a amar.

— ¿Sofía está bien?

— Ella está bien, te han hecho innumerables pruebas para ver las constantes vitales del bebé, ecografías y muchas más que desconozco los nombres, y todas amor han salido bien.

— Amor, quiero que me entiendas el por qué quise callarlo, ocultarlo... el saber que llevaba un hijo dentro de mí, un hijo creado con nuestro amor. No podía ponerme e iniciar el tratamiento tan fuerte, el mismo que hubiera acabado con la vida de Sofía. Perdóname amor, perdóname por ser egoísta y no ver por mí, sino por ella, por lo que los dos habíamos dado vida.

— No tengo nada de que perdonarte, has obrado como madre, cuando desde el primer momento supiste que llevabas un bebe dentro de ti, nuestra pequeña Sofía. Has velado por ella, has sacado fuerzas de quizá donde ya ni quedaban. Te admiro amor, te admiro por esa fuerza. Ahora llega el momento que cuentes con mi apoyo en eso que has estado callando, eso que justo ayer querías desvelarme en la mirada Alexia. Ahora amor, descansa un poco.

— Eduardo, por ahora no quiero que digas aun nada a los chicos, ni a mi hermano. Cuando nazca Sofía se lo diremos los dos juntos, pero ahora quiero esperar.

— Lo que tú quieras vida, esperaremos si esa es tu decisión. Ahora iré un momento afuera. Están todos en la entrada del hospital algo inquietos por si habías despertado. Les diré que ha sido del cansancio y el ajetreo de una semana llena de tensiones. No te preocupes vida, ahora lo que quiero es que descanses y que pronto haga efecto el cambio de medicamento.

Cerré los ojos que me pesaban y bajo una relajación sin precedentes, quizá al quitarme el peso que llevaba en mi alma, por lo que callaba, sentí un alivio y sucumbí a un sueño lleno de paz. Él afuera, estuvo explicando el motivo no solo del tembleque que había tenido, sino el desmayo que dejó mi cuerpo inerte en plenas urgencias.

Cuando nuevamente desperté, tenía a Eduardo a mi lado, sujetaba mi mano con la suya con delicadeza, ejerciendo suaves movimientos para acariciarme. Despertaba de esa nube en la que me había sumergido. Ahora resurgía con más fuerzas. Comenzaba una nueva etapa en la que estaba acompañada por él, juntos de la mano ante la adversidad de lo que nos pudiera venir, de esa persona que velaría por las dos.

El último día que nos quedaba, hicimos una velada en la tarde con todos, en lo que era mi antigua casa, el hogar de Gema y mi hermano. Ninguno quiso salir y quizá celebrar una fiesta por lo que había sucedido el sábado. Todos y cada uno de ellos se angustiaron antes de que Eduardo les dijera lo que había sucedido, esa mentira para tapar la verdad.

Allí nos encontrábamos todos, ya terminando de cenar y como siempre con una copa en nuestras manos para ese brindis. Katya fue la primera en levantar y alzar ante todo su copa, para nuestra sorpresa, comenzó a decir unas palabras en español. Todos nos quedamos anonadados por su perfecta pronunciación, y aún más por sus palabras llenas de sentimiento a estos días. Agradecía a todos el que ella pudiera sentir y vivir la emoción de la unión del grupo, de esa familia que formábamos todos. Como algo normal, a mí esas palabras me emocionaron y por mis mejillas ya corrían libremente esas lágrimas de júbilo. Ella se acercó a mí y las dos nos fundimos en un abrazo.

Mientras reposaba en ese sofá, el testigo de nuestras noches de confesiones, el que fue testimonio de tantas palabras de sinceridad, de esas historias de amor que todos tuvimos, de aquellas tardes en las que el tiempo se nos escapó como una gota de agua en nuestra mano. Esa casa poseía una historia, una parte de mí y de todos.

Sentadas en ese sofá, Dana a mi derecha y Gema a mi izquierda, mientras hablábamos, mientras reíamos sobre todo aquello que nos podía haber pasado. En ese momento me sentía la persona más feliz quizá de la sala. Bajo la observación de todos en ese salón, bajo la atenta mirada de Eduardo, la que me daba la tranquilidad y la protección ante la indefensa y el abandono de mi cuerpo. En ese momento, solo podía esbozar esa sonrisa de mis labios. Con esa copa de mosto en la mano bebía ante la sucesión de los segundos que pasaban delante de mí.

Katya se sumó a nosotras, a su vez Lara y Alicia, se acoplaron en el suelo

de ese salón. Manteníamos una verborrea constante sobre los planes de futuro, sobre lo que nos podía esperar y ansiábamos la llegada de la boda de Dana. Para nuestra sorpresa, no es que Katya se hubiera aprendido en español la frase del discurso, sino que ella entendía bastante bien nuestro idioma incluso lo hablaba.

— Ahora si Katya ¿desde cuando hablas tú español? — Dije con curiosidad.

— He de confesaros, que desde hace un mes estoy yendo a clases de español. Quería sorprenderos a última hora.

Se mereció ese leve empujón que recibió de Lara por el lateral. Se había callado todo el fin de semana, escuchaba cada palabra que nosotros mencionábamos mientras ella, sin saberlo nosotras, nos entendía casi a la perfección. Reímos como chiquillas en ese momento, y más recordando ese momento en el que ella sabía que en ese restaurante, el plato que tenía delante era algo extraño y que jamás había probado.

Llegó ese momento en el que las despedidas momentáneas se vieron reflejadas en nuestros ojos, en esas miradas, ese adiós. Justo en ese momento, en el que en nuestra cabeza pasaban todos los sucesos de estos días exprimidos, hasta la última gota de ese segundero del reloj. El alejamiento y la separación a esos kilómetros nos dejaban con la ausencia de ese recuerdo.

## Capítulo 13

Los días pasaban abalanzándose sobre nosotros, entre el trabajo, las quedadas con Katya, su pareja y nuestra vida juntos. A medida que progresaba el embarazo, quizá más temerosa me encontraba, asustada por lo que se nos avecinaba. Esa incertidumbre de cómo cuidar a Sofía y lidiar con esa enfermedad que quizá me estuviera comiendo por dentro.

Llegaron a nuestros ojos esos días de Navidad, el contagiarse de ese colorido de las calles y de ese espíritu que nos poseía a todos. Esos jerséis de lana con renos o árboles adornados. Eduardo, a decir verdad hizo todo un despliegue en casa sobre los adornos navideños. Eran nuestras primeras navidades juntos y el entusiasmo le brotaba por todos los poros de su piel.

Ante mí, y ante mi equipo llegaba el momento de presentar el proyecto. En

las últimas semanas habíamos trabajado duro para que estuviera perfecto, que fuera admirable ante la junta directiva, ante la marca que había contratado ese servicio y había puesto toda esa confianza. Nikolay en la última semana había intentado ver el proyecto, pero muy sutil, le hice esperar hasta el último día.

En esa sala repleta de directivos, de ejecutivos llegados desde Alemania, esos mismos con los que nos habíamos reunido en nuestros viajes. Estaba todo preparado, esa televisión de unas magnitudes descomunales, casi parecía que estuviéramos en el cine. Colocados en cada silla cada uno de ellos, poseedores de un dossier en sus manos ojeaban cada hoja. Comenzaba la exposición del proyecto final, y ante los nervios, cada uno de nosotros fue exponiendo cada parte del proceso. Fui la última en hablar y así dar paso a nuestro trabajo de cuatro intensos meses. Así, di paso a ese spot, menos de un minuto en que se pudo ver el atractivo de la línea, la fuerza y esos sistemas de seguridad que serían innovadores en el mercado, esa música que atrapaba, las grabaciones y las imágenes que impactaban.

Como era de suponer, al finalizar, se hizo ese momento de silencio, esos segundos que a todos nosotros se nos hicieron eternos, la agresividad, lo único e inigualable se había abierto ante sus ojos, pero por fin, ante nosotros surgieron esos aplausos que los pusieron todos en pie. Lo habíamos conseguido, habíamos logrado un anuncio que quizá pasara a la historia de los spot televisivos. Las palabras que recibimos rompían la barrea de lo sublime y lo magnífico. Ese momento que se llenó de emoción, mis hormonas me pasaron una mala jugada. Katya y Nikolay se acercaron a mí, no solo para darme la enhorabuena, sino para otorgarme un abrazo lleno de sinceridad.

— Alexia, has sabido sacar todo el jugo a tu equipo, habéis realizado un anuncio único, jamás había visto nada parecido. Sabes que llevo muchos años en este mundo. Ese día en el que vinisteis desde Madrid, en ese momento supe que tenías y poseías algo especial para este trabajo, pero créeme que me has sorprendido con creces, mi enhorabuena Alexia a ti y a tu equipo, me dejaste mudo ante este proyecto.

— Gracias a usted por darme la oportunidad de hacer algo innovador y quizá peligroso al salirse de lo estipulado, de lo que todos conocíamos. Gracias por confiar en nosotros.

Con esas palabras y con un pequeño brindis continuaron todas esas felicitaciones por ese trabajo. El anuncio saldría en primicia en todos los canales televisivos el mismo día 31 de Diciembre, justo en ese momento en que todos andaban atentos a la televisión. Un anuncio a nivel mundial traducido a una multitud de idiomas que rompería las barreras de esos océanos que nos separaban.

Cuando ya poco a poco se fueron retirando todos los responsables de la marca y algunos de nuestros directivos, en ese momento, nosotros brindamos dando un grito en aquella sala, que debió de retumbar en todos los pasillos silenciosos de ese gran edificio.

Felices salimos de nuestras oficinas, iba hablando de un lado con Nikolay y a mi otro lado con Katya, cambios de impresión sobre el panorama publicitario de este último año. Justo en la salida, cuando mi cabeza alzó la mirada, ahí estaba él, tan perfecto, tan atractivo y arrebatador como la primera vez que lo vi. Me acerqué a él y le otorgué un beso casto, lleno de cariño, un beso que el público podía ver en nosotros. Nikolay fue efusivo, después de ese beso, se acercó para estrecharle la mano. Mantuvieron varios minutos una conversación y nuevamente le invitó a visitar y charlar en las oficinas, y más sabiendo ahora que se había trasladado a este país para estar conmigo. Entre ya bromas, donde habían desaparecido esa distancia de cortesía, aseguraba que cuidaban de su mujer en su ausencia, y empezó a ensalzar mi trabajo realizado, todo eran halagos que terminaron por sacarme los colores y no precisamente era del frío que hacía en la calle.

A pesar de mi cansancio, me apetecía salir a celebrar el final de un proyecto que había salido a las mil maravillas, Eduardo, preguntaba una y otra vez si me encontraba bien, que ese día se podía celebrar en otro momento. Estaba decidida, aun poseía esas fuerzas que sacaba del entusiasmo de ver algo concluido y con éxito. Katya, no dudó en apuntarse y llamar a su novio para que fuéramos a cenar a un lugar en el centro de Sofía, no muy lejos de donde se ponía un mercado en las noches con verduras, comidas típicas y especias.

Nos fuimos a cenar a una de las famosas pizzería que se conocían de Bulgaria, Olio d'Oliva, un lugar moderno con una carta muy amplia en pizzas. Disfrutamos los cuatro en aquel lugar pequeño que otorgaba quizá una

intimidad, una decoración que daba sensación de un lugar más amplio, esas mesas de madera clara con un terminado en algo retro. Katya y yo atacamos a varias pizzas que habíamos pedido, ya que incluso podías elegir diferentes masas, llegamos a incluso darle diente a una que llevaba tantos ingredientes que nos costó hasta comerla, pero la gula nos pudo y nos terminamos hasta el último trozo que trajeron en los platos.

La velada fue ideal, y yo, me encontraba relajada, con la mente libre de toda la tensión que había tenido, quizá en estas dos últimas semanas, la presentación del proyecto se había llevado por delante de mi mente todos los males que me embargaban. Eduardo velaba por mí en cada momento, se desvivía en que las dos estuviéramos bien, y disfrutaba el que más el poder acariciar la tripa y sentir los movimientos de nuestra hija, quien por la noche nunca paraba.

Comenzaban unas esperadas y merecidas vacaciones para todos. Ante nosotros, se abrían multitud de planes a los que Eduardo imponía un poco la cordura por mi estado ya de embarazo y ante la enfermedad que les manteníamos oculta por ahora. Las visitas a Sofía se iban a ir en sucesión en estos próximos días hasta que bajáramos nosotros a Madrid. Los primeros en llegar a nuestra casa, fueron los padres de Eduardo. Quienes estaban encantados de ver por fin en persona mi embarazo y no las fotos o videos que les enviábamos. María estaba entusiasmada y a cada rato que podía reposaba su mano en mi vientre a la espera de que Sofía, se despertara o quizá cambiara de posición. Cuando ella lo hacía, veía en los ojos de María, la máxima expresión de felicidad.

Tan solo fueron tres días los que pasaron bajo nuestro techo. Ante esos silencios que se hacían en mí, los miraba a los tres, quizá y a pesar de que Eduardo ya no era un niño, me hacía gracia como inconscientemente su madre quizá le colocaba la camisa, o pasaba su mano por el cabello colocándole el flequillo. A mí, esos días me trataron como una reina llenándome de cariño. Y como era de suponer en el momento que nos dejaron a las dos solas por el centro comercial, la tarjeta debió de temblar a la cantidad de ropa y utensilios que debimos comprar ambas en esa tarde. Los ojos de Eduardo en la lejanía, cuando nos vio a las dos repletas de bolsas fue todo un poema, por el contrario, su padre solo sonreía y al acercarse pronunció sus palabras “esto yo ya lo he vivido, hijo”.

Mentiría si dijera que la compra la pagué yo, en ningún momento dejó que sacara mi cartera del bolso, era ella quien iba a consentir a su nieta. Solo en un momento en el que se quedó embobada viendo unos trajes rosas con encaje en las puntas, logré pagar los últimos conjuntos que habíamos elegido. Fuera como fuese, estaba claro que habíamos desplumado las tiendas de toda ropa de bebe, al menos Sofía tendría ropa hasta sus próximos dos años de vida si queríamos. No faltaba nada; bodis, vestidos, pantalones, gorritos, abrigos, era toda una locura adentrarse por las tiendas. Reímos las dos cuando ya en casa, en la habitación de Sofía, vimos ante nosotras toda la cantidad que habíamos comprado. Entre miradas nos cubrimos una a la otra.

Esos días pasaron y ante nosotros dos, después de unos días de pruebas médicas, preparamos nuestra maleta para pasar en Madrid quince maravillosos días. A los pocos minutos de estar sentada en el sofá al agotamiento que tenía, llamaron a la puerta, Eduardo se acercó a abrir, era Katya quien venía de visita acompañada por Anton, querían despedirse de nosotros y desearnos unas felices fiestas acompañados por la familia.

Últimamente Katya y yo hablábamos español juntas y cada día mejoraba en la riqueza de vocabulario. Anton, escuchaba atento cada palabra con cara quizá de incertidumbre, al no enterarse de nada de la conversación. Todos nos dimos un abrazo y disfrutamos un rato antes de la llegada de la hora de dormir, mañana salía nuestro vuelo.

Emocionada llegamos a nuestra segunda casa, quitamos esas sábanas que cubrían los muebles bajo una risa, que a decir verdad, no sabíamos de qué nos reíamos, y como dos niños iniciamos un juego con esas sábanas. Eduardo me enrolló en una de ellas con cuidado, poco a poco se acercaba a mí, rozando sus labios con los míos, para dejarme con ganas de ese beso que, de seguro, iba a saber a mucho más. Me atrajo nuevamente hacia él con la sábana, esta vez mordió mi labio inferior, mi lengua salió en su busca sin ningún resultado. Sin quererlo me encontraba ya casi jadeando ante la excitación de esa situación. Solo con el roce era capaz de hacerme elevar la temperatura de mi cuerpo. Sigiloso se volvió a acercarse por detrás, rodeando mi cuerpo por completo, agarrando mis pechos con delicadeza, en ese mismo momento sentí su aliento en mi nuca y mi cabeza se giró para poder cazar esa miel de sus labios. A su vez me retiró esa sábana, pero solo con el propósito de despojarme de toda mi ropa y dejarme desnuda ante él. Me miró y me

observó mientras sus ojos se convertían en puro deseo. Con sus manos acarició toda mi anatomía, por donde sus dedos me rozaban provocaban en mí el desvarío de mi mente y de mi cuerpo, quien yacía en puros escalofríos abrasadores, quería que me quemara, que se hiciera con mi cuerpo. Con esos leves movimientos me condujo al cuarto, moría por cazar esos labios, por saborear su cuerpo, pero él se tomó su tiempo, apasionado por cada parte, sensitivo a cada respuesta de él. Se deleitó en darme el placer y el goce de sentirlo. Sus movimientos marcados por pautas regidas por la sensualidad y el poder del juego de posesión ante mi rendición, ante la delicia de vivirlo con esa intensidad, hasta derramar el último aliento de mi boca, dejando reposado mi cuerpo en la cama boca arriba.

Cuando volví de ese trance en el que él me había transportado, le sonreí. Quería recuperarme de esta investida de sensaciones para arremeter contra él, apoderarme de todo su cuerpo y saciar ese hambre que tenía de lo que era la posesión de su yo, de su alma. Delante de mí, le faltaba el aliento ante la fogosidad del momento. Poco a poco me incliné y de rodillas sobre la cama me acerqué a él. Aun vestido completamente, pero con su miembro llamando para sentir la liberación, le dejé desnudo, como él hizo, poco a poco, jugando al juego de la sensibilidad y del silencio. Frenando esa ansia y esa fiebre de llenarme de él. Se dejó llevar por cada movimiento pausado, hasta tumbarlo en la cama para ponerme encima de él. Como si fuéramos una canción, una balada de amor, nuestros movimientos acompañaban el compás de esa música, la música de nuestra respiración, una pauta, la consonancia del amor y el sexo de la unión de dos personas en la perfección, de dos cuerpos unidos, como fichas de ajedrez por una lucha, buscando una rendición y un jaque mate.

Relajada rendida a ese sueño, al placer de abrazarlo y sentirlo a la vez que sus caricias iniciaban el relax absoluto a mi cuerpo. Cada día junto a él, vivía esos momentos de exaltación, de juego, de cariño y cada uno de esos días era diferente e incomparable. Poseíamos algo, esa conexión que iba más allá de lo que en un principio los dos hubiéramos creído ver. La conexión en la cama, el poder de conversación y pareceres de la vida. Quizá era algo que en nuestro comienzo, ninguno se había dado cuenta, ambos siempre hablábamos sin parar el uno del otro, incluso nos pensábamos cuando estábamos alejados, cada uno en su oficina, en su cama, recordando ese primer encuentro,

abrasándonos por separado a la fogosidad e incandescencia de nuestros cuerpos. En esa habitación de hotel de Sofía, ese número “410”.

Nuestros días en Madrid fueron pasando, entre las quedadas y las visitas. Ver como la gran capital se había engalanado para esas fechas, en cada rincón se respiraba esa esencia navideña. Revestida por luces centellantes llenas de colores, comercios repletos de regalos, de ilusiones y variedad.

Una tarde, las chicas nos fuimos de compras para regalar a nuestros chicos su expectante y esperado regalo de navidad, no solo terminé comprándole su regalo, sino que arramblé nuevamente con cosas para Sofía. Las chicas y yo nos habíamos despendolado y quizá se nos habían ido de las manos un poco los regalos. Hubiera jurado ver humo de nuestras tarjetas, quienes salían casi solas de sus carteras.

En ese centro comercial, hubo un momento en el que hicimos una estampida, cada una tiró a propósito a un lado diferente entre miradas de complicidad. Yo especialmente quería hacerles un regalo a cada uno de ellos, estas navidades, sin duda iban a ser una de las más especiales de toda mi vida. En una de las tiendas, a lo lejos encontré la mirada de Lara quien sonreía en la lejanía, cómplice de lo que estábamos realizando.

Todas al final terminamos repletas de bolsas, sentadas en una cafetería que disponía una especie de rincón repleto de sofás, en ese momento agradecía a mi espalda un respaldo blando y descansar los pies, por no decir el agotamiento que empezaba a notar. Con una infusión bien caliente entre mis manos, concentrada en la conversación y adelanto de algún breve detalle más de la boda de Dana.

Cada día la encontraba más bella, incluso había perdido más de un kilo que no le sobraba, pero aun así, estaba hermosa y radiante de felicidad. Una pareja singular, diferentes y al mismo tiempo tan iguales. Dos almas errantes en una noche de Madrid que se encontraron.

Disfrutamos como siempre de nuestra compañía, de esas verborreas que nos daban a todas, que casi por turnos teníamos que pedir hablar. Esas intimidades contadas, esas burradas que entre todas nos decíamos, en las que siempre estaban originadas por la bocas de Dana. Era una tarde de tan solo nosotras, ese grupo que habíamos formado lleno de complicidad.

Ante nosotros pasaban impasibles esos días de disfrutar, de consumir

nuestro espacio juntos. Eduardo, en cada momento me miraba y me regalaba esa sonrisa, que hacía que por todo mi cuerpo subiera esa temperatura, esa sensación cuando sentía que mi sangre hervía por él. Siempre en cada momento, juntos buscábamos esa intimidad para amarnos con la demencia igualada a nuestros primeros días. Aquellos lugares donde el peligro de ser descubiertos irrumpían en nosotros con aún más deseo de jugar a ese juego. Esas cenas en casa de Gema y mi hermano y mi antigua habitación, esa misma volvió a temblar ante el fervor de una noche de desenfreno imparable, en el que me encontraba llena de energía momentánea.

Llegó el 24 de diciembre, todos habíamos quedado en nuestra antigua casa, la que poseía quizá un salón más grande para poder albergar todos los que éramos cómodamente. Estaba claro que quien eligió el menú en esa noche era nuestro aprendiz de chef Javi.

A nuestra llegada, ya se encontraban todos y como de costumbre los besos, abrazos y saludar a Sofía, quien yacía tranquila dentro de mí, velada no solo por sus tíos, sino en constante por Eduardo. Para esa ocasión me había puesto un vestido premamá de un color gris, con algunos detalles en las mangas, un fular color burdeos para romper la sobriedad del color del vestido y unos zapatos con algo menos de tacón, los dolores de espalda no eran continuos a esa fecha, pero comenzaban a darme guerra a última hora si llevaba tacón alto.

Sentada en ese sofá hablando con Dana, comentábamos como se encontraba el árbol de navidad de lleno. Recordábamos el año pasado, en esta misma casa solo nos encontrábamos Gema, Dana, Enzo y yo y unos cuantos regalos en ese mismo árbol. No existía en nuestras vidas aun ni tan siquiera Javi siendo el primo de Enzo, ni estaba mi hermano, que en ese momento velaba los vientos por Gema y callado lo mantenía, Gema nos había escondido que habían estado juntos, tampoco estaba ni Lara quien conocí ese día cuando ante mí, abrí las puertas de esa sala, ni mucho menos Ángel. Y en esa misma sala, ante mí me fijé en Eduardo, quien ese momento me parecía un hombre presuntuoso y normal, hasta que empezó quizá a cautivarme su manera de hablar, cuando cada día junto a él me dejaba embriagar por su perfume. Quien en su momento, su prepotencia me dejaba pasmada. Ajena y

feliz en esos momentos me encontraba iniciando mi relación con Javi,

cuando se vio perturbada por las intenciones morbosas de Eduardo, “solo una noche con él”, quizá ahora sonrío al recordarlo, a recordar la intensidad de esos meses y el resultado de ellos. Lo tenía frente a mí, todo lo que el universo había esperado regalarme lo poseía delante de mis ojos observando a cada uno de ellos.

Como era normal, la tranquilidad no era nuestro punto, y yo aún seguía en ese sofá con Dana. Con esa mirada que me atravesó sabía que ya comenzaban sus famosas preguntas.

— Va Dana, dispara la pregunta.

— ¿Yo? Perdona, pero no iba a preguntar nada.

— ¿Qué es lo que te ronda la cabeza?

— Me rondan muchas cosas Alexia, ya sabes que mi mente no para. No deberías conocerme tanto.

— Hablamos de experiencia Dana, si quieres saber si seguimos montándonos Eduardo y yo como siempre, a esa pregunta es que sí.

— No era eso listilla, pero me alegra saber de vuestra intensidad en la cama, o donde sea que os lo estáis montando. Te juro que cada vez que no os veo a los dos, se me viene a la mente que andáis follando por cualquier lugar ya sea de un restaurante, discoteca o en alguna casa que nos encontremos. Pero no era esa la pregunta. Quería preguntarte... ¿cómo es eso de estar embarazada?

— Dana, creo que más o menos lo sabes, es más tú fuiste la que me alerto con mis vómitos de que pudiera estarlo.

— No eso no, me refiero al sentimiento de llevar y estar formando una personita. Cuando he escuchado esos videos que nos enviasteis, ese corazón latiendo a toda velocidad que procedía de una vida...No sé, me ha dado que pensar con respecto a la maternidad, y créeme que es un tema que hemos hablado muchas veces Enzo y yo y últimamente más que vosotros estáis esperando a Sofía.

— ¿Os estáis planteando tener un hijo Dana?

— Pues a decir verdad, nos ha entrado el gusanillo. Mirando objetivamente, estamos mejor que nunca, y Sofía no se llevaría mucho tiempo con su primito ¿no?

— No me lo puedo creer, de verdad, me alegraría tanto saber que vas a ser mamá y poder ver ese proceso a tu lado...

— Bueno, aun no estamos buscándolo, pero en esos arrebatos de pasión que nos dan a ambos más de una ocasión ya he escuchado entre susurros ¿quieres que te haga un hijo?

— ¡Ostras! Eso ya es algo más serio, y más que en ese justo momento te diga eso Enzo. Yo, te animo a esa nueva aventura en la vida. Es alucinante ver como poco a poco te crece la tripa, cuando sientes esas primeras pataditas dentro de ti, créeme Dana que esa sensación es única.

— Quien sabe si hoy le ataco y mando a paseo la píldora.

Ambas nos miramos con esa complicidad que nos unía. En ese momento se acercó Eduardo para regalarme esos besos en mis labios que abrasaban y hacían que saltara esa chispa. Le susurré que no anduviera provocando un juego que sabía que ambos terminaríamos haciendo un jaque mate como en el ajedrez, con un último movimiento rápido y efusivo.

Me cogió de las manos y me acercó a su cuerpo, los dos pegados uno al otro, bajo una canción que sonaba de fondo, empezó a moverse para comenzar un baile, un contoneo de nuestros cuerpos al ritmo y al compás de esa melodía. Abrazados mientras mi cabeza reposaba en su hombro, me envenenaba de ese perfume y de la seducción de sus movimientos, a la vez que me regalaba esos delicados besos en mi cuello. Mi piel se erizaba cada vez más, sentía esa corriente desplegarse por todo mi cuerpo. Sentí que su aliento se entrecortaba por momentos al igual que el mío y bajo esa incitación y quizá bajo la atenta mirada de todos, se hizo el hechizo en nosotros, nos envolvimos en esa atmósfera en la que solo existíamos los dos. El atractivo y la fascinación de nuestro contoneo, la persuasión corrompieron nuestro estado, desatando en nosotros esos mordiscos en los labios, ese deseo de ser devorados. El coqueteo de nuestras manos haciendo recorridos libres por nuestra espalda, para finalmente llegar hasta nuestros traseros quienes recibieron un buen masaje a la provocación. Estábamos a punto quizá de pasar la barrera cuando Eduardo subió sus manos muy cerca de mis pechos, en ese preciso momento escuchamos unas voces que procedían de afuera, no fuera del piso, sino de la atmósfera en la que nos habíamos enloquecido.

— ¡Pervertidos! ¡Parar un poco!

Ambos casi jadeantes nos separamos, en ese momento volvimos a una realidad, al salón donde estaban todos quienes entre risas nos seguían diciéndonos de todo menos guapos. Bajé mi cabeza ante la vergüenza del espectáculo. Eduardo tímidamente se reía e intentaba recuperar ese aliento, no se separaba mucho de mí, pues estaba completamente empalmado, y eso ya él, no quería que lo vieran así.

— ¡Vaya dos! ¡Anda iros a una habitación! ¡Guarros!

— Madre mía, como si nunca hubierais visto esos tipo de besos, o esas caricias. — Dije con sarcasmo.

— Joder Alexia, claro que lo hemos visto y te aseguro que cada uno en su intimidad los ha vivido, pero si no os decimos nada os lo montáis delante de todos nosotros.

— Vale, reconocemos que se nos ha ido de las manos, pero eso pasa cuando tengo delante de mí a la persona que se lleva por delante mi vida. Eduardo, cariño, me vuelves loca y quiero que lo sepan todos ¡me vuelves loca!

Todos nos reímos a la vez, y con esa frase quizá les apacigüé un poco de lo que habían visto. Nos habíamos pasado un poco de la raya los dos, y sin darnos cuenta habíamos comenzado a quemarnos delante de todos, mientras nosotros estábamos ausentes por completo. En esa noche de celebración ese fuego fue sofocado, no en la habitación, no en el baño, como en otra ocasión, con la excusa de hacer una llamada nos salimos a esa escalera de casa, yo sabía de primera mano que arriba se encontraban los trasteros, había un lugar donde los dos podíamos dar rienda suelta a esa pasión peligrosa. Y así los dos algo desesperados nos subimos al último piso donde se nos fue la vida, la garra, el frenesí de sentirlo tan adentro como pudiera, el quemarme con cada investida y sentir la maravilla de un orgasmo conjunto que dejó nuestros cuerpos temblando y jadeantes ante la escena de sexo que habíamos tenido.

Cuando regresamos, intentando aparentar toda la normalidad en la cena, mi cara desvelaba una relajación placentera, el brillo de mis ojos, la sonrisa boba que se me había quedado, el calor sofocante que aún se había quedado en mí, todo eran evidencias que las chicas estaban viendo y comenzaron esos susurros entre ellas, Lara por supuesto, con su famosa frase de “huele a poscoito”.

En mí se formó esa sonrisa picarona y socarrona que desvelaba que lo que ellas cuchicheaban era cierto y se hizo el escándalo de todas nosotras, bajo la mirada de nuestros chicos que pensarían lo locas que estábamos.

La cena prosiguió con esas risas, pero ya de todos. Y así ese 24 de diciembre disfrutamos como siempre lo hacíamos hasta expresar el último segundo antes de pasar al día de Navidad. En esa noche irremediablemente me fui a mi antigua habitación a tumbarme y cerrar los ojos, mientras Eduardo venía a hacerme visitas preguntando si necesitaba algo, si requería de su compañía y de sus caricias. Para mí en ese mismo momento era casi el mismísimo diablo pues despertaba en mí ese pecado. Medio en susurros le animaba a estar con el resto y disfrutar de la noche. Realmente necesitaba cerrar los ojos momentáneamente y relajarme ante el ajetreo producido en estos días.

Cerré esos ojos pero durante varias horas inconscientemente, Eduardo delicado en sus movimientos cogiéndome intentó no despertarme, pero semi abrí mis ojos ante quizá el eco de esas voces que se escuchaban lejanas en mis sueños. Somnolienta intenté por mis propios medios ponerme de pie e intentar despedirme de todos con un abrazo, y casi en un suspiro agradeciendo la magnífica noche que habíamos pasado.

Así como a las tantas de la madrugada llegamos Eduardo y yo a casa bajo el apoyo de sus brazos, me acostó con delicadeza en la cama, aún tenía que descansar unas horas más, mañana teníamos comida en casa de los padres de él y tenía que estar algo recuperada para no quedarme quizá dormida en la comida.

Al despertar, me lo encontré plácidamente dormido, inmerso en sus sueños, me levanté con cuidado para no despertarlo y con calma preparé el desayuno. Me había levantado hambrienta como casi todas las mañanas y asalté a la nevera, preparando un variado y delicioso desayuno. Le dejé encima de la encimera una bandeja preparada a Eduardo, no quería aun despertarlo, el pobre no llevaba ni cuatro horas dormido, y al igual que yo, tenía que estar descansada, él también debía de estarlo.

Estuve ojeando el móvil, mientras me relajaba en el sofá y teniendo de fondo la televisión. El grupo estaba repleto de fotos de anoche de todos juntos y por separado, y ante mí apareció una foto que hizo subir mis cejas tanto,

que casi me da un tirón en el ojo. Ahí estábamos Eduardo y yo en ese momento de exaltación de nuestro amor, lo que comenzó por el baile que pudo terminar en el directo de alguna película porno. Entendía de la bronca de todos, la verdad, esa foto estaba bastante subida de todo, pero a pesar de ello sonreí con esa malicia que se adueñaba de mí. Nos habíamos convertido los dos en casos perdidos dentro de un juego lleno de seducción, y ellos lo habían asumido, ya ni el pudor de estar delante de mi hermano, ya todo daba igual, lo amaba con tanta intensidad que hasta los de al lado, se podían quemar y contagiar frente a ese arrebató, esa fuerza que nos hipnotizaba a los dos por poseernos y ser arrastrados a la entrada casi del mismo abismo existencial a lo terrenal.

Reposada en el sofá, mientras me relajaba inmersa en la lectura de una apasionante novela de romance con intriga, asomó su torso desnudo por la puerta. Mis ojos se elevaron por encima del libro. Frente a mí el hombre más atractivo, con ese pelo alborotado, ese torso musculoso con algo de vello, esos pantalones grises de pijama justo empezando donde se encontraba el pecado, la debilidad de mi existencia como mujer. La inconsciencia hizo que mis labios se saborearan, la imaginación se disparaba mientras él, aun ni había abierto un ojo. Sentí la llegada de esos calores que asomaban por todas las extremidades de mi cuerpo.

Eduardo, ausente de casi vida, se acercó a mí para regalarme un beso y dar los buenos días a Sofía. Bajaba su mano y cada día acariciaba donde estaba su hija para después, acercar sus labios a mi tripa y otorgarle un beso lleno de cariño. Yo cada día, sonreía y se me llenaba de felicidad el rostro al ver ese gesto que empezó, al poco tiempo de saber que íbamos a ser padres, a hacerlo.

Hombre de pocas palabras hasta que no estaba desayunado. Su apetito hizo que devorara cuanto desayuno había preparado, mientras agradecía y reconocía la delicia de todo. Así despertó el hombre, el ser que tenía delante de mí. Ante la invitación a ducharnos juntos, a eso no podía negarme, el sentir su cuerpo desnudo bajo los chorros de agua caliente. Y allí en esa ducha, esa espuma repartida por cada parte de nuestro cuerpo nos besamos, entre risas procedentes de la nada, quizá solo del momento, de nuestro momento.

A la salida, los teléfonos sonaban y retumbaban por todo el salón de casa. A Eduardo, le llamaba su madre y en mi teléfono mi padre. Nos miramos con esa risa pícaro antes justo de cogerlos.

## Capítulo 14

Por separado ambos contestamos las llamadas, con esos paseos tan peculiares de un lado para otro en el salón de nuestra casa. Nuestras miradas se cruzaban y nuestras bocas se sonreían, para terminar con un beso muy casto de nuestros labios, sedientas de regalarnos esa miel deseada.

Hoy era el día de navidad, y mi padre quería felicitarnos y desearnos un feliz día. En pocos días nos veríamos. Sofía, había conseguido lo que ni Jorge ni yo habíamos logrado, que regresara a Madrid desde la muerte de mamá.

Tras colgar los dos, nos fuimos a preparar a la habitación, hoy teníamos comida en casa de los padres de Eduardo, quienes esperaban ansiosos nuestra llegada. Teníamos en esos momentos una gran familia, gente que nos quería a nuestro alrededor.

A nuestra llegada, María fue muy efusiva en su recibimiento, atosigándonos a los dos con esos besos que solo una madre sabía dar. En ese momento me paré a pensar. ¿Qué pensaría mi madre de este embarazo?

¿Cómo se sentiría al saber que iba a ser abuela? ¿Qué su pequeña iba a ser madre? ¿Qué pensaría de lo precipitado de todo? Aunque ella siempre nos enseñó a vivir cada segundo de la vida como lo hizo ella. Acaricié mi tripa y suspiré ante esas preguntas lanzadas al aire y sin respuesta de quien yo quería que fueran contestadas. En esos momentos mis ojos se empañaron en lágrimas, de añoranza de tenerla a mi lado en estos momentos en los que quizá más la necesitaba. Eduardo en ese instante me abrazó con fuerza, sabía que algo en mi mente había hecho ponerme de aquella manera, tan sentimental y vulnerable.

La casa se encontraba exquisitamente decorada, con ese árbol de navidad colocado en una de las esquinas del salón, esos detalles dorados y color plata brillantes. Eduardo no me soltó de la mano en ningún momento, nuestros dedos estaban entrelazados para sentir la unión de los dos.

Pasamos al comedor, la mesa estaba vestida con un mantel rojo con pequeños detalles en plata en las esquinas, las servilletas, la vajilla, los cubiertos, las velas, daba la impresión de una comida de gala, una comida de Navidad rodeada de esas personas que abrieron sus puertas para formar parte de mi familia. Tomé asiento al lado de María, nuestros hombres se marcharon brevemente, supongo que a hablar un poco de sus asuntos.

Ella no dejaba de preguntarme como me encontraba, sobre los síntomas que sentía, a decir verdad me acribilló a preguntas, mientras me narraba el embarazo de Eduardo en su juventud. Tenía en su mirada ese brillo, en su sonrisa dibujaba la felicidad de ese momento ante la emoción de ser abuela y de tenerme allí, el conocerme, el por fin tener parte en algo de su hijo, que estos años poco habían sabido de él. Se ve que Eduardo había sido una buena pieza de hijo en lo que se refiere a lo de parejas. Pero me lo podía imaginar, no era una sorpresa para mí saber que, lo suyo no habían sido las parejas estables. A mi mente vino esa primera vez en la habitación 410 de ese hotel en Sofía, esa vez cuando me pidió tan solo una noche, una noche en la que ambos caímos presos en deseo, en ese juego sobre la mesa de un ajedrez al control, cuando ambos lo perdimos.

Tras servir esa deliciosa comida de navidad, disfrutamos de una velada sentados en el sofá. Yo me encontraba ya de bajón y mis ojos se medio cerraban entre conversación y conversación. Eduardo quiso que me relajara en su antigua habitación. Su madre aun la tenía preparada. No me parecía de

buena educación retirarme de esa reunión familiar, pero verdaderamente o el embarazo o la medicación hacían que cayera redonda. Aun así, de la mano de Eduardo subimos los dos a su cuarto. Bajo esos castos besos y caricias caí rendida en su cama.

Tras despertar bajo la calma y la luz tenue del dormitorio de Eduardo, me percaté que se encontraba a mi lado, acariciando mi rostro. Esa sonrisa al ver mis ojos abiertos, esa picardía en su rostro, unas veces se transformaba en un ángel que acababa de bajar del cielo y en otras ocasiones parecía el mismísimo pecado convertido en carne, que había regresado del infierno.

Se acercó despacio para besar mis labios, ese beso, ese néctar que cada día me regalaba, activó en mí el calor de un despertar a su lado. Cacé su labio inferior con mi boca de una forma sensual y pausada, con la delicadeza de un bienpreciado, de una alhaja o un manjar. Lo saboreé y con mi lengua lo rocé. Ambos estábamos clavando nuestra propia tumba en la excitación, en ese despertar del volcán, del mar embravecido de nuestros cuerpos, que sucumbían a la pasión y el desenfreno de cometer la locura imparable de amarnos. Me deshacía frente a él, como un copo de nieve al caer en el agua. Nuestras lenguas salieron a su encuentro, ese contoneo entre ellas, ese baile en el interior de nuestras bocas, las caricias y el desenfreno de una pasión nacida del silencio de nuestras miradas. Sus manos con sutileza recorrieron con suavidad mis pechos, por encima de una de sus camisetas, mis pezones pronunciados buscaban la delicadeza de esos dedos, de ese calor que manaba su mano ardiente en el deseo de fundirnos y arder en esa habitación como dos estrellas incandescentes.

Esa pasión la teníamos que apagar de alguna manera. Los dos bajo el techo de la casa de sus padres, a pesar de la magnitud y dimensiones del hogar de ellos, estábamos a punto de asaltar nuestros cuerpos. Pero a la vez que nuestras mentes y nuestros labios entre jadeos pedían clemencia para no terminar en entrega allí mismo, fue inútil, nuestras manos caminaban y exploraban nuestros cuerpos. Ambos terminamos los metidos bajo esas suaves y finas sábanas color crema, despojados de solo nuestra ropa interior. De cintura para abajo estábamos desnudos, fundiendo nuestros cuerpos, moldeando la forma y la perfección. El sentirlo dentro mí, en mis adentros, quemando y ahogando la excitación. Sus movimientos suaves hacían que mi cordura me abandonara por momentos. Con la armonía, con la cadencia, con

esa sinfonía de nuestros cuerpos, juntos llegamos a ese orgasmo deleitable y tan plácido que nos dejó abrazados bajo esas sábanas y bajo esa risa casi silenciosa de lo que acabábamos de hacer.

El día de Navidad, ese día para estar rodeado de la familia, de los amigos, el mágico día que por dentro, de alguna forma nos llenaba. Eduardo y yo lo pasamos allí, bajo ese nuevo techo para mí, esa nueva familia que me había acogido como una más. Entre los besos, entre esas caricias que nos llevaron al delirio.

Toda la mañana y toda la tarde casi noche con ellos, riéndonos y contando anécdotas de la infancia. Las que más me encantaban eran esas historias de él cuando era pequeño, y como no podía faltar en este tipo de reuniones, salió a la luz esos famosos álbumes de fotos. La cara de Eduardo en ese mismo momento era todo un poema, con la frase que lanzó al aire de réplica ¡Mamá! Mi sonrisa se vio aumentada en picardía, cuando vi como María lo retiraba de mi lado para ponerse en medio y abrir esa vida escrita y plasmada en fotografías. Conocí de él aspectos que desconocía, en una ocasión me dijo que debió de ser muy travieso, pero la cara que tenía en esas fotos tuvo que ser más que eso, y a medida que lo explicaba su madre más en lo cierto estaba. Fue la guinda a ya la entrada en la noche.

Ambos con cara de pena se despedían de nosotros en la cochera de la casa. Una emotiva despedida de los que nunca pensé que serían tan encantadores. Tampoco me podía imaginar como estábamos él y yo. El señor prepotente, el que me dejaba helada con sus palabras, aquel que osó a desafiarme a romper todo de lo establecido en mi vida, ese mismo estaba a punto de formar una familia y yo lo observaba cada segundo, cada momento que pasábamos juntos como la sucesión de fotogramas de una película antigua en blanco y negro.

Nuestros paseos por Madrid, pasando por debajo de todas aquellas luces centellantes, colores azulados, rojizos, plateados y dorados. Hablábamos sobre los próximos meses, las revisiones, los cambios en los tratamientos. Eduardo velaba por las dos, nos protegía con todas sus fuerzas. Tanto fue así, que bajo un silencio algo prolongado, con nuestras manos entrelazadas soltó al viento una frase *“daría cualquier cosa por ser yo quien pasara tu enfermedad Alexia”*. Esa frase encogió mi corazón. Lo paré frente a mí, le sujeté las dos manos y nuestra mirada se clavó. Nuestros ojos empañados por

el lamento y esas lágrimas que resbalaban por el lateral de nuestro rostro hasta llegar a nuestros labios hablaron bajo el silencio.

Nos fundimos en un abrazo bajo la mirada de las personas que pasaban a nuestro alrededor. Y allí en ese grandioso paseo de la Puerta del Sol, bajo la bohemía iluminación de los edificios señoriales llenos de historias, bajo ese punto, esa placa del kilómetro 0, nos besamos con el cariño, con el respeto y la complicidad de dos personas que se iban conociendo, dos almas errantes que decidieron unirse y caminar de la mano en esta vida.

El tiempo iba en nuestra contra, os lo puedo asegurar. La última noche del año, aquella que se convirtió en toda una fiesta en casa de mi hermano y Gema, donde la música más actual retumbaba en las paredes. Abandonábamos un año, que para todos allí presentes, de alguna forma, nos había cambiado quizá para siempre.

Llegaba un momento que tan solo él y yo sabíamos, queríamos que fuera una sorpresa para el resto. Bajamos la música, pusimos la televisión y pulsé el canal donde iba a salir la creación de mi equipo de Sofía. Todos expectantes se callaron y en ese momento a tan solo diez minutos de terminar el año apareció en la pantalla. Todos se quedaron fascinados, sabían, por lo que hablaba, de lo que realizaba, pero no sabían que la perfección la hubiera logrado, con lo despistada que era para otros menesteres. El poder ver ese anuncio en la televisión, saber que había sido hecho por mi equipo, tenía ese punto de mí y de mi esencia. Todos quedaron fascinados ante el impacto del anuncio visto a nivel mundial justo en este día.

Tras esas doce uvas y unos brindis, entre los abrazos, los besos, las risas y todo lo que nos acompañaba cada vez que todos nos uníamos, quedé sumida inconscientemente de agotamiento en el sofá de allí. Velada en todo momento por Eduardo, quien quitaba hierro y justificaba ese cansancio a mi embarazo.

Los días en Sofía corrieron como las liebres, libres por el monte pegando saltos, esos saltos eran mis bajadas y subidas. Y terminando Enero, el médico me aconsejó y me medio obligó a cogerme la baja por maternidad. Agaché la cabeza como una niña e hice caso. La verdad, nunca hubiera imaginado que no ir a trabajar me generara inquietud, en los ratos que estaba despierta, en los que dormía era la mujer más feliz perdida en esos sueños. Eduardo

intentaba buscar algún tipo de actividad que no me agotara mucho, notaba ese nerviosismo en mí, y quizá en mi carácter algo alterado.

Las hormonas hacían también su trabajo, tan pronto estaba alterada y quizá quisquillosa, como que rompía en llanto. La paciencia que tenía él, jamás lo hubiera esperado. Sus palabras en el justo momento, no antes ni después, sino cuando quizá estaba preparada para escuchar.

Katya cada fin de semana que no habíamos viajado a Madrid, pasaba por casa a recogerme para pasear, tomarnos algo o quizá salir los cuatro en pareja a cenar por el centro de la ciudad. Esas tardes con ella eran fascinantes, había aprendido un español muy fluido, reconoció que se había apuntado a la Escuela Oficial de Idiomas para aprenderlo mucho mejor.

Esos paseos, bajo esas frías mañanas, ataviadas con nuestros abrigo, con todo lo necesario para que ni un ápice de aire helador se colara por ningún rincón. Quizá aplacaba esa mala leche que me subía repentinamente por el cuerpo que terminaba pagando el pobre de Eduardo. Katya reía, pero no justificaba ni mi estado, ni mi estado de ociosa para arremeter contra él.

Una semana, debí de pasarme, y la verdad que el enfado se nos fue de las manos. Me sentía culpable, pagaba mis frustraciones con él, cuando era quien se desvivía por las dos, pero para llegar a esa conclusión me costó los sermones de todas mis amigas, varios días pasaron hasta que me acerqué a él con la calma que tenía antes, con esa mirada destruida por la tirantez. Como una gatita me senté junto a él en el sofá, juraría que hasta ronroneé, pero busqué su mirada, esos ojos negros llenos de profundidad. Los encontraba apagados y cansados, no era para menos, podía llegar a ser una persona letal cuando en mí aparecía la irracionalidad y brotaba ese carácter de mujer por cada poro de mi piel.

Le acaricié su rostro y pronuncié esas palabras que salieron de lo más hondo de mi ser “lo siento”, no quería que las malditas hormonas hicieran de las suyas y ponerme a llorar como una magdalena, pero en esas dos palabras, he de decir, que las dos últimas letras casi salieron en afonía.

En ese momento, besó mis labios Eduardo, ese beso me supo a gloria, a una bendición de los ángeles, el néctar que en estos días no había degustado, la suavidad de esos labios, el aterciopelado sentir de su lengua con la mía.

Él se disculpó, nada tenía que perdonarle, realmente la única que se había

comportado como una niña había sido yo, qué reprochar a un hombre que lo tenía a mi servicio y a mi atención las veinticuatro horas del día. No le dejé apenas hablar, le cerré sus labios con mis dedos hasta verdaderamente disculparme por ese comportamiento. Y con esa amplia verborrea que me dio, en la que quizá repetía una y otra vez lo mismo él me cortó, invadió mi boca llena de palabras con su lengua. Ahí, justo en ese momento se me olvidó por completo que es lo que estaba ni hablando, la mente se me nubló y se abandonó a los pecados del sexo, el de una reconciliación, ese que era desenfrenado, quizá hasta libertino y descarriado en aquel sofá. El atropello de nuestras manos y de sus lenguas, algo desmedido, como si fuéramos dos adolescentes corrompidos, desencadenó la presión por sentirnos, saborearnos y poseernos una y otra vez hasta que mi cuerpo quedó rendido completamente sobre aquel sofá desplazado.

Toda nuestra ropa se encontraba lanzada y arrojada por todo el salón. Mi cuerpo seguía temblando en espasmos, la aceleración de mi corazón, esas pulsaciones que rompían los valores de seguir vivo en la tierra. Quizá en nuestro comienzo esto no hubiera sido nada, pero en la posición en la que me encontraba, he de decir que pudo más la ansia que mi cansancio, quería cometer y seguir cometiendo ese pecado capital con él, pero sentí que mi límite había llegado si no quería terminar en el hospital.

Eduardo, me cogió, con mis brazos rodeé su cuello y me llevó al dormitorio, me tumbó en la cama y me arropó. Mis ojos se iban cerrando y con esas caricias que me otorgó, terminé profundamente dormida bajo el susurro de su voz.

Me encontraba nerviosa en casa, no paraba de ir de un lado para otro, Eduardo había ido a recoger al aeropuerto a Dana, Enzo, Gema y mi hermano Jorge. En esta ocasión Lara y su aun pareja habían hecho planes en el fin de semana, ella conocería la familia de él, y eso ya era un paso muy importante.

No era la primera vez que viajaban, era consciente, pero ya hacía un mes que no nos habíamos visto. Por unas circunstancias u otras habíamos retrasado todos los viajes. Mi tripa en esa fecha, ya entrado bien febrero, había aumentado mucho. Quizá de repente un día me había ido a la ducha y al salir, frente al espejo sin apenas darme cuenta, mientras me secaba el pelo con la toalla, estando de lado, me percaté del volumen que tenía. Es más,

contenta di una voz a Eduardo quien acudió veloz como un rayo pensando que me había pasado algo.

Me hacía una tremenda ilusión que me vieran así, ya controlada de ese carácter de niña mal criada, quería que me vieran en este estado de felicidad y tocaran tanto quisieran el lugar donde atesoraba a Sofía.

Escuché el sonido de la puerta de la cochera abriéndose, cogí mi abrigo y salí al patio trasero. Con esa sonrisa tan peculiar que se nos pone a todos cuando estamos emocionados y felices de ver a alguien que forma parte de nosotros. Esperé a que se abriera la puerta, pero a través de esos muros ya escuchaba la voz escandalosa de Dana.

Cuando ellos entraron en el patio ahí estaba yo envuelta en mi abrigo. Automáticamente las tres comenzamos a gritar, dábamos pequeños saltos mientras nos abrazábamos. Cuando la tontuna se nos pasó a las tres, Eduardo me empujó hacia dentro de la casa, hacía una temperatura glaciara a esas horas y lo que menos quería, es que mis pocas defensas se vieran abatidas por esas corrientes de aire invernal.

Algo más calmada abracé a mi hermano y a Enzo, ellos dos tan silenciosos como siempre, pero con esa cara de saber que nosotras éramos como éramos, locas de la vida, algo que no podrían cambiar ni los años. Esa sonrisa de mi hermano inconsciente al verme la tripa cuando me retiré el abrigo. Esa sonrisa de lado a lado de su boca. Sus manos la acariciaron por encima del jersey que llevaba, su cara de embobado, no cabía duda que iba a ser una sobrina consentida.

Todo un fin de semana para absorberlos a todos. Aunque mi capacidad de poder ir de marcha se había reducido casi bastante, el sábado aunque fuera una hora, en mi mente corría la posibilidad de salir a bailar y mover levemente el esqueleto. Eduardo, quien me conocía a la perfección, sabía que me rondaba algo por mi cabecita, no se lo negué, pero el no rotundo salió de sus labios a exponerle la idea de salir a bailar todos. Una y otra vez le rogué, que, aunque fuera tan solo un rato, quería salir a divertirme y así dejar mi mente vagando por los hilos musicales de actualidad. Ante sus razones y sus negativas fui implacable con él y en nuestra habitación bajé la cremallera de su pantalón.

— ¡Alexia!

— Dime Eduardo.

No le dejé ni continuar. Al repasar mi lengua por su pene, aquel que se encontraba tranquilo.

— Dime Eduardo ¿querías decirme algo?

Cuando fue a contestar nuevamente, volví a lamer con deseo y ansia.

— Quiero ir a bailar.

Tras abrir su boca para replicar, comencé a saborear la fuente de mi deseo. Quería dejarlo inerte en palabras y sin sangre en el cerebro, que cayera su argumento, que no se pudiera negar a la fuente de su placer, implacable continué. Por mucho que él quería hablar yo más inclemente era, lenta en movimientos, con un manjar entre mis manos, paraba y seguía hasta dejarlo sin aliento. Esa sonrisa traviesa en mi boca y sus ojos medio vueltos del revés. Estaba ya a punto de llegar al orgasmo cuando paré de golpe.

— Vamos a ir a bailar esta noche.

— ¡Alexia! ¡No me hagas esto!

— Di que sí.

— Terminarás muy agotada.

Volvía a lamer lascivamente y sin piedad hasta volver a dejarle a las puertas de ese clímax.

— Di que sí Eduardo y terminaré lo que he empezado.

— Esta bien Alexia...

No pudo decir nada más, lo tenía en el punto que yo quería y sometido a un chantaje sexual de gran calibre, no podía renunciar en ese momento al placer de mi boca y de mi lengua. Tras llegar y sentir como cada músculo de su cuerpo se contraía, en ese mismo momento que él perdió el control hasta de donde se encontraba, yo me levanté.

— Ya sabes que soy muy cabezota Eduardo. Tengo armas suficientes para hacerte cambiar de opinión cuando yo quiera.

Con esas palabras susurradas, acicalé mi pelo y salí de nuestro cuarto. Allí se encontraban todos, tomando un café y hablando con Katya quien se había sumado a nuestros planes fueran lo que fuesen. En ese momento fue cuando les dije el plan en la noche, a pesar de que no podía tomarme mi Martini, me

daba igual, solo quería cerrar los ojos en alguna pista de baile y dejarme llevar por esos acordes de la música, sentir en mi cuerpo la vibración de las notas.

Al poco rato salió Eduardo del cuarto, quien me regaló un beso muy muy jugoso. Ya Dana, en ese momento, comenzaba a garraspar la garganta en señal de aviso a la subida de temperatura delante de todos. Fue parado a tiempo, Eduardo volvía a crear ese juego, volvía a sentir el pulso del control el uno sobre el otro, y me temía que había desatado en él querer conquistar, y tomar el control de mi cuerpo y que me derratiera ante él. Un nuevo juego sobre la tabla de ajedrez comenzaba, los movimientos estudiados, los pasos que iba dando. Toda la tarde estuvo provocándome, dándome para negarme y alejarse con cualquier excusa.

— ¡Ya estamos Alexia!

— Ya estamos de ¿qué? Dana.

Arrastras, bajo su mano me llevó a la parte de la cocina, mientras los chicos seguían inmersos en sus conversaciones. Allí nos encontrábamos las tres. Gema, ya más o menos se temía, por la cara de Dana, de que podría ir el tema para apartarnos de los hombres. Por otro lado, Katya, aun desconocía que era lo tan urgente era a tratar, pero bien pegó la oreja para hacer un sobre esfuerzo para entender el español.

— ¿De verdad piensas que me chupo el dedo?

— ¿De qué dedo me hablas?

— Mira que al final no te libras de una colleja. Te lo digo en serio. ¿Os vais a pasar toda la vida bautizando cada rincón de este mundo? Y no lo niegues, ya son muchos los meses que veo viendo como comienza vuestro juego.

— Soy inocente Dana, yo no he comenzado nada.

— Vete tú a saber que habrás hecho antes para que ahora él este de esa forma. Alexia te estas quemando por dentro. Por dios, no hagas que un día de estos tengamos que ver nada que no queramos ver.

— ¡Oye! Será que tú aun no has visto, creo recordar que en Madrid, en nuestro baño los pillé a los dos, menudo marrón. — Dijo Gema con sarcasmo.

— Esta claro que sois un pelín pesadas, pero son solo juegos, que sí que es

cierto que esto terminará vete tú a saber dónde. Pero, creerme cuando os digo que esto ya no está en mis manos, solo el aguantar y creo... que ante él no tengo mucho aguante.

Dana y Gema insistían en que mantuviera la compostura en la noche, al menos hasta llegar a casa, donde nuestro cuarto viera y sintiera toda esa pasión acumulada de dos personas que jugaban a la excitación del momento, a esa crecida y esa pérdida de la identidad para convertirnos en dos animales. Katya por el contrario, se quedó atascada en eso del dedo y del bautismo, su cara era todo un poema y esperó a que termináramos para preguntar sus dudas y esas conjeturas que ella se había hecho en la mente. Cuando ya detenidamente le explicamos entre risas el cotilleo de turno, soltó una carcajada que hizo a los chicos girar sus cabezas y mirarnos una a una. La mirada de Eduardo en ese momento me atravesó por cada poro de mi piel, tanto lo hizo que tuve que agarrarme a la encimera, inconscientemente atrapé un paño de cocina y lo apreté con ganas, mis labios involuntarios se mordían y mi respiración se vio cortada.

Dana, me agarró del brazo. Como en otras tantas ocasiones notó ese calor que manaba de mi cuerpo, esa sangre que recorría todas mis venas se había convertido en fuego.

— Aguanta Alexia, como sigas así te vas a derretir.

La noche se hizo muy larga, los minutos no pasaron en la sala de fiestas a las que nos llevó Katya. Pocas veces estaba a salvo de la mirada, del roce y de esos besos, de esos dedos que tocaban mis labios húmedos. Quemarse se quedaba corta, mi corazón sentía palpitaciones, y quizá en otros lugares también sentía esas palpitaciones. Me encontraba desatada y ni la música me valía de concentración para aislar la suma excitación que llevaba desde ya hacía varias horas en mi cuerpo.

Me había estado incitando y extorsionando en sensualidad desde lo de la habitación, en ese momento volvimos los dos a jugar lo que ya hacía meses que no habíamos jugado. Se activó en nosotros ese clic detonante. Me encontraba agitada, provocada, avivada y fustigada por no poder apagar esa sed que tenía mi cuerpo por sentirlo, por desearlo, por querer unir nuestros cuerpos desnudos. Mi mente por segundos se nublaba y no era en este caso por mi enfermedad, ni por mi embarazo, nada de eso, simplemente estaba

perdiendo los papeles al mantener ese control.

Esa noche el cielo entero tembló, cuando por fin esos besos y esas caricias debajo de las sábanas llevaron a vivir la explosión de sensaciones, el ver nuestros cuerpos exhaustos, abandonados tras dejarnos el aliento en amarnos.

Ese fin de semana fue recordado por todas, vivieron casi en primera persona la arrogancia y el poder que ejercía Eduardo en mí, de ese que habían escuchado hablar por Lara, quien tantas veces lo había vivido en los viajes de trabajo y en la oficina, sintieron el calor y el afán de desear tanto a una persona que el hielo a mi paso se convertía en agua.

## Capítulo 15

Había llegado ese gran día. Llevábamos en España ya unos días viviendo al lado de Dana y Enzo su gran aventura, el día de su boda había llegado, en el que todas aquellas personas que los queríamos con locura les acompañaríamos.

Esos dos días antes de su enlace, las chicas rescatábamos de casa a Dana, los nervios brotaban por todo su cuerpo. Esa mezcla de felicidad, de dar un paso importante en la unión. Ya estaba todo preparado, nada quedaba al azar, o quizá sí, nosotras y nuestra reacción, ese momento de exaltación de sentimientos, ese no se podía planear ni esconder, era impredecible.

El enlace se celebraba a las 12:30 del mediodía, un sábado, un 12 de Marzo en la Catedral de la Almudena de Madrid. Esa mañana me preparaba en el baño frente al espejo. La emoción me embargaba por todos aquellos poros de mi piel, había llegado ese esperado día, el ver a Dana vestida de novia, tan elegante, como si de una princesa se tratase. Las lágrimas resbalaban por mi cara a cada minuto, lo cual se iba a convertir en un problema en cuanto empezara con el maquillaje. Eduardo me miraba con esa cara sonriente, de cariño, de ver a una persona descubierta en sentimientos, desnuda a las emociones.

Me preparé lo más elegante posible con un vestido de gasa color azul celeste, un escote pronunciado dejando a la vista mi voluminoso pecho. Las caídas de la tela sedosa, esas capas que resbalaban por esas curvas que poseía, por esa pronunciada tripa de una mujer embarazada. El chal de color algo más

oscuro, con entre calados de la misma tela servirían para darle un toque de elegancia junto esos tacones de altura media. Un bolso de mano con tonos plateados y celestes brillantes remataban el estilismo perfecto para la boda de mi mejor amiga. La parte del maquillaje ya fue algo más complicada, teniendo en cuenta que mis alteradas hormonas y la emoción me embargaban en constante. Intentaría sosegarme y aguantar al menos hasta que la ceremonia hubiera terminado.

En la puerta de casa, frente a ese espejo apareció por detrás Eduardo, se encontraba con ese traje muy elegante, su pelo moreno peinado completamente para atrás y recién afeitado, con ese perfume que había inundado todo el salón de la casa. Me regaló un beso en mi carrillo, a la vez que acariciaba con ternura el lugar donde vivía plácidamente Sofía.

Habíamos quedado todos justo en la entrada sobre las doce. Y allí, en ese espacioso lugar a mi llegada quedé maravillada. Ese color azulado en el cielo, el color de la catedral, del reflejo que le otorgaba el sol. Esa alfombra roja que partía de la calle adentrándose hasta la puerta, decorada con manojos de margaritas blancas.

Con nuestras manos entrelazadas nos reunimos donde se encontraban ya todos. Jamás nos habíamos visto tan vestidos de gala como en esta ocasión. Nosotras elegantes y fabulosas con nuestros vestidos, ellos fascinantes hombres apuestos con esos trajes y esas corbatas tan señoriales que llevaban cada uno de ellos.

No parábamos de comentar lo hermosa que se vería Dana en este día, un paso más a dar con la vida que llevaba con Enzo, la unión de esos lazos ante el altar y en esos papeles. Logros hicimos todas para no tirar al traste el maquillaje que llevábamos.

Llegó la hora de entrar y seguir esa hilera roja. Nos adentramos en la Catedral de la Almudena en busca de nuestro banco. A cada paso que dábamos, íbamos saludando a diferentes familiares de los dos.

A lo lejos ya vimos a Enzo, quien no paraba de dar pasos de un lado para otro cerca del altar. Vestido con un traje de pingüino negro, con una corbata color bronce, un chaleco blanco y su pelo rubio engominado. Verdaderamente estaba atractivo, un guapo y nervioso novio.

Nos acercamos a él, para darle ese pequeño empujón en el abrazo y con esos

besos, llenarle de piropos hasta sacarle los colores, pero reconozco que con la tez tan blanca que tenía, nos fue muy fácil que se sonrojara esas mejillas delante de todos. Fue después justo cuando tomamos asiento, no faltaba mucho para que Dana apareciera acompañada del brazo de su padre emocionada, impresionante y verdaderamente bella.

Ese momento llegó, el momento de ver atravesar esa alfombra roja, en la lejanía ya pude ver como al compás del Canon de Pachelbel, tocado por una orquesta en el lateral de la Catedral, a su ritmo caminaba bajo la atenta mirada de todos los allí presentes. Apareció ante todos con un vestido color marfil, ese encaje y las aplicaciones de guipur con pedrería, eran las protagonistas de ese vestido de novia que había elegido Dana para dar su sí quiero. Estilo romántico perfecto para la novia, vestía una joya para otra joya que era ella. Una pieza realizada en crepe con talle bajo y escote redondo, perfilaban una silueta sirena que dejaba a todos sin palabras. Acompañado de un velo enganchado sutilmente en el recogido que llevaba, dejando una caída al aire en transparencia y una cola que asombraba la belleza y cada detalle ejecutado a la perfección por el diseñador.

Esa sonrisa de siempre en ella, ese reflejo de felicidad y nervios a ver a Enzo esperándola con cara de abobado a la belleza que reflejaba, era su cuento, el cuento que los dos tanto habían planeado. Todos los esfuerzos reflejados a que absolutamente, todo, estuviera a su gusto.

Y allí en ese altar, frente al altísimo Señor, confesaron su amor y lo declararon en sus votos, en esas frases que cada uno quiso elegir para procurarse ese amor y el compromiso de casarse.

Con un pañuelo de hilo en la mano, no paraba de frenar esas lágrimas de emoción. El lugar les había envuelto en una atmósfera única rodeados de tantísimos arcos, tantísimos reflejos de espiritualidad con esa música clásica de fondo que hacían que inspirara y palpitara el corazón tan rápido, que pensaba que se me iba a salir. Mis oídos escucharon esas palabras mutuas “Sí quiero”. Apreté fuerte la mano de Eduardo, quien en todo momento me regalaba esos besos en la palma de mi mano, me sonreía con esa complicidad de ambos teníamos.

Había pasado tan rápido la velada, la demostración ante dios de la unión sincera de los dos, que ya nos encontrábamos fuera todo el mundo,

preparados con bolsitas de pétalos de rosas de todos los colores, las bolsitas de arroz y algo de confite.

A la espera que esos dos salieran de allí para gritarles a todo pulmón “vivan los novios”. Cuando eso sucedió, me dejé la garganta como casi todos en chillar esas palabras, en lanzar lo que me había agenciado, entre el arroz, los pétalos y el confite de colores que volaba libremente por ese cielo azulado que nos había regalado el día.

Esos besos y esos abrazos, la mezcla de las lágrimas, de la emoción que rompía lo que yo me hubiera imaginado, el ver ese anillo de oro colocado en el dedo de Dana, el ver el reflejo de sus ojos cuando nos miramos. La fusión en el silencio, un abrazo sincero lleno de cariño y ese grito al unirnos todas y dar esos botes tan característicos de nosotras.

Ese gran día continuó en uno de los mejores restaurantes alojados en un antiguo Palacio. Vestido y engalanado para la ocasión. Las mesas vestidas a todo detalle, las sillas dominando el mismo tono, el brillo de las copas que daban el reflejo entre los centros de esas flores elegidas por los novios. La comida fue otro lujo más que despertó cada sentido, el paladar abría nuevas sensaciones a sabores, a mezclas que jamás había probado, exquisiteces de todos los lugares de nuestra geografía mediterránea. Y esa tarta, todo un clásico de varios pisos y esa típica escena al cortarla con la espada y probar los recién marido y mujer, el mancharse la cara, el mancharse esos labios para que Enzo los limpiara con ese beso de película, ese beso que terminó con la curvatura hacia atrás de la espalda de Dana, mientras los brazos de Enzo la agarraban por la cintura.

A ambos los veía muy sueltos en demostraciones, ya que de normal solían ser muy reservados ante los ojos de todo público. Me pareció una manera de celebrar y proclamar a gritos ese amor que se tenían, el cual habían sellado con el matrimonio.

El día fue agotador, mientras todas las locas de mis amigas bailaban descosidas en el centro de la pista del salón principal, una vez retiradas las mesas, yo me encontraba en un lateral, sentada en un sofá reposando todas las emociones, reposando mi espalda y mi ligero dolor de pies. Eduardo me acompañaba bajo caricias y atento a que no se me pasara tomarme la medicación, la que luego en menos de una hora me dejaba abatida y muerta

en cualquier lugar que me encontrara. Me animó a que antes de me hiciera efecto nos fuéramos a bailar un poco con todos.

En el centro de ese baile se encontraban Dana y Enzo, bailarines como nunca antes los había visto, más que a Dana a Enzo quien era de los que se quedaban sujetando un poco la barra de las discotecas. Entre esos bailes de mover todo lo que podía mis caderas, entre esa música actual, entre sonidos de otro tiempo disfrutaba estando al lado de todas. Esa era la forma, estando rodeada de todos, en la que a mí se me olvidaba lo que se me avecinaba en pocos meses a parte de dar a luz a Sofía, algo que me empezaba a rondar la cabeza.

Ya estaba grande dentro de mí y sabía que tenía que salir por ahí, cómo podía ser, me preguntaba una y otra vez, eso no puede dar tanto como para que salga mi bebé, aunque pronto recordaba que no era la primera mujer embarazada de la faz de la tierra, y esos sentimientos de miedo desaparecían.

Aproveché esos momentos con ellas y con ellos con todas mis fuerzas, tantas saqué que me sentí repentinamente tan agotada que casi ni me dio tiempo a llegar al rincón del sofá del salón. Ayudada por las chicas, pues en ese momento Eduardo se había ido al baño.

— ¿Estás bien Alexia?

— Si chicas, gracias por ayudarme. Debe ser esto del embarazo. De verdad Dana, ve a seguir con tu gran día, yo aquí estoy bien, ahora vendrá Eduardo.

Dana me regaló un beso fuerte y se retiró con el resto de los invitados, pero en sus ojos vi la preocupación. A decir verdad todas me miraban algo extrañas.

— De verdad, chicas, que me encuentro solo cansada a tantas emociones, no es nada más.

— ¿Qué medicación estas tomando?— Comentó Lara delante de todas.

— No tomo ninguna medicación Lara.

— Alexia, no seas embustera que todas lo hemos visto y no solo una vez, sino muchas veces como casi te escondes para tomar unas pastillas color púrpura. Aquel día que terminaste en urgencias, desde entonces nos hemos callado todas, pero sabes que estamos a la espera de que te pronuncies en ese tema.

— Bueno, creo que este no es lugar ni momento para decir nada al respecto.

En ese mismo momento en que todos estábamos algo serios, algo que no procedía con la celebración de la boda, Eduardo apareció. Preguntó si todo estaba bien y que es lo que había pasado para que todos estuvieran a mi vera. Al decírselo las chicas la cara de él fue todo un poema en preocupación, incluso quería que nos fuéramos a casa, no quería exponerse a terminar nuevamente en el hospital. Todos nos miraban atentos, miradas a él y miradas a mí. Parecía una encerrona silenciosa de saber qué es lo que estaba sucediendo, qué es lo que estábamos callando. Por suerte, hicieron caso de mis palabras, no era el lugar para tratar ese tema. Después todos medio obligados se fueron a seguir disfrutando de las copas de alcohol y de esos bailes.

La gente se fue retirando poco a poco, despedidas y besos de personas que ni sabían quiénes eran, pero en ese día las palabras se habían cruzado con muchos de ellos. Quedábamos quien dice los mismos de siempre dando guerra por la sala. Empezaron a organizarse para ir a cambiarnos a casa y quedar nuevamente sobre las doce de la noche en nuestra discoteca de siempre, New Garamond. Eduardo me miraba con esos ojos clavados, como diciendo que ni se me ocurriera pensar por un segundo que ambos íbamos a ir, ya bastante había cedido a mi reclamo de quedarnos aquí, como para ir a una discoteca en el estado en el que me encontraba.

Nosotros no habíamos abierto la boca, y ellos ya habían organizado el resto de la noche. Hasta que Eduardo se pronunció, mi estado de embarazo era una gran razón para ya descansar un poco al día de hoy tan lleno de esencia. La verdad, no se opusieron casi nadie y menos dando esa excusa, pero las miradas de las chicas me atravesaron. No podía ser verdad que supieran que les estaba ocultando algo, cómo me podían haber visto tomar esas pastillas, cómo me habían pillado en esa mentira. No podía contarles que es lo que me estaba ocurriendo, aun no, faltaban pocos meses para que naciera Sofía, y en ese momento es cuando yo había tomado la decisión de decirles la enfermedad que me asolaba.

Como una niña buena, agarrada del brazo de Eduardo, nos despedimos de todos muy efusivamente, lamentaba tanto no poder seguir esa fiesta con ellos, pero aunque él me hubiera clavado esa mirada, precisamente hoy no le haría

cambiar de padecer, me encontraba ya abatida y sin fuerzas casi ni para hablar. Lo mejor era irse a casa, cerrar esos ojos y esperar el despertar de un día nuevo.

Bien temprano, empezaron las melodías de nuestros móviles. Con un ojo medio abierto y otro cerrado, con aun esa pesadez en el cuerpo de ayer cogí mi móvil. Era Dana, quien eufórica me empezó a hablar demasiado rápido para mi nivel de recién levantada. Cuando pude por fin entenderla, le dije que me parecía una fantástica idea, en una hora todos nos veríamos en una cafetería para desayunar. Desperté a Eduardo quien se estaba haciendo el remolón, cosa que con él no iba mucho.

— Va, ven aquí conmigo, métete en la cama y pega ese cuerpo tuyo a mi lado.

— Eduardo, va, que hemos quedado para desayunar todos juntos en una hora, no seas perezoso que eso no me lo creo en ti. Te espero en la ducha, no me hagas venir a por ti.

Me fui a la ducha, ya me encontraba despierta y animada, ese cansancio había desaparecido por completo. Desnuda y apunto de adentrarme en ese agua caliente, Eduardo apareció por detrás, se pegó completamente a mí y en ese momento supe que ya estaba desnudo y no solo preparado para una ducha. Reí, me había estado tomando el pelo de mala manera para cuando me metiera en la cama asaltarme directamente. Ahora me tenía rodeada por todo su cuerpo, deseando adentrarse en el mío, cosa que no me negué, en esa mañana me había levantado algo juguetona y se lo hice saber bajo esos chorros y bajo la espuma.

Llegamos puntuales a esa cafetería, poco a poco fuimos llegando todos y los últimos en asomar fueron los novios, quienes aparecieron con esa sonrisa amplia, ese cutis brillante de felicidad y agarrados de las manos con sus nuevos y brillantes anillos de casados. Se armó el escándalo en nuestra mesa como era de suponer, ese cacareo de todos, esas risas contagiadas entre unos y otros. Yo al vernos así, me sentía feliz y afortunada de tener a todos ellos dentro de mi vida.

Ya con los estómagos llenos, nos relajamos un poco y los corrillos se hicieron. Estaba claro que me dio una verborrea casi imparable por una razón, sabía que en el momento que me callase las preguntas lloverían sobre lo

sucedido, sobre las pastillas y ese día del hospital. Desplegada toda esa palabrería casi nerviosa, entre esas risas, intentando no cesar y desviar por completo el asunto, no resultó del todo efectivo.

— ¡Alexia! — Dijo Lara cortante.

Me callé de repente, mirándola fijamente mientras mi sonrisa desaparecía por segundos. Agaché mi mirada hacia el suelo, juntos con mis manos casi temblorosas las que no paraban de moverse involuntariamente.

— Dime Lara.

— Creo que todas estamos esperando algo. No te hagas la indiferente o intentes cambiar de tema, sabemos que esta palabrería tuya se debe a que no quieres que se haga el silencio para que empieces a desembuchar por esa boquita todo lo que está ocurriendo. ¿Te crees que nos chupamos el dedo?

— Nunca he pensado que os chuparais el dedo chicas. Pero ahora poco tengo que deciros, esas pastillas, esas que me habéis visto tomar son tan solo unas vitaminas.

Mentí como una bellaca a mis amigas, pero no me quedaba otra, no me sentía preparada para decirles lo que estaba ocurriendo realmente.

— Al final te la vas a ganar Alexia. — Dijo Dana con mala leche.

— Mira Alexia, para tomarse unas vitaminas no creo que te tengas que esconder de nada ni de nadie. Puedo entender que una persona embarazada tenga que tomar suplementos, que tengas los típicos mareos y desvaíos normales. Incluso ese cansancio relativamente lo podemos entender. Pero te aseguro que desde que vimos cómo te escondías para tomar esa pastilla y el efecto que esta tenía al rato en ti, no hay que ser muy avisado para saber que ese medicamento no se le parece en nada a unas vitaminas, sino a algo más fuerte. — Dijo Gema seria.

— ¿Vosotras confiáis en mí?

— Alexia, no se trata de confianza, estamos preocupadas por ti. No sabemos qué es lo que nos escondéis, qué es lo que os estáis callando.

— Vuelvo a deciros ¿confiáis en mí? Si es así, todas vuestras preguntas serán contestadas, pero ahora no puedo, de verdad... no...

Me levanté de la mesa y me retiré a los baños de la cafetería mientras rompía

a llorar. Me dolía no poder tener el valor de decirles lo que me estaba ocurriendo, pero ni tan siquiera yo había pronunciado, más que solo una vez, esa palabra, cuando ante Eduardo desvelé lo que me ocurría.

Al segundo de entrar en el baño, apareció Dana. Me encontraba de cara al espejo, mojando y refrescando aquel sofocón que tenía. Los ojos enrojecidos e implados, bañados en lágrimas. Dana cogió papel para que me secara, bajo un silencio abrumador, bajo esa opresión que sentía, la angustia se había apoderado de mí. Me abracé a ella con todas mis fuerzas lloriqueando como una niña pequeña. El abrazo de Dana estaba lleno de comprensión y con sus palabras casi susurradas intentaba aplacar ese tremendo dolor que sentía, esa rabia por dentro de no aceptar ni lo que me estaba ocurriendo.

Apareció con cautela Eduardo por la puerta del baño de mujeres, al vernos las dos fundidas en un abrazo, tan solo preguntó si estaba todo bien, Dana con la mano, le dijo que saliera.

Me estaba mortificando y no encontraba consuelo alguno, la fuerza que cada día recogía para aparentar, esa normalidad ante los demás, esas fuerzas me habían fallado en este momento, no controlaba nada, había dejado mi alma al descubierto bajo esa cantidad de preguntas que ellas me estaban haciendo, aquellas que no podía contestar por terror, por no aceptar ni yo misma, lo que me estaba ocurriendo.

Se repetía la historia, ese capítulo de mi vida que yo ya había vivido. El que desvelaba mis noches, en las que despertaba de madrugada empapada de sudor y alterada. Esas noches Eduardo velaba cada segundo por mí, dándome calma, hablando de lo que sucedía y dándome esas fuerzas para pensar que no tendría que terminar igual.

— Alexia, sabes que siempre tendrás nuestro apoyo en todo. ¿No te acuerdas que hasta en tus locuras te hemos acompañado? ¿Dime? ¿Quiénes estaban allí cuando te convertiste en una persona que había perdido el control del sexo? ¿Quiénes sabíamos que te estabas pasando por la piedra a dos hombres y jugabas a un juego peligroso? ¿Quién estuvo apoyándote en la locura de dejar Madrid y adentrarte en otro país? Siempre hemos sido nosotras Alexia, las que en esas noches nos hemos confesado siendo sinceras en todo. No quiero que temas decirnos la verdad sobre algo. Sabemos que pasa algo pero desconocemos ese motivo tan grande para que ninguno de los dos hayáis

dicho nada al respecto. — Dana... ahora no puedo...

No podía ni hablar, ni decir más de tres palabras juntas, era algo demasiado serio, algo que me comía por dentro, a tal nivel que lo mío me costó confesárselo a la persona que yo más quería. Necesitaba algo más de tiempo para quizá asimilar lo que se avecinaba, no quedaban muchos meses, tan solo tres, la recta final de mi embarazo.

Continué con ese silencio, casi incómodo en el baño. Dana entendió que mis razones podían más de lo que ella se pensaba y me besó en la frente, comprendiendo que había estirado, había forzado algo que por ahora no iba a reconocer.

Ambas salimos del baño, ya algo más calmadas. Intenté desviar el tema, y todas en eso ayudaron pues no volvieron a preguntar nada más, ni tan siquiera esas miradas de preocupación aparecieron. Solo las paridas y los recuerdos de ayer, de esa boda que fue única, en la que todos lo pasamos genial y fuimos genuinos.

De camino a casa, los dos íbamos demasiado silenciosos, pero al llegar y tras cerrar la puerta Eduardo comenzó a hablar.

— Me parece que tendrás que hablar con ellas pronto Alexia. Andan inquietos todos y preocupados. Me han estado preguntando por esas pastillas, les dije que tan solo eran vitaminas, pero no les ha sonado muy convincentes. Tu hermano se puso bastante serio conmigo y me suplicó que le dijera que es lo que estaba ocurriendo. Si se trataba de Sofía o de ti. No pude ni contestarle Alexia, yo no estoy preparado para aguantrs mucho más estas preguntas.

— Lo sé Eduardo, las chicas hoy querían las respuestas a todas las preguntas que me estaban haciendo, a las cuales quedé muda y rompí en lloro.

— Ya me imaginé algo cuando fui al baño y os vi allí a Dana y a ti en ese abrazo. Sé que pensabas decirlo en el momento que Sofía viniera al mundo Alexia, pero piénsalo. Ahora ellos ya saben que pasa algo, y eso no podrás frenarlo el que pregunten para que les digas que diablos está pasando. No es lo mismo que ninguno se percatara que nada pasaba o tan solo pensarán que eran efectos del embarazo. Tienes personas que te quieren mucho cariño, no les hagas esto, tienen derecho a preocuparse por ti y mostrarte todo el apoyo que puedas necesitar.

— Sabes que cada vez que pienso sobre el tema me nublo, quedo anulada Eduardo. No puedo creerme que cuando la vida me regala algo, que nos regala no solo la posibilidad de que estemos juntos, sino el que los dos hallamos dado vida a Sofía, me pase esto. ¿Cómo he de asimilarlo? ¿Cómo he de tomármelo? Volver sobre esos recuerdos que había alojado lo más lejos de mí, esos tormentos, esos días, esas noches pasadas. Todo eso volverá en mí. No quiero ver ese sufrimiento en los que yo quiero, desearía desaparecer y perderme antes de veros sufrir a vosotros.

— Has de buscar la forma, de hallar esa fuerza y hacerte a la idea de que el sufrimiento será el mismo estando juntos que estando todos separados. No me vale eso de “ojos que no ven corazón que no siente” Esta vez todos los corazones ya están sintiendo y los ojos ya han visto. Alexia, asume que no estás sola en ese tormento, tienes demasiadas personas que te quieren increíblemente tanto, que cualquier cosa que te pase querrán estar a tu lado suceda lo que suceda.

Las palabras de Eduardo fueron duras, pero a la vez tan ciertas. Se me quedaron clavadas y sabía que más pronto que tarde tenía que hablar con todos, compartir ese sufrimiento y ese pesar. Descargarme de alguna forma de ese peso que llevaba junto a Eduardo.

Los días que nos quedaban en Madrid, los disfrutamos en familia y en compañía de los amigos. Los padres de Eduardo estaban encantados que casi todos los días pasáramos por allí a pasar un rato con ellos. A mí, a decir verdad me alegraba mucho estar con ellos y conocerlos algo más, y a su vez conocer algo más del pasado de Eduardo, ese niño que debió de ser un tormento.

La visita inesperada de mi padre también me dejó descolocada. Lo vi tan ilusionado con la idea de ser abuelo. De ver a sus hijos marcando unos pasos en la vida. Rebosaba orgullo por todos los lados. Pero llegó ese último día de estar con todos.

Nos habíamos reunido para cenar ese sábado, como siempre en mi antigua casa. Estaba todo ya planeado una cena ligera, llena de comida de picoteo que es lo que más nos gustaba a todos, la bebida y esas largas conversaciones entre todos sobre nuestras aventuras.

Eduardo insistía una y otra vez que me hiciera a la idea de que hoy, era el día

más idóneo para decirles qué es lo que estaba ocurriendo. Yo cada vez que pensaba en ello, las piernas me temblaban. No sabía si sería capaz de hablar, de pronunciar ni tan siquiera alguna palabra sin que mi voz fallara.

La velada fue avanzando como siempre con esas risas, con las típicas burradas sobre lo que iba a ocurrir en ese viaje de novios que iban a hacer Dana y Enzo. Estaban aseguradas las risas. A decir verdad ella fue bastante explícita en lo que iba a ocurrir en esos días, luego los pervertidos éramos Eduardo y yo, en fin, nos habíamos creado la fama a base de bien.

Las miradas de él no me dejaban tranquila, me agarraba por debajo de la mesa las manos y las apretaba. No dudaba de su apoyo, pero me había encontrado todo el rato nerviosa y temblorosa solo el pensar el sacar el tema y ser sincera con nuestros amigos.

Bajo los susurros de Eduardo, me animaba a confesar, como una vez lo hice con él, el tormento, la tortura y el peso, del sufrimiento y la culpa por callar. Se hizo un silencio en la mesa, entre suspiros a la conversación, en el que todos aprovecharon para mojar sus labios en la bebidas mientras seguían medio sonriendo a las burradas lanzadas en la mesa.

Me armé de valor, de coraje para empezar a pronunciar mis primeras palabras.

— No son vitaminas lo que tomo.

Todos, inmediatamente me miraron, posaron su vaso en la mesa y esperaron pacientemente a que continuara.

— Sé que habéis estado estos meses hablando entre todos que es lo que me podía estar pasando. Que achacar todo al embarazo ya sonaba algo extraño incluso en muchas ocasiones ridículo. Os he mentado, os he ocultado algo... algo que no se...

Se me quebró la voz en ese instante. Eduardo me besó en la mejilla y me dijo que continuara, que lo estaba haciendo muy bien y ellos debían saber qué es lo que estaba ocurriendo.

— Alexia, necesitamos saber qué es lo que ocurre para poder estar ahí contigo, como siempre lo hemos estado.

Continué hablando con esa afonía, con ese nudo formado en mi garganta. Bajo la atenta mirada de todos esperando saber por fin qué diablos estaba

ocurriendo que tan tapado estaba. Comencé descartando a Sofía, quien se encontraba perfectamente y terminé con que la enfermedad me la habían detectado al estar de apenas tres semanas de ella. El momento en el que tuve que plantearme la idea de suspender el embarazo, idea descartada en el siguiente minuto. Por fin hallé ese coraje y mi corazón se abrió por completo para pronunciar esa maldita palabra de seis letras.

Todos quedaron mudos, sentí que se les había cortado el aire en ese instante. La cara de mi hermano se quedó completamente descompuesta, nuevamente aparecían unos fantasmas en su vida que tanto había conseguido alejar y olvidar con los años.

Las reacciones tardaron en llegar, al igual que la multitud de preguntas, nadie sabía cómo tratar ese tema y se sentían impotentes, incapaces casi de reaccionar ante aquello. Se cernía sobre todos lo desconocido. Todos intentaban comenzar una frase, pero no sabían continuarla, cortada por la incertidumbre de los hechos.

La primera en empezar con las preguntas fue Lara, abrió quizá la mente de todos para cada uno de ellos preguntarnos a los dos, sobre cómo, cuándo, dónde y cantidad de datos que querían saber sobre el proceder a esa enfermedad. Aguantaron las lágrimas las chicas como las que más, agradecí su fortaleza, pues eso era lo que iba a ser la mía.

Mi hermano por el contrario se había quedado en shock. Le levanté de la mesa y me lo llevé a lo que era mi habitación de antes. Allí sentados en la cama, nuestra mirada fija el uno en el otro, cuando rompió a llorar como un niño. Maldecía todo, una historia que se nos repetiría. Pedía perdón una y otra vez, en ese momento no sabía alentarme pues se sentía invadido por el miedo. Ambos conseguimos sosegarnos tras esa descarga de ira y de lágrimas.

Necesitaba que sacara todas esas fuerzas por mí, al igual que yo llevaba meses sacándola. Solo me decía que le jurara que no iba a terminar igual. Se lo juré, con la mano suya puesta en mi pecho le perjuré que esta vez no era lo mismo, no iba a serlo me dije invocando al cielo en mis palabras.

## Capítulo 16

Me encontraba ya en la recta final de mi embarazo y a pesar, que la habitación de Sofía, estaba montada en Bulgaria, ambos decidimos pasar

todos los papeles de médicos al hospital de Madrid. Juntos habíamos tomado la decisión de dar a luz a la niña en nuestra ciudad y nuestro país.

Nuestra llegada estuvo llena de regalos, de visitas y de momentáneamente cositas que necesitaríamos a la llegada de Sofía a nuestras vidas, ya que todo a excepción de la ropita se había quedado en la capital Búlgara.

Mis revisiones eran muy continuas para controlar la salud del bebé y la mía. Todos estaban realizando un gran esfuerzo de apoyo, no solo hacia mí, sino también hacía Eduardo, quien había llevado el peso el solo durante demasiados meses.

En esa fecha solo quedaba una persona en saber lo que me ocurría, mi padre, ni tan siquiera Jorge disponía el valor de mencionárselo y menos yo, un tema muy peliagudo, casi un tema tabú en nuestra familia. Pero si o si, había que soltarle la bomba y más valía que saliera de mis labios.

Una tarde, de esas que había bajado de fin de semana encantado de ver que muy pronto tendría en sus brazos a su queridísima nieta, el sentir ese calor en su piel, el acariciar esa piel aterciopelada que posee un recién nacido. Esa tarde ya algo calurosa, respiré hondo, intenté llenarme de tranquilidad y sosiego para transmitirle mi tranquilidad y mi calma ante el problema. Se lo dije sin rodeos. En ese momento nos encontrábamos en una cafetería del centro de Madrid, justo al lado de la famosa placa del kilómetro cero. Acompañada por Jorge, Gema y Eduardo, al escuchar esas palabras se quedó completamente blanco. En ese mismo momento pensé que le había dado algo y le grité con fuerza para que reaccionara. Reaccionó, pero llorando y cegándose en todas las santas religiones. Jorge intentó que se calmara, estábamos delante de mucha gente que nos miraban ya extrañados a la cantidad de palabrotas que habían escuchado.

Cuando se sosegó, intenté hacerle saber que me encontraba bien, que estaba todo bajo control y que no tendría por qué pasar lo mismo, esta vez no era la misma situación, ni la misma época. Para mí, que lo que le decía poco le calmaba, por un oído le entraba y por otro le salía. Armada de fuerza, de poder de convicción y bajo esos abrazos que nos dimos juré, como lo hice con Jorge, luchar con todas mis fuerzas y salir adelante.

La tarde fue muy dura, cada vez que tenía que sacar esa fuerza delante de todos, cuando lo que quería era esconderme detrás de una piedra, me dejaba

el cuerpo con una sensación extraña, una mezcla de dolor, pero no físico, un dolor que salía de la profundidad de mi alma, de esos sentimientos al ver el sufrimiento que iba causando a mi alrededor.

Intentaba que todos esos pensamientos desaparecieran de mi mente. Centrada en la espera de que Sofía decidiera salir cuanto antes para poder ver esa cara angelical que sus dos padres inconscientemente habían creado.

Por recomendaciones de los médicos, paseábamos por cada rincón de Madrid, en busca de esos lugares especiales, esos que llamaran nuestra atención, y si las fuerzas sobaban los ataques en la cama con él eran como de costumbre los que me dejaban sin aliento y con las piernas temblando. Eduardo achacaba cada ataque a la recomendación de los médicos y de la matrona.

Un día paseando hayamos un lugar los dos que jamás habíamos estado, sí que alguna vez habíamos oído hablar de él, pero nada que nos hubiera llamado la atención. Delante de nosotros llamó la observación de la belleza. Nos encontrábamos en la Alameda de Osuna, un lugar tan romántico, tan fascinante. Con un laberinto, creado para todos aquellos que queríamos sellar esos besos bajo los setos, escondernos para que nuestras manos viajaran por todos aquellos lugares de nuestro cuerpo. Un juego amoroso, el esconderse como dos adolescentes.

Nuestros paseos en barca, la subida a esas azoteas para divisar en la noche el esplendor de la ciudad de Madrid, la actividad de las calles, esas personas que iban y venían en un constante movimiento por vivir. Esas tardes que concluíamos nuestros paseos, hasta divisar el atardecer en algún rincón que dejara ver la caída del sol entre el reflejo de los edificios.

Deseábamos con fuerza que avanzaran los días. La última semana antes de salir de cuentas, me encontraba cansada y agotada. Tenía un peso muy grande en la tripa y Sofía no paraba de moverse, incluso en alguna ocasión era tan fuerte su movimiento que se me escapaba ese quejido inconsciente. Las contracciones poco a poco iban apareciendo a la vez que los días avanzaban en esa semana. Esos dolores que contraían cada parte donde se encontraba ella. Ni los paseos, ni el estar sentada, ni de pie, ni de ninguna forma paliaba ese dolor que venía rápido y rápido desaparecía.

Una tarde en el que nos reunimos las chicas, con la mejor de las excusas,

en esta ocasión era que Katya llegaba a Madrid para hacernos una visita. Casi a diario mantenía contacto con ella, la echaba de menos. Desde que me había cogido la baja no nos habíamos visto más que esos fines de semana que nos habíamos quedado en la capital, pero la mitad de esos fines de semana, como me estaba permitido viajar en avión, solíamos regresar a Madrid ansiosos de estar con los nuestros.

Allí en esos sofás sentadas, escuchando el nivel alto de español que tenía Katya, las chicas se quedaron alucinadas. Ya no valía el medio tomarle el pelo con nada, ni tan siquiera con la comida, parecía que había no solo ido a clases de español, sino que se había hecho un master en todo lo referente a nuestro país en costumbres y gastronomía.

En ese sofá comenzaron unas contracciones muy fuertes que hicieron que mi cara se desencajara del sitio. Las chicas se asustaron. Una mirando mis pulsaciones, la otra mirando el tiempo de espacio entre una contracción y otra. Todas se ve que se habían vuelto unas enfermeras de primera, las atenciones eran desde luego únicas. Yo intentaba mantener la respiración y cuando perdía el hilo de esta, ya estaba alguna para corregirme e intentar que volviera a esas respiraciones. Que si una con los masajes lumbares, que si otra me decía que anduviera, eso parecía una locura. Todo para terminar en media hora con una falsa alarma, igual que vinieron, se me fueron.

Todas en ese momento nos reímos, menudo entusiasmo y organización tenían. Habían montado entre ellas un despliegue de sabiduría casi en atender un parto. Algo quizá exageradas, pero me sentí como una princesa atendida, aunque el dolor, no me lo quitó nadie.

Cuando vinieron los chicos a nuestro rescate, entusiasmada le conté nuestro simulacro casi de parto que tuvimos en esa media hora. Eduardo se reía, desde luego nosotras solas no necesitábamos ningún entretenimiento, éramos capaces de pasar toda una tarde por lo visto muy entretenidas.

Nuestra hija iba a estar rodeada por unas tías algo particulares, un poco locas y diferentes a lo que quizá se esperaba, pero sin duda las mejores.

Mentiría si dijera que los días pasaban eternos, más teniendo en cuenta que ya había pasado de cuentas y seguía Sofía sin nacer. Los médicos aseguraban que faltaba ya quizá un par de días y nos aconsejaron lo mismo que la última vez: mucha actividad sexual y paseos. Eduardo se lo tomó al pie de la letra,

tanto que me dejaba matada a la hora de salir para dar un paseo. Casi arrastras me llevaba del brazo.

Ese día había tormenta y después de una ducha muy sugerente, llena de masajes, besos, caricias para terminar sintiéndolo a él en mi interior, tan penetrante y efusivo. Tras perder ese control, perder la fuerza casi de mis piernas, nos sentamos en el sofá para ver una película. Comenzaron como siempre esos dolores de contracciones que hacían que perdiera el aliento. Como de costumbre Eduardo con el móvil cronometraba la duración de éstas. Pasó la media hora, en la que normalmente se me pasaba el dolor o remitía, pero en esta ocasión cada vez las encontraba más fuertes y ya el tiempo para mí no pasaba, pues no me dejaba recuperarme entre una y otra. Eduardo vio que las contracciones ya eran muy seguidas y quizá había llegado ese momento en el que Sofía estaba preparada para llegar a este mundo.

Eduardo me incorporó, recogió la bolsa que habíamos dejado preparada con todo lo necesario y agarrada de su brazo salimos de casa. Pocos pasos de seguido podía dar, a cada poco me paraba para agarrar mi barriga por la parte de abajo. Conseguimos llegar al coche y con cuidado Eduardo me sentó y me colocó el cinturón.

Nos adentramos por las calles de Madrid hasta llegar al hospital. Allí enseguida me atendieron en cuanto vieron mi historial clínico. A poco rato ya me encontraba en la sala de dilatación bajo la atención de varios médicos y la matrona con varias enfermeras.

Las atenciones sin duda estaban siendo de primera y en todo momento me sentía segura al lado de Eduardo, quien intentaba paliar de cualquier forma el dolor de mis contracciones.

Tras poner la epidural y esperar. Esa larga espera entre sudores y empujones Sofía nació, una hermosa niña ante nuestros ojos, con esos ojitos aun cerrados. En ese momento a los dos se nos resbalaban las lágrimas a ver lo más precioso que la vida nos había puesto delante. Algo que habíamos realizado entre los dos bajo ese amor.

Esas primeras fotos para inmortalizar el momento de alguna manera, era todo como un sueño, verla entre mis brazos, tocarla, acariciarla, morirme de amor frente a ella y darle la bienvenida a la vida.

Mientras a Sofía le realizaban diversas pruebas Eduardo fue avisando a

todos de que Sofía había nacido, lo que había medido y lo que había pesado. No dejó ningún detalle en el aire, pero no envió ninguna foto, quería que cada uno de ellos viniera a ver al nuevo miembro de la familia.

Ya en la habitación tras dar el primer biberón a Sofía me quedé rendida. Ese sueño silencioso de agotamiento, de casi ocho horas de espera para ver esa imagen que en la vida se me iba a olvidar. En esa hora, se ve que empezaron a aparecer por la habitación los primeros, pero Eduardo quiso que esperasen y velar primero por mi descanso placentero.

Desperté por el quejido de ella, abrí mis ojos de par en par y me aseguré que no se trataba de un sueño. Ahí la tenía en la cuna, ya despierta, con esos ojos abiertos color gris. Tan frágil, tan hermosa y pequeña. La cogí y la coloqué entre mis brazos para regalarla miles de besos de palabras bellas, de cariños, era algo increíble.

Tocaron a la puerta y tras ella apareció Eduardo acompañado por toda la tropa, estaban todos: los amigos, los padres de Eduardo y mi padre, no faltaba nadie. Les mostré la que iba a ser la princesa de todos. Sus caras eran todo un poema, claro que la mía, he de suponer que no se quedaba corta. Cada uno de ellos quiso cogerla, incluso los que aparentaban miedo al coger algo tan pequeñito. Esa fotos, esos instantes de felicitaciones, de piropos tanto a los padres, como principalmente a Sofía. Esa era la nueva familia.

Me hubiera gustado que a los dos o tres días me hubieran dado el alta, pero mi lucha comenzaba justo en ese momento, en el que me empezara a recuperar del parto. Eduardo se había vuelto en esa semana todo un experto en dar el biberón y cambiar los pañales a su hija. La cara de entusiasmo y de felicidad, le rebosaba por todos los lados, aunque sabía que por dentro llevaba el tormento.

Le dieron pasado una semana el alta a Sofía, pero yo tenía que continuar ingresada bajo la supervisión de la unidad de oncología, había llegado el momento de tratar, después de estos nueve meses de espera, mi cáncer de mama.

Ahora comenzaba, en pocos días mi operación, en estos meses no había parado de crecer irremediamente. Me adentraba de lleno en algo desconocido que me daba terror. Sabía que estaba acompañada por todos, mi familia, todos ellos cada día mostraban ese apoyo y esa ayuda para intentar

permanecer en la calma, esa que estaba dentro de un calvario.

El día de la operación, parecía un arma que estaba a punto de disparar una bala. Ese día Sofía, se había quedado con los abuelos, los padres de Eduardo, quienes estaban apoyándonos en todo de tal manera, que se desvivían por las atenciones. Yo esos días la veía en la entrada del hospital, en ese pequeño jardín, donde paseaba con ella, la abrazaba y la daba todo ese cariño que me rebosaba por cada rincón de todo mí ser. Ella era sin duda, lo más hermoso que había visto en la vida. Nos tenía a todos atontolinados, nuestra baba recorría cada lugar por donde ella pasaba. Esa cara angelical, por ella tenía que luchar con todas mis fuerzas, por los dos, por el amor de mi vida y lo que juntos habíamos empezado.

En la camilla, ya con el gotero preparado a la espera de que los doctores vinieran a por mí. Dentro de la habitación se encontraba Jorge, mi padre y Eduardo. La cara de cada uno de ellos me resultaba tan falsa, esas sonrisas y esas bromas que ningún sentido tenían. Me enfadé en esos momentos, querían que se mostraran como realmente estaban, debían de ser sinceros y con mi voz más alta una que otra, logré sacar ese sentimiento verdadero, esas emociones retenidas durante estos días. Había que reconocer que estábamos todos cagados de miedo, acojonados se quedaba corto. Pensaba que la vida en muchas ocasiones era una mierda, regalarme el mejor de los regalos, para pegarme una puñalada por la espalda y darme un cáncer cuando me encontraba en el mejor momento de mi vida. Me jodía y mucho, impotente y sin entender esta prueba, esta piedra que la vida me había puesto en el camino. Pero ahí estaba yo, sacando todas esas malditas fuerzas, esa rabia para vencer a esta enfermedad. En el fondo me importaba bien poco saber, que en pocas horas, se iban a llevar por delante uno de mis pechos. Pensé que si era necesario que se llevaran los dos, no me importaba si con ello se iba aquello que pretendía quitarme la vida y terminar con mi felicidad.

Lagrimones en los ojos de los que estábamos presentes cuando llegaron los doctores. Las pulsaciones en ese momento se me dispararon, el terror me acechó por cada esquina, angustiada e inquieta me aferré a Eduardo. Me susurraba en el oído, mientras me abrazaba con fuerza, que todo iba a salir bien, que era una luchadora desde el minuto que me lo detectaron.

Y así me alejé de ellos, con esa mirada clavada en él, con esa cara

angustiada de todos, hasta que mi vista tras pasar esas dos puertas se cerraron ante mí. Respiraba hondo, intentando sosegar me bajo las palabras de calma de los doctores quienes comenzaron a explicarme lo que iba a ocurrir.

Caí en un sueño profundo bajo la cantidad de cables y tubos del quirófano. Esas sábanas verdes, se convirtieron en turquesa hasta que dejaron de aparecer entre el brillo de las luces, en ese momento, mis ojos cayeron y la operación comenzó. Las horas pasaron, muchas debieron de ser, hasta concluir con la extracción del cáncer quien se había llevado por delante uno de mis pechos.

El despertar fue algo extraño, algo borroso, pero la intuición, el tacto, me hizo saber que a mi lado se encontraba Eduardo. Tardé largos minutos en poder ver algo con claridad a mí alrededor, en centrar mi mirada en él ya nítida. Mi voz sonó apagada y sin fuerza. Él se acercó a besarme, sus besos sabían a gloria, tan carnosos y calientes. El tacto de sus manos sobre mi cara, esas caricias de cariño llenas de amor.

Ahí me encontraba, dolorida, con incertidumbre. Al poco rato el doctor pasó por la habitación para comentarnos como había salido todo. A decir verdad se le veía entusiasmado por como había ido la operación, habrían conseguido extraer ese bulto. Me aconsejó que intentara descansar lo máximo posible y que restringiera las visitas en el día de hoy, mañana sería otro día en el que todas esas personas que me querían podrían visitarme.

A Eduardo le estuve preguntando toda la tarde por Sofía, por cómo se encontraba, por cómo se reía, por cómo esos ojos devoraban la vida y nos dejaba a todos anonadados de su hermosura. Hasta antes de quedarme dormida por los calmantes que me habían dado, estuvimos viendo una y mil veces esos videos que le habíamos hecho en el hospital, y los que le había hecho Eduardo en casa.

Al día siguiente desperté con algo ya más de fuerzas, parecía mentira pero los calmantes hacían su labor y no me enteraba del dolor y eso lo agradecía mucho. Las visitas fueron llegando, flores, bombones y libros, sobre todo de cómo criar a un bebé. Todos y cada uno de ellos me sacó una sonrisa, pero he de reconocer que todos los méritos se los llevó Dana, quien no dejó ni momento de decir una parida tras otra. Había declarado a los cuatro vientos que ambos irían en busca de un bebe. Ella incluso sentada en mi cama, dijo

que me fuera a dar un paseo o que le hiciera un hueco, que me tapara los ojos para poder buscar el morbo de hacerlo en la habitación del hospital.

Desde luego, yo hacía burradas, pero ella las decía sin ningún perjuicio. La cara de Enzo sin duda era todo un poema a la boca de su mujer.

Solo esperaba en esa habitación a que me dijera el doctor cuando podría bajar a los jardines del hospital, deseaba con todas mis fuerzas ver a mi niña, a mi pequeño tesoro. La alegría llegó a última hora, cuando el doctor pronunció que mañana podría ya bajar, con cuidado, pero me autorizaba a salir para poder pasear con Sofía. No es que pudiera saltar mucho en esa cama, tampoco estaba mi cuerpo para esos menesteres, pero aplaudí como una niña de la emoción. Eduardo se reía al verme tan emocionada.

En esos instantes, en los que los dos nos quedábamos enfrascados en nuestras conversaciones transcendentales, posé mi mano en su mandíbula, lo acaricié y lo besé en los labios.

— Hay algo que nos queda a ambos por hacer Eduardo.

— Lo se Alexia. Llevo meses pensándolo.

— ¿Meses? ¿Sabes lo que estoy pensando?

— Si Alexia, te conozco y sé lo que pasa por esa mente tan privilegiada que tienes.

— No creo que sepas de que estoy hablando.

— Ven, deja que te ayude para que te sientes en la cama.

Me sentó en la cama, me atusó un poco el pelo, a la vez que sus manos bajaron por mi cara y tocó con su dedo pulgar mis labios. Eso me deshizo por completo, hacía ya días que no se había activado esa sensación sexual y el aire se me cortó. Se sentó a mi lado y sacó del bolsillo del pantalón una cajita de diapositivas.

— ¿Qué es? ¿Algún recuerdo de nuestros primeros días?

— Tú ábrelo Alexia.

Lo abrí curiosa por saber de qué diapositivas se trataba, pero dentro no había ninguna, había una bolsita aterciopelada color azul oscuro, la saqué expectante y lo abrí. En ella se encontraban dos anillos de oro.

— Alexia ¿te casarás conmigo?

— ¡Ay Eduardo!

— ¿Qué me dices? ¿Serás mi mujer?

— Sí, sí y sí.

Y allí, aún dolorida por la operación, nos pusimos nuestros anillos, ese brillo, el verlo en nuestras manos y sellado con ese beso lleno de nosotros, tanto que tuvimos que pararnos, allí, en esa habitación de hospital, no era de los mejores lugares para perdernos, y las circunstancias no acompañaban en demasía. Reímos ambos, como dos tontos recién comprometidos.

En ese instante saqué mi móvil, ese momento había que dedicarle una foto. Nos colocamos los dos con nuestras manos unidas dejando ver esos brillantes anillos. No quedó ahí esa foto inmortalizada, Eduardo quiso enviarla en el grupo que habíamos creado. Poco tardaron esos mensajes con caras de alucine y las preguntas correspondientes.

En ese momento nuestros móviles comenzaron a sonar. Lo primero que escuchaba eran los gritos de Dana, cuando esperando a que se calmara, empecé a distinguir entre ese escándalo que ella sola se traía un “no me lo puedo creer”.

Sucesivamente llegaron el resto de llamadas, de felicitaciones y preguntando incluso por la fecha de la boda. Ambos nos miramos, ninguno había puesto una fecha en concreto. Le dije que prefería que fuera cuanto antes, quería que fuese antes de comenzar la quimioterapia y empezara a sentirme como los zorros y tener que ir arrastras a mi propia boda. A Eduardo le pareció lo correcto, y se pondría manos a la obra para conseguir en el ayuntamiento la cita más temprana para casarnos. Si saliera todo bien, siempre podríamos organizar una señora boda por la iglesia, pero a nosotros nos urgía firmar esos papeles por si me ocurría algo, ahora más sabiendo que estaba Sofía.

Llegó con ansia la mañana de otro día más, ese momento en el que Eduardo, sus padres y el mío, me esperaban abajo, en los jardines del hospital. Acompañada de un enfermero hasta justo ese lugar, donde respiraba esa vida que había dado. Esa sensación de tenerla entre mis brazos, ese olor, esa piel aterciopelada, era un todo para mí, ella junto con Eduardo, eran las fuerzas de la lucha que tenía que hacer.

Esos minutos que aprendí a detenerlos, a obligar a las agujas del reloj a retroceder y crear ese espacio en el que yo era completamente feliz. Justo en ese momento, donde los tres estábamos sentados en ese banco, con nuestras manos entrelazadas y Sofía en mis brazos, justo cuando nuestros labios se encontraron, la madre de Eduardo chilló al aire. Acababa de ver nuestros anillos, aquellos que resplandecían a millones de kilómetros por la luz que cada uno de nosotros le daba. Allí la emoción no se pudo contener. Todos aguantando esas lágrimas que salían sin permiso de nuestros ojos.

El día de mi boda, no es que fuera lo que había soñado, fue algo más, fue un sueño nuevo rodeada del cariño de todos. Allí, juntos, todas aquellas personas que me estaban acompañando en mi vida, ellas fueron testigo de mi entrega en compromiso al matrimonio que iba a formar junto a él.

Con ese vestido blanco de gasa, con encajes y corte en palabra de honor, mi tocado, lleno de pequeñas flores blancas y beige que albergaba mi larga melena. Todo a mí alrededor era perfecto y rebosaba felicidad. Un día que para nosotros significó, después de un año comenzar un capítulo más de nuestra vida, el paso agigantado de nuestros sentimientos.

Las risas en la comida, esos regalos, quizá de algunos muy curiosos que a la par iban con nosotros. Nuestra tarta nupcial, aquella que no solo tenía los novios sino que Dana, Lara y Gema se habían encargado que llevara el grabado en chocolate de nuestro 410.

Durante los días siguientes me encontraba como en una burbuja, rodeada en todo momento de la atención de mi marido y de todos. Mi padre, tras ver que aquí se encontraba todo lo quería, sus hijos y su nieta, se trasladó a vivir a Madrid. Quería sentir de cerca no solo los malos momentos, sino como decía él, los buenos momentos que nos quedaban por vivir.

Ese camino seguía avanzando, y los días me devoraban por dentro, poco me quedaba para comenzar la quimioterapia.

La casa de Eduardo estaba completamente preparada, a pesar de que no era muy grande. Había montado una cuna en nuestro dormitorio, y el cuarto de baño era grande para albergar el cambiador. El salón ya no era el mismo, teníamos un balancín y un parque instalado donde antes estaba la mesa del salón, quien había quedado renegada a una de las esquinas de la casa. La cocina repleta de biberones y todo tipo de utensilios que habíamos comprado.

Muchas noches, cuando me despertaba de madrugada, o acababa de dejar dormida a Sofía tras darle su biberón, me asomaba al salón y veía todo: esos juguetes por el suelo, esos muñecos, la manta de juego... sonreía bajo la atenta mirada de Eduardo por detrás abrazándome y regalándome un beso en mi hombro descubierto.

Nerviosa, tras dejar a Sofía, por reclamo con Dana y Enzo, Eduardo y yo nos fuimos al hospital, hoy era mi primer día de quimio. Estaba como un flan. Tanto había oído hablar de esos efectos secundarios que realmente iba aterrada. Bajo la calma de Eduardo, en la sala, mientras esperaba que me llamaran, escuché mi nombre.

Allí frente a esa máquina y en ese sofá cogí aire mientras la enfermera me cogía la vía. Eduardo se sentó a mi lado, cogiéndome la otra mano mientras ya ponían en marcha esa máquina. El tiempo ahí, en ese momento se paró, se me hizo eterno, y eso que Eduardo no paraba de contarme cosas que a decir verdad ni la mitad estaba escuchando. Solo quería mantener el control para no arrancarme el tubo y salir corriendo.

Por unos instantes cerré los ojos, necesitaba evadirme del lugar en el que me encontraba, quería tan solo centrarme en la voz de Eduardo contándome esas historias, recordando nuestros viajes, nuestros lugares o simplemente hablando de nuestra princesa y lo guapa que estaba. Al final, Eduardo consiguió que saliera de mí una sonrisa, contándome como Dana y Enzo iban a dar un primo a Sofía. Ya hacía tiempo, más bien creo que desde el principio, Dana no había tenido pelos en la lengua al hablar con Eduardo ni de sexo, pero Eduardo aún se seguía sonrojando al ver la cantidad de burradas que podía decir delante de todos y quedarse tan tranquila.

Ese tiempo pasó. Me encontraba extraña, pero bien. A la llegada a casa, allí estaban los dos, haciéndoles pedorretas a Sofía y Dana pegando pequeños saltitos para que ella se riera. Sin duda esa sonrisa que tenía Sofía era única, esos ojos expresivos color azul cielo, esa vida que poseía eran lo que a mí me cargaba las pilas por muy pésimo que hubiera sido el día.

Esa noche, me encontraba algo eufórica y por fin Eduardo y yo tuvimos nuestro momento. Él se negaba, quería esperar a que pasara la cuarentena para que pudiéramos disfrutar los dos. Pero la energía que tenía era descomunal, como una especie de adrenalina corría por todas mis venas.

Implacable le atacé de tal forma que se rindió a mis encantos y a esos besos que se habían adueñado de su miembro, que estaba más que preparado para recibir lo que yo le deseaba dar. Sentir ese deseo tan fuerte hacia él, el volver a saborearlo y perderme en su cuerpo. Ese momento en el que él asumió su control y como él solo sabía, me dejó mi cuerpo de piel de gallina. Su lengua repasó cada parte de mi cuerpo, sentía las convulsiones, la pérdida de control, la pérdida de ese aire que se escapaba bajo el silencio de la habitación, hasta que bajé mis manos a su cabeza, anclada en medio de mis piernas, lo agarré fuerte y llegó el clímax que tanto ansiaba.

Aun del relax que me produjo, vi como Eduardo calló en sueño. Mientras lo observaba lo acariciaba y le daba esos besos tan delicados para que no despertara. Sofía, seguía dormida tan a gustito en su cuna. Me acechó el insomnio en esa noche de nervios y de pasión con el que ya era mi marido. Aun mi cuerpo tenía fuerzas, las tomas de biberones de la niña las hice con sumo cuidado para que Eduardo no se despertara, ya hacía muchas noches que no había dormido de seguido y eso le había pasado factura.

En la mañana yo aún seguía con los ojos abiertos de par en par, me levanté para preparar un café y el olor debió de despertarlo, apareció con el pelo alborotado, con una sonrisa y ese beso de buenos días que me regalaba cada día que estábamos juntos. No le gustó mucho la idea que no hubiera pegado el ojo, pero ya habíamos leído que el primer día era algo normal sentirse así.

En la tarde quedamos con todos en casa de Gema y mi hermano, una cena algo temprana para reunirnos a todos, y yo, como me encontraba bien no dudé en apuntarme a esa reunión de amigos. A la entrada como siempre los abrazos y los besos y bajo una luz tenue, al fondo del salón se veía una silueta, intentaba averiguar quién era y a medida que di unos pasos, esa sombra era inconfundible, se trataba de Katya. Nos abrazamos llenas de esos gritos escandalosos. Todos los sabían, y no me habían dicho nada, miré a Eduardo quien se encogió de hombros con esa sonrisa suya tan peculiar de estar encubriendo el secreto. Más tarde me enteré que no es que estuviera encubriéndolo, simplemente él había sido el artífice de ello.

Llegó el momento de presentarle a Sofía que estaba en el cochecito tan tranquila, con sus ojos cada vez más azules, Katya quedó embelesada con ella, pero no se atrevía a cogerla, no dudé ni un solo segundo en cogerla y

ponerla directamente en los brazos de ella. Con miedo la abrazaba y le daba esos besitos con cuidado de no romperla. Algo le susurró en ruso, palabras que desconocía, pero el tono sin duda eran de palabras cariñosas.

La cena como siempre fue divertida, cada uno contando sus historias, los chistes en la mesa estaban servidos y yo como siempre bajo ya ese silencio los miraba a todos, éramos los mejores sin duda y no estaba dispuesta a renunciar a esto, no quería renunciar a la vida. Ya a última hora no empecé a encontrarme muy bien, me sentía agotada, ese frenesí que había tenido ayer estaba desapareciendo de mi cuerpo, dejando paso a unos sudores y a los mareos. Eduardo, sin tan siquiera yo mencionarle nada se disculpó ante todos y nos retiramos a casa.

Llegué apurada de soltar toda la cena en la taza del váter. Todo me daba vueltas, el sudor frío se apoderó de mi cuerpo quien tenía pequeños espasmos de frío. Eché en ese baño no solo la cena, sino para mí, las cenas de pasados meses hasta quedarme absolutamente en nada. Eduardo mojó unas toallas para mojarme un poco la cara, mientras yo seguía tirada literalmente en el baño. Me abrazó y besó mi cabeza bajo sus palabras de sosiego.

Tres malditos días en los que apenas iba de la cama al baño a vomitar todo, a empaparme de mi sudor frío, a sentir que me arrancaban algo de dentro de mí. En muchas ocasiones lloraba ante la impotencia, ante la incapacidad de controlar lo que le estaba ocurriendo a mi cuerpo.

Sofía en esos días se había quedado con los abuelos, bajo su cuidado ya que yo no podía ni cuidar de mi misma, como para cuidar de mi hija. Al menos estaba tranquila de ver el apoyo de todos, sus llamadas y sus mensajes. Les frené a cada uno de ellos, pues querían pasarse por casa para visitarme, pero no querían que vieran lo que estaba ocurriendo, el espectáculo lamentable de los efectos de la quimio.

Llegaron esos días de calma, ese cansancio que me perseguía por cada esquina, pero habían desaparecido esos mareos y los vómitos. Los mismos volvieron al día siguiente de hacerme la segunda sesión de quimio, la misma mierda que estaba destruyendo los restos de cáncer, me estaba destruyendo por fuera. Intentaba ser fuerte, aguantar junto a Eduardo, quien a veces no se llevaba mis mejores palabras. El mezclado de estados de ánimo era bestial e impredecible, pero llegó también, con el paso de los días, ese momento fatal.

Tras estar enjabonándome la cabeza en la ducha, en la mano, me quedé con un mechón de pelo, en el cepillado aquello me pareció algo descomunal y allí frente a ese espejo lloré nuevamente ante la impotencia, al ver que comenzaba la caída de mi largo cabello.

Los días se hacían duros y no podía continuar perdiendo pelo por cada rincón en el que estaba, mi decisión fue firme ese día en el que le pedí a Eduardo que me acompañara a la peluquería, quería raparme el pelo completamente, quitarme esa melena larga que tenía e iba perdiendo por momentos. La decisión era firme, me preparé a conciencia y esa mañana era el día que debía dar ese paso.

Acompañada por él, mientras Sofía disfrutaba de sus tíos y Katya, decidida llegamos a la peluquería, atravesé esas puertas que sabía que iban a cambiar mi vida, iba a dar un paso importante. En el bolsillo del trasero de mi pantalón vaquero, llevaba un pañuelo de dibujos, colorido y alegre a la vista, hermoso en el cuello de ese maniquí del escaparate, pero no sabría si iba a ser igual puesto en mi cabeza.

Me senté enfrente de ese espejo a la espera de que la peluquera comenzara, escuché el sonido de la máquina, veía como a cámara lenta se acercaba a mi cabello. La primera pasada sentí mi corazón dispararse a toda velocidad, en la segunda sentí que se me iba algo en esos pelos que caían al suelo. Eduardo en todo momento me sonreía, sabía que lo que estaba haciendo era de valientes, de ser alguien fuerte, quizá solo era aparentar el ser fuerte, pues esos momentos de flaqueza a medida que avanzaban los días aparecían atacándome a mí y a todo mi alrededor, me arrebatava la paz, la energía, la fuerza y la convicción que tanto me costaba juntar.

Al verme enfrente del espejo totalmente pelada, con la palidez de mi cara y esas ojeras pronunciadas, supe que la enfermedad a la que me estaba enfrentando, esa misma que se había llevado a mi madre, no era una alucinación, un reflejo de algún sueño del que pronto me iba a despertar. Con lágrimas en los ojos, Eduardo, se puso detrás de mí, me dio un beso en esa cabeza ausente de pelo y con toda maestría me colocó el pañuelo que yo llevaba. Al oído me susurró “sigues estando completamente irresistible para mí” Aquello, bajo el estado en el que me encontraba, fue reírse a la vez que lloraba.

Había pasado esa fase, la fase de quizá saber que realmente estaba enferma. Cada quince días tenía sesión de quimio, unas veces me acompañaba Eduardo, otras iba con Gema, con Lara o con Dana. Todos absolutamente todos se habían volcado, en paliar de alguna forma, los efectos que tenía al cabo de los días. Recibí de esos días una llamada de mi jefe de Bulgaria, para las felicitaciones sobre el nacimiento de Sofía, pero también en sus palabras supe que Katya había hablado con él. En él descubrí ese apoyo en todo lo que pudiera necesitar y mi vuelta al trabajo podía esperar a que terminara todo y me encontrara con fuerzas para retomar el control de mi equipo y mis nuevos proyectos, quizá con alguna sorpresa. Su llamada para mí, significó mucho, un apoyo más, aunque en ese momento en lo que menos pensaba era en el trabajo.

Largos meses pasé entre la quimio y la radioterapia, días lentos se presentaban, quizá interminables para todos, pero a pesar de ello, continuaba con el deseo y la fuerza de comerme el mundo, ver a Sofía crecer, ver a Eduardo desvivirse por las dos y continuar con nuestras quedadas.

Juntos intentábamos en la medida de lo posible buscar esos momentos de intimidad, esos momentos en la que la adrenalina circulaba por mi cuerpo para recrearnos los dos en el ansia que era amarnos, entregarnos incondicionalmente al acto, con demencia y con la desesperación que siempre lo habíamos hecho. Ese poder de excitación, del peligro y poder quemar y apagar ese fuego bajo nuestras sábanas o cualquier lugar que ambos buscáramos, a punto de ser pillados por los ojos indiscretos o los ojos de amigos o quizá familia. Esa esencia que tenía, eso que me provocaba esa subida de calor repentina cuando solo me rozaba, no es que fuera constante, pero en mis días tranquilos era un arma de doble filo.

Todos mis esfuerzos, toda mi lucha, el combate por luchar por la vida tuvo su recompensa pasado un año desde la operación, por fin frente al doctor, oficialmente me comunicó que no había quedado ni rastro del cáncer, lo había conseguido, un logro, la victoria a las puertas de la muerte, aquella que en ocasiones casi había visto. Mi triunfo, grité en medio de esa consulta abrazándome a Eduardo con todas mis fuerzas. Llorar, reír y gritar al mundo que había vencido esta guerra.

— ¡Lo hemos logrado cariño!

— No Alexia, lo has logrado tú sola, tú has sido quien ha dado jaque mate a esta enfermedad. Eres la mujer más impresionante, más fuerte y dura que he conocido jamás. Normal que esté enamorado de ti desde el primer día que te vi pasar por el pasillo. Ese 4 de octubre, ese 410 que siempre nos acompañará. En ti tengo todo aquello que deseé en la vida, haces de mí que cada día quiera ser mejor persona y copio cada valor, cada sentido que le has dado al mundo, desde el día que te miré directamente a los ojos.

Con esas palabras llenas de un sentimiento que me atravesó por cada poro de mi piel salimos de allí, para dar a conocer a todos, que el infierno había acabado, que esta lucha la había ganado, nuevamente tenía la oportunidad de conquistar la vida. Me había quitado ese peso que llevaba, esa agonía que arrastraba como una losa pegada a mí. Ahora comenzaba nuevamente mi vida, una vida con Eduardo y Sofía.

## FIN

### 5 AÑOS DESPUÉS...

Últimamente nos reuníamos cada día en ese parque cercano a todos. Sofía corría con su pelota, ansiosa de atraparla para volverla lanzar, tan solo quería hacerse la mayor y la interesante delante de Álvaro, él era su primo, el hijo de Dana y Enzo. Tenía tan solo tres añitos y aunque intentaba correr detrás de su prima, Sofía era más veloz. Daba gusto verlos a los dos como hablaban entre ellos, como se cuidaban cuando alguno de ellos terminaba aterrizando en el suelo. Nosotras más aun disfrutábamos viendo ese bello espectáculo, esos trocitos de nosotros, verlos crecer de esa manera, de enseñarles y que nos enseñaran a nosotros. Sofía cada vez se parecía más a mí y a decir verdad, Álvaro era muy similar en aspecto a Enzo, rubio con ojos azules, pero sin duda el carácter desenfadado y abierto era de Dana.

A lo lejos venían mi hermano Jorge y Gema, andaban liados con los preparativos de la boda, tan solo quedaban dos meses para presenciar ese día, que sin duda, iba a ser hermoso. Siempre me gustó que mi hermano estuviera con una de mis mejores amigas y ahora se iba a convertir oficialmente en mi cuñada.

Lara seguía con Ángel, enamorada como nunca la habíamos visto desde que la conocimos, hasta Eduardo estaba ya alucinado, quizá por fin había encontrado esa mitad que le llenase en todos aquellos aspectos que para ella eran fundamentales, los cuales nos había comentado una y otra vez hasta dar con él...

La vida a cada uno le estaba regalando muchos momentos de felicidad, quizá yo con ver a Sofía crecer y tener a mi lado a Eduardo, el que siempre puso mi vida del revés, era él quien cada día, cada minuto me regalaba esa sonrisa, ese beso que me quitaba el aire.

Ya hacía dos años que ambos trabajábamos en el mismo despacho de directores de fotografía, la fusión de las empresas de Madrid y Bulgaria se hizo pública al poco de terminar mi lucha con el cáncer. Cada día lo veía en el trabajo, en casa y aun así, cada día necesitaba más de él, se había convertido mi oxígeno, mi aire de aliento ante la vida.

Estos momentos de parque, esperando cada día la llegada del buen tiempo, intentábamos aprovechar esas horas de sol para ver a nuestros hijos correr, jugar con la arena y pintar en el suelo, esos que intentaba guardar en memoria para la eternidad. Bajo los silencios prolongados de tranquilidad, buscando quizá una perfecta alineación entre el alma y el espíritu hasta concluir un día mi carta.

*“Querida familia, ya sabéis que no siempre voy a estar ahí con todos. La vida ha querido que apareciera ante mí un cáncer terminal. Es duro cada vez que os veo saber que no sé cuántos días me quedan para veros, pero siempre estaré con todos vosotros, en esos recuerdos, en esas risas y vergüenzas que os hecho vivir a mi lado.*

*Sofía, hija mía. Lo peor que llevo es que no te veré crecer todo lo que yo quisiera. Eres lo que mejor hice en esta vida, el tenerte, el cogerte, el sentir ese latido de tu corazón al lado del mío. Si al lugar donde vaya existen los recuerdos, créeme que yo me llevo todos de ti, de esa personita en la que te has convertido, cada día dándome una lección como madre, aprendiendo juntas sobre esta vida.*

*Sigue siendo buena, sigue tu propio instinto ante todo hija mía, lucha con fuerzas todo lo que la vida tenga deparado para ti, como yo lo hice. No pienses que mamá se rindió, ni mucho menos, luché con todas mis fuerzas*

*hasta el final. No hay más rabia que me dé, que esta enfermedad. Recuerda esos días de chicas que hicimos con las tías, esos días de preparar en la cocina esas magdalenas que tanto le gustan a papi, esas tardes de domingo haciendo manualidades los tres en la mesa de la cocina y liándola, mientras él nos miraba con los ojos vueltos hacia arriba. Recuerda ese olor de mami, ese que tanto te gusta y lo más importante ayuda a papi en todo.*

*Si te regaña, ya sabes que es por tu bien, no pienses que te quiere cuartar esa libertad. Sé que muchas veces estaré presente en vuestras conversaciones, pregúntale todo lo que quieras saber a él, cualquier duda, cualquier problema que te surja a medida que vayas creciendo, papi es más comprensivo quizá de lo que aparenta, además tú eres su debilidad.*

*Pregúntale mil veces y más, que te narre la historia de tu nombre o incluso de todas las aventuras que hemos hecho ambos, hay muchas que no te contará, pero llegado ese momento te aseguro que tus tías te contarán todo y reirás por las cosas que hacía mama de joven. No es fácil lo que viene pero quiero que pienses que me voy feliz de disfrutar esos días, esos meses y años contigo a tu lado admirando en lo que te estas convirtiendo.*

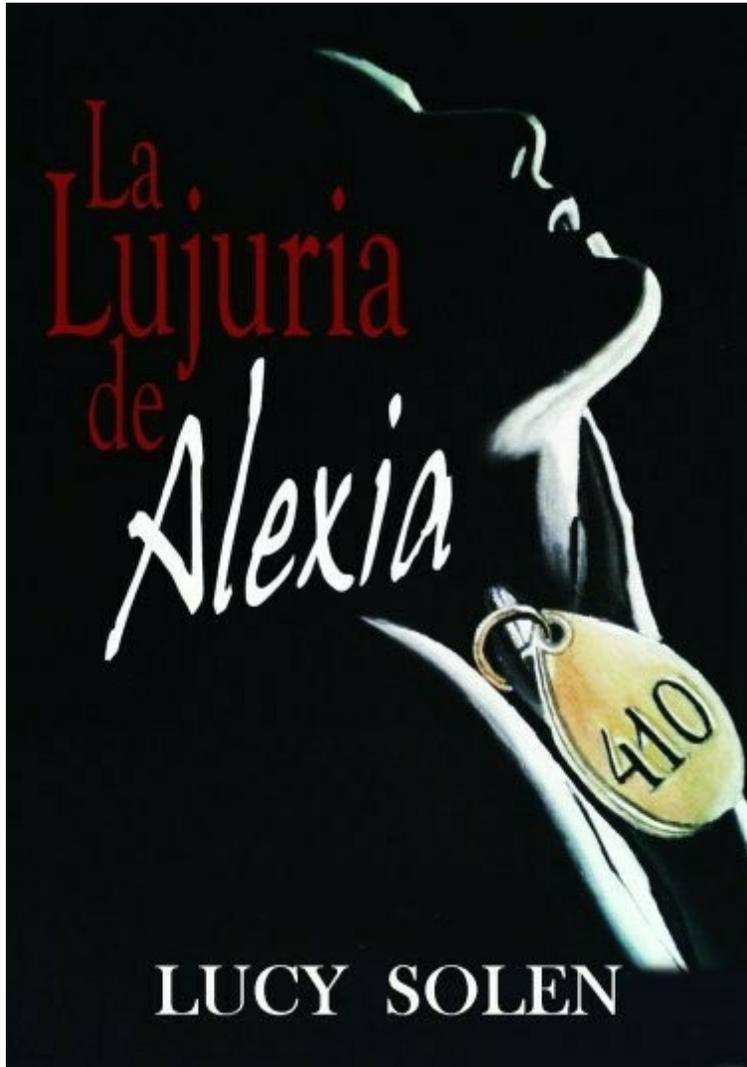
*Eduardo, qué decir a la persona que puso mi vida al revés, sacaste alguien de mí que desconocía, desde luego nuestro comienzo ha sido único. Ese juego que nos condujo a los dos quizá, a lo que ninguno en ese momento quería. Vaya dos locos que no quisimos reconocer, que nos habíamos enamorado y sigo tan enamorada o más, si se puede a fecha de hoy.*

*Sé que las palabras del doctor, cuando dijo que nada más se podía hacer ya te mataron en ese momento en vida. Es duro, lo sé, pero has de ser fuerte por mí. Tienes ante ti un trocito nuestro, una parte principal de nuestra vida para cuidarla y ver reflejado en ella lo que soy yo. Una tarea muy dura, que de seguro, tendrás el apoyo de todos.*

*No te cierres en banda ante nada vida mía, quizá esto es otra etapa más que nos tocó vivir. Sigue en contacto con todos, sigue disfrutando de la vida como lo hubiera hecho yo a tu lado, porque sabes, que de alguna forma lo estaré. Te aseguro que tu felicidad será la mía allí donde vaya y donde esté. Te quiero como nunca quise a nadie. Conocerle ha sido la mejor de las aventuras, la mejor de las historias que se podrían escribir. Quiero para los dos el mejor de los futuros, que cada día, cuando ella necesite ayude estés al*

*igual que tú. Los dos sois en sí, uno solo. Prométeme que nada te frenará para continuar y seguir siendo feliz, hazlo aunque sea como si fuera mi última voluntad.”*

*Os quiere mamá.*



**LUCY SOLEN**

**EL  
EMBRUJO  
DE**

**GRANADA**

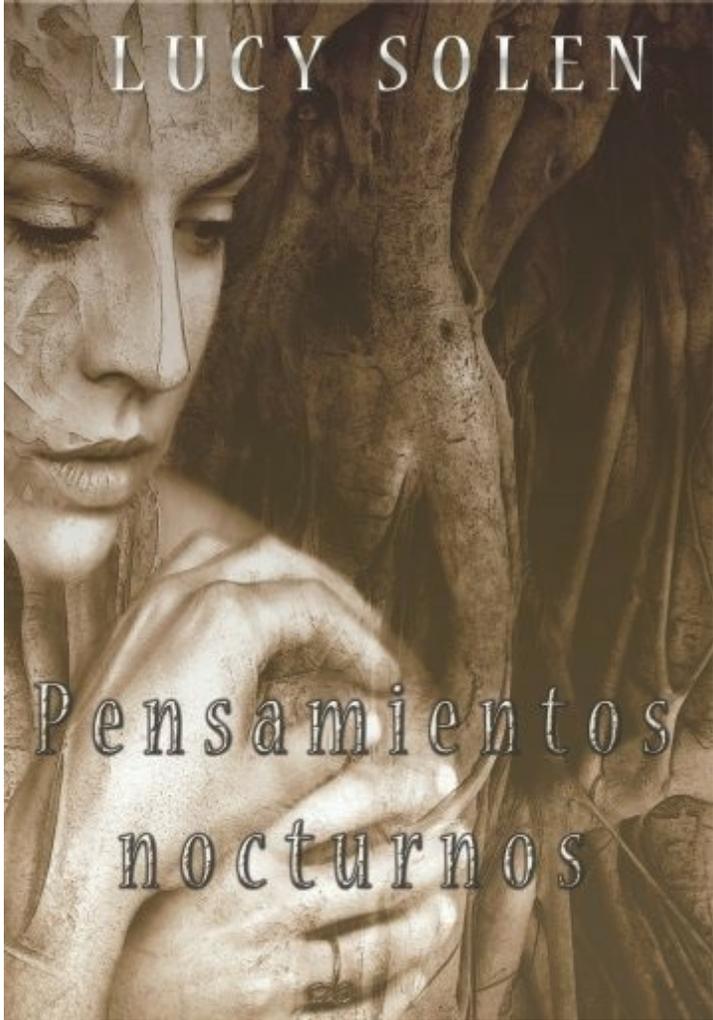
# ESCRITO EN LAS ESTRELLAS

UN SUEÑO Y UNA REALIDAD

LUCY SOLEN

#MEDI  
KIKO  
EEAÑO





LUCY SOLEN

Pensamientos  
nocturnos



**#LucySolen**